



ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

CUARTA SELECCIÓN



MARC REVEST. — Trafalgar Kern.

RICHARD CARON. — TTX 75 en París

F. CHABREY. — La imagen vigesimoquinta.

Lectulandia

El espionaje es un género de moda. El público se ha aficionado a las increíbles peripecias de estos héroes anónimos, especie de superhombres, que son los agentes secretos. Tampoco podía faltar una colección de Espionaje en las Antologías Acervo. La copiosa producción francesa de novelas de este género actualísimo sigue dando material para esta serie. En este cuarto volumen se recogen también tres novelas de autores franceses, que rivalizan en la emoción, la fuerza y la apariencia de autenticidad que dan a sus argumentos. En este segundo tomo de Selección de novelas de espionaje, editado por Ediciones Acervo en 1967 a partir de una selección realizada por José A. Llorens, presentamos estas tres novelas:

Marc Revest – «Trafalgar Kern». (Trafalgar Kern).

Richard Caron – «TTX 75 en París». (TTX 75 Opération).

F. Chabrey – «La imagen vigesimoquinta». (La vingt-cinquième image).

La traducción al español de los originales en francés, publicados por la prestigiosa «Éditions Fleuve Noir», corrió a cargo de José María Aroca. Se ha incluido, al principio de cada libro, la cubierta del original francés (Fleuve Noir).

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de
espionaje - Cuarta selección**

Antología de novelas de espionaje 4

ePub r1.0

Titivillus 23.07.2019

Título original: *Antología de novelas de espionaje*

AA. VV., 1967

Traducción: José María Aroca

Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Trafalgar Kern (Marc Revest)

TTX 75 en París (Richard Caron)

La imagen vigesimoquinta (F. Chabrey)

ESPIONNAGE

MARC REVEST



M. Fourday

TRAFALGAR KERN

Editions "FLEUVE NOIR"

TRAFALGAR KERN

Marc Revest

AVISO AL LECTOR

No busque la prisión de Wisbitch en un plano de Londres...

El autor, que no figura en la nómina de la *Evasion Incorporated*, ha preferido construir una prisión en un barrio ficticio, a fin de no facilitar gratuitamente nuevas ideas a los cerebros del hampa londinense.

Y, desde luego, según la fórmula de rigor: todo parecido con personas existentes o que hayan existido es puramente casual.

MARC REVEST

PRÓLOGO

DESDE lo alto de la pasarela que unía al *Caravelle* con la pista de aterrizaje, el hombre dirigió una mirada divertida al pequeño grupo que se apretujaba al pie de la escalerilla. Crepitaban los *flashes* y un reportero de la radio trataba inútilmente de forzar la barrera de impasibles *bobbies*. Una ráfaga de viento se llevó unas preguntas incomprensibles.

—Esos periodistas... ¡Qué fastidio! —gruñó una voz agria.

—No diga eso, Thompson —replicó el hombre, sin volverse—. Si no fuera por ellos, no existiríamos. A fin de cuentas, somos hombres públicos, querido...

Mientras bajaba, prudentemente, los peldaños metálicos, su sonrisa se acentuó. Ahora, las preguntas le llegaban cada vez más claras.

—Señor Blending, ¿tiene usted algo que declarar?

—¿Por qué? ¿Pertenece usted a la Aduana? —inquirió Blending, llegando a la altura del periodista.

Risas, nuevos *flashes*. Las preguntas se entrecruzaban hasta el punto de resultar incomprensibles.

—... Noticias de la NATO, *Sir*...

—... Mercado Común... ¿Qué medidas tomarán los Seis...? Una voz grave dominó las demás.

—En su calidad de especialista en asuntos eslavos, señor Blending, ¿puede decirnos si se ha previsto alguna modificación del Pacto de Varsovia?

Geoffrey Blending se detuvo sobre el último peldaño, volvió la cabeza hacia el interpelante.

—Dados mis conocimientos... —empezó.

A su alrededor, el silencio fue instantáneo.

—... Mis conocimientos sobre la cocina polaca, creo que puede confiarse en una renovación rápida de los delegados. Por motivos de salud.

Nuevas risas. Luego, la misma voz preguntó:

—¿Cuál ha sido su impresión dominante en Bruselas, *Sir*?

—El olor de la manteca para freír. Mis vestidos están impregnados de ellas. Y ahora, caballeros, si quieren perdonarme y dejarme pasar... Me esperan.

Señaló, con la punta de su paraguas, el extremo de los edificios del aeródromo de Gatwick, donde se hallaba estacionado un automóvil de color gris metálico, y, tras una última sonrisa y un leve saludo con la cabeza, se alejó a grandes zancadas. Los periodistas vacilaron un instante y luego se reunieron en torno al compañero de Geoffrey Blending.

—Señor Thompson, ¿puede usted decirnos algo más? Su jefe no se ha mostrado más locuaz que de costumbre.

—¡Y yo no voy a serlo más que él! —aseguró Thompson, apretando sus delgados labios y estrechando contra él su cartera de mano de cuero negro.

Un fotógrafo tomó un clisé: con un pie adecuado, como por ejemplo: «¡No toque a mi bebé, miserable!», aquello divertiría a los lectores de la prensa dominical.

—Señor Thompson, en su calidad de secretario del señor Blending...

—Secretario deriva de secreto —afirmó Thompson, muy digno.

Se oyeron unos silbidos de admiración.

—Y aquella mujer tan guapa que el señor Blending está besando, allá abajo, ¿es también un secreto?

Thompson fulminó al periodista con la mirada.

—Sepa usted, joven, que aquella mujer tan guapa es la hija del señor Blending, y que los políticos, al igual que los demás hombres, tienen derecho a su vida privada.

Desalentados, los periodistas cruzaron la pista en dirección al aeropuerto.

—Con el viejo Blending siempre pasa lo mismo —gruñó alguien—. Respuestas muy divertidas, pero cero en información.

—¡Inventa algo! —le aconsejó su vecino—. Blending tiene al menos una ventaja: no dice nada, pero tampoco desmiente lo que ponen en boca suya.

—¿Es cierto que tiene una hija? —insistió el joven periodista que se había hecho reprender por Thompson.

—Desde luego, hijo mío —aseguró la voz grave—. La hermosa Laura no se separa de su padre, excepto cuando viaja al extranjero. Le sirve de secretaria, de chófer, de intendente, y dicen que tiene tal influencia sobre él, que Blending no pasa nunca un informe al ministro sin que Laura lo haya leído y aprobado. Lo curioso es que la susodicha Laura es una izquierdista, casi una *compañera de viaje*^[1].

—¿No ha perjudicado eso la carrera de Blending? —inquirió el joven.

—Todavía no —respondió la voz grave—. Hay que reconocer que no disponemos de tantos especialistas en asuntos eslavos como para poder permitirnos el lujo de perder también ése.

—¡Muchachos! —gritó un fotógrafo al llegar a la puerta del bar del aeropuerto—. ¡Pago una ronda para todos!

—¿Qué te pasa, Spurry? ¿Has ganado a las quinielas?

—¡Casi! Ayer aposté por cinco evadidos, y como tuve la astucia de precisar que se fugarían de la cárcel de Pentonville, me han tocado trescientas libras. ¿Qué va a ser, muchachos?

—¡Otra galería subterránea! —fue el clamor general.

En el otro extremo de la pista, Geoffrey Blending contemplaba pensativamente a una joven de cabellos negros, rostro alargado y pómulos salientes que destacaban a uno y otro lado de una nariz recta. Los ojos castaños tenían un brillo muy suave bajo las cejas perfectamente dibujadas.

—Falda recta, blusa camisera, tacones bajos, sin maquillaje, sin joyas... ¿Cuándo va a decidirse a hacer la vampiresa, Miss Blending?

La joven se echó a reír.

—Papá, los periodistas ya se han marchado. Puedes relajarte e incluso tratarme como a un ser humano.

—La cuestión es: ¿eres realmente un ser humano? —suspiró Blending, inclinando su elevada estatura para besar a su hija—. ¿Alguna novedad, en casa?

—Nada importante. Mrs. Hayes te ha preparado un *yorkshire pudding*, y creo...

—¿Y dices que no ha sucedido nada importante? —exclamó Blending, echando a andar hacia su Humbert de color gris metálico.

En el momento en que empuñaba el pomo de la portezuela oyó una leve exclamación y se volvió. Laura miraba a dos hombres que acababan de salir del edificio más próximo y avanzaban hacia el automóvil, con las manos hundidas en los bolsillos de sus impermeables grises.

—¿Señor Blending?

El que había hablado era la caricatura del pequeño funcionario envejecido bajo el arnés: rondando el medio siglo, él rostro fatigado, bolsas bajo los ojos... A Blending no le engañó la mirada fija y casi transparente de las pupilas de color azul pálido clavadas en él. Su enorme corpachón pareció arquearse súbitamente, pero se obligó a sonreír.

—¿Caballeros? ¿Otra entrevista? Temo decepcionarles. Igual que a sus colegas. Y, por otra parte, he de marcharme en seguida, ya que en casa me

espera un *yorkshire pudding*.

—Creo que le esperará inútilmente, *Sir* —dijo el hombrecillo en tono frío.

Hizo un rápido gesto con la mano y tendió al diplomático un carnet muy ajado a pesar de su revestimiento de materia plástica.

—Mayor John Wookey, *Sir*, y éste es mi ayudante, Albert Ekdale, de la M. I. 5, *Special Branch* de Scotland Yard.

—Encantado —dijo Blending, cuya sonrisa se crispó—. ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Acompañarnos, *Sir* —dijo John Wookey—. Nuestros servicios creen que sus declaraciones pueden ser muy útiles a una investigación que estamos realizando desde hace ya algún tiempo.

—¡Es absurdo! —exclamó Laura Blending con voz tensa—. Mi padre regresa de viaje, necesita descansar...

Blending se volvió hacia ella y apoyó una mano en su hombro.

—Todos necesitamos descansar, Laura —suspiró—. Estoy seguro de que estos caballeros sólo me retendrán el tiempo estrictamente necesario, y con un poco de suerte no tardaré en llegar a casa. ¿No es cierto, señor Wookey?

Una de las seducciones evidentes de Blending era su facultad de recordar en cualquier momento el nombre de alguien que sólo había visto una vez, incluso diez años antes. El oficial pareció insensible a aquella forma de seducción.

—Es posible —murmuró, contemplando las puntas de sus zapatos—. ¿Quiere usted subir a nuestro automóvil, *Sir*, o prefiere que utilicemos el suyo?

Blending respiró profundamente, dirigió una rápida sonrisa a Laura.

—Iré con ustedes, caballeros. Mi hija tiene que volver a casa. No te comas todo el *yorkshire pudding*, querida. Creo que recalentado sabe mejor.

Laura trató de sonreír a su vez, pero sus labios crispados se negaron a obedecerla. Miró cómo se alejaban los tres hombres. Entre los dos impermeables grises, el elegante abrigo negro de su padre llamaba la atención, del mismo modo que el sombrero Edén contrastaba singularmente con el fieltro desteñido del Mayor. Cuando el pequeño grupo hubo desaparecido por la esquina del edificio, Laura suspiró profundamente y echó a correr hacia el Humbert.

* * *

La voz del juez zumbaba suavemente bajo los artesonados de madera de roble desgastados por el tiempo. Debido a la ola de frío que azotaba Londres

desde hacía tres días, los ujieres de *Old Bailey* habían puesto la calefacción en su punto más alto, sin tener en cuenta que el proceso Blending atraería mucha gente y que aquella gente crearía, con su sola presencia, un calor difícilmente soportable. Hasta el punto de que la atmósfera era sofocante en la angosta sala donde unas lámparas anticuadas dejaban amplias zonas en la sombra.

—... Considerando que los documentos aportados proceden indiscutiblemente del acusado, el cual, por otra parte, los ha reconocido como suyos y ha declarado varias veces que ninguna otra persona, aparte él mismo, hubiese podido tener acceso a ellos; considerando...

Geoffrey Blending luchaba con todas sus fuerzas contra un deseo vehemente de dormir, y deseo que le parecía escandaloso y cómico al mismo tiempo.

«Se está decidiendo mi suerte, van a encarcelarme dentro de unos instantes, cuando ese asno con peluca haya terminado de recitar sus letanías, y sólo pienso en una cosa: tenderme y dormir... Dormir, quizá soñar...».

—... Considerando que en el curso de los diversos viajes que ha efectuado a determinadas ciudades del continente, de un modo especial Berna, Bruselas y Amsterdam, el acusado ha reconocido haberse reunido con representantes y ciudadanos de potencias extranjeras, no por motivos de servicio, sino, según su propia definición, «por placer»; considerando...

Blending dejó vagar su mirada por la sala. Allá abajo, amontonados en los bancos de la prensa, los periodistas escribían furiosamente. Blending sonrió: entre ellos, muchos le habían entrevistado, muchos habían estado suspendidos de sus labios, muchos se encontraban en Gatwick, el día de su regreso.

«No hay mucha distancia del Capitolio a la Roca Tarpeya, ni de Gatwick a Old Bailey».

Desde el lugar donde se encontraba, Blending distinguía mal al público. Una enorme lámpara con una pantalla de porcelana blanca interceptaba buena parte de su campo visual. Tras mucho escrutar la penumbra, Blending acabó por distinguir una hilera de pelucas, los *barristers*^[2], llegados de *Law Courts* para asistir al «proceso del año». Detrás, unas manchas claras que podían ser rostros. Laura debía encontrarse allí, muy pálida, más delgada que nunca, sus ojos resplandecientes como en los días malos.

«¡Pobre Laura! ¡Qué tragedia para ella! Y, ¿qué hacer, qué hacer?».

—... Por esos motivos, condena al llamado Geoffrey Andrews Blending, antiguo jefe del servicio de los asuntos eslavos del Ministerio de Asuntos Exteriores, delegado del gobierno de Su Majestad en las asambleas de la

NATO, a la pena de cinco años de prisión, pena que será cumplida en las cárceles de Su Majestad.

Desde el lugar donde se encontraba, Blending veía perfectamente las gotas de sudor que rodaban por las mejillas del juez, desde el casquete de la peluca gris hasta el mentón semioculto por la puntilla del cuello.

«¡Pobre viejo! ¡Qué oficio! Me pregunto lo que cenará esta noche y cómo les contará todo esto a su esposa y a sus hijos, si es que los tiene...».

—¡Acusado, póngase en pie!

Blending se encontró de pie sin darse cuenta, y su deseo de dormir desapareció instantáneamente. Había olvidado que la ley le ofrecía una última ocasión de hablar, no ya como acusado, sino como condenado. Su alargado rostro se contrajo, sus manos se crisparon sobre la barandilla que tenía delante. Tuvo conciencia del enorme silencio que había caído sobre la sala y, súbitamente, sintió frío, un frío horrible, como nunca lo había sentido.

—Señor Geoffrey Blending...

Se oyó un sordo rumor. Al llamar al condenado *Señor*, el juez acababa de cometer una falta, no contra las normas de la justicia, sino contra la tradición, más sagrada aún.

—Señor Geoffrey Blending, ha escuchado la sentencia dictada contra usted al final de este proceso, durante el cual ha tenido ocasión de explicarse y de defenderse...

La voz del juez se tiñó de cierta tristeza.

—En opinión de este Tribunal, no ha hecho usted uso de ese derecho que la ley le concede. Enfrentado a las acusaciones más graves, se ha refugiado continuamente en el silencio, o en unas declaraciones cuyo humor no hacía olvidar que no aportaban nada a su causa. En otras palabras, señor Blending, lejos de ayudar a este Tribunal a encontrar la verdad, ha obrado usted de modo que, al final de su proceso, esa verdad se nos aparezca como más remota que al principio...

El rumor, esta vez, fue muy claro, y procedía especialmente de los bancos de la prensa.

«¡Hermosos titulares en perspectiva, mañana!», pensó Blending.

El juez debió darse cuenta del alcance de sus palabras. Volvió vivamente la cabeza hacia los periodistas y, en el movimiento, su peluca se escurrió a un lado.

—Me gustaría —dijo con voz grave— que los caballeros de la prensa no interpretaran mal mis palabras. Para este Tribunal, la verdad ha quedado establecida: el condenado es culpable de traición a la Corona Británica y a los

intereses supremos del reino, sin que subsista ninguna duda a ese respecto en la mente de sus jueces. Pero...

Hizo un gesto con las dos manos como si fuera a unir las para una plegaria. Y fue una especie de plegaria la que dirigió a Blending, volviéndose hacia él.

—... Pero el Tribunal hubiera preferido que el condenado asumiera una conciencia más lúcida y más eficaz de sus intereses; que interviniera en los debates, y no sólo para limitarse a afirmar una inocencia puesta en duda por unos hechos demasiado numerosos...

Blending se contrajo. Quizás por primera vez desde el comienzo del proceso, sus ojos acababan de cruzarse con los del juez. Y los ojos del anciano reflejaban tanta piedad, tanta súplica, que el diplomático estuvo a punto de emocionarse.

—Señor Geoffrey Blending: a pesar de todas las normas, el Tribunal se dirige a usted en este momento supremo para preguntarle si no tiene nada que añadir, si ha utilizado realmente todos los medios de defensa que le han sido ofrecidos, si, finalmente, no tiene nada que decir que pueda demostrar la inocencia que usted ha proclamado desde que se inició este proceso.

Blending sintió, físicamente, una especie de quemadura, en el momento en que todas las miradas de la sala, las de los *barristers* de la primera fila así como la de los oscuros espectadores del fondo, las de los jueces, de los asesores, e incluso las de los guardianes, se posaban en él. Durante unos segundos, unas ideas descabelladas cruzaron su mente.

«Recitarles una estrofa de Shakespeare o un *limerick*^[3], ponerme a cantar *La Internacional* o *Más cerca de Ti, Dios mío*, decir m..., acusar al duque de Edimburgo de ser un espía a sueldo de los chinos... ¡Qué ocasión! ¡Ni pintada para provocar un escándalo! Nunca más volverá a presentarse una ocasión semejante...».

Oyó una voz que parecía la suya, pero desencarnada, privada de resonancia y de calor humano, que decía, separando mucho las sílabas:

—Muchas gracias, Su Señoría. No tengo nada que añadir, excepto esto: soy inocente.

El resto sucedió muy aprisa. En la sala resonó un fuerte rumor, apenas turbado por el golpe de maza que el juez acababa de dar, con una especie de despecho, sobre el bloque de madera que tenía delante. Apenas se oyeron las palabras:

—La audiencia ha terminado.

Blending sintió contra sus bíceps la firme presión de los dos guardianes que le arrastraban. Se volvió hacia la sala, con la vaga esperanza de ver a

Laura. La lámpara de porcelana blanca interceptaba ahora la totalidad de su campo visual. Distinguió vagamente los bancos de los periodistas, despoblados en un santiamén, y cruzó el umbral de la pequeña puerta que le separaba del pasillo de los presos.

—¡Ni siquiera ha hecho una frase al salir! —exclamó un periodista, viendo desaparecer la alta silueta.

Laura se estremeció. Volviéndose hacia el imbécil, le fulminó con la mirada. Luego, de repente, sus nervios se relajaron y se desplomó sobre el hombro de su vecina.

—¡Sácame de aquí, Katryn, por favor! Si me quedo un segundo más en este lugar abominable voy a morirme...

La joven a la cual iban dirigidas aquellas palabras rodeó con un brazo protector la cintura de Laura y la empujó suavemente hacia el otro extremo de la sala, murmurando a cada instante:

—Déjenos pasar, por favor, déjenos pasar.

El tono era tan firme, el rostro tan tenso y el aspecto de Laura, titubeante, tan lastimoso, que los grupos se apartaron delante de las dos mujeres, las cuales no tardaron en encontrarse en la calle.

—¿Puedes quedarte sola un momento? —inquirió Katryn—. Voy a buscar el automóvil: no tardaré ni dos minutos en volver.

—¡No, no! Voy contigo —murmuró Laura—. Si me dejas, me caeré.

Echaron a andar lentamente, una sosteniendo a la otra, por la angosta calle, en cuyas aceras se estacionaban los curiosos, con el rostro levantado hacia los altos ventanales estilo Tudor.

Cuando hubieron desaparecido por la primera esquina, dos sombras que las habían seguido con los ojos se miraron.

—Bueno, Ekdale —dijo una voz enronquecida—. Misión terminada. ¿Siente usted como yo la íntima satisfacción del deber cumplido?

El interpelado, un joven coloso de veinticinco años, frunció sus pobladas cejas.

—Lamento tener que contestar negativamente, *Sir*.

El Mayor Wookey esbozó una amarga sonrisa.

—De acuerdo, Ekdale. Eso demuestra dos cosas: que es usted todavía capaz de ser sincero, al menos conmigo; y que no tiene usted alma de polizonte. Lo cual es una ventaja para usted, desde todos los puntos de vista.

Ekdale se inclinó hacia adelante. Sus ojos grises tenían una expresión de perplejidad.

—No estoy seguro de haberle comprendido bien, *Sir*.

—Sí, Albert, sí, me comprende usted más de lo que imagina. Un polizonte hubiese quedado satisfechísimo por la terminación de este caso: un hombre que ha sido detenido y condenado, eso es todo. Pero usted, Albert, y también yo, debo confesarlo, continuamos formulándonos cierto número de preguntas.

—¿Qué preguntas?

Wookey dirigió una torva mirada a su ayudante.

—No se haga el tonto, señor Ekdale: le sienta como un tiro. Sabe usted tan bien como yo que este caso no nos dejará satisfechos mientras no sepamos el porqué y el cómo de la traición de Blending. Y, desde luego, el proceso no nos ha enseñado nada al respecto.

Ekdale contempló a los grupos que se dispersaban lentamente. Luego, con un esfuerzo, se volvió de nuevo hacia su jefe.

—¿Lo cual quiere decir? —inquirió.

—Lo cual quiere decir que, para nosotros, que no somos polizontes, el caso Blending acaba de empezar.

CAPÍTULO PRIMERO

—NO es posible —dijo Kern—. Esto parece una mala película sobre Londres realizada por un director sin imaginación y que sólo conociera Londres de oído. A no ser que lo haya organizado el sindicato de iniciativas para uso exclusivo de los turistas... ¡Cuidado! Esto gira a la izquierda.

Kelly profirió un quejumbroso gruñido que Kern no oyó, ya que estaba semiinclinado por la portezuela de la parte izquierda, con la mirada fija en el bordillo de la acera que se le aparecía vagamente, a un metro de distancia, a través de una compacta masa de niebla.

—Ahora, en línea recta —murmuró.

—En línea recta, ¿hacia dónde?

—¡No me compliques la vida, por favor! Tendrías que sentirte dichoso al pisar de nuevo el suelo natal, y en vez de eso... ¡Cuidado! A la derecha, ahora.

Oyó que Kelly murmuraba algo a propósito de «esos malditos ingleses que ni siquiera en su propio país pueden ver claro». Luego se produjo un choque brutal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mientras Kelly dejaba el motor en punto muerto y apretaba el freno de mano.

—Eso quisiera saber —gruñó el irlandés, abriendo su portezuela.

—¡Espera! —gritó Kern—. Tendríamos que atamos con una cuerda. Si te alejas más de un metro, nos perderemos de vista para siempre.

Vio que el pelirrojo se encogía de hombros antes de desaparecer en una nube opaca. Algunas volutas penetraron por la ventanilla abierta y se pegaron a él. Kern se estremeció, subió el cristal y se arrebujó en su abrigo.

«Sólo faltaría que me acatarrase», pensó.

Un instante después estornudaba; luego, como un acompañamiento irónico, un carillón empezó a desgranar lentamente sus notas contrastadas.

«¡El Big Ben! ¡Es el colmo! Si al menos pudiera uno guiarse por el sonido...».

Pero las resonancias, extrañamente, parecían proceder de todas partes y de ninguna, difusas en la enorme bruma de nubes que envolvía Londres. Un fantasma surgió en el cono lechoso de los faros, se acercó, se materializó bajo la forma de Patrick Kelly. El irlandés sonrió con cierto aire de suficiencia.

—No me preguntes por qué, ni cómo, pero estamos en la Greek Street. Y la *boite* de Ted Lane no puede encontrarse a más de cien metros.

—Una distancia suficiente para extraviarse —rezongó Kern, apeándose del coche.

Sea que Kelly viera más de lo que pretendía, sea que la suerte se hubiera aliado con ellos, lo cierto es que no tardaron en distinguir el halo de tres lámparas verdes, irisadas por la bruma.

—*El Tres de Trébol*: hemos llegado —anunció Kelly.

Kern le dirigió una mirada desconcertada y, tomando la delantera, se adentró en el estrecho rectángulo que se abría delante de él. Casi inmediatamente le llegó el sonido del piano y reconoció la melodía: *Dinah*, interpretada al estilo de Fats Waller. La angosta escalera de peldaños carcomidos olía a polvo y a humo. Desembocaba en una pequeña puerta de madera de roble, cuyo tablero superior estaba atravesado por un judas enrejado.

—Tres golpes seguidos, dos golpes espaciados —recordó Kelly.

Kern dio los cinco golpes, desconcertado por todo aquel folklore.

«Chicago 1930, prohibición y taberna clandestina. Resulta curioso que los bebedores se sientan siempre más a gusto en un ambiente que no es el suyo. En Nueva York, el último grito es la taberna inglesa con vigas postizas de roble imitado y camareros disfrazados de “*cockneys*” con patillas postizas».

La cabeza que acababa de surgir detrás del judas parecía salir de *Scarface*.

—¡Tu turno! —dijo Kern, apartándose.

Kelly avanzó y murmuró unas palabras en un lenguaje áspero. Casi inmediatamente se oyó un ruido de cerrojos y la puerta se abrió.

La reconstrucción de la taberna clandestina de los años 30 era aún más exacta de lo que Kern había pensado: unos tabiques de madera barnizada formaban unos pequeños reservados, apenas iluminados, donde unas sombras se agrupaban alrededor de mesas minúsculas. El encerado suelo estaba cubierto de serrín húmedo. Los camareros llevaban unos largos delantales blancos que colgaban hasta sus talones y unas camisas blancas cuyas mangas aparecían sujetas a la altura del bíceps por unos brazaletes de goma. En cuanto al pianista, se había disfrazado de Fats Waller: pantalón de pata de elefante y sombrero de piel de topo gris perla. Llevó su conciencia profesional

hasta el extremo de terminar su *Dinah* con el célebre «*Yeahhh!*» del gran músico negro.

El barullo se acentuó en la sala por la cual avanzaron Kern y Kelly siguiendo al guía salido de *Scarface*. Dieron la vuelta al estrado del pianista, que acababa de empezar *Alligator Crawl*, salieron a un estrecho pasillo, en el cual se amontonaban las cajas de cerveza, cruzaron una oscura cocina, donde se agitaban unas siluetas borrosas, y llegaron finalmente a una segunda sala, un restaurante esta vez, cuyos manteles bordados, las lámparas de madera de olivo y las ristras de ajos que colgaban del techo revelaban la intención de hacerse pasar por provenzal.

Todas las mesas estaban vacías, excepto la del fondo, donde un hombre parecía esperar.

—No sabía que alguien pudiera ser más pelirrojo que tú —dijo Kern.

Él propio Kelly parecía sorprendido, un poco irritado.

—¿El señor Ted Larne? —preguntó Kern, acercándose a la mesa.

—El mismo. Pero puede usted llamarme Bony^[4].

Kern pensó que el apodo estaba muy bien aplicado. El hombre era todo huesos, con un rostro alargado y triangular. Su estrecha frente no parecía coincidir con el eje de su boca. Sus largos brazos terminaban en unas manos extrañas, casi femeninas por su aspecto y que, de cuando en cuando, aleteaban delante de él como si su propietario hubiera perdido el control sobre ellas. También él, sin duda por contagio, iba vestido al «estilo prohibición», con un traje Príncipe de Gales muy ajustado y un chaleco azul cruzado por una gruesa cadena de reloj. En cuanto a sus cabellos, relucían como el fanal de un buque.

—Me llamo Jonathan Kirk —dijo Kern—, y mi amigo es Patrick Galway.

El pelirrojo miró fijamente a Kelly durante unos segundos y luego una amplia sonrisa dejó al descubierto sus irregulares dientes.

—Con ese nombre y unos cabellos de ese color, usted no es de aquí, ¿verdad?

Kelly frunció el ceño.

—Soy del Bronx, Estado de Nueva York —gruñó.

—Se olvida de decir que sus antepasados eran de Kilkenny, Estado independiente del Eire —concretó Kern, sentándose.

—¡Kilkenny! ¡Tengo primos allí! —exclamó el pelirrojo.

—Estoy seguro de ello, señor Larne —dijo Kelly en tono firme—, y al señor Galway le encantará evocar con usted sus antiguos lazos familiares.

Pero, de momento, he venido a hablarle de otro primo: el que tiene usted en Washington.

Larne le miró fijamente.

—¿De veras? —inquirió—. ¿Cuál?

—Charlie India Alpha^[5].

—¡Washington! —exclamó Larne, en tono soñador—. Recuerdo un paseo por el parque zoológico...

—Hay fieras en otras partes que no son el parque zoológico^[6] —declaró Kern, como si fuera el mejor chiste del año.

—Es verdad —asintió Larne, de buen humor—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Kirk? ¿Un whisky?

—No, gracias, estoy a régimen —aseguró Kern.

Kelly le dirigió una mirada sorprendida. Era la primera vez que oía a Kern hacer una alusión de aquella clase. El irlandés no podía saber —ya que Kern no se había atrevido nunca a decírselo— que había un alcohol que Kern detestaba por encima de todos los demás: el whisky irlandés.

—Me gustaría hablar con el señor Christopher Sky —dijo Kern con una estudiada indiferencia.

Ted Larne no vaciló.

—Es muy fácil —dijo—. El señor Sky es cliente mío, viene a cenar aquí casi todas las noches.

—Pero no es aquí donde quisiera hablarle, sino en su casa —insistió Kern. La frente del irlandés se arrugó.

—No estoy al corriente de la vida privada del señor Sky... —empezó.

—¡Eso no me importa! —le interrumpió Kern—. Quiero verle esta misma noche: tengo un asunto que proponerle. Quiero también que usted nos avale, señor Larne.

—¿Avalarles?

—Exactamente. Tiene que garantizar al señor Sky que puede confiar en nosotros. Sin hablarle, desde luego, del primo Charlie.

Larne vació su vaso de un trago y se rascó la nuca con aire preocupado.

—¿Puedo saber...?

—¡No!

—Entonces, ¿he de garantizar un golpe del cual no sé nada?

—¡Exacto! Pero conoce usted al primo Charlie...

—Desde luego —dijo el irlandés, haciendo una mueca que provocó la sonrisa de Kern.

—Más apuros pasó usted en Corea, en el sector de Pan-Mun-Jon, *sargento* O'Rourke.

Larne suspiró y contempló en silencio a su interlocutor, del cual emanaba una impresión de voluntad, tranquila pero segura. Debajo de los cabellos cortos, grises, con algunos mechones completamente blancos, el rostro bronceado de rasgos bastante pronunciados, estaba iluminado por unos ojos grises cuyo fulgor no pudo resistir el irlandés.

—Bueno —terminó por decir, poniéndose en pie—, voy a tratar de localizar a su cliente. Pero, cuidado, señor Kirk. Si hay algún embrollo en alguna parte, podemos darnos por muertos, los tres. El bajo mundo de Londres no se anda con chiquitas.

Se marchó sin esperar respuesta. Kelly se sirvió otra ración de whisky tras dirigir una mirada interrogadora y preocupada a Kern.

—¿Por qué le has llamado O'Rourke? —preguntó.

—Porque bajo ese nombre sirvió en los *marines*.

—¿Qué es lo que hacía allí?

Kern se encogió de hombros.

—Trataba de rehabilitarse. O'Rourke, llamado Larne, odia a los ingleses con un odio del cual ni siquiera tú puedes hacerte una idea. Les odia tanto, que durante la guerra trabajó para los servicios secretos de la Marina alemana, a pesar de que los alemanes le gustaban tan poco como los ingleses, por el simple placer de ver hundidos algunos barcos de Su Graciosa Majestad. Cuando comprendió que los ingleses no perderían la guerra, se trasladó a los Estados Unidos y nos ofreció sus servicios, que en aquel momento nos parecieron interesantes. Estuvo una temporada en la cárcel, una temporada en la guerra, y ahora dirige una red terrorista irlandesa en pleno corazón de Londres.

—¡Con nuestro dinero! —exclamó Kelly—. ¡Y en casa de nuestros amigos!

Kern suspiró.

—Lo que más me maravilla en ti, Kelly, es que después de tantos años conserves tantas reservas de ingenuidad y de candor. Y a veces también me preocupa.

—De todos modos —dijo Kelly—, para un terrorista irlandés no parece muy adecuado regentar una taberna irlandesa. Llama la atención.

—No es peor que otra cosa —rió Kern—. Llama tanto la atención, que el más suspicaz de los policías se dice que no es posible. Para un agente del

Este, el mejor camuflaje continúa siendo el de hacerse pasar de un modo ostensible por un «compañero de viaje».

Kelly dio cuenta de un tercer vaso bajo la mirada desaprobadora de Kern.

—De todos modos —gruñó el pelirrojo—, esos irlandeses de por aquí me ponen nervioso.

El regreso de Larne le ahorró a Kern la respuesta.

—Todo arreglado —murmuró Bony—. Podemos ir allí en seguida.

Una hilera de gotitas de sudor brillaban en la raíz de los rojos cabellos. Kern y Kelly se pusieron en pie al mismo tiempo.

—Pero, no lo olvide —insistió Larne—. Si hay algún embrollo...

—El bajo mundo de Londres no se anda con chiquitas, lo sé —dijo Kern.

* * *

En cuanto salió de la taberna, Kern volvió a sentirse tan irremediabilmente perdido como si se encontrara en el otro extremo del mundo. Por más que supiera que se hallaba en el centro de Soho, el «Montmartre» londinense, viendo aquí y allá el reflejo de los letreros de neón delante de los clubs nocturnos y de los restaurantes, tenía la impresión de que se movía entre varios espesores de gasa húmeda. La voz de Kelly llegó hasta él desde muy lejos.

—Kirk, ¿dónde estás?

—No lo sé —gritó Kern—. Lo único que puedo distinguir, y a duras penas, es la punta de mi nariz.

Un contacto sobre su hombro le hizo sobresaltar.

—No nos alejemos unos de otros, señor Kirk —dijo la voz curiosamente ahuecada de Larne—. No vamos muy lejos, pero con este puré de guisantes podría usted encontrarse en el Támesis creyendo que está en Hyde Park. Andando en línea recta, no tardaremos en llegar a Old Compton Road.

—¿Cómo se orienta usted? ¿Por radar?

La pregunta estaba más que justificada: Larne les condujo sin un solo tropiezo hacia una puerta en la cual no figuraba ningún letrero que permitiera identificarla. Una vez allí, pronunció unas palabras misteriosas a través de una rejilla y la puerta se abrió. En el interior, la atmósfera era muy distinta: blandas alfombras, espejos venecianos, doncellas con delantales de encaje y cofias almidonadas. La antecámara comunicaba con un amplio salón. Kern tuvo tiempo de distinguir unas manchas claras, hombros desnudos y pecheras de smoking, de oír el chasquido característico de la bola girando en el cilindro y la voz lenta de un *croupier* anunciando, en un francés impecable:

—Hagan juego, señoras y caballeros, hagan juego...

—¿Por qué todo ese misterio, todas esas precauciones? —preguntó Kern, dirigiéndose a Larne—. ¿Acaso no es legal el juego en Inglaterra?

El pelirrojo sonrió.

—Desde luego —dijo—. Pero esos clientes se divertirían mucho menos si no tuvieran la impresión de que están saboreando un fruto prohibido.

—¡No va más! —anunció el *croupier*.

«Tres, rojo, impar y paso», apostó mentalmente Kern.

Antes de franquear la puerta hacia la cual le conducía Larne, tuvo tiempo de oír al *croupier*:

—Tres, rojo, impar y paso.

Al entrar en la estancia, Kern no pudo evitar un gesto de sorpresa. Ni el despacho, todo en acero, cuero y cristal, ni el rostro vuelto hacia él, en el otro extremo de la habitación, un rostro sonrosado debajo de unos cabellos blancos cuidadosamente peinados, ni el smoking con solapas de terciopelo y la pechera de encaje del propietario de aquel rostro, nada, en realidad, evocaba el crimen ni el bajo mundo. «¿Qué esperabas? ¿Algo estilo *Opera de Quat'sous*?». La misma voz que se dirigía a él era suave, untuosa, y ni el más severo de los censores hubiese podido descubrir en ella el menor rastro de un acento vulgar.

—Pasen, caballeros, por favor, y tengan la bondad de sentarse. ¿Un whisky? ¿Un oporto?

Kern hubiera aceptado de buena gana el oporto que resplandecía como un rubí en su jarra de cristal tallado, pero había hablado de régimen...

—Señor Sky —dijo, hundiéndose en una butaca—, señor Sky, le agradezco que nos haya recibido a esta hora intempestiva...

—Los amigos de Christopher Larne son mis amigos —dijo cortésmente Christopher Sky—. Además, parece ser que tienen ustedes un asunto que proponerme, y no hay horas intempestivas para los buenos asuntos.

Sólo entonces vio Kern por primera vez los ojos de Christopher Sky, unos ojillos negros, de una dureza tal que parecían tallados en alguna materia mineral. Aquello encajaba mejor con las palabras de Ted Larne: no, un hombre semejante no debía andarse con chiquitas, como había expresado gráficamente el irlandés.

—Señor Sky, no voy a andarme con rodeos —dijo Kern, inclinándose hacia adelante—. Deseo hacer evadir a alguien de una cárcel de Londres, y creo saber que usted puede ayudarme.

Los ojos negros no parpadearon. Sky apoyó una mano cuidadosamente manicurada sobre un pulsador eléctrico que se encontraba a su derecha.

—Llamo —explicó— a uno de mis colaboradores que se encarga de esa clase de operaciones.

Un hombre bajito de tipo español se deslizó en la estancia tan silenciosamente que Kern sólo advirtió su presencia cuando Sky dijo:

—Este es el señor Bobo, el especialista en cuestión.

El hombre miró a Kern, y luego a Kelly, con una evidente hostilidad. A pesar de su smoking de corte impecable y de sus planchados cabellos, tenía el aspecto de los que era en realidad: un truhán y, muy probablemente, un asesino.

—¿De qué cárcel se trata? —preguntó Sky.

—Wisbitch.

Sky sonrió fríamente y se volvió hacia el llamado Bobo.

—Wisbitch, en pleno Londres, ¿eh? La cosa se ha hecho mucho más difícil después de la visita de inspección de la Comisión Mountbatten, ¿no es cierto, Bobo?

El interpelado hizo un gesto despreciativo.

—Tienen un circuito cerrado de televisión, células fotoeléctricas e infrarrojas, radars, sonars y sabe Dios cuántas cosas más.

—Encargando a un almirante del asunto, cabía esperar que tratara de convertir todas las cárceles del reino en acorazados —observó Kern, muy serio.

Sky sonrió, Kelly dejó oír una risita, pero Bobo permaneció impassible.

—A pesar de todo, es posible, ¿verdad, Bobo?

—Siempre es posible —gruñó el otro—, pero mucho más difícil.

—Y, en consecuencia, mucho más caro —añadió Sky, volviéndose hacia Kern.

—¿Cuánto?

—Dos mil libras.

Kern no pudo evitar el pensar en la cara que pondría la Fiera, el día que revisara las notas de gastos.

—De acuerdo... para un poco más tarde. De inmediato, hay otra cosa.

Se inclinó de nuevo hacia adelante, seguro del efecto que iba a producir.

—¿Y por hacer entrar a alguien en Wisbitch?

Los ojos negros no parpadearon, y Bobo conservó la misma impassibilidad. Sólo Kelly dejó escapar un ahogado suspiro.

—¿Qué opina usted, Bobo?

—Es prácticamente el mismo trabajo, al revés.

—Por lo tanto, el mismo precio —concluyó Sky, cruzando las manos delante de él.

—Muy bien. Seguimos estando de acuerdo —dijo Kern. Hizo un gesto señalando a Kelly.

—Se trata de hacer entrar a ese caballero en Wisbitch, y de conseguirle una entrevista de media hora con un preso.

—¿El nombre del preso?

—Geoffrey Blending.

Sky y Bobo intercambiaron una mirada, y luego el primero concentró la atención en sus manos, contemplando las barnizadas uñas como si nunca las hubiera visto.

—En ese caso —murmuró finalmente—, me veo obligado, sintiéndolo mucho, a aumentar mis precios. Será el doble, señor Kirk.

—No tengo otra alternativa —dijo Kern, tratando de no pensar en la Fiera.

—La mitad por anticipado —concretó Sky.

Kern hundió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un crujiente fajo de billetes que depositó sobre el escritorio, sin contarlos.

—Bobo, ponga ese dinero en la caja —dijo Sky, poniéndose en pie—. Caballeros, les ruego que me disculpen. Pueden discutir los detalles con el señor Bobo. Hasta la vista.

* * *

—No adoptes ese aire de cristiano echado a los leones —dijo Kern cuando, una hora más tarde, se encontraban de regreso en su pequeño hotel de Charin Cross Road—. Tu misión es muy sencilla. Sólo quiero saber: 1.º, si Blending continúa existiendo... y si está en Wisbitch.

—¿Eh? —dijo Kelly.

—Sí, desde luego. El M. I. 5^[7] ha podido encerrar a Blending en una de sus residencias particulares, y hacer ocupar su celda por un figurante. 2.º, quiero saber en qué condiciones se encuentra Blending, es decir, si está en plena forma o desmoralizado, si goza de todas sus facultades mentales o, por el contrario, completamente desquiciado; si tiene o no deseos de evadirse.

—¿Crees que podría negarse? —inquirió Kelly, desconcertado.

—No sería la primera vez que ocurre. Blending puede sospechar que te envía el M. I. 5. También puede temer que te envíen sus amigos del Este, no para hacerle salir, sino para hacerle entrar en la paz eterna. Por lo tanto, quiero andar sobre seguro, y las respuestas que dará a las preguntas que le

formules, la actitud que adoptará en tu presencia, me informarán de lo que quiero saber.

—Pero, esas preguntas, ¿cuáles son? —gimió Kelly.

—No te preocupes, voy a dártelas y te las aprenderás de memoria. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Kelly—. De todos modos, la misión no es como para ponerse a saltar de alegría, precisamente. ¿Y si me sorprenden en el interior de la cárcel?

Kern sonrió.

—En ese caso, señor Kelly, habrá usted prestado un señalado servicio a la causa.

Kelly le miró como si se hubiera vuelto loco.

—Está muy claro —dijo Kern, riendo—. Si te sorprenden dentro de la cárcel, significará que la Sociedad *Evasion Incorporated* no está a la altura de su fama y que es incapaz de hacer salir a nadie de Blending. Y ahora, Kelly, puedes ir a acostarte: te deseo unos hermosos sueños.

Kelly se dirigió lentamente hacia la puerta, la abrió, se detuvo en el umbral, se volvió.

—¡Hacerme encerrar voluntariamente en una cárcel inglesa! —exclamó, en tono furioso—. Si mi madre se enterara de esto...

CAPÍTULO II

El almacén olía a lejía y a agua de Javel.

El olor impregnaba las paredes, el material, desde la ancha cinta sinfín cargada de ropa hasta los dos Fenwick que transportaban los cestos de mimbre, estableciendo un puente continuo entre el almacén y el muelle de carga donde se estacionaban los vehículos de reparto.

Media docena de obreros se afanaban bajo la mirada de Witkins, un contraamaestre bajito, rechoncho y completamente calvo.

—¡Catorce! —anunció, pegando una etiqueta al cesto—. ¡Arriba!

El conductor del Fenwick empuñó la palanca y los dos garfios izaron el cesto, conduciéndolo hacia la puerta metálica abierta de par en par.

—¡Jo!

—¿Sí, señor Witkins?

—¿Cuántos cestos quedan por cargar para Wisbitch?

—Tres, señor Witkins.

—Está bien. ¡Quince minutos de descanso!

Una sonrisa iluminó el delgado rostro de Jo. En el fondo, Witkins no era mala persona. Exigente en el trabajo, sí, pero siempre procuraba que los descansos coincidieran con las horas en que abrían las tabernas.

—¡Eh, muchachos! —ladró Jo—. ¡El que quiera puede ir a tomarse un stout!

La evocación de la espesa cerveza rubia hizo cesar inmediatamente el trabajo.

—Todos a una. ¿Se ha fijado usted, señor Witkins? —suspiró Jo—. ¡La unión en el bebercio! Pero cuando se trata de abrir la boca en el sindicato, no aparece nadie... ¿No viene usted?

El contraamaestre se dirigió hacia la escalera de caracol que permitía llegar a la plataforma donde se encontraba la cabina-despacho.

—No tengo tiempo. He de firmar los albaranes de entrega.

Se volvió y, frotándose las manos, añadió:

—Al salir, cierre la puerta. Está helando, y los montones de ropa van a convertirse en bloques de hormigón.

Jo suspiró.

—Lástima, jefe. En el *Chien de Pique* hay una camarera nueva que quita el hipo. En fin...

El jefe de equipo se alejó con paso lento. Su alta silueta encorvada se destacó a contraluz mientras tiraba del pomo de la puerta corrediza.

Witkins esperó unos segundos, escuchó alejarse los pasos de Joe sobre el cemento del muelle y luego regresó apresuradamente hacia la cortina metálica, cuya abertura bloqueó con la clavija de seguridad.

Volvió a cruzar el almacén, subió rápidamente los peldaños de la escalera de caracol, llegó a la plataforma, entró en la cabina y cerró la puerta detrás de él, apoyándose contra el batiente a fin de recobrar el aliento. Una ojeada al reloj le enteró de que disponía aún de diez minutos. Se acercó al armario, golpeó la madera con los nudillos.

En el interior del armario alguien suspiró profundamente. Witkins abrió las dos puertas.

—No es que quiera quejarme —gruñó Kelly—, pero, por el precio que cobra, la *Evasion Incorporated* podría proporcionarme un colchón.

—¡Si eso puede hacerle feliz, tendrá incluso derecho a sábanas!

* * *

Witkins no le había engañado. Kelly tenía sábanas. Uno, diez, cien pares a su disposición. Nadaba en un universo de ropa blanca, bañándose también en su propio sudor, y añoraba amargamente su armario.

Un aire enrarecido le llegaba por los intersticios del cesto y los orificios suplementarios practicados en la tapadera. Un aire cargado con tanto polvo, que Kelly tenía que poner en juego toda su fuerza de voluntad para no estornudar.

Tendido boca arriba, Kelly, desde hacía veinte minutos, descubría las dichas de un paseo por el centro de la ciudad, encerrado en un cesto... El vehículo de reparto rodaba prácticamente al paso. De cuando en cuando, el conductor debía ponerse nervioso, porque el Rover daba un salto. Los cestos de ropa se movían entonces hacia adelante. Kelly se sentía deslizar, solidario con su embalaje, y luego se producía el choque contra el cesto precedente, seguido del choque del cesto posterior...

Kelly suspiró, consultó una vez más su reloj, se volvió de lado y cerró los párpados a fin de evitar que el polvo que resecaba sus mucosas y se aferraba a su garganta irritara también sus ojos.

Un nuevo golpe de acelerador embaló el motor. Esta vez, el Rover pareció adquirir su impulso. Una sonrisa distendió los labios del pelirrojo. Diez segundos más tarde, la sonrisa se trocó en una mueca cuando un repentino frenazo proyectó de nuevo la carga hacia adelante. Kelly ahogó una maldición.

Escuchó atentamente, tratando de adivinar lo que sucedía en el exterior. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal.

«Si ese imbécil de chófer atropella a un peatón, estoy listo —pensó—. Los *bobbies* intervendrán el vehículo y... ya veremos lo que pasa».

En aquel preciso instante, el Rover reemprendió la marcha.

Ahora, Kelly no consultaba ya su reloj. Para pasar el tiempo, trataba de imaginar a Kern dentro de un cesto de mimbre. Pero ni siquiera aquella evocación bastaba para mantener ocupada su mente. Le hubiera gustado conocer la continuación del programa. Pero el contraamaestre no había soltado prenda al respecto.

«¡El muy canalla!», murmuró Kelly.

Se dio cuenta súbitamente de que uno de los hechos que determinaban el éxito de la *Evasion Incorporated* era su rigurosa división en compartimientos estancos.

«Yo le embarco —le había dicho Witkins—. Otro individuo le hará desembarcar». «De acuerdo, ¿y después?». El contraamaestre había estallado

en una carcajada: «La chica que ha puesto esas sábanas en la máquina de lavar ignora de dónde proceden. Y no le importa a quién van a ser entregadas. Su tarea consiste en lavar, sencillamente».

Kelly oyó un rumor de voces, el tintineo de una cadena al ser bajada y la risa del chófer o de su interlocutor.

Un instante después, el vehículo se estremeció. El pelirrojo observó que el conductor no ponía una marcha superior a la segunda, y dedujo que existía una posibilidad de que hubieran llegado a su destino.

* * *

Samuel Pipcord se inclinó hacia la derecha y vio a través del cristal de su puesto de control el camión de la lavandería que rodaba al paso por la avenida central de la prisión. Movié la cabeza con aire satisfecho al comprobar que la entrega se efectuaba a su hora, y pulsó un timbre, insistiendo hasta que resonaron unos pasos en el corredor. Llamaron a la puerta.

—¡Sí! —ladró en tono desabrido.

Un hombre de unos cuarenta años, vestido con un uniforme azul marino y tocado con una gorra de plato de visera corta se enmarcó en la jamba de la puerta.

Samuel Pipcord rebuscó en su armario, y sacó de él un enorme libro encuadernado en tela negra.

—Stone, ¿está usted de servicio en la primera división?

—Sí, jefe. Dentro de diez minutos empieza mi turno.

—¡Perfecto! Tengo un trabajo para usted. Lo encontrará en el patio. ¡Y esta vez procure comprobar la mercancía!

—De acuerdo, jefe.

Samuel Pipcord esperó a que Stone hubiera cerrado la puerta para volver a sumirse en el estudio de los pronósticos de los partidos de fútbol. El jefe de los guardianes de la prisión de Wisbitch no era aficionado al deporte, y el único futbolista que conocía de nombre era *Sir Stanley Matthews*, porque en cierta ocasión le había hecho ganar más de doscientas libras en las quinielas.

Stone bajó rápidamente los peldaños de la escalera y desembocó en el patio del edificio A en el instante en que el camión de la ropa se situaba marcha atrás delante de la puerta central.

Avanzó hacia la cabina, se subió al estribo.

—¿Está completa la carga?

El conductor inclinó afirmativamente la cabeza.

—¿Y el resto de sábanas que faltaba?

—No se preocupe, está ahí dentro.

Los presos que tenían que descargar el camión cruzaban el patio, en columna de a dos, con paso cansino. Stone esperó a que llegaran a su altura para preguntar ostensiblemente al chófer:

—El paquete suplementario, ¿está mezclado con los otros?

—Desde luego.

—¡Claro! Vamos a vernos negros para recuperarlo... Me gustaría que su jefe estuviera en mi lugar. Esto es un verdadero lío. Cada entrega corresponde a una división. Hoy entrega usted la A. Y el cesto en cuestión pertenece a la C. ¿Comprende?

Stone se volvió hacia los presos.

—Ya sabéis lo que os espera, muchachos.

El chófer sonrió, abrió la portezuela y descendió de la cabina.

—¡No se haga mala sangre, jefe! Todo está previsto. La ropa de la C está en un cesto marcado con una C. Y, además, lo han colocado en el fondo.

—De acuerdo —dijo Stone, sonriendo a su vez—. No he dicho nada. Lo cual no impide que tenga órdenes del director para que se cuenten las piezas.

—¿Por lotes?

—Una a una. Y en caso de que exista diferencia entre las anotadas y las entregadas —dijo Stone golpeando con el puño el libro encuadernado en negro—, firmará usted el talón de entrega rectificado.

—¡Santo cielo! —gimió el chófer—. ¡Hay trabajo para una hora, al menos!

Stone se encogió de hombros.

—¡Órdenes son órdenes! De todos modos, procuraremos abreviar. ¡Vamos, muchachos! Los cestos de la A, al refectorio; y el cesto de la C, a mi oficina. ¡Aprisa!

Kelly oyó que se abrían las puertas del Rover y recordó que, cuando era niño, su abuela se colocaba el dedo índice debajo de la nariz para no estornudar. Como buen irlandés, Kelly tenía muy desarrollado el espíritu de familia...

Súbitamente, experimentó la sensación de que abandonaba el suelo del camión. El cesto se inmovilizó un instante en el aire, y luego Kelly notó que se deslizaba a lo largo de un tablero antes de tocar el suelo.

* * *

—¡Estoy molido! —gruñó Kelly, saliendo del cesto—. ¿Cuál es el programa, amigo?

Stone consultó su reloj.

—Dispone usted de tres cuartos de hora. Póngase este uniforme y salga de aquí antes de que algún aguafiestas llame a la puerta.

El pelirrojo frunció el ceño.

—¡No se impaciente, amigo! En primer lugar, ¿cómo voy a localizar a mi cliente?

—Aquí tiene un plano —dijo Stone, entregándole una hoja de un bloc—. En caso de captura, hágalo desaparecer. Será mejor que se lo trague.

—¿Y mi úlcera? —gimió Kelly.

—¡Al diablo su úlcera! Cuando haya visto al «embajador», regrese aquí.

—Bueno, ¿y después? —insistió el irlandés, abotonando su pantalón de sarga.

—¡El autobús le espera! Mientras mis muchachos cuentan las sábanas, otros preparan la ropa sucia. ¡Usted embarcará al mismo tiempo!

Kelly hizo una mueca. Las sábanas podían pasar, pero sucias... Antes de salir, sincronizó su reloj con el de Stone, consultó su itinerario.

—¿Y si el autobús sale antes de lo previsto?

Stone se encogió de hombros.

—No hay nada que temer. Se encontrarán diferencias en las cuentas hasta que usted haya regresado.

Kelly salió al pasillo, se hundió el gorro hasta los ojos, se subió el cuello del chaquetón y cogió al pasar la escoba y el cubo que Stone había dejado en los primeros peldaños. A través de la entreabierta puerta del refectorio pudo ver a los presos que, sin el menor entusiasmo, iban colocando sobre las mesas de hierro las prendas de ropa que sacaban de los cestos.

«El primer pasillo a la derecha..., luego el primero a la izquierda —se repitió Kelly—. Después, todo recto hasta el final del pasillo. Pasar de largo por las seis primeras celdas. El pájaro está en la séptima».

«Cinco..., seis...». Kelly tuvo que detenerse. Un guardián venía a su encuentro. El irlandés se arrodilló, cogió la bayeta húmeda que había en el fondo del cubo y la retorció. El guardián se había inmovilizado. Kelly veía delante de su nariz los dos pies calzados con unas gruesas botas negras.

—¡Eh!

Kelly levantó la cabeza, dispuesto a saltar sobre el hombre en caso de complicaciones.

—¡Deje de hacer el tonto con su bayeta! ¡No voy a pasarme la vida cubriéndole las espaldas!

Patrick Kelly ahogó el juramento irlandés que acudía a sus labios, se precipitó hacia la séptima celda, descorrió el cerrojo, empujó el batiente y volvió a cerrarlo detrás de él.

En el centro de la celda, sin más prenda encima que un pantalón de recluso, un hombre de unos cincuenta años, de torso musculoso, efectuaba unos movimientos gimnásticos con gran aplicación. Se interrumpió y, sin soltar sus pequeñas halteras, miró al recién llegado.

—Que un guardián entre en mi celda sin llamar resulta lógico. Las personas que tienen modales se dedican a otro oficio. Lo que me asombra es que un colega mío sea tan mal educado. La promiscuidad, sin duda...

Blending dejó sus halteras sobre el camastro, se acercó a Kelly, le examinó atentamente.

—Es usted nuevo, lo cual lo explicaría todo. No creo haberle visto por aquí...

Se encogió de hombros y ladeó ligeramente la cabeza.

—Es cierto que salgo muy poco.

«Está enfermo —pensó Kelly—. Quieren recuperar a un chiflado».

—¿Pertenece usted a nuestra división?

—No.

—¿A la C, quizás?

«¿Le corto, o le sigo el juego?».

—A menos que no pertenezca a la B. En ese caso, le compadezco, ya que los guardianes de la B son unos verdaderos huesos y el té es horrible.

—Tranquilícese, *señor* Blending, sólo estoy de paso.

El exjefe de la oficina de los asuntos eslavos permaneció impasible. Kelly trató en vano de captar en el rostro de rasgos finos, en los ojos claros, un indicio de atención.

—Dispongo de muy poco tiempo, *Sir*. No puedo explicarle cómo he llegado hasta usted. Alguien prepara su evasión.

—¿Quién es ese «alguien», mi querido amigo?

—¡Unos amigos! Unos amigos que opinan como usted, que sufren al pensar que un hombre de su inteligencia, de su competencia, está encerrado en esta jaula.

Kelly había tratado de poner en su respuesta el acento de sinceridad que Kern había tardado dos horas en hacerle adquirir.

—¡Ah!

—Estamos convencidos de su inocencia, *señor* Blending, y de que no conseguirá demostrarla si no recobra su libertad.

El diplomático parpadeó.

—¿Quiénes son esos amigos que me aprecian tanto?

Kelly abrió las manos en un gesto de impotencia.

—La discreción es la condición esencial para que sus proyectos se vean coronados por el éxito. Mi visita no es más que un primer contacto destinado a obtener su acuerdo de principio. Seguirán otros, y una voz más autorizada que la mía le informará debidamente.

Sin pronunciar una sola palabra, Blending volvió a coger sus halteras.

—¡Escúcheme, por favor! —insistió Kelly, viendo que empezaba de nuevo con sus flexiones de bíceps—. En beneficio suyo, en el de su familia...

—Haga el favor de dejar a mi hija al margen de esta discusión. Y escuche usted esto: me encuentro muy a gusto en este establecimiento en el cual la Corona ha considerado oportuno internarme. Transmítaselo a sus amigos.

Una leve sonrisa asomó a sus labios.

—Transmítaselo... con mi pesar y mi agradecimiento...

Kelly consultó su reloj: disponía aún de diez minutos para tratar de convencer a su interlocutor.

El vaivén de las halteras empezaba a ponerle nervioso. Experimentaba el deseo de precipitar las cosas. Una de dos: o Blending había sufrido un lavado de cerebro, seguido de un «condicionamiento», o estaba representando una comedia.

—Me dirijo al hombre, no al diplomático: el hecho de saber que en las escuelas los niños juegan al «traidor Blending», ¿le deja acaso indiferente? Ya que de hecho se trata de eso. Hace unos instantes ha dicho usted «la Corona considera oportuno». Pero, santo cielo, la ha servido usted durante años enteros, Blending. Y, de la noche a la mañana, un tribunal ha tachado veinte años de buenos y leales servicios. ¿Se siente usted sometido aún a las leyes de un país que le desprecia?

Kelly había agotado sus argumentos. Blending continuaba con sus movimientos, sin preocuparse de su presencia.

—Por última vez, señor Blending, ¿qué le importa a usted Inglaterra, la nación que le ha rechazado?

Blending dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo. Su mirada se hizo francamente irónica.

—¿Conoce usted a Kipling, señor X?

—De nombre, *Sir*...

—¡Lástima! Me habla usted de Inglaterra, he aquí mi respuesta: «*Wright or wrong, my country*»^[8].

Los grandes ojos claros no habían perdido nada de su ironía. Geoffrey Blending le señaló la puerta con un leve movimiento de su mentón. Kelly se dio cuenta de que lo único que podía hacer era retirarse.

Llegaba al rellano cuando la sirena empezó a aullar. Inmediatamente, unos estridentes pitidos resonaron en el patio. Kelly se precipitó hacia la escalera y chocó con Stone que le esperaba abajo.

—¡Por aquí! ¡De prisa!

Kelly siguió al guardián, el cual pasó sin detenerse por delante de la oficina donde se encontraba el cesto y enfiló el pasillo de las cocinas.

—¿Adónde vamos?

—Dese prisa y no haga preguntas.

Kelly se calló.

CAPÍTULO III

Uno detrás del otro, los dos hombres cruzaron el patio interior que separaba la división A de la C y desembocaron en el vestíbulo de la enfermería.

—No estoy enfermo... —gruñó Kelly—. ¿A qué viene este paseo?

—¡Ya lo verá!

Stone esperó a que los dos enfermeros hubieran pasado para indicar a Kelly que cruzara el pasillo.

—¡Entre ahí!

Kelly se encontró en una celda de aislamiento.

—¡Acuéstese! —ordenó Stone.

—¿Qué?

—¡Acuéstese! ¡Póngase ese pijama de reglamento! ¡No discuta, o estamos perdidos!

Kelly vaciló. Los pitidos en el patio y el aullido de las sirenas debían justificar aquel cambio de programa.

—¿Prefiere usted que le atrapen?

—¡Voy! ¡Voy! —rezongó Kelly—. Normalmente, cuando me desvisto estoy solo... Hacerlo delante de otra persona me intimida.

—¡Dese prisa!

Kelly se deslizó bajo las sábanas. Stone se acercó a él y sacó de su bolsillo una venda muy ancha. El irlandés se incorporó.

—Oiga, ¿qué es lo que pasa aquí? ¿A qué viene todo esto? Tengo billete de ida y vuelta: ¿dónde está el autobús? ¿Y qué significa esa venda?

Stone le hizo seña para que se callara. En el pasillo, un grupo discutía en voz alta.

—Déjeme hacer, amigo —susurró Stone a su oído—. Le juro que es necesario...

—¡Adelante!

Stone le rodeó la cabeza con la venda.

—Ha desaparecido un tipo de la enfermería —murmuró—. Se han dado cuenta antes de tiempo. Y ese cerdo de Pipcord está haciendo registrar todos los edificios.

—¿Y qué?

—Me he visto obligado a meter al tipo en el cesto y enviarlo a la calle en el camión.

Kelly se sobresaltó. Stone dio otras dos vueltas. Sólo los ojos de Kelly, y a duras penas, eran visibles. Un agujero en el emplazamiento de las fosas nasales y de la boca le permitía respirar.

—Es usted Williams, Henry para los compañeros... No hay nada que temer de los guardianes, están en el ajo. El único problema es Pipcord. Todo lo que sabe de Williams es que está vendado como una momia. No se mueva de aquí, y mañana me las arreglaré para sacarle. ¿De acuerdo?

—¿Cree que mi opinión tiene algún valor? ¿Y si me obligan a quitarme el disfraz?

Stone reflexionó unos instantes.

—Es muy poco probable. Voy a anunciarle a Pipcord que el bastardo de Williams había ido a beberse una cerveza a la lavandería y que he vuelto a traerle aquí.

—No está mal pensado —dijo Kelly—. Pipcord dará orden de que suspendan el registro y nos dejará en paz.

—En principio, sí.

Kelly, debajo de su vendaje, enarcó las cejas.

—¿Por qué «en principio»?

—A condición de que el programa haya sido respetado.

—¿El del registro?

—¡El de las evasiones! Williams era el único previsto para hoy, pero si otro tipo ha hecho la maleta, todos los planes irán por los suelos...

* * *

Kern fumaba en silencio en el asiento posterior del Bentley. Bobo, al volante, se escarbaba las uñas con aplicación. Hacía media hora que esperaban en la esquina de Kyle Street y Logan Road, delante de una panadería de la cual surgía un olor a corteza crujiente, a pan recién hecho.

Kern aplastó su colilla en el cenicero del coche y bajó el cristal de la portezuela. La niebla se disipaba lentamente. Los inmuebles, las aceras, las fachadas de las tiendas parecían surgir de una nada brumosa. En su boletín de la mañana, la B. B. C había anunciado: «*una leve mejoría en las primeras horas del día*», antes de concluir con una nota pesimista: «*Sin embargo, la niebla volverá a cubrir la capital a últimas horas de la mañana*».

—Oiga, amigo, ¿tengo alguna posibilidad de volver a encontrar a mi amigo Galway antes del solsticio de verano?

El hombre de confianza de Christopher Sky se alisó los engomados cabellos con una mano cargada de anillos.

—Hay que esperar, señor Kirk —dijo, volviéndose—. Nuestros amigos se ocupan del asunto. Ahora, si considera usted que las cosas no marchan con la suficiente rapidez...

—Puedo ir a reclamar al maestro armero, ¿no es eso?

El español sonrió antes de contestar.

—Estamos acostumbrados a trabajar con calma, señor Kirk. En esta clase de empresas, no conviene precipitarse.

Kern consiguió dominarse. Estaba predispuesto a seguir el juego, a admitir los aires de superioridad de aquellos caballeros del hampa, a fingir que les consideraba como a unos industriales del *rackett*, pero había un límite que Bobo y sus compinches no debían sobrepasar...

—¿Señor Kirk?

—¡Presente!

—Tenía razón al decirle que no se impacientara. Mire...

Con la mano, Bobo señalaba una masa en movimiento, blanca, que avanzaba hacia ellos en medio de la bruma irisada.

—¿Qué pasa? No veo nada especial...

El español dejó oír una risita nerviosa.

—Porque no sabe lo que tiene que ver...

—Señor Bobo, sepa usted que al contratar los servicios de la *Evasion Incorporated* he alquilado a unos truhanes, no a unos filósofos... ¡Explíquese, y aprisa! Ha pasado ya la época de las adivinanzas.

Bobo se dio cuenta de que su pasajero no bromeaba.

—Delante de nosotros —dijo, con voz ronca—. Los dos tipos de blanco...

—Sí. Unos enfermeros. ¿Y qué?

—¡El de la derecha es Galway!

—Si no me dice otra cosa... —murmuró Kern, volviendo a retrepase en el asiento.

—Abra la portezuela, señor Kirk... ¿A dónde he de conducirles?

—¡A mi hotel, joven!

Diez segundos más tarde, Patrick Kelly subió al Bentley, cuya brusca arrancada en medio del puré de guisantes hizo contraer el estómago de Jonathan Kern.

* * *

Apenas entró en la habitación, Kelly se volvió, furioso.

—¡Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, liquidar a Bobo, a Sky, a Blending, al alcalde de Londres, pero me niego a representar el papel de momia en una enfermería!

El pequeño irlandés echó a andar de un lado para otro, como una fiera enjaulada, bajo la divertida mirada de Kern.

—¡Me han alimentado a través de un tubo nauseabundo! ¡Me han dado tres inyecciones! He disfrutado de las atenciones de un enfermero demasiado servicial...

—¿De qué te quejas? Veo que Wisbitch sabe tratar a sus huéspedes distinguidos... Ponen un enfermero particular a tu servicio, y tienes la desfachatez de refunfuñar...

Kelly giró bruscamente sobre sí mismo.

—Sí, ¿eh? La próxima vez que estés enfermo, te traeré un orinal y veremos la cara que pones si me empeño en ayudarte a utilizarlo.

La risa de Kern exasperó al pelirrojo.

—¿Lo encuentras divertido?

—Francamente, sí. Lo que me asombra es el mal gusto de ese individuo, ya que si algún día me decidiera a cambiar de acera, no serías mi tipo.

—¡Me alegra saberlo! Pero, debieron advertirme. La próxima vez que vea a Sky le preguntaré si esa clase de servicio está incluido en el precio.

—A propósito de precio, he de señalarte que para tener la dicha de hacerme insultar groseramente por un borrico irlandés he pagado a nuestro amigo Cristopher otras dos mil libras... De no haberlo hecho, estarías aún soportando el asedio de tu enfermero.

—¡El muy cerdo! Cuando pienso que mi madre...

—¡Paz a sus cenizas!

Los rasgos de Kern se habían endurecido. Las múltiples arrugas parecían cincelar todavía más el rostro, en tanto que los ojos habían adquirido una tonalidad gris metálica.

—Háblame de Blending.

—Está vivo. Es él, desde luego. De acuerdo en todo con su ficha.

—¿Estás seguro?

—¡Como me llamo Patrick! Todo coincide: estatura, aspecto general, color de los ojos, forma del rostro, modelado del pabellón y de los lóbulos de las orejas...

Kelly se rascó la roja pelambreira.

—Sin hablar de la corona Richmond que sirve de punto de apoyo a su puente del maxilar superior.

Kern empezó a pasear de un lado a otro de la habitación, mientras Kelly se dejaba caer en el butacón de cuero.

—¿Su actitud?

—Al principio, creí que estaba chiflado; luego recordé que Stone, el contacto de la organización, se refirió a él diciendo «el embajador». De repente, sus modales, su tono, su modo de continuar con flema su pequeña sesión de pesas y halteras...

—¿Te pareció que correspondían a uno de los párrafos de su retrato psicológico?

Kelly asintió.

—¿Cómo reaccionó cuando le planteaste la cuestión?

El irlandés carraspeó y levantó hacia Kern un rostro preocupado.

—Bueno...

Sacudió la cabeza, dejó escapar un leve suspiro.

—Sólo he tenido tiempo de colocar mi primera copla. Inmediatamente, Blending quiso saber quién me manejaba.

—Lógico. ¿Y después?

—Recurrí al estribillo del contacto perfecto: «Celeridad, discreción, no estoy autorizado a contestar, etc.», y jugué la carta del acuerdo en principio, concretando que en caso afirmativo recibiría la visita de otro «mediador».

Se interrumpió ante la mueca de reproche de Kern.

—Espero que habrás utilizado esos términos de *barbouze* para convencer a nuestro cliente...

El irlandés irguió vivamente la cabeza.

—¿Y qué más? Pregúntame si le he hablado de la Fiera. He recitado mi lección tal como tú me la enseñaste. Ahora bien, cada uno tiene su estilo.

—De acuerdo, de acuerdo... Ahora, contéstame una pregunta: ¿han «lavado» a Blending?^[9]

—Sí, y no...

—¿Eres irlandés o normando?

Kelly se puso en pie, cruzó la habitación, se acercó a la ventana y apartó el visillo; un débil rayo de sol se filtró a través de los cristales.

—Es posible que el I. S. le haya lavado —dijo Kelly, volviéndose—. Y también es posible que el M. I. 5 no lo haya hecho.

Se encogió de hombros.

—Esa clase de problemas no es lo mío...

Kern sonrió, avanzó hacia la ventana, cogió a su ayudante por el brazo y le empujó hacia el butacón.

—Siéntate ahí y contesta sí o no. ¿Tiene ganas de salir de Wisbitch?

—No.

—¿Está ansioso, angustiado?

—No.

—¿Has notado en sus respuestas un matiz de rencor? ¿Hace la huelga del hambre?

—No.

—En otras palabras, ¿está contento de su suerte?

—¡Y hasta qué punto! Come, duerme, hace deporte, escucha la radio y lee.

Kern reflexionó unos instantes y formuló su hipótesis:

—Es posible, en efecto, que el M. I. 5 le haya sometido a un lavado de cerebro, lo cual explicaría ese estado eufórico... A no ser que te haya tomado por un agente del I. S., en cuyo caso su actitud es clásica.

Una sonrisa distendió las facciones de Kelly.

—De todos modos, me ha echado.

—¿Te ha dado algún mensaje para los amigos a los cuales pretendías representar?

—Sí. Me ha encargado que les transmitiera su pesar y su agradecimiento. Por mi parte, he jugado la carta antibritánica. Incluso creo que me he excedido un poco. Entonces me ha preguntado si conocía a Kipling.

Kern se encogió de hombros.

—Una falta de psicología asombrosa en un diplomático...

—¿Por qué?

—Sería demasiado largo de explicar.

—Me ha dicho: «Lástima, pero seguramente sus amigos le conocen». Y me ha largado una cita: «*Wright or wrong, my country*».

Kern se inclinó sobre él, frotándose la barbilla.

—Cuando Blending pronunció esas palabras, ¿cuál era su actitud?

Kelly hizo una mueca irónica.

—He leído en sus ojos que me tomaba por un...

—No es necesario que me concretes: hay cosas que se adivinan. ¿Cómo funciona la red Sky? —añadió Kern, encendiendo un cigarrillo.

—Como una seda, desde luego. Y, cuando surge un obstáculo, esos tipos no carecen de imaginación.

—¡Perfecto! Creo que se impone una visita a nuestro amigo Christopher Sky. Toma una ducha y duerme. En este hotel no hay enfermeros, pero, en cambio, las doncellas son muy atentas.

* * *

Si Jonathan Kern hubiese conocido a Christopher Sky en el banquete anual del Y. M. C. Z., hubiera jurado que era un banquero de la City.

El mandamás de la *Evasion Incorporated* llevaba un traje de color antracita muy bien cortado, una corbata de seda gris perla, unos zapatos resplandecientes, un sombrero hongo y un paraguas.

En cambio, Bobo, con su rostro de gitano y sus cabellos aceitosos, constituía una nota discordante. Al volante del Bentley, el hombre de confianza del mandamás rodaba lentamente a través de las calles que convergían hacia la prisión de Wisbitch. El hombre del tiempo no se había equivocado. La niebla se diluía bajo los efectos de un sol anémico, pero que al menos tenía la ventaja de devolver su personalidad al decorado.

—Si no tiene inconveniente, señor Kirk, procederemos del modo siguiente: yo le comentaré las diversas fases de la operación, y a continuación contestaré sus eventuales preguntas.

Christopher Sky carraspeó y levantó una mano regordeta para apartar la pequeña nube de humo azulado provocada por el cigarrillo de Kern.

—A pesar de que, en términos generales —concretó, en tono suave—, nuestros clientes se limitan a pagar la cuenta, sin interesarse por los detalles.

—Digamos que yo soy un cliente especial —sugirió Kern, sonriendo.

—Voy a terminar por creerlo.

El Bentley se acercaba ahora a Wisbitch. Kern respetó el silencio de su compañero. Un aspecto de Londres, generalmente desconocido de los turistas, desfilaba ante sus ojos. El barrio no podía compararse con los del centro, de

los negocios o de los bancos. Tampoco era residencial. Aquí no había inmuebles de fachadas envejecidas y adornadas con esculturas y columnas, ni parterres de césped bien cuidado. No había jardines públicos, ni arterias de perspectivas despejadas, sino un dédalo de calles angostas, con cestos de verduras y de frutas en las aceras, desbordándose hasta la misma calzada. Aquello no tenía tampoco ningún parecido con Soho visto de día, con sus grupos en las encrucijadas, su fauna cosmopolita y abigarrada reunida en racimos esperando que se abran los *pubs*. Sin embargo, también en Wisbitch debía apostarse a las carreras de caballos, a las de galgos, a las quinielas y, con mayor motivo, a las evasiones...

Wisbitch olía a miseria. Sus viejas paredes resudaban toda la angustia de un pequeño mundo subdesarrollado. Desde la ropa tendida en las ventanas hasta los adoquines cubiertos de basura, todo estaba al mismo nivel.

Bobo rodaba al paso. La gente se volvía a mirar el automóvil. Kern podía leer en los rostros el cansancio, el fatalismo y, en algunos, el odio en la mirada.

—Hemos llegado, señor Kirk...

Cristopher Sky señaló con la mano una plazoleta de la cual partían cuatro calles, como las ramas de una estrella.

—A la hora H, es decir, a las nueve de la noche, mis equipos neutralizarán el sector. En cada uno de esos ejes, que llamaremos A, B, C y D para más facilidad, habrá diversos elementos —vendedores callejeros, taxistas, camioneros— dispuestos a bloquear la llegada de los coches de la policía, provocando un embotellamiento, un accidente, una riña...

Se volvió hacia Kern.

—¿Me ha comprendido usted?

—¡Perfectamente!

—En tal caso, Bobo, continúe hasta la encrucijada. Señor Kirk, debo decirle que nuestro sistema de cobertura no es nunca idéntico. Se lo advierto por si, una vez llevado a cabo el asunto, se le ocurriese cometer una indiscreción.

El español consiguió deslizarse entre un turismo y un camión de gran tonelaje. Christopher Sky cruzó el pulgar sobre su índice.

—¿Supersticioso?

—Todo lo que se intente hacer para atraer la buena suerte es poco.

—¡A quién se lo dice usted!

—Bobo, deténgase delante del estanco. Bien... Un segundo de atención, señor Kirk. Al otro lado de esa manzana de casas se encuentra el muro del

recinto de Wisbitch. Actualmente, en virtud de las medidas Mountbatten, la administración efectúa unas obras de consolidación. Y entre los obreros hay algunos que no pueden negarme un favor.

Kern creía soñar. Sky exponía su programa con una absoluta tranquilidad, como si estuviera explicando lo fundamentado de una moción ante la Cámara de los Lores.

—En consecuencia, el material necesario, garfios, cuerdas, etc., será introducido en la prisión. Esto en lo que respecta a los medios para salir. ¿Quiere usted que pasemos por delante de las obras, señor Kirk?

Kern enarcó las cejas.

—¿Por qué no? Nunca se sabe... Un detalle a rectificar, una modificación de última hora...

Sonrió, antes de añadir:

—En esta clase de ejercicio, toda precaución es poca.

Los ojillos de Christopher Sky se contrajeron hasta quedar convertidos en dos diminutas rendijas.

—Si he preferido hacerle mi demostración aquí —precisó, en tono suave—, se debe a la fastidiosa presencia de una dirección prohibida. Bobo, dé la vuelta por la Old Brush Street: al señor Kirk le gusta comprobar por sí mismo el empleo de los capitales que invierte en un negocio.

El chófer emitió un vago gruñido y maniobró a fin de poder alcanzar la encrucijada sin dejarse encerrar en la hilera de vehículos.

* * *

Cuando Kern franqueó la puerta giratoria del hotel Gatwick, tenía motivos para sentirse satisfecho. El plan de Sky era no solamente lógico, sino también de una desconcertante sencillez.

—¿Mi llave?

El conserje se inclinó.

—El señor Galway le espera en su apartamento, *Sir*.

Kern subió en el ascensor, salió al rellano, se cruzó con la doncella que salía de su habitación, se apartó para dejarla pasar y empujó la puerta. La voz de Kelly resonó en la ducha.

—¿Has olvidado algo, querida Dolly?

—Sí, cariño —rugió Kern—. ¡Cerrar la puerta!

El pequeño irlandés, chorreante de agua, salió de la ducha con una toalla enrollada al cuerpo.

—Lo siento, Kern, pero no...

—Después de lo del enfermero, creo que no tengo derecho a reprocharte esta compensación —gruñó Kern—. Ponte una bata y sécate, antes de que mi alfombra quede convertida en una esponja. Entretanto, voy a hacer una llamada.

* * *

Al ver cómo inclinaba la cabeza hacia adelante, Kelly comprendió inmediatamente que el resultado de la llamada de Kern había sido negativo. Conocía demasiado a su amigo para no aventurarse a formularle ninguna pregunta.

Un pesado silencio se estableció en la habitación. Uno de esos profundos silencios durante los cuales los protagonistas se observan fumando o bebiendo té.

Kern reflexionaba, sentado en el borde de la cama, con las manos apoyadas en el edredón.

—Evidentemente —murmuró Kern—. Era de prever...

—¡Ejem! —carraspeó el pelirrojo.

—¿Sabes de qué se compone la prensa escrita, Kelly? ¿No? Claro, es algo demasiado sutil para un intelecto subdesarrollado.

—Puedo indagar, informarme, y...

—Sería inútil: hay periódicos de la mañana y periódicos de la tarde. Y la persona que me interesa trabaja en un periódico de la mañana.

—¡Estupendo! Dime dónde está y voy a por ella.

—Es una idea fija. Por otra parte, ahora no está allí.

—Pero, si trabaja en un periódico de la mañana...

Kern levantó los ojos al techo, con aire de cómica desesperación.

—Patrick Kelly, grabe con letras fluorescentes en su memoria que un periódico de la mañana se confecciona por la noche, y un periódico de la tarde por la mañana.

El pequeño irlandés hizo una mueca dubitativa.

—¿Y no podrían hacer las cosas como todo el mundo? En mi opinión...

—¡Basta! ¡Si empiezas a reflexionar estamos perdidos! ¡Da por adquirido ese principio! Pero eso nos va a hacer perder toda la tarde...

—¿Por qué tienes tanto interés en leer un periódico de la tarde?

Kern le fulminó con la mirada.

—¡No es posible! Patrick, por el amor de Dios, trata de recordar en qué circunstancias viniste al mundo. En determinados casos, el psicoanálisis arregla muchas cosas...

El pelirrojo palideció. Kern supo que debía poner término a sus cuchufletas.

—¡Llama por teléfono y pide que nos suban dos whiskys! ¡Ha llegado el momento de que renuncie a mi régimen!

* * *

Sobre la mesita rococó se alineaban los vasos vacíos y el cenicero estaba lleno de colillas. Después de efectuar cuatro viajes, el camarero había terminado por dejar la botella, un cubo con hielo y un sifón.

Patrick Kelly empezaba a tener dificultades para vocalizar, en una proporción equivalente a la mitad del volumen del whisky que faltaba en la botella. Kern, en mangas de camisa, jugaba con sus tirantes deambulando bajo la mirada de su compañero.

—¡Alumno Kelly! ¿Qué es Inglaterra?

—Una isla, señor.

—Bien. Mucha atención ahora, la cosa va a ser un poco más complicada. ¿Qué es una isla?

Kelly señaló con un índice vengativo el cubo donde flotaba todavía un iceberg solitario.

—¡Muy bien! ¿Cómo se sale de una isla?

Kelly se echó hacia atrás y se rascó la pelambarrera, lo cual revelaba en él una profunda reflexión. Luego cogió la cuchara y la paseó por la superficie del líquido, evitando el iceberg. Al ver que Kern no comprendía, Kelly colocó su mano verticalmente delante de sus labios y emitió un sonido prolongado que recordaba al mismo tiempo la sirena de una fábrica y la bocina que resuena los días de niebla.

—¿Barco? —preguntó Kern.

Kelly asintió, aumentando la intensidad de su ulular.

—Difícil, ya que tendríamos a la policía del Reino Unido pegada a nosotros. El retrato de Blending será enviado a todos los lugares de embarque. Piense otra cosa, alumno Kelly.

La mirada del pelirrojo se hizo más brillante.

—¡Glu... glugluglú! —exclamó, hundiendo su cuchara en el agua como si fuera un submarino.

Kern sacudió negativamente la cabeza.

—Dificultades para acercarse a la costa... y más dificultades aún para salir de las aguas territoriales británicas. Cero, joven. Discurra otra cosa.

Kelly alargó la mano hacia la botella.

—Esto me ayudará a pensar —murmuró.

Mientras se servía una generosa ración, el pelirrojo interrumpió su gesto y exclamó:

—¡El avión!

—La misma objeción que para el barco. Continúa pensando... ¡Un momento!

Kern se inclinó sobre su compañero.

—¡Alumno Kelly, es usted un genio! ¡El avión, he aquí la solución!

—Pero...

—¿Los controles de la policía? ¡No hay problema! Alumno Kelly, embarcaremos a Blending, alias «el embajador», en un aparato del S. A. C. [10].

—Falta saber cómo conseguiremos penetrar en la base militar escogida.

—Creo que lo tengo resuelto... ¿Alguna otra objeción, alumno Kelly?

—Sí, señor.

—Le escucho.

—Podemos sacar a Blending de Wisbitch, podemos sacar a Blending de Inglaterra...

—¡Abrevie, joven!

—¡Pero no se ha descubierto aún el sistema para hacer beber a un asno que no tiene sed! ¡Blending no quiere evadirse! Nosotros queremos, pero él no. Es un círculo vi... vicioso.

—¿Sabe usted jugar al billar, alumno Kelly?

—No, señor.

—Es un error. Tengo dos bolas blancas y una roja. Y puedo utilizar las bandas para hacer carambola.

—¿Y si falla el golpe?

—¡Haré un siete en el tapete!

CAPÍTULO IV

A los ojos de Kern, la niebla había acabado por formar parte del paisaje. Le parecía normal, mientras bajaba el Strand a veinte por hora en dirección a la *City*, percibir únicamente unas formas indecisas que correspondían a los hoteles y a los grandes almacenes, normal que el *Savoy* tuviera el aspecto de un colosal iceberg flotando entre dos aires, normal que el campanario de la

iglesia de Santa María apareciera colgado sobre una gigantesca masa de algodón. En la Fleet Street, los conductores de los triciclos cargados de periódicos semejaban fantasmas haciendo deslizar a un metro del suelo unos pequeños ataúdes repletos de papel. Los letreros luminosos de los grandes rotativos estaban bañados en un halo que el crepúsculo teñía de tonos verdáceos.

Cuando llegó al vestíbulo del *Evening News*, Kern sacudió los faldones de su canadiense forrada de piel de cordero y sonrió a la recepcionista.

—Miss Lynton.

La joven, que se entretenía haciendo una labor de punto mientras hablaba por el receptor adosado a su barbilla, blandió una aguja en dirección a los pisos.

—Gracias —dijo Kern—. Espero que será un niño y que se llamará Jonathan.

La escalinata que conducía al primer piso estaba muy concurrida: obreros vestidos de azul, fotógrafos con las cámaras en bandolera, redactores en mangas de camisa.

Al llegar al rellano, Kern asomó la cabeza por una puerta entreabierta y se encontró cara a cara con un par de suelas del número 45.

—¡Miss Lynton, por favor!

—¡Katryn! —aulló el par de suelas.

—¡Está en el mármol! —aulló otra voz en alguna parte.

—Está en el mármol —explicó cortésmente el par de suelas.

—No sé cómo agradecerse lo —dijo Kern calurosamente, cerrando la puerta.

Luego volvió a abrirla de golpe.

—¿Dónde está el mármol? —inquirió.

—¡Sótano número dos! —respondieron diez voces dispersas.

Esta vez, Kern decidió utilizar el ascensor. A medida que la traqueteante caja le arrastraba hacia abajo, los olores se espesaban a su alrededor: olor graso de la tinta de imprimir, olor acre y picante del plomo fundido, olor químico del taller de fotograbado. El calor aumentaba también y Kern, que no se había quitado la canadiense, notó que el sudor perlaba su rostro.

El «mármol» era una inmensa sala ocupada en toda su longitud por unos obradores cubiertos por una espesa plancha de metal sobre la cual reposaban las formas del periódico. Tipógrafos a un lado, compaginador al otro, componían juntos lo que poco a poco se convertiría en una página. Todo un lado de la sala estaba ocupado por las linotipias, cuyos brazos se hundían a

intervalos regulares en una caldera que contenía plomo fundido, mientras el operador golpeaba con las puntas de los dedos un teclado dos veces mayor que el teclado de una máquina de escribir.

—¿Miss Lynton? —le preguntó Kern a un tipógrafo que pasaba.

—Allá abajo, tercera nave, delante de la página de los ecos de sociedad.

Kern no tardó en distinguir una bonita cabeza cubierta por un pañuelo, que se inclinaba con aire perplejo sobre un juego de clisés recién reproducidos sobre metal.

—Bueno, *Miss Lynton*, ¿nos decidimos? —preguntó el tipógrafo en tono impaciente.

—Nos decidimos, Cloaky, nos decidimos —dijo la joven sin apartar los ojos de los clisés—. Si por lo menos Mrs. Applenton-Bury no tuviera ese aire de perro hambriento mirando a su yerno... incluiría ésa.

—La cosa no le extrañará a nadie —rió el tipógrafo—. Todo el mundo sabe que la vieja permite que su amante se case con su hija para tenerlo más a mano.

—Claky, tiene usted una lengua tan viperina que debería encargarse de mi sección —dijo la joven, riendo.

—¿Miss Lynton? —dijo Kern, acercándose.

La joven levantó la cabeza y Kern vio que tenía una mancha negra en la punta de la nariz, lo cual le daba un aspecto a la vez infantil y malicioso. Su rostro era ovalado, con una mandíbula un poco fuerte. Sus ojos grises se clavaron en Kern con la tierna expresión de algunas miradas de miope. Luego sonrió, y una serie de diminutas arrugas aparecieron en las comisuras de sus párpados y de sus labios.

«No es guapa, pero resulta atractiva», pensó Kern.

—¡Ah! Ya sé quién es usted. Me trae la nota de Bob Twayne sobre el cóctel de la duquesa...

—Lamento tener que decirle que se equivoca —la interrumpió Kern—. Me llamo Kirk, Jonathan Kirk, y vengo de parte de su primo de Washington.

Las arrugas se borraron al mismo tiempo que la sonrisa, y un brillo de inquietud asomó a los ojos grises.

—El primo... El primo de Washington —repitió la joven lentamente, como si no acabara de comprender.

—Primo o no, tiene que escoger su clisé, *Miss Lynton* —dijo el tipógrafo—. La edición sale dentro de un cuarto de hora.

—Discúlpeme —dijo la joven.

Hojeó distraídamente los clisés y tendió uno de ellos al tipógrafo.

—Después de todo, tenía usted razón, Cloaky. Vamos a poner el del perro hambriento. No es culpa mía si Mrs. Appleton-Bury ha elegido ese momento para poner esa cara. Tal vez sirva para poner a su hija en guardia.

—De acuerdo —dijo el tipógrafo, empezando a apretar su forma—. ¡Bob! —gritó en dirección a un obrero vestido de azul—. La forma está lista para el horno.

Kern observó a la joven mientras se despojaba del pañuelo que cubría su cabeza. Una masa de cabellos de color rubio ceniza cayó sobre sus hombros, y le bastó un movimiento de la cabeza para ordenarlos.

—Estaré con usted dentro de unos minutos —dijo.

—Y yo lamento muchísimo haberla molestado en pleno trabajo.

—No me molesta usted en absoluto —aseguró *Miss Lynton*—. Ya he terminado mi trabajo, y me disponía a regresar a mi casa.

—¿Puedo acompañarla? —preguntó Kern—. Para lo que tengo que decirle, estaremos mucho mejor en su casa.

La joven frunció las cejas. Luego se encogió de hombros.

—¡Si usted quiere! —murmuró.

Kern bajó al vestíbulo. Cuando vio reaparecer a la joven, quedó impresionado por su aire de cansancio y casi de tristeza.

—No la entretendré mucho tiempo —aseguró Kern, empujando delante de ella la puerta que se abría a la Fleet Street.

Miss Lynton esbozó una sonrisa y, sin pronunciar palabra, se dirigió hacia el garaje situado al lado del periódico.

—¿Quiere usted conducir? —inquirió, al llegar delante de un pequeño *coupé* azul oscuro.

—En medio de este puré de guisantes, prefiero no asumir ninguna responsabilidad —respondió Kern.

—No vivo muy lejos, afortunadamente; de no ser así, tampoco a mí me agradaría conducir.

Fueron sus últimas palabras hasta el momento en que detuvo el vehículo enfrente de una casa de estilo Victoriano. Una escalera partía de la calle y se hundía en el sótano. La joven entró en el portal sin volver la cabeza, abrió la puerta, encendió la luz. Kern la siguió y movió la cabeza con aire de aprobación. *Katryn Lynton* había sabido crear a su alrededor el mismo encanto que emanaba de su persona. La estancia, bastante baja de techo, estaba tapizada con una tela a rayas amarillas y azules, muy anchas. Los mismos colores se repetían en los almohadones que adornaban un diván cuadrado, rodeado de taburetes marroquíes. También la mesita era marroquí,

y su superficie de cobre forjado resplandecía como un sol. Aquí y allá, unas grandes fotografías montadas sobre madera evocaban paisajes del sur: Provenza, la Camargue, Capri, Marrakech...

—Siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias —dijo Kern—. Estoy a régimen.

El rostro de la joven estaba cada vez más tenso y la expresión de sus ojos era cada vez más inquieta. Evidentemente, Katryn Lynton se moría de ganas de librarse del primo de Washington lo más rápidamente posible.

Kern quedó convencido de ello al observar que la joven no repetía su ofrecimiento, sin servirse ella misma, para darle a entender que no deseaba prolongar demasiado aquella entrevista.

Katryn cruzó las piernas y cerró las manos alrededor de sus rodillas. Kern se obligó a contemplar los paisajes provenzales para vencer la turbación que sentía nacer en él.

—¿Se interesa usted por los viajes, señor Kirk?

La voz era al mismo tiempo cálida y chirriante, a imagen de Katryn Lynton.

—Le confesaré que, para mí, viaje es sinónimo de trabajo y, desde ese punto de vista, pierde su encanto.

La mirada de Kern trató de descubrir lo que hacía tan raro el resplandor de los grandes ojos grises. Súbitamente, se sintió irritado contra la Fiera. Aquella joven, cuya intimidación acababa de violentar, no estaba hecha para chapotear en los Servicios Secretos. Y, sin embargo... Suspiró, motejándose de incorregible sentimental. Hubiera dado cualquier cosa por tener que tratar con un hombre. Pero, quien manda, manda.

—Voy a ser franco, *Miss Lynton*: al decirle que vengo de parte del primo de Washington le revelo mi oficio. A veces puedo desempeñarlo en condiciones aceptables, pero esta noche no ocurre así.

Hizo un gesto para impedir que la joven hablara.

—No, no tengo nada que decir de su hospitalidad, de su acogida...

Sonrió.

—Al contrario. Pero no es menos cierto que, profesionalmente hablando, las condiciones de trabajo son execrables. Y ello se debe a que usted está tan hecha para ser «durmiente»^[11] como yo para cantar las *Vísperas* en la Catedral de San Pablo. Y eso que, en mis años mozos...

La joven se esforzó en sonreír, pero sólo consiguió hundir un poco más los surcos que prolongaban sus labios.

—Permítame ponerme en pie, la cosa irá mejor...

Katryn Lynton se retrepó en los almohadones, mientras Kern se acercaba a unas estanterías llenas de libros.

—¿No cree, señor Kirk, que si se explicara de una vez sería preferible para usted y para mí?

El tono ya no era el mismo. Un matiz amistoso devolvía toda su dulzura a la voz de la joven. Kern se encogió de hombros.

—Supongo que tiene usted razón.

—Le escucho —dijo ella—. Y si me cuenta usted una hermosa historia, volveré a ofrecerle un vaso...

* * *

—Hace poco más de tres meses —empezó Kern—, la antena de Berna nos advirtió de una reunión en la cumbre de los agentes soviéticos que trabajan en Suiza.

Kern concedió unos segundos a la joven a fin de permitirle asimilar los primeros datos del caso Blending.

—Espero que recordará usted la fraseología de Langley^[12], pues de no ser así se le escaparían los términos técnicos.

—No tema, señor Kirk, me acuerdo perfectamente de la temporada que pasé allí y de las enseñanzas recibidas.

—La China Popular ha instalado su Central europea en Berna. Lo cual explica el aumento de los efectivos de los distintos servicios, y en especial del soviético. Nuestro agente decidió recoger más detalles acerca de la famosa reunión. Vigiló la casa de contacto y elaboró un plan para interceptar a uno de los rusos, al cual consideraba acertadamente como un agente de enlace.

Kern encendió un cigarrillo, inquirió:

—¿Me sigue usted?

—Perfectamente.

—De acuerdo con aquel plan, el «popov» fue interceptado. Murió en el curso de la refriega, lo mismo que uno de nuestros hombres. Pero nuestro agente pudo largarse con la cartera de mano del ruso antes de que llegara la policía.

—¿Qué contenía aquella cartera?

—Una bomba: la prueba de que Geoffrey Blending, jefe del Servicio de los Asuntos eslavos de la delegación británica en la NATO, era un agente del «Aparato»^[13]. No cabía la menor duda acerca de la traición del diplomático. Supongo que conoce usted la carrera del personaje...

La joven se inclinó sobre la mesita marroquí y sacó un cigarrillo de una caja de cuero verde.

—Blending, Geoffrey-Andrews —recitó—, D. O. S., D. F. C., cuarenta y ocho años, doctor en Derecho, estudios en Cambridge. Especialista en Lenguas Orientales. Ingresó en el Foreign Office, siendo destinado a Moscú como primer secretario de la Embajada. Condenado el 20 de noviembre a cinco años de prisión, condena que está cumpliendo en la cárcel de Wisbitch. ¿He olvidado algo?

—Un detalle, muy importante: durante su estancia en Moscú, fue reclutado por los Servicios Especiales soviéticos.

—¿No tiene usted sed?

Kern tenía la boca pastosa.

—Siempre respeto los acuerdos —dijo—. Beberemos después, si todavía siente deseos de ofrecerme un vaso...

La calefacción estaba puesta a tope. Desde hacía unos instantes, Kern empezaba a sentir calor. El whisky ingerido en compañía de Kelly parecía brotar de nuevo por sus poros.

—Como iba diciendo —continuó Kern—, nosotros jugamos limpio. Desde hace más de tres meses, en Washington esperábamos que los señores del I. S. nos dieran a conocer los resultados del interrogatorio de un cliente que les habíamos entregado en virtud de los acuerdos de la NATO.

Katryn Lynton se echó a reír.

—Si no he comprendido mal, ha venido usted en busca de noticias. ¿Qué le han dicho nuestros altos funcionarios?

—¡Nada! Por el excelente motivo de que estoy aquí como francotirador... El director tiene el convencimiento de que el M. I. 5 ha obtenido informaciones de Blending. Por lo demás, el veredicto del tribunal resulta muy elocuente: cinco años, cuando Blending se había ganado cuarenta y dos años de presidio.

—¿A qué atribuye usted esa clemencia?

—A las informaciones que ha facilitado el I. S. Por otra parte, he tratado de conocer las intenciones de Blending, introduciendo a uno de mis hombres en Wisbitch. No hay nada que hacer. Blending no quiere salir de allí. Hasta cierto punto, lo comprendo. Los soviéticos deben acechar su salida. Entre una bala en la nuca y la cárcel, la elección no es dudosa.

La joven enarcó las cejas.

—Lo que no acabo de comprender es el juego del M. I. 5. ¿Por qué parece haber echado tierra sobre el asunto?

—El director tiene su opinión al respecto: es verosímil que Blending haya revelado los nombres de otros funcionarios del Foreign Office colocados en órbita por los soviéticos. No olvide que nuestro cliente pertenecía a una red de infraestructura.

Katryn Lynton levantó una mano.

—¿Debo entender que el director considera que el Intelligence Service escamotea las informaciones a fin de evitar un escándalo?

—Exactamente. No sería el primer caso. Sabe usted muy bien que los conservadores no perdieron el poder a causa de su política, sino porque Mr. Profumo, ministro de Defensa, mantenía relaciones con personas de conducta equívoca. Un nuevo caso Burgess-Mac Lean podría provocar la dimisión del Primer Ministro y, en consecuencia, modificar el curso de la política que viene desarrollando Inglaterra desde hace unos meses.

Miss Lynton asintió: aunque era cronista de sociedad, parecía tener un agudo sentido de la maniobra política.

—Por eso debo llevarme al señor Blending. Se impone una larga conversación entre ese diplomático y nuestro venerado director. Lo malo es que las cosas no son tan sencillas como algunos parecen creer.

La joven encendió otro cigarrillo y Kern observó el súbito endurecimiento de sus rasgos.

—¿Cómo piensa usted actuar, señor Kirk?

—He resuelto ya una de las ecuaciones: sé cómo saldrá de Wisbitch el señor Blending.

—Wisbitch no es Inglaterra, y es de suponer que las estaciones de ferrocarril, los aeródromos y los puertos serán objeto de una vigilancia especial...

«En el fondo —pensó Kern—, la Fiera no ha escogido mal... Su “durmiente” sabe razonar. Queda por saber si en el momento de la ejecución será tan eficaz».

—¡Felicidades, *Miss!* —dijo en voz alta—. Su razonamiento es muy lógico. Ahora es cuando interviene usted.

Los grandes ojos grises, un poco tristes, le miraron con fijeza.

—No cabe ni pensar en recurrir a nuestro agente permanente. Cualquier error, un simple descuido, podría comprometer la infraestructura que tenemos aquí. En cambio, usted, nuestra «durmiente», va a servirme de cortocircuito. Será su primera misión. Nadie la conoce como miembro de la Central. El M. I. 5 no tiene su ficha, y puede entrar a su antojo en todas las embajadas y las reuniones sociales, gracias a su profesión.

Una sonrisa iluminó el rostro de Katryn Lynton.

—¿Qué debo decirle al agente permanente?

—Primero: quiero que el S. A. C. ponga un aparato a mi disposición con un preaviso de veinticuatro horas. Segundo: el aparato tendrá que posarse en la base militar más cercana a Londres. Tercero: el agente tendrá que estar en condiciones, partiendo de un punto de contacto que me fijará en función del terreno, de hacerse cargo del paquete. Cuarto: para facilitar el transbordo, Geoffrey Blending estará bajo los efectos de un narcótico. ¿Está claro?

—¡Diáfano!

—Si el agente no quiere mezclarse en la entrega, que me facilite la consigna para entrar en la base. Yo me encargo del resto.

Katryn Lynton asintió. Kern habría jurado que la aventura la excitaba.

—¿Quién actuará como enlace?

—¡Usted!

Katryn Lynton esbozó un movimiento para ponerse en pie.

—Bueno, ahora podemos celebrar nuestro encuentro con un trago...

La expresión de Kern la inmovilizó.

—Falta un detalle esencial, *Miss Lynton*: obtener el consentimiento de Blending. Y para ello cuento con usted.

La joven había palidecido y un leve temblor agitaba la punta incandescente del cigarrillo que acababa de encender.

—No se ande con rodeos, señor Kirk. ¿Qué es lo que quiere, concretamente?

—Conocer por mediación suya a Laura Blending. Según mis informes, se ha convertido usted en su mejor amiga. A este respecto, debo transmitirle las felicitaciones del director. Ha sabido penetrar usted en su intimidad de un modo muy hábil y natural. Su actitud en el proceso, la aparente facilidad con que ha sabido ganarse la confianza de esa muchacha, constituyen un notable trabajo. ¡Ha llegado el momento de recoger sus frutos!

Katryn Lynton se irguió tan bruscamente que Kern se sobresaltó.

—¡No era un trabajo, señor Kirk! Al principio, sí. Pero después se ha convertido en una amistad. Algo maravilloso, espontáneo. Laura Blending tiene confianza en mí...

—Bueno, eso lo arregla todo.

—¡Eso no arregla nada! Porque nunca, ¿entiende?, nunca aceptaré el convertirme en instrumento de su doblez.

La joven avanzó un par de pasos y se encontró delante de él, tensa, agresiva, con sus grandes ojos grises extrañamente inmóviles.

—No creo que haya adoptado usted la mejor actitud —dijo Kern en tono tranquilo.

Katryn hizo un pequeño gesto con la barbilla, para subrayar de antemano el efecto de su réplica.

—¡Lo que usted opine me tiene sin cuidado, señor Kirk! ¡Éste es un caso de conciencia que sólo me afecta a mí!

—Es un poco tarde para sentir remordimientos, ¿no cree? Nadie la obligó a acudir a Langley...

Kern empezaba a ponerse nervioso. A fin de cuentas, Katryn Lynton no era más que un agente como él, a las órdenes del director.

Ella le miró, orgullosa, revelando en toda su actitud su decisión de salirse con la suya.

—¡Eso resulta muy fácil de decir, señor Kirk!

—La información, *Miss Lynton*, es como la lepra. Uno sabe cómo la adquiere, a veces llega a «blanquearse», pero nadie puede considerarse realmente curado... ¡Y usted tiene la lepra, *Miss Lynton*! ¡La lleva pegada a la piel! Vaya donde vaya, dentro de seis meses, o de diez años, un día verá surgir a un enviado de la Fiera que le dirá, sencillamente: «Soy el primo de Washington».

La voz de Kern había adquirido súbitamente una extraña suavidad. Dos gruesas lágrimas acababan de brotar de los grandes ojos grises. Rodaban por los pómulos, y parecían ahondar todavía más los surcos de las diminutas arrugas.

Kern avanzó lentamente, cerró sus manos alrededor de los hombros de la joven.

—Y usted obedecerá al primo, Katryn. ¡Es la norma de nuestro medio! No es posible retroceder, pequeña. Una vez el dedo en el engranaje, la máquina nos atrae, nos traga, centímetro a centímetro, hasta que somos unos simples autómatas que obedecen órdenes, o unos cadáveres al amanecer.

La joven se estremeció. El temblor de sus labios se acentuó. Kern leyó el miedo en la mirada posada en él. Katryn Lynton trató de hablar. Su garganta se anudó. Bruscamente, todo se hundía a su alrededor. Se sentía caer desde muy alto, sin tener nada a que agarrarse. Un impulso incontenible la empujó hacia aquel hombre que era el único que podía comprenderla, ahora que se había transformado en una pequeña matrícula en un colosal fichero.

Kern notó contra su mejilla la masa sedosa de unos cabellos de color rubio ceniza y acarició con un gesto muy suave la nuca de Katryn Lynton.

—Llore sobre el hombro de su primo Jonathan —murmuró—. Ya está acostumbrado...

* * *

El halo del cigarrillo creaba alrededor del rostro de Katryn una especie de nimbo sonrosado. Apoyado en un codo, Kern contempló los rasgos relajados de la joven y se echó a reír.

—¿De quién se ríe usted?

—De nadie —protestó Kern—. Mejor dicho, de nosotros dos. Acabo de comparar, mentalmente, lo que somos ahora con lo que éramos hace unos instantes. ¿Qué es lo que pudo impulsar a una muchacha como usted a adoptar un oficio como el nuestro?

—Tonterías —murmuró Katryn—. Me gustaría hablarle de ello, pero ¿está seguro de que tiene ganas de escucharme?

—¡Desde luego!

La joven suspiró profundamente y cogió otro cigarrillo. Kern le ofreció fuego y, a la claridad de la vacilante llama de su encendedor, notó que los ojos de Katryn se nublaban.

—Pero no a costa de una escena de desesperación —añadió secamente.

Ante su sorpresa, la joven se echó a reír.

—¡Tonto! ¡Ah! Todos los hombres son iguales. Tengo ganas de llorar, ¿por qué negarlo? Pero de alegría, mi querido señor, de la alegría que usted me ha proporcionado.

—No comprendo... —murmuró Kern, desconcertado.

Katryn se inclinó hacia él, sonriente.

—Entonces, voy a tratar de que comprenda. Yo tenía veintitrés años, era corresponsal de un periódico inglés en Berlín, y tenía un amante, Wilfrid. Era también periodista, pero trabajaba en el Berlín Este. No existía aún el Muro, y se podía circular libremente de una parte a otra de la ciudad. Wilfrid no era un comunista muy convencido, a pesar de que me llamaba «asquerosa capitalista» cada vez que se presentaba la ocasión.

Su sonrisa tembló un poco, luego se hizo más firme.

—Por mi parte, le llamaba «rojo asqueroso» y quedábamos en paz. Incluso teníamos proyectos para el futuro, bastante vagos, debo reconocerlo, pero que entonces, dada nuestra juventud —también él tenía veintitrés años—, nos parecían lo suficientemente grandes para amueblar varias vidas.

Kern le ofreció el fondo de un vaso de whisky que ella rechazó con un gesto.

—Un día, descubrí que no teníamos varias vidas y que la única de que disponíamos era bastante frágil. Habíamos decidido casarnos dos meses más tarde. La boda se imponía: yo estaba embarazada. Desde hacía varias semanas, Wilfrid se mostraba inquieto, nervioso, y hablaba con creciente frecuencia de abandonar el Berlín-Este. Pero quería hacerlo «con las manos llenas». No comprendí a qué se refería hasta el día en que leí en los periódicos que acababa de ser abatido por una patrulla de Vopos, en el instante en que cruzaba la línea con unos documentos comprometedores.

Katryn rió amargamente.

—¡Wilfrid transportando unos documentos comprometedores! En el primer momento, la idea me pareció ridícula, pero tuve que rendirme a la evidencia. Al enterarme de la muerte de Wilfrid, me tragué un tubo entero de Seconal. Me desperté en un hospital norteamericano, al cual había sido llevada por un sargento compasivo. Cuando reaccioné, lo había perdido todo: mis ilusiones, mi amor y el hijo que llevaba en las entrañas. Un compatriota de usted hizo que le contara mi historia. Y cuando me propuso que fuera a reponerme a un lugar situado en las inmediaciones de Washington, acepté, sencillamente.

Kern sacudió la cabeza y dio una larga chupada a su cigarrillo: el humo tenía un sabor acre.

—Ya conoce usted la continuación: un período de formación en Langley, pequeñas misiones secundarias y probablemente ficticias, a fin de someterme a prueba, y finalmente el ofrecimiento de un puesto en Londres, mi ciudad natal, trabajando en una profesión que era la mía, comprometiéndome por mi parte a estar disponible cuando un «primo de Washington» viniera a reclamar mis servicios. Eso es todo...

Se irguió súbitamente, con los ojos llameantes.

—¡Le prohíbo que me mire de ese modo! ¡Le prohíbo que piense que, por servicios, entiendo lo que ha pasado esta noche entre nosotros! Porque esta noche he descubierto por primera vez después de muchos años —y por eso ha visto usted rastros de lágrimas en mis ojos—, que continuaba siendo una verdadera mujer, a pesar de todo.

Kern se inclinó, rodeó con un brazo los hombros temblorosos y murmuró:

—Pensaba, sencillamente, que al conocerla tenía usted todo el aspecto de los seres solitarios y desdichados, y que, a nuestro modo, apresurado, incompleto, tal vez hemos conseguido darnos, esta noche, lo que más nos faltaba en nuestras vidas.

Katryn le miró a los ojos.

—¿Qué es lo que más nos faltaba, según usted?

—¡La ternura!

CAPÍTULO V

—¡Buenos días, primo!

—¡Buenos días, primita!

Kern miró a su alrededor. Un rayo de sol penetraba por la ventana y prestaba un sorprendente relieve a las rayas amarillas y azules, hacía centellear los cobres y coloreaba con un reflejo dorado las fotografías al mismo tiempo que los cabellos rubio ceniza de Katryn, la cual tendía hacia él una bandeja que desprendía un aroma exquisito.

—¡Pasteles de carne! —exclamó Kern, embelesado.

¿Cuántos años, cuántos siglos hacía que no le despertaban así?

—¿Estamos aún en Londres? —inquirió—. Ese sol despierta mis dudas.

Katryn se echó a reír.

—¡En Inglaterra sabemos también lo que es el sol! —replicó.

—¿Se ha retrasado el veranillo de San Martín, o se ha adelantado la primavera de San Valentín? Usted, que es periodista, debería saberlo...

—Compruébelo por sí mismo —dijo Katryn, tendiéndole un periódico.

Kern lo desplegó. Un instante después, el sol había desaparecido, la habitación tenía un aire siniestro y los pasteles de carne desprendían un olor a rancio que resultaba desalentador.

DOS POLICÍAS ASESINADOS DELANTE DE LA PRISIÓN DE WISBITCH

Los asesinos huyeron al volante de un Daimler negro. Podría tratarse de una tentativa de evasión frustrada.

Un doble crimen, que recuerda en más de un detalle el que fue cometido el 13 de agosto de 1966 cerca de la prisión de Worsscrubb, ha sido perpetrado la noche última a menos de cien metros de la prisión de Wisbitch, en Londres.

Eran las 0,26 de la mañana y todo parecía tranquilo en las calles contiguas a la prisión cuando un coche de la policía

conducido por el agente Peter W. Lewis y ocupado por el sargento William Knowles y el agente Teddy Marckam, dobló la esquina de la Kyle Street y Logan Road y rodó a lo largo de la muralla norte de la prisión de Wisbitch. Precisemos que el vehículo efectuaba una simple patrulla de rutina.

Según las declaraciones del agente Lewis, la visibilidad era casi nula y la velocidad del vehículo no pasaba de las diez millas por hora. A pesar de la lentitud de la marcha, Lewis, que conducía pegado a la acera, notó que el coche derrapaba y chocaba bruscamente contra la parte trasera de un automóvil — un Daimler negro—, estacionado, con todas las luces apagadas, en el ángulo de las dos calles. Al tratar de girar, el agente Lewis pulsó inadvertidamente el mecanismo que hace funcionar la sirena de la policía.

Casi inmediatamente, a la vaga claridad de sus faros, vio dos siluetas que saltaban del Daimler.

—Un instante después —ha contado Lewis—, la calle se había convertido en una caseta de tiro al blanco. Mi parabrisas recibió por lo menos tres impactos de bala, y casi al mismo tiempo estallaron los faros. Me eché sobre el asiento, boca abajo, y traté de salir del coche. Oí que el sargento Knowles le gritaba algo a Marckam. Luego resonaron otros disparos y un nuevo grito, el de Marckam. Lo vi todo de color rojo. Marckam era un viejo amigo. Salté rápidamente del vehículo, para entrever al Daimler que se hundía en la niebla. Knowles estaba tendido en la calzada: una bala le había destrozado la cabeza. En cuanto a Marckam, tardé unos instantes en encontrarle en medio del puré de guisantes. Debió tratar de saltar sobre el conductor del automóvil y se vio arrastrado por el vehículo, ya que se encontraba a más de cincuenta metros de distancia de nuestro coche, en el centro de la calzada. Había recibido dos balazos, uno en el vientre y otro en la garganta. Murió antes de llegar al hospital.

A la hora de entrar en prensa nuestra edición, el Yard no ha hecho aún ninguna declaración oficial sobre la tragedia de Wisbitch. Las autoridades de la prisión, por su parte, se han limitado a manifestar que no se había producido ninguna evasión ni ningún movimiento sospechoso en el interior del

establecimiento penitenciario. Lo cual no demuestra nada, por cuanto Wisbitch es una de las cárceles del Reino más afectadas por las fugas en el curso de los dos últimos años, a pesar de las medidas de seguridad de que fue provista a raíz de la visita de inspección de la Comisión Mountbatten.

Recordemos que en Wisbitch se encuentra recluido el espía Geoffrey Blending, condenado a cinco años de prisión en noviembre del pasado año, por alta traición y atentado contra la seguridad del Estado. ¿Proyectaban los asesinos la evasión de Blending?

Seguía un editorial en el cual, en tono acerbo, el autor recordaba las más famosas evasiones que habían tenido lugar en el curso de los últimos años, destacando la de George Blake, y concluía:

«El número de apostantes sobre las evasiones que tienen lugar diariamente en nuestro desdichado país aumenta sin cesar. Los premios corresponden a la siguiente escala: por un solo evadido, dos veces y media lo que se ha apostado; por dos evadidos, cinco veces; por tres, diez veces; cuatro, veinte veces, y cinco, treinta veces. Si el apostador acierta la prisión de la cual escaparán los evadidos, el premio es doble. Así, la última y espectacular fuga de Pentonville —cinco evadidos— hizo ganar una pequeña fortuna a los apostadores perspicaces.

»En consecuencia, ¿por qué no confiar a las empresas de Apuestas Mutuas la administración penitenciaria del país? ¿Y crear la “Quiniela de las prisiones”? Con un fondo de ayuda, naturalmente, para las viudas y huérfanos de los agentes de la autoridad asesinados en caso de “incidentes técnicos”.

Kern apartó el periódico y la bandeja y descolgó el teléfono.

—¿Hotel Garrick? ¿Puede ponerme con el señor Galway, Patrick Galway?

—Ha salido. ¿Quién pregunta por él?

—Jonathan Kirk.

—¡Ah! Un tal Cristopher le llamó varias veces anoche, señor Kirk, sin dejar ningún mensaje. En cuanto al señor Galway, le ha esperado mucho rato en el vestíbulo del hotel, y luego le hemos perdido de vista.

—Estaré ahí dentro de media hora.

Katryn entró en la habitación en el instante en que Kern colgaba el receptor. Al ver la expresión del agente enarcó las cejas.

—¿Alguna novedad?

—¡Desde luego! ¡Y poco agradable! Todo está ahí.

Señalaba el periódico caído en el suelo. Katryn lo recogió y leyó rápidamente el artículo, mientras Kern se vestía.

—Supongo que eso modifica sus proyectos —terminó por decir la joven.

—De cabo a rabo —respondió Kern—. Sky ha tratado de engañarme por motivos que ignoro, pero que descubriré. De todos modos, no puedo ya contar con él para la evasión de Blending. Mucho menos por cuanto, a partir de ahora, la prisión de Wisbitch será objeto de una vigilancia especial. Además, no vale la pena establecer contacto con el agente permanente para que consiga un aparato del S. A. C. Tal como se han puesto las cosas, Washington no autorizará la operación.

Katryn suspiró. De nuevo tenía un aire triste y fatigado.

—¡Un día que empezaba tan bien! —murmuró, volviéndose hacia la ventana.

—Sí —dijo Kern en tono sombrío—. Pero ¡mire! El sol se ha ocultado y parece que vuelve a caer la niebla.

La niebla volvía a caer, en efecto, y era casi tan opaca como la víspera cuando Kern llegó a su hotel en Charing Cross Road. El portero le acogió con el aire de condescendencia que los empleados de los hoteles adoptan con los clientes que no han dormido en su habitación. No, nadie había llamado por teléfono en la última media hora; no, el señor Galway no había hecho acto de presencia.

Cada vez más sombrío, Kern subió de cuatro en cuatro los peldaños de la polvorienta escalera, entró en su habitación e inspeccionó rápidamente la mesilla de noche, por si Kelly había dejado en ella algún mensaje; luego, tras contemplarse en el espejo, decidió afeitarse. Casi había terminado cuando llamaron a la puerta.

«¡Kelly! ¡Por fin!», pensó.

—¡Pase! —gritó—. Estoy en el cuarto de baño. ¡En seguida salgo!

Se secó rápidamente el rostro, cruzó la puerta del cuarto de baño y se detuvo, sorprendido. Dos hombres que vestían el mismo tipo de gabardina gris le miraban con cara de pocos amigos. Pero lo que retuvo la atención de Kern no fue su expresión, sino los dos Colts que le apuntaban a la altura del ombligo.

—¿El señor Jonathan Kirk? —preguntó el más viejo de los dos hombres.

—Yo mismo. ¿Puedo saber...?

—Tenga la bondad de seguirnos, señor Kirk, sin resistirse y sin formular preguntas.

—Pero, no comprendo... —empezó a decir Kern.

Se interrumpió bruscamente. Los dos hombres acababan de dar un paso hacia él con una sincronización de movimientos tan perfecta, que Kern comprendió inmediatamente: eran gente del oficio —no podía saber de qué bando—, con la cual resultaba completamente inútil discutir.

—¿Puedo saber, al menos, dónde está mi amigo, el señor Galway? —preguntó, mientras se ponía la chaqueta.

—Le espera abajo, en el automóvil. Pase delante, señor Kirk, y no lo olvide: nada de gestos sospechosos, nada de gritos, nada de llamadas.

Kern descolgó su canadiense al pasar junto al perchero y bajó la escalera como si pisara huevos. El conserje le interpeló desde su mostrador.

—¿Va usted a salir, señor Kirk? ¿Algún mensaje?

—Ninguno —dijo Kern, sin mirarle.

A unos cincuenta metros del hotel había un Jaguar M. K. 2 estacionado, con el motor en marcha. Uno de los hombres abrió la portezuela trasera y, con un movimiento de la barbilla, indicó a Kern que subiera.

—¡Hola! —dijo Kelly—. ¿Estas son horas de volver a casa?

El irlandés estaba esposado y lucía una enorme hematoma en el pómulo derecho.

—¡Te han...! —empezó a decir Kern, furioso.

—Su amigo se ha mostrado muy nervioso, señor Kirk. Me he visto obligado a administrarle un calmante —explicó uno de los hombres, sentándose al lado de Kern, el Colt muy a la vista—. En marcha, Smitty.

El chófer, que hasta entonces había estado cubriendo a Kelly con un Smith & Wesson de cañón corto, deslizó su arma bajo su sobaco y, volviéndose, empuñó el volante y apretó el acelerador.

—Será mejor que enciendas los faros —murmuró el segundo hombre, alto y muy delgado, que se había instalado a su lado—. El puré de guisantes se está espesando.

—¡Maldito clima! —exclamó el chófer.

—*Amén* —murmuró Kelly.

No intercambiaron una sola palabra en las dos horas que duró el viaje. Al principio, Kern había tratado de localizar el recorrido. Pero no tardó en renunciar: la niebla desfiguraba las siluetas más familiares, y tardó un buen rato en reconocer la Torre de Londres, al otro lado del Támesis, cuando

pasaron por delante de ella. Luego penetraron en un suburbio de edificios grises, todos semejantes, para desembocar en un terreno pedregoso, donde los árboles desgarraban la niebla con sus ramas sarmentosas como en una película de terror.

El chófer tuvo que apearse tres veces para leer los postes indicadores. Kern creyó entrever un nombre que terminaba en «... chester». ¡Bonita indicación, en un país donde uno de cada dos pueblos terminaba así!

—Bueno —dijo súbitamente Kelly—. ¿Acaso el Primer Ministro nos ha invitado a pasar el fin de semana en alguna de sus fincas?

Nadie contestó. En aquel momento, el automóvil se detuvo delante de una alta verja de hierro forjado que se abrió como por arte de magia. El Jaguar enfiló una larga avenida enarenada, entre dos hileras de plátanos centenarios, y se detuvo ante una quinta estilo Tudor, cuyos ladrillos debieron cocerse durante el reinado de Eduardo el Confesor, y las veletas debieron fundirse en la época de Cromwell.

Uno de los hombres, el que iba sentado al lado del chófer, se apeó del vehículo, abrió la portezuela trasera y con la mano hizo una seña a los dos prisioneros para que avanzaran hacia una puerta que se abría al lado de la escalera que conducía al porche, bajo una verdadera muralla de hiedra.

—Tengo la impresión de que nos hacen entrar por la puerta de servicio —murmuró Kelly.

—¡Cuidado, hay un peldaño! —dijo Kern, en el momento en que se abría la puerta.

—No tema —dijo el hombre que les seguía—. Voy a encender la luz.

Un instante después, una bombilla desnuda proyectaba una siniestra claridad sobre una bodega abovedada separada de la puerta por media docena de peldaños.

—Bajen y permanezcan tranquilos —añadió el hombre—. No tardarán en llamarles.

Kern y Kelly contemplaron cómo se cerraba la puerta, y luego se volvieron el uno hacia el otro.

—Normalmente, ahora es cuando debería aparecer Frankenstein —dijo Kelly.

—O presentarse la mujer-vampiro, salida de su tumba para desayunar.

—¡Oh! ¡No hables de comer! —protestó Kelly—. ¡No he metido nada en el buche desde anoche!

Kern disimuló una mueca pensando en los pasteles de carne que había dejado en la bandeja preparada por Katryn.

—Si no hay nada que comer, no nos moriremos de sed, al menos —observó Kelly, señalando con el dedo la hilera de venerables toneles que ocupaban el fondo de la bodega.

Iba a acercarse a ellos cuando Kern le llamó.

—Más tarde veremos eso —dijo, en voz baja—. Antes, tratemos de puntualizar. ¿Estás enterado del doble asesinato de Wisbitch?

—He leído los periódicos.

—¿Qué opinas? ¿Nos ha engañado Sky?

Kelly sacudió la cabeza.

—A simple vista, eso parece; pero no acabo de verlo claro. ¿Por qué tenía que engañarnos?

—Por puro vicio —dijo Kern, encogiéndose de hombros—. Tal vez con la esperanza de hacer subir los precios. Aparte de él, ¿quién podría ser? ¿La competencia? Pero ¿quién? ¿Los franceses? No tienen nada que ver con Blending. ¿Los rusos? Es posible. Pero no suelen ser tan torpes. El asesinato de esos dos agentes huele a aficionado.

—¿Y el propio M. I. 5? —sugirió Kelly—. ¿Una pequeña comedia?

—Imposible —dijo Kern—. No hubieran matado a sus propios policías.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, nada. No lo veo más claro que tú. Y lo mismo digo en lo que respecta a los tipos que nos han traído aquí. ¿Scotland Yard? No utiliza estos métodos. Además, los agentes del Yard no viajan en un Jaguar. ¿El M. I. 5? Es posible, pero...

—Hay algo que me asombra —murmuró Kelly, contemplando fijamente las puntas de sus zapatos—. Y al decir que me asombra, quiero decir que me preocupa: no nos han vendado los ojos.

Kern sacudió la cabeza.

—También a mí me ha llamado la atención. Y eso puede significar dos cosas: que se trata de elementos oficiales que no tienen nada que ocultar, o que...

—... O que se trata de elementos oficiosos tan seguros de que no regresaremos de nuestro paseo, que podían permitirse ese lujo.

El silencio se instaló en la bodega con un aire de eternidad.

CAPÍTULO VI

Los dos inmuebles de Scotland Yard, enormes, edificados en el más puro estilo victoriano, dominaban el Támesis y Westminster Bridge, semejantes a los torreones de una fortaleza encargada de velar sobre la ciudad.

Dos mil personas contribuían a mantener la reputación del Yard, esforzándose en conciliar la eficacia y el respeto a los derechos elementales del individuo. Lo cual facilitaba la actuación del bajo mundo, ya que los delincuentes utilizaban todas las maniobras dilatorias que les permitía un profundo conocimiento de los textos legales.

En el piso más alto del primer edificio, la antena del M. I. 5 disponía de una oficina que le había cedido la *Special Branch*, única autoridad represiva en materia de contraespionaje.

El timbre del teléfono hizo sobresaltar a Albert Ekdale.

—¿Diga?... No, *Sir*... Soy su ayudante. El mayor Wookey se ha ausentado a primera hora de la mañana... Puedo contestarle, ya que estaba presente cuando el mayor le interrogó. Blending no parecía temer por su vida. Sí... No cuelgue, *Sir*...

Ekdale dejó el receptor encima del escritorio y abrió una carpeta, cuyo contenido hojeó apresuradamente.

—¿Sí?... Tengo el informe del experto en balística. Es concluyente. Sí... ¡Nueve milímetros!... No, no se trata del nueve corto, sino del nueve largo. Voy a leerle sus conclusiones: «Del estudio comparado de los proyectiles extraídos de los cadáveres de los dos policías, se desprende que el asesino utilizó un arma de guerra. Un primer examen permite afirmar que se trata de una pistola automática, tal como atestiguan las estrías existentes en los cuerpos de las balas»... ¡Desde luego, *Sir*! Informaré al mayor Wookey de su llamada.

El otro había colgado. Ekdale colgó a su vez el receptor y levantó los ojos hacia el reloj de pared. Hacía más de tres horas que su jefe estaba reunido en el otro edificio con el superintendente y un representante del *Home Office*.

El ruido de la puerta al abrirse le hizo volverse. El mayor estaba en el umbral, triste y melancólico como los árboles sin hojas ahogados en la niebla de los muelles. Las bolsas que subrayaban sus ojos acusaban todavía más la palidez de sus rasgos. La lucecita que danzaba continuamente en su mirada recordaba el cuadrante luminoso de un aparato de radio y atestiguaba con su resplandor el buen funcionamiento de los circuitos intelectuales del mayor.

—¿Cómo ha ido la cosa, *Sir*?

John Wookey se acercó a su escritorio, y hojeó distraídamente los telegramas oficiales antes de dejarse caer con un largo suspiro de alivio en su

sillón.

—Debajo de los periódicos, *Sir*... —le indicó Ekdale, al ver que buscaba algo entre sus papeles.

Una expresión satisfecha apareció en el rostro de Wookey cuando encontró el tablero de ajedrez de bolsillo sin el cual le resultaba imposible reflexionar.

—Esos caballeros han reaccionado de acuerdo con su temperamento —dijo, comprobando la posición de las piezas—. Yo buscaba poetas, mentes imaginativas, y sólo he encontrado funcionarios imbuidos de su autoridad...

Movió rápidamente dos peones, uno blanco y otro negro.

—Es como si yo quisiera conseguir un gambito de reina moviendo mis peones al azar, sin construir mi juego. ¿Comprende, Albert?

—Sí, *Sir*, aunque...

—Lo sé, lo sé: este juego no tiene para usted el atractivo del vuelo a vela. ¡Lástima, joven, lástima!

La voz era ronca, decepcionada.

—¿Se han mostrado muy duros, *Sir*?

—¡Peor! Estúpidos... No han comprendido nada, desde el primer momento. Tuve que luchar para hacerles admitir que había que condenar a Blending a una pena ridícula para que los otros se interrogaran. Tuve que luchar para que la *Special Branch* dejara a su hija en libertad...

Ekdale sonrió.

—Era una buena idea, *Sir*.

John Wookey arrancó todas las piezas blancas del tablero y sólo dejó el rey negro.

—¡He aquí a Blending, y a su alrededor una guardia invisible!

Levantó hacia Ekdale una mirada melancólica.

—A partir de mañana, si no se vuelven atrás de su decisión, el «embajador» tendrá un *bobbie* a cada dos metros. Su hija será vigilada, su teléfono probablemente intervenido, y todos nuestros planes se irán al cuerno. ¡De acuerdo, Albert! ¡Nos iremos todos al cuerno!

—¿No hay ninguna posibilidad, *Sir*?

—He defendido mi idea con todas mis fuerzas. Ahora, el jurado delibera.

—¿Habrá apelación?

—¡No!

—No es posible...

—¿Qué quiere usted decirles a unas personas que se atrincheran detrás de un montón de notas de servicio? Casi he suplicado al superintendente que

admitiera que a partir del momento en que hicimos saber al agregado cultural soviético que Blending había decidido hablar, teníamos que seguir adelante.

—¿Qué ha contestado?

—Se ha referido al asesinato de dos de sus agentes... Yo he afirmado que nada demuestra que exista una relación entre...

—*Sir* Humphrey me ha telefonado para conocer el informe del experto en balística.

—¡Lo que faltaba! Se aferrará al dictamen: «arma de guerra».

Dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ya estoy harto! ¡Que hagan lo que quieran! A partir de ahora, me llamo Pilatos. Después de todo, si los rusos han mordido el anzuelo, les veremos replicar. Les he hecho saber por mediación de un agente doble que Blending estaba negociando sus revelaciones contra un pasaporte para Australia, una operación de cirugía estética y un fajo de billetes del Banco de Inglaterra. Es mentira, desde luego, pero debería excitarles.

—Desde luego —asintió Ekdale.

—Esperemos que nuestros colegas moscovitas tengan más imaginación que nuestros venerables censores.

El mayor se volvió hacia el teléfono, como si el receptor fuera capaz de darle la respuesta que deseaba recibir.

—¡Reflexione, Albert! ¡Es necesario que Laura Blending goce de una libertad total! Y noche y día, en el sentido que yo lo entiendo, desde luego. ¡Nada de *bobbies* fisgones! ¡Nada de botas de clavos! ¡Un trabajo de pura artesanía! ¡Esa muchacha es la más *sexy* de todos mis cebos! El pez no puede ignorarla...

—¿Y si Blending consigue fugarse?

—¡Que lo haga, que lo haga! Mientras permanezca en Wisbitch, no pasará nada. Si se fuga, lo hará gracias a una ayuda exterior. Y hemos de ser lo bastante listos para permitir que el padre, la hija y los pequeños camaradas entren en la red. La pesca milagrosa, Albert. ¿No ha oído hablar de ella?

—Los milagros sólo tienen lugar una vez, *Sir*.

Wookey se encogió desdeñosamente de hombros.

—Si se pone usted a razonar como un superintendente...

El ayudante no pareció convencido.

—Admitiendo que mi plan fracase... —supuso el mayor.

—¡Los rusos recuperan un hombre muy valioso que se apresurará a volver a actuar contra nosotros!

—¿Dónde? —rugió Wookey—. ¿En el oeste? ¡Está carbonizado! ¿En el este, acaso? ¡Bravo! Tal vez hay una posibilidad de darle la vuelta, apretando las clavijas. A condición de disponer...

—De los medios necesarios.

—No, Albert. Del tiempo necesario. Ya que los soviéticos no están obligados a creer a nuestro amigo bajo palabra. No olvide que conocen el contenido, es decir, la importancia de los documentos, y que tienen derecho a asombrarse de la clemencia del jurado.

Las llamitas bailaron una endiablada zarabanda en los ojos del mayor.

—Además, yo no soy sectario. Si el agregado cultural soviético tiene a bien, a través de otra persona, prestarme un oído atento, le susurraré lo suficiente para despertar sus sospechas.

Hizo un amplio gesto con la mano.

—Un día, leyendo el *Evening News* entre un plato de *porridge* y unos huevos con jamón, nos enteraremos de que un tal Geoffrey Blending ha fallecido de un infarto de miocardio en la dacha de las afueras de Moscú donde se tomaba unos días de descanso.

El timbre del teléfono volvió a sonar. Ekdale descolgó.

—Sí... Un momento, por favor.

Cubrió el micrófono con la palma de la mano.

—El superintendente le comunica que le concede una prórroga de quince días. Además, ha llegado *Miss Blending*: dice que usted la ha citado.

Una sonrisa distendió los delgados labios del mayor.

—¡Nada más cierto! Que la hagan esperar unos minutos. Teóricamente, soy un hombre muy ocupado.

Ekdale colgó el receptor y alzó hacia su jefe una mirada interrogadora.

—¿No irá usted a proponerle la evasión de su padre?

John Wookey dejó escapar un suspiro que recordó a su ayudante el silbido del viento contra el borde del ala de un planeador.

—Si tuviera la menor posibilidad de ser creído, no vacilaría una décima de segundo en hacerlo. Pero... Hágala pasar y, sobre todo, no intervenga bajo ningún pretexto.

Contempló su pequeño tablero, hizo enrocar la torre y el rey, calculó las probabilidades de las negras, valoró su propio dispositivo, modificó la posición de su caballo y, tras dirigir una última mirada a la reina enemiga, se puso en pie en el instante en que se abría la puerta.

—Pase, *Miss Blending*, y siéntese en ese sillón —dijo, señalando el asiento situado enfrente de su escritorio.

Contempló con aire pensativo a su visitante, muy rígida, lejana, detallando la habitación con la mirada.

Los ojos de Wookey se entretuvieron en los largos cabellos negros, el rostro delgado, huesudo, los pómulos salientes. Laura Blending, a pesar de la extravagante moda surgida de Carnaby Street, llevaba una falda recta, una blusa sin escote y tacones bajos. Había colocado su impermeable sobre sus rodillas.

—¿Puedo conocer el motivo de esta citación?

Wookey cogió la reina negra entre su pulgar y su índice y la encerró en su mano.

—La palabra «citación» —dijo, en tono amistoso— tiene algo de oficial que no corresponde a la circunstancia. Déjeme continuar. En realidad, le he rogado que venga aquí, pero a título oficioso.

Con un gesto, señaló su escritorio.

—Sé muy bien que este marco parece desmentir mis afirmaciones. Sin embargo, convendrá conmigo que a menos de ir a su casa, lo cual resultaría poco discreto, o de citarla en un *pub*, lo cual resultaría aún menos discreto, no tenía ninguna otra posibilidad de hablarle.

La joven le miró de un modo a la vez insolente y cortés, pero muy explícito. Todo, en Laura Blending, afirmaba que le hubiera encantado prescindir de aquella entrevista.

—He creído oportuno advertirla de la suerte que a partir de ahora aguarda a su padre.

La vio palidecer súbitamente y prolongó a propósito la pausa.

—Se... se lo agradezco mucho, *Sir...*, aunque me gustaría saber por qué...

—Porque ha adoptado nuevas medidas la Administración.

La joven asintió con un gesto.

Wookey hizo salir la reina de entre sus dedos y la miró unos segundos antes de volver a colocarla en el tablero.

—En realidad, tenemos motivos para creer que su padre mintió durante su proceso. No proteste, *Miss*, no es a mí a quien hay que convencer, sino al jurado.

—¿El jurado? Pero...

Laura Blending vaciló, cerró los ojos, volvió a abrirlos. El mayor observó con evidente satisfacción que el ritmo respiratorio de la muchacha se había acelerado.

—¡Pero ya ha sido juzgado!

—Exacto, *Miss Blending*. Y la ley, que usted parece conocer perfectamente, prohíbe hacer comparecer de nuevo a un condenado ante un tribunal por la misma acusación. Pero...

—Pero... —repitió ella, con voz alterada por la emoción.

—¡Esta vez, la acusación será distinta!

El mayor se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Otros documentos, otros testimonios tienden a demostrar la culpabilidad de su padre.

Giró sobre sus talones y, con el brazo extendido, afirmó:

—Por lo tanto, la Corona puede y debe someter a un nuevo juicio al acusado. Esto es lo que quería decirle, a grandes rasgos... ¡Ah! ¡Lo olvidaba! No hace falta decir que el régimen bastante... digamos liberal, de que se ha beneficiado su padre hasta ahora —visitas, libros, radio, halteras— va a ser suspendido.

Laura Blending le dirigió una mirada desolada.

—¿Quiere usted decir que no podré visitarle?

El mayor exhaló un largo suspiro y sacudió desesperadamente la cabeza.

—Por desgracia, debo advertirla de que la duración de sus visitas se verá considerablemente acortada. De momento, su padre quedará incomunicado.

Se inclinó hacia la joven, hizo un gesto tranquilizador.

—¡Mientras dura la nueva instrucción, desde luego! Cuestión de tres o cuatro meses. Luego se celebrará el juicio, claro, y habrá que esperar el veredicto... Me resulta sumamente difícil prever el futuro.

Wookey vio que los grandes ojos castaños se nublaban.

—¿No puede hacerse nada? Bueno, quiero decir si esa nueva instrucción está decidida ya.

El mayor dio la vuelta lentamente a su escritorio y se dejó caer sobre su asiento, aparentemente afligido.

—¡Lo siento! Las nuevas medidas entrarán en vigor dentro de quince días, fecha en la cual la prensa anunciará la reapertura del caso Blending. He querido avisarla.

Buscó la mirada de la joven.

—¿He obrado mal, quizás?

Suspiró, se encogió de hombros.

—He querido evitarle que se enterara de la noticia leyéndola en los periódicos.

La voz del mayor se hizo un poco ronca.

—Digamos que soy un viejo bonachón, *Miss Blending*, al cual le da a veces por ponerse sentimental.

Sacudió la cabeza y en su rostro se reflejó una expresión de desaliento.

—Dicen que, en mi profesión, eso es un vicio. Pero ¿cómo puedo evitarlo? Nací Wookey, y moriré Wookey. Genio y figura...

Se incorporó lentamente, cogió a la joven por el brazo y la acompañó hasta la puerta.

—Desde luego, le pido que no cuente a nadie nuestra conversación hasta que la cosa sea oficial. ¿Puedo confiar en usted?

Laura Blending miró fijamente al hombrecillo de las bolsas debajo de los ojos, con aspecto de empleado de banco hepático.

—Tiene usted mi palabra, *Sir*.

El mayor se quedó en la puerta hasta que los pasos de su visitante se perdieron en el pasillo. Entonces, dando un salto que asombró a Ekdale, se sentó en una esquina de su mesa. Inclinandose, desplazó un peón sobre el tablero.

—¡Presiento que voy a conseguir un gambito de reina perfecto! — exclamó, volviéndose hacia su ayudante—. Albert, supongo que ha comprendido...

—Bueno... —murmuró Ekdale, abriendo las manos.

Los ojos de Wookey brillaron maliciosamente.

—Es muy sencillo, *my dear*: Primero: Blending es archiculpaible y, por tanto, lo que su hija va a contarle —ya que se apresurará a hacerlo en su próxima visita—, va a darle mucho que pensar y provocará en él un deseo de huir. Segundo: su hija está en el ajo y, por tanto, va a informar, queda por saber cómo, a sus amigos soviéticos, los cuales tendrán que tomar una decisión. En mi opinión, la alternativa es simple: planear la evasión de Blending, o liquidarle. Tercero: ni Blending ni esa simpática muchacha son culpables, y los rusos nos han burlado con unos documentos falsos, con el fin de quitar de en medio al mejor especialista en asuntos eslavos que ha tenido nunca Inglaterra. ¿Me sigue usted?

Perplejo, Ekdale se rascó la nuca.

—¿Y qué pintamos nosotros en todo eso?

El mayor acarició su tablero con la mirada.

—Yo pienso, querido. Y usted se convierte en la sombra de Laura Blending. De ella depende el éxito o el fracaso de mi pequeño plan. Creo que ha mordido mi anzuelo; falta decidir el momento en que tiraré del hilo.

—Debo reconocer, *Sir*, que es usted convincente. Si no hubiese sabido que se trataba de un truco, yo mismo hubiera picado.

Wookey suspiró.

—Hay momentos en que me desagrado tanto a mí mismo que tengo la impresión de que el superintendente habla por boca mía. Entonces me soporto, porque soy un hombre de lo más conformista y disciplinado.

CAPÍTULO VII

—¿Qué hora es? —preguntó Kelly, desperezándose.

—Las once de la noche —murmuró Kern—. Pero ¿qué puede importarte ahora? No tenemos ninguna cita.

—Muy gracioso —gruñó Kelly—. Quería saber, simplemente, cuánto tiempo llevo sin comer.

Kern no respondió. También él tenía hambre, y sed. No le quedaban cigarrillos. Su lengua y sus labios ardían. Alrededor de la bombilla desnuda en el centro de la bodega, el aire estaba azulado de humo.

Súbitamente, una llave chirrió en la cerradura. Los dos hombres se levantaron de un salto, con la cabeza vuelta hacia la puerta por la cual habían entrado.

—Por aquí, caballeros —dijo una voz detrás de ellos.

Se volvieron al mismo tiempo y distinguieron una silueta inmóvil en el otro extremo de la bodega, entre dos toneles.

—¿Cuál de ustedes dos se llama Kirk?

Kern avanzó.

—Pase delante —dijo la voz, apartándose.

Kern distinguió una puerta cuyo marco iluminado se recortaba claramente en la pared.

—Un momento —dijo—. Quiero que mi amigo, el señor Galway, me acompañe.

—Nosotros cuidaremos del señor Galway. ¡Adelante!

Kern franqueó la puerta y se encontró delante de uno de los hombres que había visto en el hotel y que ahora, con el cañón de su pistola, le señaló una escalera de caracol que ascendía al piso superior. Kern llegó a una pequeña antecámara en la cual flotaba un olor a cocina, y luego, en el otro extremo, después de haber empujado una puerta de doble hoja, en un vestíbulo de

proporciones majestuosas, enlosado en blanco y negro. Allí le esperaba un tercer hombre. Al verle, se dirigió hacia una puerta de roble labrado y dio un golpecito en ella. La puerta se abrió inmediatamente.

—¡Adelante! —repitió la voz detrás de Kern.

Kern obedeció, cruzó el umbral y dirigió una mirada intrigada a su alrededor. La estancia, muy alta de techo, estaba completamente artesonada con madera de roble oscura cuya pátina resplandecía levemente bajo los reflejos del fuego de leños que ardía en un hogar monumental. Una inmensa panoplia de armas antiguas ocupaba la casi totalidad de una de las paredes. En la otra había varios cuadros colgados en sus marcos de oro viejo.

«¿Estaría en lo cierto ese animal de Kelly? —pensó Kern, divertido—. ¿Voy a encontrarme acaso delante del Primer Ministro en persona?».

—¿Señor Kirk? —llamó una voz suave.

Kern se volvió en redondo y vio lo que no había distinguido al entrar: la habitación tenía forma de L y, a su derecha, en una especie de invernadero, varias siluetas aparecían sentadas en torno a una mesa, con los rostros vueltos hacia él.

Kern dio unos pasos hacia la mesa y, súbitamente, se echó a reír.

—¿Me engañan mis ojos? —exclamó—. ¿No veo acaso al excelente señor Sky?

—El mismo —dijo la voz untuosa de Sky, sentado a la cabecera de la mesa, como si la presidiera—. Adelante, señor Kirk, y sitúese a plena luz. Mis amigos quieren verle.

Kern se encogió de hombros.

—¡De modo que ha sido usted el autor de este ridículo rapto! Estoy decepcionado, lo confieso, profundamente decepcionado. ¡Creí que la *Evasión Incorporated* era una casa seria!

—¿Y en qué no le parece seria nuestra sociedad, señor Kirk? —inquirió Sky con la misma untuosidad.

Kern no respondió inmediatamente. Ahora que sus ojos se acostumbraban a la semipenumbra que reinaba en el invernadero, miraba con asombro a los personajes que rodeaban a Christopher Sky. Aquel anciano tan pulcro, cuyos escasos cabellos estaban sabiamente divididos por una raya en el centro del cráneo, habría podido ser un clérigo... ¡No! Un obispo anglicano. Aquel individuo alto, casi calvo, de tez rojiza y poblado bigote, parecía recién llegado del Ejército de la India. Aquel quincuagenario delgado y enjuto, vestido de negro de pies a cabeza, con sus elegantes gafas de montura de plata, parecía uno de los gobernadores del Banco de Inglaterra, un célebre

abogado o un subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores. En cuanto al caballero de perfil aristocrático y pómulos enrojecidos por el abuso del clarete, del oporto y del whisky, no hubiera desentonado en los jardines de Buckingham Palace el día de la *garden-party* de la reina. Sky carraspeó.

—No le presento a estos caballeros, señor Kirk, porque me parece un acto completamente inútil, dadas las circunstancias. No obstante, sepa que se encuentra ante lo que los periodistas poco amables llaman...

Rió despreciativamente.

—... «Los zares del hampa londinense», o «los zares del bajo mundo». Zares o emperadores, somos en efecto los responsables de cierto número de empresas comerciales cuyas cifras de negocios harían soñar a muchos industriales. Y en calidad de tales, señor Kirk, hemos querido entrevistarnos con usted.

Kern se echó a reír con insolencia, mirando a Sky a los ojos.

—¿Entrevistarse conmigo, dice usted? Me han hecho raptar, que no es lo mismo. Y ahora sin duda quieren hacerme cantar, después de su lamentable fracaso de anoche. Tal vez sea usted un zar, señor Sky, pero a mis ojos es sobre todo un tonto de capirote.

Tuvo la satisfacción de ver enrojecer el rostro sonrosado y mantecoso de Christopher Sky, mientras sus vecinos se sobresaltaban visiblemente.

—¿A qué vienen esos epítetos, señor Kirk? —inquirió Sky en un tono menos suave que de costumbre—. ¿Y qué «tontería» tiene que reprocharme, usted que, a traición, se apoderó de mis planes y no ha sido capaz de desarrollarlos con éxito?

Kern tardó unos instantes en contestar. O Sky era un actor extraordinario, o era sincero; el tono de su pregunta lo demostraba. Además, si había ideado un simple chantaje, resultaba completamente inútil convocar aquella especie de consejo de guerra.

—Creo que existe un error, señor Sky —dijo, sin rodeos—. Usted me asegura que no ha tenido nada que ver con el desdichado incidente de Wisbitch, y yo le garantizo que me encuentro en el mismo caso. Por lo tanto, razonemos.

Se apoyó en el respaldo de una silla y continuó:

—Si ponemos mutuamente nuestra palabra en duda, podríamos girar dentro de un círculo vicioso durante mucho tiempo. Usted no puede probarme su buena fe, ni yo la mía. Lo único que podría alegar es que, si hubiese tenido la intención de tomar la fuga de Blending por mi cuenta, no hubiera recurrido a usted, ni le habría entregado dos mis libras.

—Y yo, por mi parte, podría replicarle —se apresuró a declarar Sky, que parecía haber recobrado toda su sangre fría— que no tengo el menor interés en montar una operación por mi cuenta, dado que los servicios de mi empresa cesan en la misma puerta de la cárcel. En consecuencia, no hubiese sabido qué hacer con Blending, una vez fuera de Wisbitch.

«Tu argumento es tan débil como el mío —pensó Kern—, pero si me contestas de igual a igual, eso demuestra, al menos, que hay una posibilidad de discusión y, por lo tanto, una duda en tu mente. ¡Aprovechémosla!».

—En tal caso, señor Sky, y ustedes, caballeros, supongamos que el problema ha quedado resuelto. El responsable del error de Wisbitch no es el señor Sky, ni soy yo. Pregunta: ¿quién es?

—Eso es lo que tratamos de averiguar, señor Kirk —dijo súbitamente el coronel del Ejército de la India—. Y, créame, lo averiguaremos, cueste lo que cueste, en dinero o en tiempo. Como usted comprenderá, no podemos permitirnos, dado lo que somos, que semejantes costumbres se introduzcan en lo que la gente llama «el bajo mundo». Significaría el final de nuestras actividades, que hasta ahora se han desarrollado en un clima de confianza y de seriedad.

Kern reprimió por muy poco la carcajada que ascendía a sus labios. Aquello parecía un debate de la Cámara de los Lores: el mismo deseo de estabilidad, el mismo horror a los incidentes no previstos, la misma preocupación por mantener, a toda costa, el orden habitual de las cosas.

«La Reina debería concederles un título nobiliario. No desentonarían en las sesiones».

—No hemos aguardado a que llegara usted, señor Kirk —dijo Christopher Sky—, para iniciar nuestra encuesta. Y cuando efectuamos una encuesta, podemos ir más aprisa y más lejos que el viejo Scotland Yard. Disponemos, por otra parte, del mejor investigador que pueda existir: su amigo Ted Larne, que salió fiador por usted y que sabe perfectamente que si no llega a demostrar su buena fe se verá en una posición tan comprometida como la suya.

Se volvió hacia una silueta oscura, tan absolutamente inmóvil detrás de él que Kern no la había distinguido.

—Señor Bobo, ¿quiere ir a enterarse de si se han recibido noticias del señor Larne?

El pequeño español se deslizó a través del salón como si viajara montado sobre almohadones de aire, pasó por delante de Kern sin concederle una sola mirada y desapareció. Unos segundos más tarde, Kern oyó una voz recia que

resonaba junto a la puerta y exhaló un suspiro de alivio: si Ted Larne estaba en la casa, era un aliado más. Al pasar por su lado, el irlandés le guiñó el ojo y avanzó hacia Sky. Sus cabellos rojos adquirieron un aspecto fantástico en la penumbra.

—Señor Sky, tengo noticias y creo que la pista es buena. Esta noche, una trotona de la Greek Street me ha dicho...

Sky le interrumpió con un gesto.

—Un momento, señor Larne. ¿Ha traído a su testigo?

—Desde luego —dijo el pelirrojo, desconcertado—. Pero, no es más que una pelandusca, una francesa que...

—No tenemos prejuicios —cortó Sky—. Haga pasar a esa señorita.

Kern empezaba a divertirse horrores.

«Esto es el *Old Bailey* del hampa —pensó—. Después de todo, la *Opéra de Quat'sous* no queda tan lejos...».

Tarareaba mentalmente los primeros compases de la canción de Mac Kee cuando la «señorita» hizo su entrada. Inmediatamente, la compadeció. Hubiera podido ser bonita, de no haber sido por su maquillaje y su atuendo, muy a lo «carnaby Street»: cabellos teñidos, ojos muy pintados, labios de color violeta, una minifalda de cuero rojo, medias de rejilla, negras, y unas botas ye-yé, blancas.

—Acérquese —dijo Sky, con su voz de obispo.

Larne empujó a la muchacha delante de él. El maquillado rostro reflejó una expresión de temor al distinguir las cinco siluetas sentadas a la mesa. Kern sintió contra sus fosas nasales una vaharada de perfume, violento y chillón como el resto de su persona.

—No tenga miedo —dijo Sky—. No queremos más que unos informes.

—¿Unos informes? —inquirió la muchacha—. ¡Habla usted como los polizontes, palabra! En primer lugar, ¿informes sobre qué?

La joven tenía un delicioso acento francés que transformaba en «z» todas las «th» y le daba una especie de ceceo infantil. Kern tuvo la impresión de que el coronel del Ejército de la India estaba un poco más colorado que al principio de la velada.

—Françoise —dijo Ted Larne—, límitese a repetir lo que me ha contado hace unos instantes a propósito del jamaicano. Y trate de contener la lengua. Estos caballeros no están acostumbrados a...

—Que se exprese como quiera —le interrumpió Sky—, y que nos diga lo que sabe.

La muchacha dirigió una prolongada mirada a su alrededor. Kern le dedicó una amable sonrisa y una mueca alentadora.

—Lo que sé, lo que sé... —gruñó la joven—. Cabría todo en la uña de un pulgar. Bony el irlandés me ha preguntado esta noche si había observado algo especial en el barrio, de parte de los clientes. Mientras me preguntaba eso, me he acordado de un tipo que ha venido conmigo hoy, y que ya había venido anteayer, un jamaicano alto, que no estaba mal. Se me acercó, hace dos días, y me invitó a tomar una copa en el *Blue Moon*, para hablar de nuestros asuntos, dijo. Me llamó la atención, porque los clientes no suelen portarse así...

—Al grano —dijo suavemente Sky—. Ahórrenos los detalles sin importancia.

—No sé a lo que llama usted detalles sin importancia —dijo la muchacha, en tono áspero—. Pero, de acuerdo, voy a resumir. Mi jamaicano no subió conmigo anteayer porque estaba sin blanca, no por falta de ganas. Y esta tarde, el mismo jamaicano en mi camino. Yo acababa de empezar, por así decirlo. Y él me propuso que no subiéramos en seguida, sino que fuéramos a comer algo al *Grey Inn*, y luego a dar una vuelta por ahí. Incluso quería que le acompañara toda la noche. Yo no trabajo de noche, y así se lo dije. Luego, para ver hasta dónde llegaba, le dije que un amigo muy serio estaba citado conmigo al atardecer, un hombre que siempre me daba veinte libras por sesión. El jamaicano —¿he dicho ya que se llama Horacio?— replicó que aquello no era problema, que me pagaría lo que el amigo serio solía darme, y que añadiría treinta libras más. Y para demostrarme que no faroleaba sacó un fajo del bolsillo. Un fajo impresionante, palabra. Entonces le dije que sí. Me pagó la mitad por anticipado, fuimos a cenar y luego a dar un paseo. ¡Vaya paseo! Creí que con el cochazo que llevaba iríamos por lo menos al campo, a una fonda de postín... Pero ¡nanay! Me llevó a un garaje del East End, en Oldershaw Road, cerca del Támesis y de los muelles. ¡Siniestro! Una vez allí, me subió a una especie de desván y liquidamos rápidamente el asunto. Siempre había creído que los negros... Pero, ése, nada de nada. Cobré el resto del dinero prometido..., y eso es todo.

—¿Todo? —inquirió Sky, frunciendo el ceño y volviéndose hacia Larne.

—¿Y la pistola, Françoise? —preguntó a su vez el irlandés.

—¡Es verdad! Lo había olvidado. Cuando el jamaicano se desvistió, vi que iba cargado. Llevaba una pistola enorme, con un cañón así de largo. ¡Algo serio!

—¿Nada más? —preguntó Sky.

—Creo que no —respondió la muchacha.

—Un momento —dijo Kern suavemente—. Con su permiso, señor Sky. Ha hablado usted del «cochazo» de su amiguito. ¿Puede saberse de qué marca era?

—¡Vaya pregunta! —exclamó la muchacha—. ¡Claro que sí! Las pesco todas al vuelo: era un Daimler negro.

—Gracias, señorita —dijo Kern en tono amable.

La muchacha le miró, sorprendida, y luego sonrió dulcemente.

—Señor Larne, puede llevarse a esta señorita —dijo Sky—. Que la indemnicen por el tiempo que ha perdido. Pero no se aleje mucho, porque vamos a necesitarle.

Kern no pudo evitar el seguir con los ojos el sensacional balanceo de la minifalda de cuero rojo, mientras la muchacha salía de la estancia, acompañada de Larne.

Unos cuchicheos muy próximos le arrancaron de su contemplación. Alrededor de la mesa, las cinco cabezas, a cual más respetable, se habían acercado para un nuevo conciliábulo.

«Supongo que esto no va a durar toda la noche», pensó Kern. Su hambre, su sed y su cansancio le parecían de repente más vivos que nunca. Y allá abajo, en la bodega, estaba el desdichado Kelly...

—Señor Kirk —dijo finalmente Sky, volviéndose hacia Kern—. Dado el nuevo desarrollo de la situación, hemos decidido que se una usted, en compañía de su amigo, a algunos de nuestros hombres para ir a hacer un reconocimiento en el garaje de Oldershaw Road. Trate de encontrar a ese jamaicano y traémoslo, o hacerle hablar en presencia de testigos dignos de confianza. Es su única posibilidad de convencernos.

—¿No están convencidos todavía? —se asombró Kern, con un mal humor más fingido que auténtico.

Sky sonrió de un modo angelical.

—Creemos, señor Kirk, que ahora hay una duda razonable en lo que respecta a su participación en el asunto de Wisbitch; pero necesitamos pruebas.

Hizo un gesto vago con la mano.

—Imagine, señor Kirk, que el jamaicano sea uno de sus hombres...

Kern se quedó sin habla durante unos segundos. Luego se obligó a sonreír.

—Caballeros —dijo en tono mordaz—, sin duda representan ustedes un volumen de negocios muy importante. Pero ¿no creen que sus sospechas y sus

investigaciones les están haciendo perder mucho tiempo, es decir, mucho dinero?

Luego, sin esperar respuesta, dio media vuelta y salió de la estancia, esperando de todo corazón que, antes de enviarlas de expedición, los «zares del bajo mundo» pensarían en alimentar sus tropas.

CAPÍTULO VIII

El Bentley rodaba al paso a lo largo del muelle. Kern, sentado a la izquierda de Bobo, había renunciado definitivamente a orientarse. En el asiento trasero, Patrick Kelly, con los ojos medio cerrados, parecía un gato rojo, harto, vigilando la madriguera de un ratón, dispuesto a saltar. El «ratón», en este caso, tenía un torso estrecho, torcido por una escoliosis que desencajaba sus hombros y daba a su busto el aspecto de una balanza, uno de cuyos platillos permaneciera continuamente hacia abajo.

El individuo, de pequeña estatura, tenía el rostro aplastado en su parte superior, lo cual proyectaba hacia adelante sus gruesos labios casi negroides, remangados sobre unos caninos y unos incisivos superpuestos. Christopher Sky se lo había presentado bajo el apodo de «Saxo», lo cual podía significar que era miembro de una orquesta, aunque a juzgar por la pistola Mauser que reposaba sobre sus rodillas debía tener un modo muy personal de concebir la música.

Bobo encendió los faros. El puré de guisantes adquirió unos reflejos amarillentos mientras se dibujaba en primer plano una sucesión de grúas, de jarcias y de amarras, sobre el fondo sombrío de los docks.

Bruscamente, el muelle, hasta entonces aparentemente desierto, se animó. Los descargadores del turno de noche subían a bordo de las barcas, y Kern distinguió las calas abiertas, los cables y las enormes poleas.

Kern proyectó su mano en dirección al tablero de a bordo para amortiguar los efectos del frenazo. El Bentley se inmovilizó con un chirrido de neumáticos. El mendigo pareció brotar de entre las ruedas. Evidentemente borracho, titubeó, abrió los brazos para restablecer su equilibrio, abrió mucho los ojos durante un segundo antes de ser golpeado. Profirió una maldición, ocultó su rostro en el hueco de su antebrazo y recorrió un par de metros con paso titubeante, a la derecha del automóvil. Bobo había reemprendido ya la marcha cuando el hombre se desplomó de nuevo sobre la reluciente calzada.

Desde que iniciaron el viaje, los cuatro hombres no habían intercambiado una sola palabra. Saxo vigilaba a Kelly, el cual vigilaba a Saxo; Kern observaba a Bobo, al parecer indiferente a lo que no fuera su itinerario. Kern trataba ahora de localizar su situación, contando los puentes y las pasarelas que cruzaban el Támesis. Nunca le había parecido tan exacta la expresión «hendir la niebla». El *fog* se extendía como un mantel encima del suelo, ascendía de la superficie glauca del río, envolvía las columnas de los puentes. Tapaba las fachadas de los viejos inmuebles y creaba un halo difuso e irisado alrededor de los arcos eléctricos, antes de deshilacharse por momentos.

La masa rectangular de un almacén, el alto esqueleto metálico de una grúa, la silueta furtiva de los obreros portuarios agrupados junto a las barcazas surgían entonces de la oscuridad. Lo real se imponía a lo surrealista, los cargueros tenían una popa, una quilla, los muelles un pavimento; y los gnomos gesticulantes habían vuelto a convertirse en hombres.

Cayó de nuevo la niebla algodonosa. Kern se volvió hacia Bobo, impasible al volante. La claridad del tablero de mandos acusaba todavía más su tez olivácea y el azabache grasiento de sus cabellos.

—¡Alto!

El español, en un movimiento reflejo, aplastó su pedal de freno y volvió hacia Kern una mirada asombrada.

—Hemos perdido el autobús —dijo Kern, en tono irónico.

Bobo abrió mucho los ojos.

—No comprendo —murmuró.

—¿A qué viene este paseo por los muelles? Hace más de una hora que damos vueltas a la noria... ¿Se ha perdido usted en la niebla?

—Le aseguro, señor Kirk, que estoy tratando de...

—¿De encontrar ese famoso garaje?

Bobo asintió con un gesto.

—¡De acuerdo! Le concedo otros quince minutos, transcurridos los cuales iré a acostarme. Turismo por turismo, prefiero visitar los muelles en un autocar de la Cook. Por lo menos, tendría la conversación del guía, y quién sabe si una vecina agradable...

Bobo embragó suavemente y el Bentley reemprendió la marcha.

Cien metros más allá, el español volvió a detener el vehículo.

—Dejaremos el coche aquí, señor Kirk. El garaje debe encontrarse en la esquina del edificio y del callejón, de acuerdo con las explicaciones de la muchacha.

Bobo apagó los faros y, con la mano en el pomo de la portezuela, añadió:

—Si el jamaicano no trabaja para usted, señor Kirk, creo que nos seguirán ustedes; en caso contrario, tendrán interés en provocar un incidente, cuyo éxito no puedo garantizarle.

Hizo un gesto casi afeminado en dirección a la fachada del almacén. Kern vio tres sombras que se despegaban del muro y se acercaban al automóvil. No hacía falta ser miembro de la CIA para darse cuenta de que no eran vagabundos ni descargadores.

—Compruebo una vez más, mi querido Bobo, la preocupación por los detalles de que hace gala la *Evasion Incorporated*.

El español sonrió.

—Sabemos proteger a nuestros clientes... Si quiere usted bajar, señor Kirk...

Kern se encontró sobre el reluciente pavimento en compañía de Kelly, vigilado por Saxo, en tanto que Bobo disponía a sus hombres en cobertura.

El almacén formaba un ángulo recto con el muelle y un callejón, iluminado por dos faroles.

—Vamos, señor Kirk —dijo Bobo.

Kern sacudió negativamente la cabeza.

—¡Paso, caballeros! Me gusta demasiado el póquer para jugar una partida sabiendo que las cartas están trucadas.

El español vaciló e intercambió una rápida ojeada con Saxo.

—Devuélvame mi P. 38, devuélvale su material al señor Galway, deje de considerarnos como moneda falsa y nada se opondrá a que participemos en la fiesta. En caso contrario, pueden liquidarnos aquí mismo. Muerto por muerto, prefiero terminar mis días al aire libre que en el fondo de un oscuro garaje.

Kern se inclinó sobre el español y añadió, en tono jovial:

—Si escoge usted la segunda solución, un consejo: procure hacer blanco con la primera bala, porque no le permitiré disparar por segunda vez.

Kelly abrió unos ojos como platos. Era evidente que la actitud de Kern le desconcertaba. Por su gusto, habría abierto las hostilidades durante el trayecto. El pequeño irlandés llegó a la conclusión de que su jefe debía de tener sus motivos para obrar de aquel modo.

—Tome sus cartas, señor Kirk —dijo Bobo, tendiendo a Kirk su P. 38.

Por su parte, Saxo entregó a Kelly su puñal de combate.

—Todo está en regla —anunció Kern, comprobando la presencia del cargador en su culata.

—Uno de mis hombres habrá hecho ya lo necesario en la puerta del garaje —dijo el español—. Concedámosle tres minutos más: a veces, esas viejas

cortinas metálicas resultan duras de pelar.

El tono no era ya el mismo. Kern se dio cuenta de que Bobo había cambiado de actitud, y quedó convencido de que el largo paseo por los muelles había sido minuciosamente orquestado a fin de poner sus nervios a prueba, tal vez con la esperanza de que se traicionaría, si estaba en connivencia con los autores del doble asesinato de Wisbitch.

Sonrió para sus adentros al pensar que Christopher Sky sabía manejar, entre otras armas, la psicología aplicada.

* * *

Habían vuelto a cerrar la puerta detrás de ellos y, pegados a la pared, trataban de descubrir la presencia del jamaicano. El garaje rectangular tenía una armazón metálica y ninguna abertura al exterior, a excepción de la puerta por la cual habían entrado y, en el extremo opuesto, otra puerta más pequeña, así como un bastidor encristalado que discurría a lo largo de toda la nave. La claridad difusa de los dos faroles se filtraba a través de los cristales y una semipenumbra bañaba el local.

Unos vehículos alineados parachoques contra parachoques dibujaban tres largas paralelas sobre el cemento. Unos periódicos estaban pegados a los parabrisas, los cristales y envolvían los cromados. A lo largo de cada hilera, botellas de oxígeno, mascarillas y varios juegos de matrículas diseminados por el suelo bastaban para demostrar que la especialidad del establecimiento era el maquillaje de los automóviles robados.

Olía a gasolina, a aceite sucio y a barniz de celulosa. Kern se estremeció. Los vehículos inmóviles, alineados, cubiertos de papeles, sobre aquella inmensa losa de cemento, le hacían pensar en un enorme depósito de cadáveres.

—Vamos a separarnos —susurró al oído de Bobo— y a registrar en línea este bazar.

El español asintió con un gesto.

—Vaya hasta el pie de la escalera que conduce al altillo —añadió Kern, señalando la pequeña escalera situada contra la pared del fondo.

Unos segundos más tarde continuaron su avance. Kern, cubierto a su izquierda por Bobo, oyó la respiración de Kelly a su derecha, protegiendo el avance de Saxo al otro lado de la nave.

Al cabo de una decena de metros, Kern se sintió súbitamente indispuerto. Lo atribuyó a la falta de aire y a las emanaciones de la pintura en suspensión. Se detuvo un breve instante, tendió el oído, percibió los pasos afelpados de

Bobo, el deslizarse de Kelly, y adivinó en la sombra, al otro lado de la nave, la silenciosa proximidad de Saxo.

Reanudó la marcha, sin conseguir definir la causa de su malestar. A su alrededor reinaba el silencio, apenas turbado por el roce de los pasos de sus compañeros sobre el cemento. Verosímilmente, iban a encontrar al jamaicano en el nido, a menos que estuviera ausente, en cuyo caso, en la eventualidad de un regreso inesperado, sería interceptado por los hombres apostados en el exterior.

De pronto, estalló un ruido semejante al taponazo de una botella de champaña. Se oyó una especie de estertor, seguido de la caída de un cuerpo sobre el hormigón.

—¡Le han dado a Saxo! —exclamó Kelly.

Kern distinguió una claridad rojiza delante de él y se dejó caer al suelo en el instante en que resonaba el «plop» de un silenciador. La bala pasó silbando por encima de su cabeza antes de perderse en una carrocería. Luego se estableció de nuevo el silencio.

Kern se incorporó lentamente, escuchó, tratando de localizar los movimientos a su alrededor. La situación había cambiado bruscamente, con ventaja para el adversario. Kern no podía dar ninguna orden sin arriesgarse a revelar su posición y la de sus compañeros.

Oyó un chirrido metálico, a su izquierda, seguido de un rumor de pasos precipitados. Estuvo a punto de disparar contra la silueta que se reflejaba a contraluz, pero se contuvo al reconocer el reluciente reflejo de la cabellera de Bobo.

El español se desplazaba hacia la derecha, para acercarse a Saxo. Kern se lanzó hacia adelante a fin de superar el lugar crítico y aproximarse a Kelly.

Al término de su salto, Kern se inmovilizó bruscamente, sintiéndose espiado. Frunció los ojos, en vano, y luego reanudó su avance. Se produjo un roce, afelpado, apenas audible. Kern escuchó de nuevo. ¿Bobo? ¿Kelly? Comprobó que era imposible, dado lo que sabía de su último emplazamiento.

Avanzó un paso más, se detuvo, al acecho, dispuesto a descubrir la presencia que sentía muy próxima, en vano. Iba a reanudar la marcha cuando se inmovilizó, aplastado contra la carrocería de un inmenso «break». Un montón de cajas, sin duda de los botes de pintura vacíos, caían en cascada, rodaban; el ruido de chatarra fue acompañado por un juramento irlandés, cuya traducción hubiera hecho enrojecer a todo un regimiento de *Horses-Guards*. Mentalmente, Kern juró también y apretó los dientes, mientras el silencio que

sucedía se hacía más pesado, más sofocante. Despegó la espalda del «break» y levantó un pie para reanudar su avance, los ojos aún más fruncidos.

Fue como si el hacha del antiguo verdugo de la Torre de Londres le rebanara, no la cabeza, sino los tobillos. Perdió el equilibrio, trató de agarrarse a la carrocería, pero sus dedos sólo consiguieron desgarrar los periódicos que cubrían los cristales.

Incluso antes de tocar el suelo, tenía el torso comprimido en un torno; abrió la boca en busca de un aire que no llegaba a aspirar, mientras sus sienes y sus oídos latían insoportablemente. Kern soltó su arma y tuvo el tiempo justo para llevarse las manos al rostro, en tanto que su nuca golpeaba el cemento y unos dedos «en horquilla» se disponían a cegarle.

A través de una niebla rojiza sembrada de centenares de puntos negros y dorados en zarabanda delante de sus ojos, adivinó al hombre a horcajadas encima de él. Un negro dotado de una fuerza hercúlea. Kern trató de alcanzar el rostro, el cuello de su adversario con el filo de la palma de la mano. El otro echó la cabeza hacia atrás y apretó todavía más sus rodillas, que comprimían el torso de Kern.

Jonathan trató de despegar sus riñones del suelo. El negro levantó entonces un brazo que no terminaba nunca, prolongado como estaba por una enorme llave inglesa. Kern percibió un «han» de carnicero y la llave inglesa descendió hacia su rostro con la velocidad del rayo.

Todo se mezcló, en menos de tres segundos: la bala que silbó por encima de Kern, la llave inglesa que se deslizó por su propio impulso sobre su hombro, y una cabeza negra cuya boca abierta formaba un ridículo agujero pálido, una cabeza que a Kern le pareció cada vez más enorme, cada vez más ridícula, mientras oscilaba encima de él antes de caer hacia adelante. En un sobresalto, consiguió volver su rostro y, con la mejilla pegada al cemento, notó contra su nuca la cabeza ensangrentada.

Empuñando su pistola, Bobo se inclinó.

—¡Rápido! —susurró—. Hay otros dos, por lo menos. Saxo está muerto.

Incorporándose, ayudó a Kern, con el pie, a librarse del cadáver y se dirigió rápidamente hacia el fondo del garaje.

«¡Rápido!», había aconsejado Bobo... Pero Kern tenía la cabeza dolorida cuando se puso en pie, y tuvo que respirar a fondo varias veces antes de volver a encontrar un ritmo normal. Sacudió la cabeza, como un boxeador «groggy», cuando oyó a su derecha un silbido muy breve que conocía perfectamente. Se inmovilizó, escuchando. El silbido se había interrumpido,

para convertirse en un ruido opaco, semejante a la caída de un saco de salvado.

—¡Le he dado! —gritó triunfalmente Kelly.

En el mismo instante, se oyó un ruido de cristales rotos a la derecha.

—¡Yo también! —anunció Bobo.

Kern había terminado por encontrar un interruptor y decidió que aquella riña de negros en la oscuridad ya había durado bastante. La luz brotó, cruda, amarilla.

Bobo avanzó hacia él, empujando a un hombre que se sostenía la cabeza con las dos manos.

—¡Bobo! —aulló Kelly.

Mientras aullaba, el irlandés había vuelto a lanzar su puñal. El español había comprendido y se dejó caer al suelo.

Unos segundos más tarde, habiendo recuperado *su* prisionero, Bobo dirigió a Kelly una leve inclinación de cabeza. Con la barbilla señaló al negro, detrás de él, que Kelly estaba ya registrando, y luego al otro, el hércules de la llave inglesa, en una postura absurda, a cuatro patas, con la cabeza caída a un lado, como si buscara algo debajo de los automóviles.

—¡Uno por uno! —murmuró.

Esta vez, el garaje se había convertido en el anexo del depósito de cadáveres municipal. Patrick Kelly realizaba tranquilamente su tarea: después de haber terminado su registro, sacó con mucho cuidado la hoja de su puñal en el pantalón del difunto. A unos metros de distancia, Saxo, enroscado sobre sí mismo, parecía aún más retorcido. Una gran mancha de sangre iba ensanchándose alrededor de su cabeza, mezclada con el polvo grasiento que cubría el suelo.

Kern se volvió. Bobo tenía un brillo diabólico en la mirada; un leve temblor agitaba sus labios y, de cuando en cuando, un rictus espasmódico descubría sus dientes, al distender las comisuras de su boca. Con la respiración sibilante, no apartaba los ojos del inmenso negro de cuerpo flexible, de musculatura fina y delgada. A primera vista, resultaba difícil atribuirle una edad.

—¡Adelante! —ordenó Kern—. Perfecto. Ahora, levanta los brazos, más arriba... Apoya las manos en la pared. Echa las piernas hacia atrás...

En aquella postura, el jamaicano se encontraba neutralizado. El menor movimiento le haría perder el equilibrio, y cualquier tentativa de rebelión terminaría con una caída, apenas la hubiera esbozado.

—¡Registradle!

Bobo y Kelly empezaron por volver los bolsillos. Luego revisaron los dobles, los tacones de sus zapatos...

Kern se inclinó, recogió el pasaporte, lo abrió, comprobó la fotografía y examinó los sellos oficiales.

—Parece auténtico —dijo, a media voz—. Charms, Horacio..., treinta y dos años, boxeador profesional.

Avanzó, apoyó una mano en el hombro del jamaicano, le hizo dar media vuelta.

—Derrotado en el segundo round por K. O. técnico.

Kern sonrió, inclinándose:

—¡Por Kid Kirk, en el Madison-Garaje de Chelsea! El combate ha sido presidido por el juez Bobo, y arbitrado por el famoso árbitro irlandés Patrick Galway.

Kern empuñó su P. 38 por el cañón y colocó la culata delante de los labios del prisionero, como si se tratara de un micrófono.

—Una sola pregunta, Charms: ¿cuál fue su impresión a raíz de su último combate en Wisbitch? Aquel día, damas y caballeros, Horacio Charms estaba en plena forma: no contento con derribar a su adversario del Scotland-Yard — Boxing Club, liquidó al mismo tiempo a su cuidador.

Kern retrocedió y, clavando su mirada en la del «boxeador», inquirió:

—¿No es cierto, joven?

Horacio Charms tragó saliva.

—Vamos, un buen movimiento, señor Charms: ¿por qué esa carnicería?

—¿Qué carnicería? ¿Qué combate de Wisbitch? Nunca he puesto K. O. a ningún cuidador, y nunca he boxeado contra un policía.

Kern consultó su reloj e intercambió una mirada con Kelly. El irlandés avanzó un par de pasos. Bobo intervino.

—Si me permite, señor Kirk, creo estar directamente afectado por este asunto...

La voz del español tenía una suavidad amenazadora.

—Me corresponde —añadió, señalando el cadáver de Saxo— ayudar al señor Charms a recobrar la memoria.

—¡No hay inconveniente, Señoría! Le dejo al señor Galway; mientras, iré a echar un vistazo a ese famoso altillo...

* * *

Se oyó un chasquido, seguido de un lento deslizamiento.

—¡No! —aulló Horacio Charms, viendo descender otros veinte centímetros la enorme caja de transmisión de veinte toneladas.

Atado a un grueso tablón, con el rostro chorreante de sudor y los ojos desorbitados, el jamaicano bizqueaba continuamente para poder ver la mano de Bobo, apoyada en el gato hidráulico.

—Volvamos a empezar —dijo Kelly—. ¿Para quién trabajas?

Charms sacudió la cabeza.

—¡Para nadie! Hace más de tres meses que no he celebrado un combate, y busco...

La mano de Bobo se movió. Otro lento deslizamiento, y la caja de transmisión quedó situada a treinta centímetros del rostro de Charms.

El jamaicano tragó saliva penosamente, cerró los ojos, volvió a abrirlos inmediatamente temiendo ver la mano de Bobo moviéndose de nuevo.

—¡No sé nada! ¿Me oyen? ¡Nada! ¡No estuve en Wisbitch! ¡No sé nada del asesinato de los dos *bobbies*!

Kelly se volvió al oír unos pasos detrás de él. Kern le hizo una seña para que continuara su interrogatorio y permaneció al margen.

—¿Conoces a una chica que se llama Françoise, una francesa que hace la carrera en la Greek Street?

—Yo..., yo...

—¿Sí o no?

—Tú mismo la trajiste aquí —concretó Bobo.

—¡No fui yo, fue mi compañero!

Debió darse cuenta de que había cometido un error, porque hizo una mueca.

—Un buen punto de partida, señor Charms —declaró Kern, acercándose—. A partir de ahora, todo va a resultar muy fácil. Al admitir que conoces a esa prostituta, acabas de reconocer implícitamente que cobraste una elevada suma hace cuarenta y ocho horas. La víspera del asesinato de Wisbitch estabas sin blanca, y al día siguiente el dinero te rebosaba de los bolsillos. Curioso, ¿no?

Horacio Charms jadeaba. El sudor inundaba su rostro, chorreaba a lo largo de sus mejillas y goteaba hasta el cuello de su camisa.

—Estuve jugando —terminó por articular.

—¡Con una Nagan del nueve largo! La que he encontrado en tu maleta, en medio de un fajo de billetes de diez libras, en el altillo donde llevaste a esa chica después del golpe.

—Le juro que... ¡No!

Bobo, flemático, acababa de mover la barra del gato. La caja de transmisión había efectuado un nuevo desplazamiento.

—Lo malo, Horacio, es que la policía ha debido proceder a la autopsia de sus colegas, y estoy seguro de que tu arma les interesará muchísimo. Una simple comparación entre las estrías de las balas y las del cañón de esa Nagan, y te pudrirás en la cárcel, a menos de que en este caso concreto la Cámara de los Comunes decrete el restablecimiento de la pena de muerte.

El jamaicano se estremeció.

—Ni yo ni mis amigos —continuó Kern— pertenecemos a la Sociedad protectora de los inspectores del Yard. Nada de lo que digas llegará a oídos de la policía.

Horacio cerró los ojos. Su pecho se levantó varias veces, su respiración se hizo sibilante. Terminó por abrir los párpados, como si saliera de una prolongada oscuridad.

—¡Está maduro! —declaró Kelly.

Kern hizo una mueca dubitativa.

—Si hablo... —murmuró Charms.

—¡Lo tendremos en cuenta!

Charms suspiró.

—Haga sus preguntas —dijo, con voz estrangulada.

Kern se concentró unos instantes, en tanto que Bobo continuaba empuñando la barra del gato.

—¿Cuántos erais en el asunto de Wisbitch?

—Dos en protección, mi compañero y yo.

—¿Y los otros?

—Tres.

Kern, con un gesto, impidió que Bobo interviniera.

—Apresuremos el movimiento, Horacio: ¿misión, y en provecho de quién?

—Teníamos que cubrir al equipo que intentaba penetrar en el interior de la prisión.

Vaciló, bizqueó para mirar la mano del español y añadió rápidamente:

—Querían sacar a un condenado.

—¿A quién?

—A un tal Blending. Pero, cuando oí la sirena de la policía, perdí la cabeza y...

—¡Te liaste a tiros! —dijo Kelly.

El jamaicano cerró los ojos.

—Un último detalle —continuó Kern—. ¿Cómo se llama el hombre que te contrató?

Los ojos de Charms rodaron en sus órbitas, sus rasgos se crisparon y una espuma blancuzca apareció en las comisuras de sus labios.

—¡No lo sé!

Se oyó otro chasquido y un nuevo deslizamiento quedó prácticamente ahogado por el aullido demencial del negro. La caja de transmisión se detuvo a menos de diez centímetros de su rostro.

Horacio Charms, el cuerpo recorrido por un temblor convulsivo, se mordió los labios hasta hacerse sangre. Kelly le vació un cubo de agua sobre el rostro. El negro abrió la boca, tragó una larga bocanada de aire, suspiró, y terminó por encontrar una calma relativa diez segundos más tarde.

—Su nombre —repitió Kern, implacable.

—Lo único que sé... es que...

Hizo una breve pausa, para recobrar el aliento.

—... Se llama Rudolf. Tiene acento extranjero y circula en un Bentley negro.

—Un poco vago, Horacio.

—Matrícula CXO 965, con el emblema del Cuerpo Diplomático. Le juro... Le juro que no sé nada más. Ahora, haga lo que quiera.

Kern estudió su rostro; evidentemente, decía la verdad.

—¿Lo ha dicho todo, señor Kirk? —preguntó Bobo.

Kern asintió, incorporándose, y el español subió el gato al máximo. El jamaicano exhaló un largo suspiro de alivio. Kern se volvió. Un segundo después, se oyó un rápido deslizamiento, seguido de un crujido atroz. Kern giró sobre sus talones: la masa de veinte toneladas acababa de aplastar el cuerpo de Horacio Charms.

Bobo abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—No sé qué ha podido pasar, señor Kirk, pero el gato se ha soltado de golpe.

CAPÍTULO IX

—Vamos, señor Raskin, otra fotografía, delante de un cañón, en compañía de ese *Yeoman Guarder* —dijo alegremente Katryn Lynton.

Rudolf Raskin se apeó trabajosamente del automóvil, apoyándose con visible complacencia en el hombro de la periodista.

—Mi querida *Miss Lynton* —murmuró—, creo que en toda mi vida no había visitado Londres tan bien acompañado. ¿No podría usted librarnos de ese chófer-fotógrafo? ¿Para qué sirve, en definitiva?

—Para conducir el automóvil, señor Raskin —dijo la joven, apartándose ligeramente.

—¡Puedo conducir yo!

—Pero ¿sabe usted tomar fotografías?

—¿Acaso son indispensables? Tengo la impresión de no haber sido fotografiado tan a menudo en toda mi existencia.

—Su martirio terminará pronto, señor Raskin —prometió Katryn.

—¿Y despedirá a su fotógrafo? ¿Nos quedaremos solos, usted y yo?

—Veremos —dijo la joven, con una deliciosa sonrisa—. Entretanto, señor Raskin, apoye una mano en la boca del cañón y la otra en el hombro de ese valiente *Yeoman*, al cual tendrá la bondad de recompensar antes de que nos marchemos. ¿Preparado, Jonathan? Creo que saldrá perfecta.

—Estoy convencido de ello —gruñó Kern, apuntando su Rolleiflex contra Raskin, como si fuera un Colt.

La corte cada vez más descarada que Raskin hacía a Katryn Lynton le enervaba más allá de los límites de lo soportable. En varias ocasiones había evitado un accidente por muy poco, hasta tal punto tenía concentrada la atención en lo que ocurría detrás de él y que no podía evitar seguirlo a través del espejo retrovisor. Aquella mano regordeta que se posaba con demasiada frecuencia y se detenía demasiado tiempo sobre las rodillas de Katryn...

—Bueno, *Miss Lynton* —dijo Raskin, irguiendo su pequeña estatura y tratando de contraer su voluminoso vientre—, me parece que la jornada de trabajo ha terminado y que ahora podríamos pensar...

—Todavía no, señor Raskin —replicó Katryn en tono de reproche—. Ha olvidado usted lo más importante: nuestra visita a los muelles de Londres y a los barrios jamaicanos contiguos.

—¿Es realmente indispensable? —preguntó Raskin con una mueca de desaliento.

—¡Fundamental! —aseguró Katryn—. Es la llave maestra de este reportaje, lo que dará color a todo el resto. El más eminente de los miembros de la misión comercial alemana, ante lo que constituye a la vez el secreto de la riqueza de Londres y la marca de su indecible pobreza. Sin hablar de las cifras, de los informes y de las impresiones que recogerá usted allí.

El obeso movió la cabeza y se encogió de hombros.

—Vamos —murmuró, tendiendo la mano a la periodista para ayudarla a subir de nuevo al automóvil—. Pero, después de eso, no volveremos a hablar de trabajo. ¿De acuerdo?

—¡Prometido! —afirmó Katryn con una sonrisa tan encantadora que Kern se mordió los labios.

Arrancó brutalmente, y a pesar de la falta de visibilidad se mantuvo alrededor de las cuarenta millas por hora, hasta llegar a la altura de la Tooley Street, donde se vio obligado a aminorar la marcha, debido al intenso tránsito.

Detrás, la voz de Raskin se había convertido en un murmullo interrumpido de vez en cuando por la risa de Katryn.

«¡Cuán estúpidamente ríen las mujeres!», pensó Kern.

Cierto es que la periodista trataba de desviar la conversación, conduciéndola por los caminos de una entrevista.

—Mire, señor Raskin: a nuestra derecha, se encuentran algunos de los barrios más miserables de Londres. En ellos vive una población antillana, hindú y africana, que aumenta de año en año a un ritmo inquietante. ¿Sabía usted que están constituyéndose unas secciones locales del Ku-Klux-Klan, lo mismo en Londres, que en Birmingham, que en Coventry y en la mayor parte de las grandes ciudades industriales del Reino? ¿Le gustaría visitar un centro de acogida y de ayuda social para inmigrantes de color?

Raskin hizo una mueca de disgusto.

—Querida mía —suspiró—, no puedo olvidar que, por encima de todo, soy un experto en cuestiones económicas que afectan a la raza blanca.

Kern vio que Katryn se mordía los labios.

—En tal caso —dijo la joven, tras un breve silencio—, sólo me queda mostrarle los muelles, donde la raza blanca amontona sus riquezas.

Raskin se echó a reír.

—*Ach!* —dijo, apretando la mano de la periodista entre sus dedos amorcillados—. *Ach!* ¡El maravilloso humor inglés!

Kern captó el enervamiento bajo el madrigal.

«Hay que acabar de una vez —pensó—. Por muy germano que sea, Rudolf va a sospechar algo».

Aceleró un poco más, guiándose por los detalles que había observado a raíz de su anterior visita al almacén, y no tardó en descubrir, con un alivio indecible, que rodaba por el Oldershaw Road y que el almacén se encontraba a unos centenares de metros.

—Este barrio es realmente siniestro —dijo Raskin en tono frío—. ¿Es éste el camino habitual para dirigirse a los muelles?

—Uno de los caminos —aseguró Kern, muy serio—. En realidad, se trata de un atajo que nos evita las grandes arterias, que a esta hora se encuentran atestadas de camiones.

—Desde luego, desde luego —murmuró Raskin, dejándose caer contra el respaldo del asiento.

—Una última fotografía y regresaremos —dijo Katryn, con voz turbada.

—Desde luego, desde luego —repitió el alemán.

Kern vio el muro gris que precedía al almacén acercarse a toda velocidad. Apretó el acelerador. En aquel mismo instante oyó el agudo grito de Katryn.

—¡Señor Raskin! ¿Qué es lo que...?

Kern frenó en seco, al tiempo que daba un golpe de volante hacia el centro de la calzada. Notó que el coche iniciaba una media vuelta sobre sí mismo, liberó el freno, aceleró y pasó brutalmente a la velocidad inferior. La media vuelta se convirtió en una larga curva en óvalo que debía poner al automóvil en contacto con el muro.

—¡Cuidado! —gritó, abriendo la portezuela que tenía al lado.

Saltó un segundo antes de que se produjera el choque, dio una impecable voltereta sobre el húmedo pavimento y se encontró de pie delante de la portezuela trasera, en el instante en que el automóvil subía a la acera e iba a aplastarse contra el muro, en medio de un gran ruido de chatarra. Kern abrió la portezuela y arrancó literalmente a Raskin de su asiento.

—¡Por aquí, joven! —gruñó.

La pequeña mano regordeta surgió de la americana. Kern entrevió el resplandor azulado de un arma y, de un manotazo, la hizo saltar por los aires. Luego, con el mismo movimiento, asestó un terrible golpe con el filo de la palma de la mano debajo de la nariz del diplomático. Raskin hipó y sus ojos se desorbitaron. Se tambaleó, mientras una flor escarlata brotaba bajo su nariz. Kern le cogió por el cuello y le dejó en el suelo, sin miramientos.

—¿Todo va bien, Katryn? —preguntó.

La joven estaba apelotonada en un rincón. Al oír la voz de Kern, se estremeció y desdobló paulatinamente sus rodillas, luego sus brazos. Finalmente apareció su cabeza, aterrorizada.

—Todo va bien —afirmó Kern—. Su intervención ha terminado. El resto me corresponde a mí.

Katryn se apeó del automóvil, contempló con aire de disgusto la masa inconsciente de Raskin, y luego, inclinándose, profirió una exclamación

desolada:

—¡Mis medias!

Kern sonrió. ¡Vamos! La impresión había pasado, había llegado el momento de las preocupaciones más serias.

—El primo de Washington lo arreglará —aseguró, inclinándose a recoger la forma inerte de Raskin.

—¡Y el automóvil! —gimió Katryn, que acababa de dar la vuelta en torno al vehículo y contemplaba con desesperación la aleta derecha, parcialmente hundida.

—La misma respuesta —dijo Kern—. Ahora, márchese. No conviene que nuestro cliente la vea cuando se despierte. Yo voy al garaje, donde Kelly estará dándose a todos los diablos...

* * *

Rudolf Raskin recobraba lentamente el conocimiento, instalado en un asiento del Oldsmobile colocado en el suelo y apoyado contra la pared.

—¿De cuánto tiempo disponemos, Kelly? —inquirió Kern.

—Tenemos el campo libre. Bobo se ha encargado de advertir a los hampones del barrio.

Kern buscó el gato con la mirada.

—Anoche lo arreglaron todo —dijo el irlandés con una amplia sonrisa—. Bobo trajo a un equipo de maleantes que limpiaron el material y se llevaron a los fiambres. Saxo tendrá derecho a un hermoso entierro. En cuanto a los morenos, convenientemente lastrados, reposan en el fondo del Támesis dentro de un saco.

—¡Excelente organización la de Bobo!

—¡Desde luego! Ese individuo se haría de oro en un lugar como Manpower. ¡Es capaz de encontrar personal calificado y de confianza a cualquier hora del día o de la noche!

—Ocupémonos de nuestro cliente —dijo Kern, dirigiéndose hacia el diplomático.

Kelly sonrió.

—Bobo me ha encargado que te transmitiera un mensaje: «Dígale al señor Kirk que si necesita utilizar de nuevo el gato puede hacerlo sin reservas, pero que se sirva llamarme por teléfono, a fin de que pueda enviar al garaje al personal de limpieza».

Kern se estremeció. Echó una ojeada al obeso e imaginó la masa de veinte toneladas cayendo sobre él como una prensa hidráulica.

—Confiemos en que no nos veremos obligados a usar ese aparato — murmuró.

Se acercaron lentamente a Raskin. Kelly gruñó:

—Es un poco sucio, desde luego, pero muy eficaz.

El diplomático gimió débilmente, se llevó la mano a la nariz, sobresaltándose a causa del intenso dolor y, azarado, pareció salir de una pesadilla. Kern seguía en sus facciones el progreso de sus razonamientos:

«¿Dónde está la periodista que vino a entrevistarme? El hombre que está delante de mí es el chófer-fotógrafo, desde luego; en cuanto al individuo de los cabellos rojos, no le había visto nunca».

Por su modo de fruncir las cejas, debía de haber llegado a la conclusión de que no había soñado.

—Protesto contra el modo...

—¡Alto! Ahórrenos el estribillo del diplomático ultrajado, señor Raskin. En cuanto a sus protestas, puede dirigirlas a las paredes de este garaje: son las únicas que podrán escucharlas. ¡Si es usted encargado de misión del Departamento de Comercio Exterior de la República Democrática alemana, yo soy el nuncio apostólico!

El hombrecillo rechoncho, de manos regordetas, suspiró mientras se secaba la frente.

—Pida informes al Foreign Office... Les aseguro, caballeros, que soy víctima de un trágico error, y...

—Evitemos el melodrama, Raskin. No es su género, ni el mío.

Kern se agachó y le miró fijamente.

—¿Cómo cree usted que he conseguido identificarle? Telefoneando al Foreign Office. Como punto de partida, sólo tenía su nombre de pila, su acento y la matrícula de su Bentley.

Raskin se hundió más en su asiento.

—Aclarado esto —continuó Kern, desanudando las cuatro puntas de una servilleta colocada al lado del presunto diplomático—, he aquí una Nagan. Sabe usted mejor que nadie que es de fabricación soviética. Sabe también que con esta pistola fueron asesinados los dos policías de Wisbitch.

Lentamente, como si quisiera clavarle a martillazos la verdad en el cerebro, Kern añadió secamente:

—Las huellas dactilares que hay en la culata no son ya las de Horacio Charms, sino las de usted. ¡Mire sus dedos! ¡Verá en ellos unas imperceptibles manchas de grasa!

Incrédulo, el hombrecillo abrió sus manos y contempló las puntas de sus dedos.

—Ha permanecido usted varios minutos sin conocimiento, y lo he aprovechado para hacerle apretar esa Nagan.

Kern se incorporó, se acercó a la pared, se inclinó y regresó lentamente, sosteniendo por la hoja el puñal de combate de Patrick Kelly.

—Dos de sus asesinos a sueldo han recibido este cuchillo en plena garganta. Actualmente reposan en el fondo del Támesis. Una llamada telefónica a la Brigada fluvial del Yard, y los hombres rana irán a pescarlos. Los labios de la herida coinciden perfectamente con los bordes afilados de este puñal, y las huellas que los especialistas descubrirán en el mango serán las de usted. ¿Comprende?

Kern tendió el arma a Kelly y se secó las manos con un pañuelo.

—Estoy dispuesto a enviar, por medio de uno de mis amigos, esas piezas de convicción a la Oficina de Homicidios del Yard, acompañadas de un pequeño comentario sobre su persona. El superintendente ha recurrido al bajo mundo a fin de que le ayude a descubrir los autores del doble asesinato de Wisbitch. Uno de sus miembros más influyentes le llevará ese material y, al mismo tiempo, aprovechará la circunstancia para citar el nombre de usted...

Una sonrisa distendió los labios de Kern.

—Lo que parecería enorme en época normal y en boca de un honrado ciudadano, tendrá casi fuerza legal en la de un hampón.

Rudolf Raskin permaneció unos instantes silencioso. Kern esperaba verle derrumbarse.

—¡Buena jugada! Creo que es inútil tratar de fingir.

La voz no era la misma. La actitud tampoco. El hombrecillo se había erguido. Las manos regordetas recobraban súbitamente cierto nerviosismo.

—Pongamos las cosas en claro —añadió, en tono firme—. Ustedes no pertenecen al M. I. 5 ni al Yard... ¿Entonces? ¿CIA? ¿S. D. E. C. E.? ¿Gehlen? ¿China Popular?

—Poco importa nuestra filiación. Una cosa es cierta: no pertenecemos al Aparato.

—¿Qué es lo que quiere saber, en concreto?

—Todo, y lo demás.

—Es usted goloso, *señor*...

—Kirk. Jonathan Kirk. También yo tengo prisa, señor Raskin.

El diálogo parecía un intercambio de pelotas sobre una pista de tenis.

—¿A cambio?

—¡Su pellejo!

Una leve sonrisa flotó en los labios de Raskin.

—Resulta difícil permanecer indiferente a semejante propuesta... Sin embargo, me pregunto si no voy a cambiar un caballo tuerto por un rocín ciego. ¿Cuánto tiempo, según usted, conseguiría disfrutar de mi libertad, admitiendo que usted hiciera honor a su palabra?

—Eso depende de la historia que sepa contarle a nuestro querido Dukarin. El «diplomático» inclinó levemente la cabeza, en un gesto de saludo.

—Veo que conoce usted a mi jefe...

—He oído hablar de él, simplemente —dijo Kern—. ¿Su respuesta?

—Necesito reflexionar.

—Dispone de tres minutos. Transcurrido ese plazo, utilizaré otros métodos.

Kelly se inclinó, con los ojos brillantes.

—¡Métodos hidráulicos, *tovarich* Raskin!

El silencio tomó bruscamente posesión del local, turbado únicamente por la respiración de los tres hombres. Kern escrutaba el rostro de su adversario, tratando de imaginar cuál podía ser el curso de sus pensamientos. Con los ojos semicerrados, Raskin parecía ausente. Patrick Kelly, relajado, debía pensar en la querida Dolly y se veía ya, de regreso al hotel, cortejando a la camarera...

—¿Me entregará usted las dos armas?

El irlandés se sobresaltó.

—La Nagan, sí; el puñal, no —dijo Kern—. Mi fiel ayudante lo tiene en mucho aprecio.

—¡Desde luego!

—Pero podrá usted borrar las huellas a su entera satisfacción.

—No puedo elegir, señor Kirk... Acepto su oferta.

La voz de Raskin era apagada, con eventuales inflexiones roncadas.

—¿Por dónde empezamos?

—¡Síntesis del asunto!

Raskin se adosó todavía a su asiento y cerró los ojos.

—En Berna, la antena CIA lleva a cabo con éxito una interceptación. Nuestro agente de enlace es eliminado, su cartera de mano cae en su...

Hizo un pequeño gesto con la mano, rectificó:

—En poder de los americanos. Una serie de documentos examinados en Langley ponen de manifiesto el papel desempeñado por Blending en el seno del Aparato. Detención en Londres de nuestro amigo por el M. I. 5 y la

Special Branch. Proceso, condena irrisoria, con gran sorpresa por nuestra parte.

—¿Creyeron que Blending había comprado la indulgencia del tribunal?

Raskin se frotó las manos, sacudió negativamente la cabeza.

—Dada la inflexibilidad de la justicia inglesa, opinamos que, no existiendo pruebas decisivas, Blending había conseguido sembrar la duda en la mente de sus jueces, pretendiendo ser víctima de una maniobra de los enemigos de Inglaterra.

—¿Y en qué momento cambiaron de opinión, si es que han cambiado?

—Uno de nuestros contactos en Londres nos informó de que Blending estaba a punto de negociar sus confesiones a cambio de la posibilidad de empezar una vida nueva en Australia.

—¿Reacción del coronel Dukarin?

—Raptar a Blending, a fin de proceder a un «examen de la situación».

Kern reflexionó unos segundos. Sin darse cuenta, Raskin acababa de confirmarle que Blending era realmente un agente soviético incrustado en el seno de la NATO.

—¿Posición de los jamaicanos?

—¿Por qué me formula una pregunta cuya respuesta ya conoce, señor Kirk?

—A fin de ratificar mis informes, señor Raskin.

—Sabe usted tan bien como yo el modo de actuar de un torpedo^[14]. No establecí ningún contacto con nuestra Central al objeto de limitar los riesgos de la operación. Cierta número de experiencias desagradables nos han enseñado a desconfiar del M. I. 5, y especialmente de un tal mayor Wookey... Utilicé, pues, dos submarinos, en este caso los jamaicanos.

Se puso en pie, dio unos pasos para desentumecer las piernas y volvió hacia Kern con una mirada que pretendía ser absolutamente sincera.

—Creo haber contestado a su interrogatorio, señor Kirk —dijo.

—¿Cómo pensaban sacar a Blending de Wisbitch y de Inglaterra?

Raskin suspiró dolorosamente.

—Su intervención —respondió en tono fatigado— no me ha permitido elaborar un plan. Además, ese doble asesinato me ha obligado a permanecer inactivo, dado el despliegue de elementos de Scotland Yard. Dentro de cuarenta y ocho horas, debía estudiar de nuevo las posibilidades.

Kern golpeó dos veces, con el puño cerrado, a ambos lados del estómago. Un rictus doloroso deformó los rasgos de Raskin. Abrió la boca, jadeó, agitó los brazos.

Kern había dosificado sus golpes, procurando que hicieran daño sin provocar un desvanecimiento. El hombrecillo permaneció unos instantes inclinado hacia adelante; luego recobró el aliento, masajeándose el tórax.

—Lo siento, Raskin, pero usted se lo ha buscado. Una simple advertencia. En caso de que reincida, le «trataré» a fondo. Psicológicamente, no estaba mal ideado: cedía usted a mi chantaje, me facilitaba unas informaciones que ya conozco, como la historia de Berna, por ejemplo, y me daba un hueso a roer, en este caso sus jamaicanos. He estado a punto de dejarme engatusar por su argucia...

Kern retrocedió, contempló al hombrecillo.

—Es usted un buen discípulo, Raskin, pero no le llega a la suela del zapato a su jefe.

—¿Preparo el material? —preguntó Kelly, con una amplia sonrisa.

—¡Eso dependerá de nuestro amigo!

La mirada de Raskin se posó en Kern con insistencia, mientras este último precisaba tranquilamente:

—Horacio Charms murió aplastado por una masa de veinte toneladas, la de esa caja de suspensión montada sobre un gato hidráulico... El gato se soltó, inesperadamente. A usted le corresponde decidir si el accidente debe reproducirse... ¡Pero, aprisa, señor Raskin, muy aprisa!

El hombrecillo tragó saliva.

—¿Su decisión? —insistió Kern secamente.

—La mecánica me ha inspirado siempre cierta repugnancia, señor Kirk.

—De acuerdo. En el asunto de Wisbitch, participaron tres hombres además de los jamaicanos. Primero: ¿quiénes eran? Segundo: ¿dónde están?

—Llevo diez días en Londres. Empecé por estudiar el asunto. *A priori*, contaba con utilizar los servicios del hampa, aprovechar la actual ola de evasiones. Mis jamaicanos debían introducirme en el seno del bajo mundo. No tardé en darme cuenta de que eran incapaces de hacerlo.

—Y entonces recurrió, no al residente local, por necesidades de discreción, sino a la casa-madre...

Raskin asintió con la cabeza y precisó:

—El Servicio envió un grupo de acción.

—¿Qué ha sido de él?

—Después del doble asesinato, se dispersó.

—¿Hacia dónde?

Raskin vaciló.

—¿Prefiere usted la «mecánica»?

El falso diplomático suspiró de nuevo, sacudiendo la cabeza.

—El grupo se encuentra en Irlanda.

—¿Cuándo tiene que regresar a Londres?

—Cuando yo lo ordene.

Kern sonrió.

—Creo que no tendrá ningún inconveniente en facilitarme las señas de esos encantadores jovenzuelos, a fin de que pueda comprobar si continúan de vacaciones.

Hizo un gesto conciliador.

—Tranquilícese, me limitaré estrictamente a eso. Su futuro me tiene sin cuidado. Lo único que me interesa es la seguridad de que no harán acto de presencia durante unos días. Aclarado esto, ¿quién es su contacto cerca de Blending? ¿Cómo espera exportar a nuestro amigo? Vacíe su saco, Raskin, no olvide nada, y cuidado con las frases de reconocimiento... En beneficio suyo, diga la verdad.

Raskin sacudió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Dónde tengo que dar mi recital?

—¡Aquí mismo! Este garaje no es el Albert Royal Hall, pero la acústica es suficiente para permitirnos apreciar su interpretación. Sobre todo, no olvide que mi fiel ayudante es un melómano tan entusiasta, que cuando el virtuoso se desvía de la partitura le da por aplaudir a golpes de gato hidráulico.

Se produjo un breve silencio, durante el cual Kern y Raskin se enfrentaron con la mirada.

—¿Puedo saber cuándo estaré en condiciones de continuar mi... mi gira? —inquirió Raskin con voz ronca.

Kern hizo un gesto amplio y tranquilizador.

—A partir de ahora soy su empresario —dijo—. Y una de las obligaciones de un buen empresario es la de velar celosamente por la salud de sus artistas. ¿No lo cree usted así, señor Raskin?

El falso diplomático se encogió de hombros, intrigado por las palabras de Kern.

—Tiene usted mal aspecto, señor Raskin: exceso de trabajo, seguramente. En consecuencia, le enviaré a casa de un amigo, donde encontrará tranquilidad y descanso. Su anfitrión recibirá órdenes para ponerle en libertad llegado el momento... o hacer definitivo el descanso.

Raskin asintió con un aleteo de sus párpados.

—¿Prefiere hablar de pie, o sentado? —preguntó Kelly en tono burlón.

CAPÍTULO X

La joven que dormía se estremeció y abrió los ojos. Durante unos segundos, sólo fueron visibles las pupilas azuladas que se dilataban a la leve claridad. Luego, la pupila se contrajo mientras brotaba un grito ahogado. El rostro de la joven expresaba ahora un loco terror, en tanto que una extraña sombra pasaba sobre la mancha blanca de las sábanas. Esta vez, la joven aulló y saltó del lecho. Su cuerpo se dibujó claramente bajo la seda del camisón. La joven retrocedió, paso a paso, con los ojos desorbitados, las manos cruzadas sobre su garganta, hasta que su espalda chocó contra la pared. La sombra, entretanto, se había ido acercando, haciéndose cada vez mayor, cubriendo a la joven, inclinándose sobre ella... Estalló un tercer grito, interrumpido en seco. Ahora sólo era visible la sombra.

Cuando la sombra se apartó, la pared a la cual se había adosado la joven estaba vacía; en el suelo, abierta la garganta por una horrible herida, yacía la joven...

Kern consultó su reloj, impaciente. En la penumbra de la sala, las saetas luminosas señalaban las cuatro y doce minutos. Katryn Lynton y Laura Blending llevaban más de diez minutos de retraso, diez minutos durante los cuales Kern no había podido hacer otra cosa que mirar aquella película estúpida, en la cual campaban por sus respetos el conde Drácula y Frankenstein, sin que faltaran el tradicional ataúd y los indispensables vampiros.

«Si por lo menos dieran un buen *western*...», suspiró.

Pero no había podido elegir. El *Terrific* era uno de los últimos cinematógrafos de Londres que poseían palcos; palcos separados unos de otros —el detalle tenía su importancia— por un simple tabique de un metro de altura. Pero el *Terrific* tenía otra particularidad: la de ser especialista en películas de terror.

Kern se disponía estoicamente a seguir la misa negra que acababa de empezar en la pantalla, cuando en el palco vecino se produjo un leve movimiento. Inmediatamente, Kern olvidó al diablo, a sus pompas y a sus obras, para interesarse de un modo exclusivo por las dos siluetas que tomaban asiento en el palco contiguo, de un modo especial por la que ocupaba la silla pegada al tabique, exactamente a su lado. Kern se inclinó. Un leve perfume asaltó sus fosas nasales, un perfume discreto, de muchacha inteligente. Un susurro brotó de la oscuridad.

—Katrjn me ha dicho que es usted el ayudante de...

—¡Nada de nombres! —interrumpió vivamente Kern—. Soy, en efecto, el ayudante de un hombre de baja estatura, obeso, que habla con un acento gutural.

—¿Qué le ha pasado?

—¡No importa! ¡Está F. S.!

—¿Cómo dice?

—Fuera de servicio, indisponible, si lo prefiere. Me ha encargado que termine lo que él había empezado, muy mal, por cierto.

—¿Qué ha sucedido?

Kern dirigió una mirada irritada al rostro vuelto hacia él y del cual adivinaba apenas la mancha pálida, el óvalo muy alargado bajo los largos cabellos negros que brillaban cada vez que la pantalla se hacía más clara. Katryn estaba sentada más allá y tenía la atención concentrada en la película, como si no se hubiera enterado del diálogo que se había entablado cerca de ella.

—Quiere usted saberlo todo, ¿no es cierto, *Miss*?

—Es lógico, ¿no le parece?

Kern se encogió de hombros y volvió la cabeza. En la pantalla, la misa negra terminaba con una explosión de órganos y de cirios que desprendían más humo que llamas. ¿Lógico? Desde luego, era completamente lógico que *Miss Blending* quisiera enterarse de los acontecimientos que se habían producido en los últimos días. Pero aquél no era el momento más oportuno para extenderse en explicaciones. Kern replicó secamente:

—El tiempo apremia. La situación se hace cada vez más tensa, a raíz de todos esos incidentes. De momento sólo importa una cosa: terminar de una vez. Para conseguirlo, la necesitamos a usted.

—¿Qué puedo hacer yo?

—En primer lugar, y con la mayor urgencia, convencer a su padre para que confíe en nosotros y siga nuestras instrucciones. Hasta ahora, no puede decirse que se haya mostrado muy colaborador... Y, sin embargo, es el principal interesado.

Un pequeño silencio. Los órganos se habían interrumpido, reemplazados por el concierto núm. 2 de Rachmaninoff, tradicionalmente anunciador de una crisis de locura. En realidad, la joven que huía en camión a través de un terreno desolado no parecía estar muy bien de la cabeza.

—¿Cómo puedo convencer a mi padre de la buena fe de ustedes, cuando yo misma no estoy convencida de ella?

Kern sonrió para sus adentros. ¡Vaya, la pequeña no rendía sus armas tan fácilmente! Era un buen síntoma. Ya que si conseguía convencerla, ella llegaría a convencer a su vez a Blending. Desplegó sus cartas.

—Me obliga usted a pronunciar nombres, cosa que no me gusta, pero tanto peor... ¿Conoce usted el aeroclub de Box-Hill? ¿Y a Lisburn, el piloto? El punto de caída previsto es Meerle, en la campiña belga... ¿De acuerdo?

Laura Blending guardó silencio. En la oscuridad, Kern sonrió ferozmente.

—Bueno, tendré que ir hasta el final. Para darse a conocer al piloto hay que decirle...

Se inclinó un poco más, y sintió los cabellos negros contra su mejilla.

—*El embajador tiene mucha prisa.*

Oyó claramente el suspiro de la joven, y sintió su aliento tan próximo que por unos instantes quedó trastornado.

Aquel diálogo susurrado en la oscuridad con una desconocida a la que adivinaba muy bella adquiriría casi el aspecto de un flirt romántico; un flirt perverso, también, dada la presencia de Katryn, una Katryn que debía tener también conciencia del equívoco, ya que se agitaba nerviosamente en su silla y miraba con menos frecuencia la pantalla que las dos cabezas tan próximas una de otra.

Kern notó que la respiración de Laura se hacía más rápida, y, deliberadamente, rompió el encanto.

—La frase es vulgar, como todas las frases convencionales; pero, en esta ocasión, se adapta como un guante a los acontecimientos. Efectivamente, el embajador tiene prisa, mucha prisa, aunque él no se dé cuenta. La red se cierra cada día más a su alrededor. Le preparan desagradables sorpresas...

Improvisaba sobre el tema que le parecía más idóneo para precipitar la decisión de la muchacha.

—La posibilidad que se le ofrece es la última. Dentro de unos días será demasiado tarde, para todo el mundo, pero especialmente para él. Y, una vez en manos de sus enemigos, nadie podrá hacer nada... y usted misma dejará de tener la posibilidad de verle.

La respiración de Laura se interrumpió bruscamente, y Kern comprendió que había dado en el blanco: aquel último argumento era sin duda el más poderoso de todos. La muchacha haría cualquier cosa para hacer evadir a su padre, por miedo a no volver a verle.

—¿Qué puedo hacer yo? —repitió Laura Blending.

Ahora, su voz temblaba. Kern se endureció contra el sentimiento de piedad que le invadía.

—¿Puede hablar mañana con él?

—¿Mañana? Sí, es sábado, día de visita.

—¡Estupendo! No hará nada excepcional si va a visitarle. Hable con él, convénzale. Es necesario que esté preparado para el domingo, a partir de mediodía. No sé aún la hora exacta, pero será el domingo.

—¿De veras no hay ninguna...?

La voz de la muchacha era tan ahogada que Kern apenas la comprendió.

—... ¿No hay ninguna posibilidad de que yo le acompañe?

Para Kern, aquello fue un deslumbramiento. De modo que era ése el obstáculo mayor, la clave de las negativas de Blending a todas las propuestas de evasión, y la de las reticencias de la muchacha. Los rusos no se habían dado cuenta, o no habían querido darse cuenta. Sin embargo, se trataba del argumento decisivo, lo mismo para Blending que para Laura.

—¡Irá usted con él, le doy mi palabra! —afirmó Kern.

En la pantalla, la joven fugitiva había cedido el puesto a una procesión de brujas que empapaban unos trapos sumergiéndolos en una enorme marmita, al tiempo que vociferaban sílabas abracadabrantas. Kern se puso en pie, envió un beso a la pantalla y salió sin llamar la atención de nadie, acompañado hasta la calle por la *Marcha Fúnebre* de Chopin.

Sólo al poner pie en la acera se dio cuenta de que Laura Blending tenía un extraño parecido con la joven vampiresa de la pantalla. Pensativamente, Kern palpó sus dientes caninos con la punta de los dedos: no habían aumentado de volumen...

* * *

Soho tenía su aspecto del viernes por la noche. La muchedumbre de los empleados, mezclada a los turistas descargados por los autocares de las agencias de viajes, había invadido Picadilly Circus. Los londinenses que no abandonaban la capital durante el fin de semana, deambulaban por las aceras de la Shaftesbury Avenue, contemplando los escaparates iluminados de las tiendas, estacionándose delante de los carteles y de las fotografías de los teatros y de los *music-halls*, cuyos letreros luminosos proyectaban en la niebla unas enormes manchas rojas y amarillas, a través del velo de bruma que cubría la Cité.

El mayor Wookey se inclinó hacia su chófer.

—Me dejará usted en la esquina de Brewer Street y Greek Street, y luego acompañará al señor Ekdale a su domicilio.

Se dejó caer contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—Mi querido Albert, ¿está usted seguro de que la muchacha no ha establecido contacto con nadie, de que nadie se ha acercado a ella durante la sesión? Lo que me asombra es que una chica al parecer inteligente haya ido a encerrarse a un cine cochambroso como el *Terrific*, para ir a ver una película tan cochambrosa como el local. Si usted me asegura que Laura Blending no ha visto más que a esa periodista, quiero creerle, pero no estoy convencido.

El inspector de la *Special Branch* suspiró, trató de distinguir las facciones del mayor en la penumbra.

—Puede creerme, *Sir*, las dos mujeres ocupaban un palco, y cuando se encendieron las luces estaban tan solas como a su llegada.

—¿Quién le dice que, en la oscuridad, no se ha acercado alguien a ellas?

—No me parece posible. En tal caso, Katryn Leyton sería su cómplice...

—La objeción es válida. No imagino a esa joven convertida en aliada de los soviéticos, después de que los Vopos asesinaron en Berlín al hombre que ella amaba.

El conductor acababa de estacionar su vehículo junto a la acera, y se disponía a apearse para abrir la portezuela.

—¡No se mueva, Herbert!

Wookey, con la mano en el pomo de la portezuela, se volvió hacia su ayudante.

—Lo siento por usted, Albert, pero sus proyectos aeronáuticos para el domingo me parecen comprometidos...

—¿Porque Laura Blending ha ido al cine?

—No, amigo mío, porque voy a entrevistarme con un importante personaje.

El mayor se apeó del vehículo, siguió con la mirada las luces traseras de su automóvil de servicio hasta que desapareció, tragado por la niebla. Entonces, el mayor se subió el cuello del impermeable y se dirigió a la Greek Street.

—¡Hola, *darling*! —murmuró una voz suave con acento francés, surgiendo de un portal.

Una vaharada de perfume chillón hirió su olfato mientras una joven colocaba delante de sus ojos un busto provocativo.

—*Sorry!* Mi médico me ha prohibido toda clase de ejercicios antes de las comidas.

—La próxima vez será, cariño. Cuando estés más bajo de presión, sólo tienes que preguntar por Françoise...

Wookey le dirigió una sonrisa y reanudó su camino en dirección al *Tres de Trébol*.

Dos minutos más tarde, entraba en la *boite* de Bony Larne, hollaba el serrín del piso y se deslizaba entre las mesas y los camareros con sus largos delantales blancos, antes de desembocar en la sala del restaurante cuyo decorado «provenzal» parecía haber sido proyectado por un escenógrafo de Hollywood.

Un individuo huesudo de rostro alargado y triangular, de cabellos rojos, se acercó a él.

—¡Bien venido al *Tres de Trébol*, mayor! Espero que se encuentre entre nosotros como un simple ciudadano.

—¿Acaso ha cometido alguna infracción de la ley, señor Larne? Tengo que reconocer que, desde hace unos meses, sus amiguitos irlandeses no dan señales de vida...

La mirada de Wookey envolvió la sala.

—Dígame, Bony, ese honorable caballero que parece apreciar sus vinos es el señor Christopher Sky, ¿no es cierto?

Los ojos de Larne se posaron en sus relucientes zapatos.

—En efecto, *Sir*. No irá usted...

—No se preocupe, Bony, no tengo la intención de estropearle la cena. Al contrario, quiero ayudarle a que haga una mejor digestión. No hace falta que me acompañe, me presentaré yo mismo.

Esperó a que el irlandés hubiera desaparecido en dirección al bar para acercarse al mandamás de la *Evasion Incorporated*.

—Permita que uno de sus admiradores se siente un momento a su mesa...

El mayor apartó la silla y se sentó, sin dejarle tiempo para contestar.

—Me llamo John Wookey y soy algo así como el *Staff Manager* de un organismo conocido por el nombre de *Military Intelligence*. Ciertos individuos puntillosos han creído oportuno añadir a esas siglas la cifra 5.

Alargó la mano hacia la botella de borgoña.

—Esa cifra significa que en el año a que corresponde la cosecha fue excelente; la mía significa que me ocupo de contraespionaje.

El sonrosado rostro, bajo los cabellos blancos, cuidadosamente alisados, permaneció impasible.

—Le admiro a usted —continuó Wookey, en tono tranquilo—, porque aprecio por encima de todo a las personas que tienen el sentido de la eficacia. Y usted lo tiene, amigo, ya que la *Evasion Incorporated* es un negocio que

rinde. Lástima que sus acciones no se coticen en la Bolsa. Persevere, amigo, y la cosa no tardará en llegar. Tsst... Tsst... No sea modesto.

—¿Qué espera usted de mí?

—Poca cosa. Ser cliente suyo. Un cliente de pago, desde luego.

Los negros ojillos de Christopher Sky despidieron unos reflejos metálicos.

—Supongamos que me niego...

El mayor hizo un gesto de cansancio.

—Se expondría a muchas dificultades, aunque no pueda demostrarse que la *Evasion Incorporated* y Christopher Sky tienen algo en común.

—No veo quién podría obligarme a trabajar para usted.

—¡El fisco! Niéguese, y su tranquilidad habrá terminado. Uno, diez, veinte expertos en contabilidad se inclinarán sobre sus libros: círculos de juego, restaurantes, hoteles, *pubs*... todo lo que usted controla será examinado con lupa. En cuanto a la prostitución, controlada también por sus hombres, verá considerablemente reducida su cifra de ingresos. ¿Quiere usted realmente que estudiemos con más detenimiento el caso de esas damas? También en ese terreno tiene usted el sentido de la eficacia.

Wookey se dedicó a expulsar de la mesa, a golpecitos, las migas de pan esparcidas en el mantel.

—Es usted el feliz propietario de todas las casas de Soho que alquilan habitaciones, señor Sky. Y los chulos que se mueven a su sombra no cobran una «comisión», sino un alquiler. Desde el punto de vista de la ley, la cosa es completamente lícita, desde el momento en que los inquilinos están de acuerdo. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que la comisión de higiene urbana ordene unas inspecciones de carácter sanitario. Asimismo, algunos inmuebles demasiado antiguos pueden ser declarados en estado de ruina, etc.

Christopher Sky carraspeó.

—Sería realmente lamentable llegar a ese extremo, mucho más por cuanto no tengo ningún motivo para negarle un servicio a mi patria.

El mayor sonrió, con aire divertido.

—Unas hermosas palabras. Reconozco en usted el sentido común que falta a tantas personas. Es usted realista, señor Sky. Cuando venía hacia aquí, me abordó una encantadora joven con acento francés, y he podido darme cuenta de que, en el campo de la prostitución, Inglaterra, gracias a usted, tiene ya, digamos... un pie en el Mercado Común.

CAPÍTULO XI

Al salir del restaurante de Ted Larde, el honorable Christopher Sky estuvo a punto de ponerse a tararear una cancioncilla. Lejos de molestarle, el «encargo» de Wookey le encantaba. En primer lugar, eran unos millares de libras que pasarían a engrosar la cifra de negocios de la *Evasion Incorporated*. Y, sobre todo, aquel «encargo» le halagaba. Si los servicios oficiales recurrían a él, el hecho representaba para él, Christopher Sky, y para la Sociedad que dirigía, la consagración suprema, algo así como si acabaran de nombrarle «Proveedor de Su Majestad la Reina».

Christopher Sky, pues, llegó a sus oficinas de Old Compton Road en un estado de ánimo eufórico. Los salones de juego no estaban abiertos aún, pero los *croupiers* preparaban ya las mesas y las fichas, los mozos pasaban el aspirador por las alfombras, las doncellas se ponían sus uniformes. Sky le guiñó el ojo a una de las jóvenes, la cual enrojeció y por espacio de una hora alimentó unos sueños locos y dorados.

Ni siquiera la siniestra cabeza de Bobo consiguió turbar el humor del presidente-director general de la *Evasion Incorporated*.

—Encantadora velada, señor Bobo —dijo Sky, instalándose detrás de su escritorio—. Tengo noticias para usted.

—Yo también —dijo Bobo, haciendo una mueca.

—Me refiero al asunto Blending.

—Yo también.

Los negros ojillos de Christopher Sky se endurecieron.

—¡No me diga que ha vuelto a haber jaleo en Wisbitch! —exclamó.

—Todavía no —replicó Bobo con amargura—. Pero, al paso que vamos, no tardará en haberlo. Kirk está ahí, le espera, quiere saber en qué queda lo de Blending.

Lo esperaba todo, excepto ver a su jefe estallar en una carcajada, y durante unos segundos le contempló en silencio, buscando en el sonrosado rostro los primeros síntomas de la senilidad. Sky se calmó bruscamente.

—Bueno —inquirió—, ¿qué es lo que le preocupa tanto, señor Bobo?

«Probablemente ha abusado del borgoña de Bony Lame», pensó Bobo.

—¿Qué es lo que me preocupa? —repitió, en tono de incredulidad—. El hecho de que estemos a viernes, *Sir*, a menos de cuarenta y ocho horas de distancia del asesinato de los dos policías delante de Wisbitch. Lo cual significa que todos los servicios de la prisión se encuentran en estado de

alerta, que el barrio hierve de patrullas, que el Yard registra todo Londres, y que todos los puertos y aeródromos del Reino están vigilados, he aquí lo que me preocupa.

La manicurada mano de Christopher Sky barrió el aire.

—En lo que respecta a los puertos y aeródromos, la cosa me tiene sin cuidado. El señor Kirk tendrá que arreglárselas para abandonar el país con su cliente. Y si atrapan a Blending...

Jugueteó descuidadamente con su cortapapeles de malaquita.

—Bueno, tendríamos otra ocasión de planear su fuga. Nuestro trabajo, señor Bobo, nunca lo repetiré bastante, termina exactamente en la puerta de la prisión. Lo que ocurra a continuación no nos interesa, es la norma número 1 de nuestros estatutos... no escritos.

Miró soñadoramente a través del amplio ventanal. En el exterior, los arcos eléctricos trataban inútilmente de taladrar la niebla.

—En cuanto a la prisión en estado de alerta y al barrio infestado de patrullas, no me dan miedo, señor Bobo. Al contrario. Wisbitch es probablemente la única cárcel de Inglaterra que las autoridades consideran a salvo de cualquier fuga, por lo menos durante unos días. Podemos aprovechar esta circunstancia y planear el golpe más hermoso de nuestra carrera.

—¡El más hermoso, y tal vez el último! —gruñó Bobo.

—¡Vamos, señor Bobo, vamos, nada de derrotismo! Para demostrarle hasta qué punto tengo confianza en la operación Blending, va usted a apostar mil libras en mi nombre sobre una evasión de Wisbitch para... vamos a ver...

Consultó un calendario.

—Para el domingo, señor Bobo.

—¿Para el domingo? —repitió Bobo, asombrado—. ¿Se refiere usted al domingo próximo, pasado mañana?

—Dado que el domingo ha sido hasta ahora el día posterior al sábado, y éste a su vez el día posterior al viernes, y puesto que los laboristas no han conseguido aún modificar ese estado de cosas, es exactamente lo que quería decir, señor Bobo. Haga pasar al excelente señor Kirk y vaya a su oficina en busca de inspiración. Le veré dentro de una hora, y estoy seguro de que va a presentarme un plan que será su obra maestra.

Al quedarse solo, Sky tomó su estilográfica y, en la página del calendario que había quedado abierta en el domingo, dibujó un gran signo de interrogación. Luego, tras meditar unos instantes, añadió otro, más pequeño.

—Siento molestarle, señor Sky, pero el caso es urgente —dijo Kern, entrando en la oficina.

—No me molesta usted, señor Kirk, todo lo contrario. Incluso me atrevo a decir que llega usted con mucha oportunidad. Tome asiento, por favor. ¿Un cigarrillo? ¿Un oporto?

—No, gracias —dijo Kern, dejándose caer en una butaca—. No estoy tan seguro de que mi visita le parezca oportuna, cuando le haya explicado su objeto.

—Desde luego que sí —afirmó Sky—. Quiere usted que se lleve a cabo la evasión de Geoffrey Blending; quiere que la operación se efectúe lo antes posible. Completamente de acuerdo. En cuanto a la fecha, ¿qué le parece el próximo domingo?

—¡Domingo! —exclamó Kern, con el mismo acento de Bobo.

—Domingo, pasado mañana —repitió pacientemente Christopher Sky.

—Es exactamente la fecha que iba a proponerle, y estaba casi convencido, lo confieso, de que usted se negaría.

—No tengo ningún motivo para negarme, señor Kirk. A decir verdad, esa fecha me conviene de un modo especial.

Se interrumpió unos segundos y miró a través de la ventana.

—Me es usted muy simpático, señor Kirk —continuó finalmente con estudiado descuido—. En primer lugar, porque sabe lo que quiere, una cualidad poco frecuente en nuestros días; y después, porque en el curso del pequeño... malentendido que surgió entre nosotros, reaccionó no sólo con valentía, lo cual no significa nada, sino con inteligencia, algo fundamental para mí.

Se interrumpió de nuevo, carraspeó.

—Desde que se produjo aquel malentendido, tengo una especie de remordimiento en lo que a usted respecta... ¡No! Remordimiento es una palabra demasiado ampulosa. Digamos que tengo el sentimiento de que le debo una reparación por las horas desagradables que les hice pasar a usted y a su amigo.

Kern no apartaba los ojos del rostro sonrosado de su interlocutor, tratando inútilmente de comprender a dónde quería ir a parar.

—La regla de oro de mi Sociedad, señor Kirk, es que nuestro trabajo termina en la puerta de la cárcel. Más allá, el cliente debe contar con sus propios medios. Lo que pueda suceder a continuación no nos incumbe. Por ello no debería decirle lo que voy a decirle. Repito que, si lo hago, es porque considero que le debo una reparación.

Se volvió bruscamente hacia Kern.

—No es usted el único que se interesa por Blending, señor Kirk.

Kern notó un hormigueo a lo largo de su espina dorsal.

—¡Vaya! —exclamó, con toda la indiferencia de que fue capaz—. ¿Puedo saber el nombre del competidor?

Sky hizo una mueca desolada.

—Lo siento, pero el secreto profesional me prohíbe...

—Lo comprendo perfectamente. ¿Puede decirme, al menos, si ese competidor es extranjero?

—En absoluto. Es uno de mis más honorables conciudadanos.

—Comprendo —dijo Kern.

—El caballero en cuestión me ha hecho el mismo encargo que usted, hace solamente unas horas, y me he comprometido a satisfacerle, es decir, a dejar a Geoffrey Blending en la puerta de la prisión de Wisbitch el día y la hora fijados por mí, y que por otra parte debo concretarle aún. No tengo por qué preocuparme de lo que pasará a continuación y, para expresarlo en términos deportivos, el que llegue primero se llevará el premio.

Kern sonrió francamente. Empezaba a divertirse.

—Comprendo —repitió—, y le agradezco mucho esa explicación, que nada le obligaba a darme.

Sky alzó delante de él dos manos regordetas.

—La corrección en los negocios, mi querido amigo, es el lema de la *Evasion Incorporated*.

Se puso en pie, como dando por terminada la entrevista. Kern continuó sentado, con los ojos en el vacío.

—De todos modos —murmuró—, se me ocurre una cosa...

Cristopher Sky volvió a sentarse, mirando a Kern con una expresión de amable interés.

—Pienso que si un competidor se presenta al mismo tiempo que yo en la puerta de la prisión de Wisbitch, puede producirse entre nosotros cierto... ¿cómo diría yo?... Cierta antagonismo.

Sky movió la cabeza con aire pensativo.

—Incluso cierta hostilidad —insistió Kern—. Esa clase de hostilidad que a veces conduce a gestos lamentables, a violencias...

Sky dijo:

—Tsst... Tsst... Tsst...

—Violencias que podrían comprometer la continuación de la operación, lo cual me afectaría directamente, pero que también podrían repercutir, aunque sólo fuera parcialmente, sobre su organización. ¿Soy lo bastante claro, señor Sky?

—Es usted límpido, señor Kirk.

—En interés de todos, hay que evitar a toda costa un enfrentamiento directo e incluso un encuentro entre dos competidores interesados en la misma... mercancía. Si dijéramos, por ejemplo, que la hora de la... entrega será fijada en lo que respecta a mi competidor para el domingo a las seis de la tarde, y para mí, a las seis y cuarto. Como usted decía hace unos instantes, el que llegue primero se lleva el premio, aunque no haya ganado legalmente.

Cristopher Sky agitó vivamente la cabeza.

—¡Imposible! —exclamó—. ¡Absolutamente imposible, mi querido amigo! No puedo permitirme el hacer acudir a su competidor a la puerta de la prisión de Wisbitch para no entregarle nada. ¡Me juego mi reputación comercial!

—¿Quién ha hablado de no entregarle nada, señor Sky?

Sky le contempló unos instantes en silencio, y luego se echó a reír, con una risa discreta y distinguida.

—¡No me había equivocado al juzgarle, señor Kirk! Sabe usted lo que quiere y es lo bastante listo para conseguirlo. ¿Quiere que le diga una cosa? ¡Merece usted ser inglés!

* * *

Como cada vez que oía chirriar los goznes de la puerta del locutorio, Laura Blending se estremeció e, inmediatamente, se reprochó su estremecimiento. Hacía más de tres meses que entraba dos veces por semana en aquella estancia gris, de ventanas enrejadas y que, sentada en el borde de su silla, esperaba.

Se oía un rumor de pasos que se acercaban a la puerta, un breve silencio, y luego el chirriar de los cerrojos que le oprimía el corazón. Unos instantes después la puerta se abría y la alta silueta de su padre aparecía en el umbral deteniéndose allí un momento, como si acostumbrara sus ojos a la luz o compusiera su rostro antes de enfrentarse con su hija.

Laura se puso en pie de un salto, corrió hacia él.

—¡Papá!

—¡Hija mía!

Como siempre, el guardián tosió discretamente.

—Por favor, *Miss*, sabe usted que está prohibido.

Un guardián muy joven que enrojecía cada vez que Laura le sonreía y que se mantenía a la distancia reglamentaria, con los brazos cruzados, durante toda la visita, haciendo heroicos esfuerzos para no demostrar que escuchaba,

por orden superior, las frases a menudo incomprensibles que se intercambiaban delante de él.

Antes de arrancarse del abrazo de su padre, la joven tuvo tiempo de susurrarle al oído:

—Preparado para el domingo, a partir del mediodía.

Luego se separaron, se contemplaron mutuamente y, como cada vez, se echaron a reír al mismo tiempo.

—Por lo visto, no estás dispuesta a recuperar los kilos que has perdido —dijo Blending, sentándose en la silla atornillada al suelo frente de la de su hija.

—Tampoco tú tienes buen aspecto.

—Abuso de la cultura física y del caminar. ¿Sabes cuántas millas he recorrido en tres días? ¡Veinte! Lo cual, en una celda de siete pasos por cuatro, representa un número fabuloso de medias vueltas, te lo aseguro.

—¡No eres razonable! —gimió Laura—. Tendrías que leer más y dedicar menos tiempo a esas malditas halteras. Te he dejado unos libros en la taquilla. Espero que te los entregarán en seguida.

—Sí, cuando los hayan revisado por rayos X, por láser, y por sonar —bromeó Blending—. ¿Qué me traes, esta vez?

—*La Cartuja de Parma* —dijo Laura, separando mucho las sílabas y mirando a su padre con intensidad.

Vio pasar una sombra de sorpresa por los ojos claros. Desde luego, hacía más de treinta años que Geoffrey Blending había leído la novela de Stendhal, y por consejo suyo lo había leído Laura, todavía adolescente.

—Es un relato maravilloso, sobre todo en la segunda parte, cuando el protagonista está en su torre y recibe finalmente noticias de la mujer que ama.

Laura hablaba rápidamente, para que el guardián no pudiera entenderla y para evitar que su padre expresara la sorpresa que ella leía en su rostro.

—Es una situación muy curiosa, ¿sabes? El protagonista se niega obstinadamente a salir de su torre, mientras a su alrededor se concreta la amenaza, y sus amigos se esfuerzan en convencerle, ya que están en juego su vida y también la vida de la mujer que ama.

—¿Tan grave es la cosa? —preguntó Geoffrey Blending en tono divertido y escéptico.

Pero en sus ojos se reflejaba una inquietud que Laura observó con alegría.

—Más que grave. No quiero anticiparte el desenlace, pero cuando Fabrice, el protagonista, acepta finalmente salir de la torre, escapa a la muerte por muy poco. Y su muerte hubiera provocado infaliblemente la de Clelia.

—Pero ¿cómo se enteró Clelia de todo aquello? —preguntó Blending, tratando de parecer indiferente.

—¡Oh! Es toda una historia —dijo Laura, riendo nerviosamente—. He hecho mal en contarte todo eso antes de que hayas leído la novela. Pero, en resumen, Clelia fue advertida de los peligros que corría su... que corría Fabrice, por dos fuentes distintas.

—¿Dignas de confianza las dos?

—Las dos, cada una en su género.

—De modo que, según Clelia, el desdichado Fabrice hubiera cometido un grave error obstinándose en permanecer en su torre...

—¡El más grave error, sí, el más grave error!

Unas lágrimas se formaban bajo los párpados de la joven, incapaz de contenerlas por más tiempo.

—Y más grave aún —añadió Laura, con voz temblorosa—, teniendo en cuenta que al final de la historia Fabrice y Clelia marchan juntos para siempre...

—La visita ha terminado —anunció la voz del joven guardián.

Blending se puso en pie inmediatamente, con una sonrisa casi juvenil en los labios.

—Bueno, querida —anunció—, creo que voy a sumergirme en la lectura de esa novela tan emocionante, renunciando por unos días a mis pesas y halteras.

—Me harás muy feliz —murmuró Laura, poniéndose en pie a su vez—. Sobre todo si la novela te gusta y llegas a creer en ella.

—Si es tan buena como dices, seguro que me dejaré convencer... Mira, te apuesto lo que quieras a que antes del mediodía del domingo estaré convencido. Esa idea de los dos protagonistas que acaban marchando juntos me gusta mucho, ¿sabes?

—También a mí, papá, también a mí —balbució Laura, echando a correr hacia la puerta del locutorio.

* * *

—Nada especial —anunció el joven guardián unos minutos más tarde en el despacho del jefe de vigilantes—. Han hablado de literatura, como de costumbre. La última vez, el tema fue Shakespeare. Hoy, ha sido una novela que está situada en alguna parte de Italia... Un individuo está en una torre, y hay una mujer que le espera, y el individuo...

—Bueno, ya está bien —le interrumpió el vigilante-jefe—. ¿Cree que tengo tiempo para interesarme por una novela?

CAPÍTULO XII

John Wookey no había odiado nunca tanto la niebla. Detrás de los cristales del Rover estacionado en la esquina de Logan Street y Kyle Road, no veía absolutamente nada más que una enorme masa algodonosa que parecía espesarse de segundo en segundo. Ni la prisión, a pesar de su proximidad, ni el andamiaje que colgaba a lo largo de la muralla norte eran visibles, así como tampoco el Daimler negro aparcado en la esquina de la Old Brush Street.

—Estamos en paz —observó Ekdale para consolar a su jefe, cuya irritación adivinaba—. No podemos verles, pero ellos tampoco nos ven.

Wookey gruñó:

—Un razonamiento impecable, Ekdale, que tendrá validez mientras no pase nada. Pero en cuanto Blending haya salido, el Daimler saldrá disparado, tendremos que seguirlo, y una persecución sin visibilidad me da cien patadas. Afortunadamente, disponemos del contacto por radio, ya que las gafas infrarrojas no nos servirán de mucho.

Acercó el micrófono a sus labios y apretó el pedal de emisión.

—¡A todos los puestos! ¡A todos los puestos! ¡Aquí, Autoridad! Contesten por orden. ¿Puesto 1? *Corto.*

—¡Puesto I hablando a Autoridad! R. A. S. *Corto.*

Era el vehículo de reparto emboscado en el cruce.

—Aquí, puesto 2, R. A. S. *Corto.*

—Aquí, puesto 3, R. A. S. *Corto.*

Las otras dos esquinas del cruce, ocupadas respectivamente por una ambulancia y un taxi, acababan de contestar.

—Aquí, puesto 5, R. A. S. *Corto.* ¡Un momento, Autoridad! Veo un vehículo que se acerca.

Se produjo un tenso silencio en el Rover. El puesto 5 era fundamental: se encontraba enfrente del andamiaje por el cual, posiblemente, bajaría Blending.

—Falsa alarma —dijo el puesto 5 con voz divertida—. Una camioneta cargada de verduras. *Corto.*

—Aquí, puesto 6...

Wookey se inclinó hacia el receptor. El puesto 6 hablaba casi en voz baja, ya que se encontraba muy cerca del Daimler de la *Evasion Incorporated*, oculto en el interior de un quiosco de periódicos.

—Los dos hombres no se han movido. R. A. S. *Corto*.

—¡Puesto 6! —llamó Wookey, consultando su reloj—. ¿Están ustedes seguros de que no han vuelto a poner su motor en marcha? *Corto*.

Se produjo un breve silencio. Luego volvió la voz, con un leve acento de triunfo.

—Aquí, puesto 6. El motor acaba de ser puesto en marcha en este momento. *Corto*.

—¡A todos los puestos! ¡Atención! —dijo Wookey—. Son las cinco y cincuenta y ocho minutos. Dentro de dos minutos, exactamente...

—¡Puesto 5 llamando a Autoridad! —cortó una voz nerviosa—. Movimiento en la parte superior del andamiaje, a la altura del tejado...

—Se han adelantado —murmuró Ekdale, inclinándose hacia el aparato.

—No —dijo Wookey, con una admiración involuntaria en la voz—. Han cronometrado también el tiempo del descenso.

—De momento no veo nada —continuó el puesto 5—. Están ocultos por un ángulo muerto, pero oigo moverse el andamiaje.

—Herbert, ponga el motor en marcha —ordenó Ekdale, dirigiéndose al chófer del Rover.

—Ahí están —prosiguió el 5—. Son dos, uno bajito y obeso y otro alto y delgado... Es lo único que veo... la niebla... la silueta... corresponde a Blending...

Wookey juró como un pagano. Una súbita interferencia acababa de borrar la emisión. En compensación, el receptor resonó de nuevo.

—¡Puesto 6 a Autoridad! —dijo una voz jadeante—. Veo a los dos hombres; han puesto pie en la acera..., corren hacia el Daimler..., se abre la portezuela..., suben..., el Daimler arranca..., dirección..., Old Brush Street... ¡Increíble!

La exclamación expresaba una indignada estupefacción.

—¡Han tomado en sentido contrario una calle de dirección única!

—¡No habrán visto la señal preceptiva! —rió Wookey, pulsando el botón.

—¡Autoridad hablando a todos los puestos! El automóvil sospechoso sube por la Old Brush Street a contradirección; desembocará, pues, en Lyme Road. ¡Atención, puestos 1, 2 y 3! Puesto 4, dé la vuelta y sígame. Voy a enfilear la Kyle Street en dirección al cruce. *Corto*.

Pasó por su frente empapada en sudor una mano un poco temblorosa.

—¡Adelante! —ordenó Ekdale, dirigiéndose al chófer.

El Rover se hundió en la masa opaca.

—Coche 2 a Autoridad —anunció una voz metálica—. Sospechoso localizado. Ha enfilado Lyme Road hacia el norte, dirección general Estación de San Pancracio. *Corto.*

—Coche 1 a Autoridad; vamos detrás del coche 2 en la misma dirección. *Corto.*

—Atención, coche 2: ¿cuál es la velocidad del cortejo? —preguntó Wookey.

—Diez millas por hora —respondió el puesto con cierta ironía.

—Coche 3, ¿cuál es su situación? ¿Cuál es su situación? *Corto.*

—Aquí, coche 3. Paralelos a la Lyme Street, en la Mount Royal Avenue. *Corto.*

Ekdale, que tenía un plano abierto sobre las rodillas, trazó con la uña dos líneas convergentes. Wookey aprobó con la cabeza.

—Coche 3, atención: encienda sus faros y acelere todo lo que pueda hasta el cruce de Chesham, donde volverá a encontrar la Lyme Street. Arrégleselas para preceder al cliente hasta San Pancracio. *Corto.* Coche 4: ¿cuál es su situación?

—Detrás de usted, *Sir* —dijo una voz tan próxima que el receptor vibró desagradablemente.

—Bien. Hable más lejos del micrófono, encienda sus faros y síganos. No se descuide, vamos a rodar lo más aprisa posible. *Corto.*

—¿Dirección, *Sir*? —inquirió el chófer.

—A la Estación de San Pancracio. Y procure no entretenerse.

—El propio Stirling Moss no iría a más de veinte por hora a través de esta niebla, *Sir* —replicó Herbert en tono indignado.

Wookey reprimió una sonrisa: el bueno de Herbert tenía motivos para quejarse.

—San Pancracio es la salida para Cambridge, y luego a King's Lynn por la A 10, o a Norwich por la A 11. En ambos casos, el mar —dijo Ekdale, pendiente del plano.

Wookey reflexionó unos instantes y sacudió la cabeza.

—Me parece poco probable —murmuró finalmente—. Tienen que saber que todos los puertos, incluso los de menor importancia, están sometidos a una continua vigilancia. Y aunque consiguieran hacerse a la mar...

Un chirrido brotó súbitamente del altavoz.

—¡Puesto 6 llamando a Autoridad! ¡Puesto 6 llamando a Autoridad!
Corto.

—Aquí, Autoridad. Escucho, 6. *Corto.*

—*Sir*, acaba de ocurrir algo muy raro —dijo una voz débil, pero perfectamente audible—. Me he demorado unos instantes, cargando el material. Hay un Daimler negro, igual que el anterior, que acaba de detenerse exactamente en el mismo lugar. *Corto.*

—No se mueva, 6, e informe sobre todo lo que vea. *Corto* —dijo Wookey con voz estrangulada.

Intercambió una mirada indecisa con Ekdale, y luego pulsó el botón de su emisora.

—¡Atención, puesto 5! ¡Atención, puesto 5! ¡Aquí, Autoridad! *Corto.*

Repitió varias veces la llamada, sin obtener respuesta. El hombre que estaba al acecho debajo del andamiaje había regresado a su casa, tal como había sido convenido al planear la operación. Wookey hizo una nueva llamada.

—¡Atención, coche 4! ¡Atención, coche 4!

—¡Aquí, coche 4!

Era el automóvil que les seguía y cuyos faros se distinguían vagamente a unos veinte metros de distancia.

—¿Ha oído al puesto 6? Dé media vuelta inmediatamente y diríjase al cruce de Wisbitch. Manténgase permanentemente a la escucha. *Corto.*

Miró por el cristal de la parte trasera. A través de la niebla, distinguió los dos haces luminosos de los faros que disminuían de intensidad. Un instante después, trazaron un semicírculo y desaparecieron.

—¿Cree usted en una jugarreta de Sky? —preguntó Ekdale.

Wookey no tuvo tiempo de contestar. Con acento de triunfo, el chófer acababa de anunciar:

—La Estación de San Pancrancio, *Sir*! ¡Nunca había hecho un promedio tan bueno! ¿Adónde vamos ahora?

—Continúe en línea recta y deténgase en el cruce de King's Cross y de Gray's Inn. Tienen que desembocar allí.

Volvió a empuñar su micrófono con un nerviosismo que impresionó a Ekdale.

—¡Atención, coche 3! ¡Atención, coche 3!

El puesto permaneció mudo. Wookey sacudió el micrófono con una rabia infantil.

—¡Maldita sea! ¡Tendrían que encontrarse delante del automóvil sospechoso desde hace un buen rato! ¡Atención, 1 y 2, atención, 1 y 2!

—Aquí, coche 2. Continuamos siguiendo al sospechoso, con grandes dificultades. Ha encendido sus faros, y se arriesga de un modo inaudito.

—¿Sin noticias del coche 3?

—Sin noticias, *Sir*.

El coche 1 confirmó: seguía al cortejo, también con grandes dificultades, pero no sabía nada del coche 3.

—Su emisora debe de estar F. S. —murmuró Ekdale—. A no ser que hayan sufrido un accidente...

—Y pensar —murmuró Wookey— que todo esto es quizá completamente inútil, y que podemos estar corriendo detrás de un señuelo...

Se decidió súbitamente. Dirigiéndose al chófer, gritó:

—¡Bueno, ya hemos jugado bastante! Baje hacia Gray's Inn de nuevo y apriete el acelerador a fondo. Usted, Ekdale, localice los coches 1 y 2. Cuando llegemos a la altura del vehículo sospechoso, nos cruzaremos en la carretera y pararemos a todo el mundo.

—¿Y la trampa? ¿Y la vigilancia? —preguntó Ekdale, sofocado.

—¿La trampa? Me pregunto si no hemos caído dentro al querer tenderla. En cuanto a la vigilancia, tengo cada vez más dudas acerca de la naturaleza de lo que estamos vigilando.

Abrió la ventanilla de su lado y, con el cuerpo semiinclinado por encima de la portezuela, trató inútilmente de escrutar la niebla. Detrás de él, la voz tranquila de Ekdale mantenía el contacto con los dos vehículos que acudían a su encuentro. De repente, Wookey le oyó gritar:

—¡Ya tendrían que estar a la vista, *Sir*!

En aquel preciso instante, Wookey distinguió a su derecha los largos pinceles de los faros de un automóvil que rodaba con relativa rapidez.

—¡Crúcese en la carretera y encienda los faros! —le gritó al chófer.

Herbert obedeció. El Rover giró lentamente a la derecha. Allá abajo, los faros aumentaban de tamaño a simple vista. Pero la maniobra debió de ser observada por el conductor del Daimler, ya que también él giró súbitamente a la derecha, para sortear el inesperado obstáculo que acababa de surgir a su paso. Wookey le gritó a Herbert:

—¡Marcha atrás! ¿Me oye? ¡Marcha atrás! ¡Tiene que darle alcance, cueste lo que cueste!

El tiempo que Herbert tardó en pararse, pasar al punto muerto y dar marcha atrás, le bastó al Daimler para adquirir una substancial ventaja.

—¡Si al menos los muchachos de atrás acudieran a la cita!

—¡Ahí va uno! —aulló Ekdale al distinguir una masa gris que se precipitaba contra el Daimler.

Las cosas sucedieron con tanta rapidez que Wookey ni siquiera tuvo tiempo de comprender lo que pasaba. El coche n.º 2 acababa de embestir al Daimler por una aleta, en medio de un estrépito de cristales rotos y telas desgarradas. El enorme automóvil negro, desequilibrado, patinó sobre el húmedo asfalto, dio un cuarto de vuelta y vino a chocar de lado con el Rover. El impacto fue tan violento que atontó al chófer y a Ekdale por espacio de unos segundos. Wookey, indemne, había saltado al suelo empuñando su pistola. Llegó delante del Daimler en el momento en que la portezuela trasera se entreabría.

—¡Arriba las manos! —ordenó—. ¡Todo el mundo a tierra!

Apareció un hombre, parpadeando, como si acabara de ser sorprendido en pleno sueño. Tenía un arañazo en la mejilla izquierda, que apenas sangraba. Wookey saltó sobre el segundo hombre, cuya silueta alargada, el abrigo negro bien cortado y el sombrero Eden le habían hecho concebir una momentánea esperanza. Con una brutalidad desacostumbrada en él, hizo saltar el sombrero con el dorso de la mano, se inclinó y profirió un nuevo juramento. El rostro que acababa de aparecer delante de él no tenía el menor parecido con el de Geoffrey Blending.

—Wilson, embarque a estos tres hombres y póngalos al fresco hasta que vuelva a hablarle de ellos —gritó Wookey, dirigiéndose al agente que salía, jadeante, del coche 2.

Ekdale se presentó a su vez, un poco pálido, apretándose el costado con las dos manos.

—¿Herido? —inquirió Wookey.

—No, *Sir*. Un golpe sin importancia. ¿Blending?

—¡No! —respondió Wookey secamente—. Nos hemos dejado engañar como chiquillos, pero tal vez tengamos aún una posibilidad.

Saltó al Rover, donde el chófer recobraba poco a poco el sentido.

—¿Se siente mejor?

Sin esperar la respuesta, empuñó el micrófono.

—¡Autoridad llamando a coche 4! *Corto*.

Tras unos segundos de angustioso silencio, el coche 4 contestó, pero por la voz enronquecida y confusa que hablaba, Wookey imaginó lo peor.

—Coche 4, *Sir*. Regresamos a Wisbitch, establecimos contacto con el agente 5. El segundo Daimler ha tomado la dirección de Farrington Road,

pero antes de que pudiéramos salir en su persecución, hemos sufrido un accidente. Una camioneta cargada de verduras se cruzó en la calle, *Sir... Corto.*

Wookey maldijo en voz baja.

—¡Atención, coche 1! ¿Hay noticias del coche 3?

—¡Ninguna, *Sir!*

—Bien. Vamos a regresar a Wisbitch. Sígannos. ¡Maldición! El coche 3 no puede haberse desvanecido en la niebla...

Como si esperara aquel instante para manifestarse, el coche 3 se dejó oír súbitamente.

—¡Atención, Autoridad! ¡Aquí, coche 3!

—¡Le escucho, 3!

—Dificultades con la radio, *Sir.* Al oír su llamada al coche 4, decidimos regresar a la prisión. Por el camino recogimos al agente del puesto 6. Emitimos a través de su aparato, *Sir.* Ahora nos encontramos en Farrington, donde, según el agente 6, el segundo Daimler se ha dirigido hacia el sur. *Corto.*

—¡Bravo, 3! Me gusta la gente que me desobedece con éxito. Voy hacia ustedes con 1. *Corto.*

—Hacia el sur... —murmuró Ekdale, que había vuelto a enfrascarse en sus mapas, frotándose el costado de cuando en cuando—. Farrington les lleva directamente al puente de Blackfriars.

—Vamos allá —decidió Wookey—. Y esta vez, Herbert, nada de historias. Si le digo que embista a un automóvil, lo embiste usted como en los autochoque, ¿entendido?

—¿No le parece raro que vayan hacia el sur? —inquirió Ekdale—. No creo que Blending quiera tomar su avión en Gatwick, como todo el mundo...

—De esa gente puede esperarse todo —replicó Wookey—. Pero, acaba de darme usted una idea: avise por radio a nuestros hombres del aeropuerto, y dígales que nos esperen.

Luego se retrepó en el asiento y dirigió una mirada cargada de odio a la niebla, cada vez más espesa a medida que se acercaban al Támesis.

CAPÍTULO XIII

—¡Atención! —dijo Katryn—. No podemos estar muy lejos de la carretera de Redhill.

Kern aceleró instintivamente, para aflojar en seguida la presión de su pie. Resultaba imposible pasar de las veinte millas por hora y aun así, a aquella ridícula velocidad, tenía la impresión de rozar la muerte a cada curva.

Con la oscuridad, la niebla se había convertido en una formación compacta, semigaseosa-semisólida, que se pegaba al parabrisas y depositaba en él unas capas sucesivas de escarcha. La puesta en marcha del limpiaparabrisas empeoró las cosas, ya que las escobillas endurecían la escarcha. De modo que Kern tenía que conducir asomando la cabeza por la ventanilla, guiándose por la línea amarilla, en tanto que Kelly, al lado izquierdo, observaba la cuneta.

Katryn había tratado de desempeñar el papel de navegante y, mientras estuvieron en Londres, no lo había representado del todo mal. Pero, una vez sobrepasados Kennington Park y el *Oval*, había multiplicado los errores, hasta el punto de que Kern decidió seguir las indicaciones de los postes de señales que anunciaban la dirección de Gatwick, el aeropuerto de Londres, sin tomar en cuenta las carreteras secundarias que en principio había tenido la intención de tomar.

Durante todo aquel tiempo, Geoffrey y Laura Blending habían permanecido silenciosos en el asiento posterior. Laura sólo había contestado con monosílabos a las preguntas de su amiga. El diplomático, por su parte, no había despegado los labios, lo cual era muy del agrado de Kern, preocupado en conducir y poco deseoso de enfrentarse con preguntas demasiado concretas acerca del futuro del evadido.

—¡Redhill a la derecha, acabo de ver el poste indicador! —exclamó Katryn.

—Es usted maravillosa —murmuró Kern—. En medio de esta niebla, yo sería absolutamente incapaz de distinguir un poste indicador de la veleta de la Catedral de San Pablo.

—¡Cuidado! —advirtió Kelly—. Esta carretera es mucho más estrecha que la otra, y los baches tienen el aspecto de ser tan profundos como para tragarse el automóvil.

—También es mucho más resbaladiza —observó Kern, con las manos crispadas sobre el volante, el cual parecía súbitamente dotado de vida propia.

A diez millas por hora, atravesaron un pueblo fantasma cuyos reverberos semejabán otros tantos fuegos fatuos suspendidos en el aire.

—Redhill —dijo Katryn—. Y a continuación, Reigate; las dos aglomeraciones se tocan.

Kern apretó el acelerador, pero inmediatamente frenó, con un juramento. El Daimler patinó y quedó casi cruzado en la carretera.

—¿Qué pasa? —preguntó Katryn.

Kelly, que continuaba asomado a la ventanilla, apartó la cabeza del cristal y dijo:

—¡Agentes en medio de la carretera! ¡Una barrera! ¿Ponemos la directa?

—No digas tonterías —replicó Kern—. Si esa barrera nos está reservada, no pasaremos poniendo la directa; y, si no es para nosotros, vale la pena comprobarlo.

Un agente se acercaba haciendo oscilar delante de él un farolillo rojo.

—¿Qué es lo que pasa, sargento? —preguntó Kern con una agradable sonrisa.

—¿Adónde va usted, *Sir*? —se informó el agente, llevándose la mano al casco.

—A Guolford, sargento —respondió apresuradamente Katryn.

—En tal caso, lo lamento, señora —dijo el agente—, pero tendrán que modificar sus planes, ya que se ha producido un corrimiento de tierras poco antes de Guilford y la carretera está cortada.

Kern se contuvo para no dejar escapar el juramento que ascendió a sus labios.

—¿Es realmente imposible, sargento? —preguntó—. Tenemos que resolver un caso urgente en Guilford, y las dos damas que nos acompañan están muy cansadas.

El sargento levantó ligeramente su farol y se inclinó para examinar el interior del automóvil.

«¡Si las señas de Blending han sido difundidas, estamos listos!», pensó Kern.

Pero el policía se incorporó tranquilamente y se volvió hacia él.

—Me hago cargo de la situación —dijo, en tono amable—, pero, si la carretera está cortada, no veo cómo van a poder llegar a su destino... Creo que sería más prudente...

—Se me ocurre una idea, sargento —interrumpió la voz de Katryn—. Entre Reigate y Guilford hay varios pueblos, ¿no es cierto?

—Yo conozco por lo menos tres, señora: Buckland, Betchworth y Leigh.

—Y en cada uno de esos pueblos hay una fonda, evidentemente.

—Desde luego —dijo el policía—. La región cuenta con buenos hospedajes. En Leigh, por ejemplo, el *White Horse* tiene unas habitaciones muy cómodas.

—Muy bien —dijo Katryn—. En tal caso, podemos hacer una cosa: usted nos deja pasar, y nosotros seguiremos la carretera de Guilford hasta donde sea posible. Si vemos que no podemos continuar, nos detendremos en uno de esos pueblos, probablemente en Leigh, puesto que usted conoce la fonda, y esperaremos allí a que se restablezca la circulación en la carretera.

Se apoyó un poco más en la portezuela.

—Para no ocultarle nada, sargento —murmuró, en tono confidencial—, mi amiga y yo estamos deseando llegar a alguna parte donde podamos... empolvarnos la nariz.

—Me hago cargo, señora —dijo el sargento, esbozando una sonrisa algo turbada—. En fin, buen viaje, y espero que llegarán a buen puerto sin novedad. ¡Eh! ¡Paso libre! —gritó en dirección a la barrera.

Kern arrancó suavemente y consiguió enderezar el automóvil, aunque para ello tuvo que poner en juego toda su sapiencia de conductor. La barrera, vista de cerca, se reveló de las más inofensivas.

—Bueno —suspiró Kelly—. Teniendo en cuenta que la policía inglesa nos ha deseado un buen viaje, podemos considerarnos a salvo, ¿no?

Katryn se volvió hacia el asiento posterior.

—¿Todo va bien, Laura? ¿Y tu padre?

—Los dos estamos perfectamente —murmuró la joven.

Katryn volvió a enfrascarse en sus mapas.

—Toda esta historia resulta mucho más ridícula por cuanto no vamos a Guilford. En cuanto pasemos las ruinas de Betchworth, a diez quilómetros de aquí, giraremos a la derecha hacia Box-Hill.

La carretera ascendía paulatinamente y Kern tuvo la impresión de que la niebla se hacía menos densa. Aprovechó la circunstancia para apretar un poco el acelerador. No tardó en divisar unas masas oscuras, a la izquierda de la carretera.

—Las ruinas —anunció Katryn—. Hay una carretera a la derecha, no tardaremos en llegar a ella.

* * *

Al llegar al cruce de la carretera de Redhill, Wookey ordenó a Herbert que se detuviera y decidió que el automóvil que le seguía continuara en dirección a Gatwick, con la misión de interceptar al coche patrulla de servicio en el

aeródromo y que saldría a su encuentro, de acuerdo con las precedentes instrucciones de Wookey.

Unos minutos más tarde, la radio empezó a crepitar.

—¡Coche 3 llamando a Autoridad! Establecido contacto con los agentes del aeropuerto. No han visto ningún Daimler. *Corto*.

—Entonces, vamos hacia Redhill —dijo Wookey—, y que el coche 1 se desvíe a la izquierda, hacia Sevenoaks.

—¿Qué pueden ir a hacer en ese rincón? —murmuró Ekdale.

—¿Acaso están únicamente en ese rincón? —replicó furiosamente Wookey—. Toda esta persecución es una edición corregida y aumentada de la antigua historia de la aguja y el pajar.

Ekdale dirigió una mirada apenada a su jefe. Era la primera vez que veía a Wookey tan desamparado.

«Es cierto que, después del jaleo del otro día, se juega su empleo —pensó Ekdale—. ¡Y yo también, *damnit!*».

Se inclinó de nuevo sobre su plano, y los nombres bailaron delante de sus ojos una zarabanda desenfrenada: el cansancio empezaba a dejarse sentir. El costado le dolía cada vez más.

«He perdido mi vuelo de hoy, pero si las cosas no se arreglan puedo despedirme también del vuelo del próximo domingo».

Súbitamente, sacudió la cabeza y trató de localizar, en el plano, algo que acababa de recordar...

Redhill, Reigate, Betchworth Castle... Betchworth Castle...

—¡Cáspita! —murmuró entre dientes—. Creo que he encontrado algo.

—Una barrera delante de nosotros, *Sir* —dijo la voz tensa del chófer.

El mismo sargento amable y flemático avanzaba hacia ellos balanceando el mismo farol, y, a la misma pregunta, dio la misma respuesta. Wookey gruñó:

—¡Decididamente, esta noche todo está en contra de nosotros! Supongo que ha hecho dar media vuelta a todos los vehículos que han llegado hasta aquí, sargento...

—A todos. Es decir, a casi todos. En realidad, he dejado pasar un automóvil que se dirigía a Guilford. Sus ocupantes tenían importantes asuntos familiares a resolver. En el automóvil en cuestión viajaban dos damas, de modo que me pareció un caso de conciencia...

—¿De qué marca era el automóvil? —preguntó febrilmente Ekdale.

—Un Daimler negro.

El rugido de Ekdale hizo sobresaltar a todo el mundo.

—¡Vamos, *Sir*, sin perder un segundo! ¡Conozco su punto de destino!

—Un momento, caballeros, un momento —dijo el sargento, en tono autoritario—. Me reprocho ya el haber dejado pasar aquel automóvil, y no tengo la intención de cometer otro error. De modo que pueden dar media vuelta, y... ¿Eh? ¿Qué es eso?

Levantó el farol para examinar el carnet que le mostraba Wookey, y su rostro perdió instantáneamente toda expresión. En posición de firmes, murmuró:

—Sí, *Sir*... ¿Cuáles son sus órdenes, *Sir*?

—En primer lugar, déjenos pasar. A continuación, ponga en antecedentes al Yard y diga que, por orden del mayor Wookey, toda la región debe quedar acordonada inmediatamente.

—Bien, *Sir*. A sus órdenes, *Sir* —dijo el sargento, retrocediendo precipitadamente.

El Rover salió disparado, salpicando de barro a los agentes del puesto de guardia.

—¿Dónde están, según usted? —preguntó Wookey, sin apartar los ojos de la carretera.

—Apostaría cien libras contra un penique a que se dirigen a Box-Hill, una pequeña colina situada a diez kilómetros de aquí. Hay allí un aeroclub.

—Un aeroclub, ¿eh? —repitió Wookey, con los ojos brillantes.

—Sólo lo conozco de nombre, pero figura en todos los mapas de los pilotos de planeadores. Siento no haberlo recordado antes.

—Lo ha recordado en el momento preciso, Ekdale —exclamó Wookey, muy excitado—. Guíenos, ahora.

—Unas ruinas a la izquierda —anunció el chófer.

—¡Atención! —dijo Ekdale—. Tome la primera carretera a la derecha que encuentre, Tal vez convendría avisar a los otros coches, *Sir*.

Wookey sonrió, por primera vez desde el comienzo de la persecución.

—Le cedo ese placer, Albert —murmuró dejándose caer contra el respaldo del asiento.

* * *

—¿Despegar con este tiempo? ¿Está usted loco? —dijo el hombre, con voz pastosa.

Su aliento olía a whisky, a pescado y a patatas fritas. En el cuchitril contiguo al hangar que debía servirle a la vez de vivienda y de taller, reinaba un increíble desorden.

Kern apretó los puños y avanzó hacia el hombre.

—Escuche, Lisburn —dijo, en tono brutal—, le he dado la frase de reconocimiento. Sus pasajeros esperan en el automóvil. Su aparato está en el hangar, y sus instrucciones especifican que debe encontrarse preparado para despegar en cualquier momento.

—¡Oh! Preparado, lo está —aseguró el piloto—. Los depósitos llenos, y todo lo demás... Pero yo no despego con esta niebla.

—Es un caso urgente, ¿comprende? —insistió Kern, inclinándose sobre él—. Muy urgente. Y los que le pagan cuentan con usted.

Lisburn se echó a reír.

—¡Hablemos de los que me pagan! —dijo—. En primer lugar, ¿dónde está mi dinero? ¿Dónde está mi sobre?

—¿El sobre? ¿Qué sobre? —preguntó Kern, notando que un sudor frío empapaba su rostro.

—El sobre que debían entregarme al mismo tiempo que la frase de reconocimiento, el sobre que contiene mi dinero, mi plan de vuelo y otras tonterías.

«¡El granuja de Raskin me engañó! —pensó Kern—. Me habló de todo, menos de ese maldito sobre».

—No necesitaré ningún plan de vuelo —afirmó con aplomo—. Yo he pilotado algunos aviones y le guiaré. Tenemos que aterrizar en la campiña belga. Tengo las coordenadas. En cuanto al dinero, ¿qué suma le habían prometido?

—¿No lo sabe usted? —preguntó el piloto, con una lucecita de desconfianza en los ojos—. ¡Qué raro! De todos modos, aunque me diera usted el doble de lo pactado, no despegaría con esta niebla. Es mi última palabra.

Empezaba a llenar el vaso colocado en inestable equilibrio sobre la mesa, cuando se abrió la puerta bruscamente.

—¡Unos faros en la carretera! —gritó Kelly.

De un salto, Kern salió al exterior y trató de taladrar la oscuridad. La niebla empezaba a levantarse, poco a poco, pero había la suficiente para hacer casi invisible la masa del Daimler negro estacionado delante del hangar.

—Por última vez... —empezó a decir Kern, volviéndose hacia el piloto.

Se interrumpió en seco. El otro acababa de erguirse, sacando de debajo de su sobaco una Nagan del nueve largo.

—¡Calma, amigo! —rió—. Por lo que veo, le persiguen. Voy a llevarme su automóvil, y ustedes se las arreglarán con los que llegan. ¡Arriba las

manos!

Kern vaciló una décima de segundo; se disponía a saltar sobre el borracho cuando oyó un leve silbido: casi simultáneamente, el piloto profirió un grito y contempló con aire estupefacto el mango de acero bruñido que surgía de su antebrazo derecho. La Nagan resbaló de su mano y cayó al suelo.

—¡Atale! —gritó Kern, echando a correr hacia la puerta—. Y reúneme conmigo en el hangar.

—No queda tiempo —gruñó Kelly entre dientes.

Se acercó al piloto y, de un brusco tirón, arrancó el puñal hundido en su brazo. El piloto aulló de dolor.

—Voy a darte un calmante —prometió Kelly.

Giró sobre sus talones y, de un derechazo impecable, envió al otro a la lona por más de la cuenta. A continuación secó cuidadosamente la hoja de su puñal en el pantalón del caído, y salió corriendo del maloliente cuchitril.

Allá abajo, en el hangar, resonaron dos o tres explosiones sordas seguidas de un rugido sostenido que Kelly oyó con una satisfacción maravillada.

«Ese condenado Kern es capaz de poner en marcha una veleta oxidada», pensó. Luego frunció el ceño. Los faros que había divisado antes se acercaban con notable rapidez por el polvoriento camino que conducía al aeródromo. No tardarían más de un par de minutos en llegar. El irlandés echó a correr hacia el hangar.

Instalado en el asiento del piloto, Kern terminaba la inspección del aparato. Material viejo, pero sólido. Con tiempo despejado, la cosa no hubiera ofrecido ninguna dificultad. Pero, con aquel cielo cubierto, aquel techo que podía tocarse con la mano, y cinco personas a bordo...

—No hay elección —murmuró entre dientes.

Lanzó el segundo motor a fondo y, por un instante, el rugido de la mecánica desencadenada llenó el hangar. Luego, Kern aflojó paulatinamente su presión sobre las manecillas de admisión e, inclinándose por la ventanilla abierta, aulló en dirección a Kelly:

—¿Vas a subir, o piensas quedarte ahí?

El irlandés saltó sobre el ala, franqueó con los pies por delante la estrecha puerta de la cabina y se encontró sentado sobre las rodillas de Laura Blending, la cual se estremeció pero no dijo nada.

—¡Escúchenme todos! —dijo Kern con voz dura—. Voy a jugarme el todo por el todo intentando despejar desde el interior del hangar. No sé lo que hay al otro extremo del campo. Si es una hondonada, estamos salvados. Si es un obstáculo, aunque sólo sea una cortina de árboles...

No terminó la frase y, para no oír las reflexiones de los demás, tiró de la manecilla de los gases hacia él. El rugido de los motores se hizo enorme, infernal. Kern esperó, con los frenos bloqueados, a que todo el aparato vibrara bajo el impulso de los mil quinientos caballos desencadenados. Luego, con un gesto seco, soltó el freno. Notó que el aparato se lanzaba hacia la pista. Las hélices despedazaban la niebla delante de ellas. En aquel preciso instante, asomaron unos faros por el otro extremo del campo.

«¡Gracias! —murmuró Kern—. No estará de más un poco de luz...».

El aparato rodaba con una lentitud desesperante en dirección a los faros. Luego, súbitamente, Kern notó que el armazón vibraba al aumentar la velocidad.

«¡Visibilidad, diez metros! Nadie ha despegado nunca en unas condiciones tan insensatas...».

Hundirse en aquella niebla a trescientos quilómetros por hora era peor que saltar en el vacío.

Kern trató de no pensar en ello y se obligó a contemplar el reloj cuentarrevoluciones. Cuando la aguja se inmovilizó en 3000, notó que los mandos se aflojaban entre sus dedos y empezó a tirar de ellos lentamente. El aparato respondió con tanta docilidad que Kern experimentó el deseo de gritar de alegría. Ahora trepaba, con una lentitud infinita, pero trepaba, a través de una catedral de nubes. Bastaba la chimenea de una fábrica, el campanario de una iglesia, una línea de alta tensión, una colina un poco más elevada que las otras, para que la aventura terminara en medio de un resplandor, un choque terrible y... la nada.

Pero el aparato continuaba ascendiendo, sin sacudidas, con el runruneo acompasado de sus dos motores. La niebla se desgarraba ahora en franjas cada vez más espaciadas, se deshachaba bajo el viento de las hélices, se disolvía en gotitas minúsculas... Surgió una estrella, luego otra, luego una docena, luego todo el cielo, un cielo inmaculado y crepitante de puntitos luminosos. Bajo sus dedos, Kern sentía la pulsación profunda de los motores, el acuerdo íntimo del metal con su propio cuerpo.

Una luz azul se encendió a su lado, iluminando los cabellos sedosos, el perfil grave y tenso de Katryn Lynton, inclinada sobre su mapa.

Kern sonrió furtivamente.

—¿Situación? —inquirió.

—Pasamos por la vertical de Guilford —dijo la joven, apoyando la punta de su lápiz sobre el mapa.

«Tiene el aspecto de una alumna aplicada —pensó Kern con alivio—. Ventajas de la formación de Langley...».

—¿Sin novedad, señor Galway? —preguntó alegremente.

—¡Sin novedad, señor Kirk! —replicó el pelirrojo.

—¿*Miss Blending*?

—Estoy bien, gracias.

«Aprovéchate, guapa —pensó Kern—. Te sentirás peor al aterrizar, cuando veas el C. 47 de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos».

—¿Señor Blending?

Hubo un breve silencio. Luego, la voz tranquila, imperceptiblemente irónica del diplomático se elevó por primera vez desde su salida de la prisión de Wisbitch.

—En lo que a mí respecta, señor Kirk, me encuentro en la situación de Emmanuel Kant: «el cielo estrellado encima de mi cabeza, y la ley moral en el fondo de mi corazón».

—¡Definitivo! —gruñó Kelly.

—¿*Miss Lynton*?

—Nos encontramos en la vertical de...

—No es eso lo que te pregunto. ¿Estás bien?

Katryn se apretó contra él y susurró a su oído:

—No me has dejado terminar, primo. Iba a decirte que nos encontramos en la vertical de la ternura.

RICHARD CARON

ESPIONNAGE

**TTX 75
OPÉRATION**

M. Fourdon

FLEUVE NOIR

TTX 75 EN PARÍS

Richard Caron

A Michel Friedman, Bernard Leroy,
Nicole Taïeb y todo el equipo de «001».

R. C.

CONFIDENCIALMENTE

Nombre: *Jasper*.

Apellido: *Wood*.

Edad: *Treinta años*.

Natural de: *París*.

Nacionalidad: *U. S.*

Nacionalidad del padre: *U. S. (fallecido)*.

Nacionalidad de la madre: *Francesa (fallecida)*.

Estado: *Soltero*.

Residencia: *París*.

Profesión: *Agente de Información*.

Empresario: *CIA (Central Intelligence Agency)*.

Dirección del empresario: *Langley, Washington D. C.*

N.º de matrícula: *TTX 75*.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

—MIRA —dijo Regine, abriendo la chaqueta de su traje sastre color verde manzana.

Debajo llevaba un magnífico jersey beige.

—¿Es de casimir? —preguntó, interesado, Jasper Wood, alias TTX 75, dejándose caer sobre el diván Chippendale.

Regine —para quien TTX 75 no era más que Jasper Wood, una especie de *playboy* ocioso y encantador— le había telefoneado para que fuera a verla inmediatamente a su apartamento de la calle Voltaire. Y, como tenía la tarde libre...

Dieciocho días antes, los dos, en una habitación contigua (un dormitorio), habían vivido una fulgurante pasión de 7 horas, 35 minutos y 9 o 10 segundos, a raíz de un flechazo, en el *snack* del Lido. Regine estaba empleada en el Lido, no en el *snack*, sino en el cabaret del mismo nombre. Era bailarina. Alta y rubia, con unas piernas muy largas y otros interesantes detalles.

—¡Casimir! —zalameó Regine.

Luego, autoritaria:

—¡Toca!

Jasper tocó.

—¿Moer, quizás?

—¡Moer! —repitió Regine, alzando los ojos al cielo.

Se quitó la chaqueta verde manzana, y luego el jersey.

Debajo, no llevaba absolutamente nada.

—¡Mira!

Jasper miró.

—¿No ves ningún cambio?

—Ejem... No.

—¿No lo recuerdas?

—Ejem... Sí.

—¿Entonces? —se impacientó ella.

—En realidad, querida, no veo nada anormal —dijo cortésmente TTX 75.

—¡Toca!

Jasper obedeció.

—Perfecto, perfecto —dijo, al cabo de unos instantes.

—Eran muy pequeños. Ahora, casi han doblado el volumen. ¿No lo recuerdas?

De hecho, Jasper no estaba seguro de recordar su rostro cuando, unos minutos antes, Regine le había abierto la puerta de su apartamento.

Regine apoyó la frente sobre su hombro.

—¿Estás... enferma? —inquirió TTX 75 en tono preocupado.

—¡Cojinetes! —exclamó Regine con aire de triunfo.

—¿Perdón?

—Son graduables. Al tamaño que se desea. Una pequeña operación sin importancia. ¡Hop! Se quitan los cojinetes, y ya está. Me lo ha hecho Canurien.

—¿Canurien?

—¿No conoces a Canurien? Es uno de los mejores cirujanos estéticos del mundo. Un as internacional en su especialidad.

—¡Ah!

—Tienes que acompañarme a su casa. Estoy sin automóvil. Lo tengo en el taller de reparaciones. Un imbécil me dio un trompazo.

—¿En la aleta delantera derecha?

Regine frunció las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—No debes ignorar, querida, que tengo una gran intuición —replicó modestamente TTX 75.

—¿Vienes? —dijo Regine, poniéndose el abrigo.

—¿Adónde?

—A casa de Canurien. ¿No te lo he dicho? Tiene que examinar mis cicatrices. Es lo que se hace siempre, después de las operaciones. Es un hombre muy concienzudo.

TTX 75 estaba de vacaciones. Esperando la próxima misión.

—¿Por qué no? —dijo, poniéndose en pie.

El interior de la clínica del doctor Canurien no se parecía al exterior. Por fuera, era un hotelito particular que databa del siglo pasado, una maravilla de proporciones, un cuerpo de edificio y dos alas simétricas, en medio de un

parque a la inglesa. Dentro: un mundo aséptico, afelpado y lujoso. Altavoces invisibles difundían música clásica en sordina. Un leve olor a farmacia flotaba en el aire. En resumen, aquello no parecía realmente una clínica, a pesar de que lo parecía, sin parecerlo...

TTX 75 se quitó el impermeable y lo guardó, doblado, debajo de su brazo. Siguió a Regine. Una gruesa alfombra color salmón apagaba el ruido de los pasos. Cruzaron una primera sala de espera llena de cómodos butacones. En ella se encontraban reunidos tres casos interesantes. Mujeres muy bien vestidas. Una tenía la nariz ganchuda, la segunda unas grandes bolsas bajo los ojos, y la tercera era madame Frankenstein en persona, pero con gafas oscuras.

Evidentemente, Regine conocía el lugar. Empujó una puerta encristalada y penetraron en una segunda sala de espera, ésta desierta. Regine se instaló en un diván e hizo una seña a Jasper para que se sentara a su lado.

—¿Sigues viviendo en Saint-Cloud? —inquirió la joven, para decir algo.

—No, he vendido el piso. He alquilado un apartamento en la plaza de los Estados Unidos.

Lo cual, para un agente norteamericano residente en París, no dejaba de resultar chocante.

—Sin embargo, yo te he llamado a Saint-Cloud —observó Regine.

—Me estoy mudando. Me has encontrado por casualidad entre dos camiones y una maleta por llenar.

—¿Me das tu nuevo número?

Jasper vaciló, pero acabó dándoselo. Vale más ser conocido por las bailarinas del Lido que por la embajada soviética o los agentes chinos. Además, Regine no era de las que se pegan a uno. La prueba era que había pasado casi tres semanas sin dar señales de vida.

Se abrió una puerta y dio paso a una joven morena que llevaba una bata blanca. Tenía unos grandes ojos azules y almendrados, sin maquillar, unas facciones regulares que no debían nada a la cirugía estética y unas bonitas piernas. Inmediatamente, TTX 75 la encontró sensacional.

Regine se había puesto en pie.

—Buenos días, doctor —le dijo a la aparición.

—Buenos días, señorita.

TTX 75, a su vez, se puso en pie y alargó la mano a la joven, sonriendo.

—Jasper Wood.

Ella pareció sorprenderse, y respondió con un asomo de sonrisa:

—Elisabeth Marcus. Soy la ayudanta del doctor Canurien.

—¡Me durmió por más de la cuenta! —exclamó Regine.

—¿Con sus puños? —preguntó TTX 75.

La aparición sonrió francamente y explicó:

—Soy anestesista.

El cinturón que apretaba el talle de Elisabeth Marcus no debía medir más de cincuenta y cinco centímetros de longitud, incluido el nudo.

Elisabeth Marcus saludó con la cabeza a TTX 75 y se volvió hacia Regine.

—El doctor Canurien le espera, señorita.

Las dos mujeres abandonaron la sala de espera. TTX 75 se dejó caer de nuevo sobre el diván. En una mesita contigua había un montón de revistas. Hojeó tres o cuatro. Revistas de decoración, folletos lujosamente editados que explicaban el proceso de fabricación de la aspirina vitaminada, etc. Es decir, propaganda que por regla general se remonta a un par de años y que los médicos aprovechan para su consulta en vez de tirarla al cesto de los papeles.

TTX 75 volvió a levantarse, dio unos pasos por la estancia y, como continuaba aburriéndose, empujó la primera puerta que encontró a mano. Daba a un amplio pasillo de paredes blancas. TTX 75 se adentró en él, y un poco más lejos desembocó en un salón, al entrar en el cual tuvo una especie de sobresalto.

¡Un museo de los horrores!

Numerosas máscaras se alineaban en unas estanterías.

No eran máscaras, desde luego, sino unos moldes de los clientes del doctor Canurien. Antes de la operación, desde luego. Lo cual explicaba aquellas narices demasiado largas, demasiado puntiagudas, demasiado ganchudas... Cuajados en una ridícula eternidad de yeso. Los clientes podían comprobar después los efectos de la operación. Como en los anuncios de productos capilares: «Antes y Después».

TTX 75 recorrió la sala, con una sonrisa en los labios. Aquellas feas, ahora, se paseaban por la calle, con otra piel, otro rostro, tal vez haciendo volver a los hombres a su paso... Hombres... Sin duda, entre aquellas máscaras había también rostros masculinos. Actores, cantantes... Pero ¿cómo distinguirlos? Los cabellos no estaban incluidos en el molde, naturalmente. Para distraerse, TTX 75 se dedicó a buscar en aquella galería de retratos una cabeza masculina.

La cosa no resultaba fácil. Aquella cara caballuna, por ejemplo... Trató de colocarle, mentalmente, unos cabellos cortados a cepillo. Se convertía en un granjero. Con los cabellos largos, en cambio, era una solterona inglesa tal como la representan los caricaturistas franceses...

TTX 75 parpadeó.

Al lado del rostro caballuno había otra cabeza.

Y aquella cabeza «le decía algo» a TTX 75. Igual que cuando se tiene en la punta de la lengua una palabra que no acaba de salir. O una escena, una situación que se quiere recordar y que se nos escapa...

Después de todo, tal vez se trataba de una simple impresión. No sólo faltaban los cabellos, sino también los ojos, que es lo que se recuerda en primer lugar para identificar un rostro. Los gangsters que se tapan la parte inferior del rostro con un pañuelo para cometer un atraco razonan mal. Los que decidieron ocultar sus ojos detrás de unas gafas negras demostraron ser más listos.

TTX 75 continuó contemplando aquellos rasgos que «le decían algo».

Pero ¿qué?

Se sintió acometido de un impulso irresistible, más fuerte que él.

Se apoderó de la «máscara», la ocultó rápidamente debajo de su impermeable doblado por la mitad y salió de aquel extraño museo.

CAPÍTULO II

TTX 75 encontró, *a posteriori*, dos buenos motivos.

Uno: era quizás alguien a quien él conocía *ahora*, sin haberle conocido *antes* de la operación. Él o ella...

Dos: era, de todos modos, un excelente pretexto para volver a hablar con la doctora Elisabeth Marcus.

Cuando se disponía a entrar en la sala de espera, tropezó literalmente con la joven anestesista. No mintió:

—Precisamente estaba pensando en usted.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Me... me paseaba.

—Este pasillo está prohibido al público —dijo la joven, muy seria.

—Me resulta imposible permanecer inactivo, hojeando unas revistas que datan de la Guerra de Secesión.

—¿Es usted norteamericano?

—Sí.

—Comprendo: el hombre de negocios atareado.

—Sobre todo en verano: piscina, navegación a vela, bolos, etc. No puedo más.

Ella rió.

—¡Estamos en otoño!

—Precisamente: estoy descansando.

Elisabeth Marcus recobró su rostro impasible. TTX 75 se cogió a su brazo como un náufrago que se agarra a una tabla de salvación.

—¡Doctor! —exclamó, en tono patético.

La joven se volvió de nuevo hacia él.

—Necesito imprescindiblemente cambiar de nariz.

Elisabeth Marcus le miró atentamente. TTX 75 tenía una nariz recta, ni demasiado grande, ni demasiado pequeña. En conjunto, pensó la joven, la nariz no le sentaba mal.

—A primera vista —dijo—, no lo creo necesario.

Jasper fingió una profunda desesperación.

—Estoy harto de esta nariz. Hace treinta años que la llevo. No puedo ya mirarme al espejo sin estallar en sollozos. Lo he probado todo: la lima de uñas, Lourdes... No hay nada que hacer. ¡Tiene que ayudarme!

Un brillo irónico asomó a los ojos límpidos de la joven, que reprimió una sonrisa.

—Si insiste —dijo—, nada más fácil.

—Gracias, con todo mi corazón.

—Voy a darle hora para que le visite el doctor Canurien. No podrá ser hasta la semana próxima, el doctor está abrumado de trabajo. Supongo que resistirá usted hasta entonces...

—¡No! —dijo TTX 75, categórico.

—¿Perdón?

—Esta noche.

—¿Esta noche? Imposible. El doctor Canurien no trabaja de noche. Créame, sus días están ya terriblemente cargados...

Le empujó suavemente hacia la sala de espera que había abandonado momentos antes y cerró la puerta detrás de ella.

—Bueno —dijo TTX 75—. Peor para él. Perderá un cliente. Pero *usted* ganará uno.

Ella le siguió el juego, golpeándose el pecho con la mano con aire de asombro.

«Está en el bote», pensó TTX 75.

—¿Yo? —inquirió la joven.

—Sí. Cita esta noche a las ocho y media en el *Drugstore* de los Campos Elíseos.

Elisabeth Marcus hizo un mohín.

—Temo que no sea el lugar ideal para una consulta, precisamente...

—Después iremos a cenar a un restaurante chino o escandinavo, a elegir.

—Si me hubiese dicho aquí mismo, en la clínica, no diría que no...

—Personalmente, hago una cena muy ligera. Sobre todo cuando tengo intención de salir. Probablemente iremos a dar una vuelta por Castel.

—Siendo así, no quiero ni oír hablar del asunto.

—O a otra parte, como usted quiera —se apresuró a decir TTX—. ¿Qué tiene usted contra Castel?

—Señor... —empezó la joven.

—Llámeme Jasper.

—Jasper —dijo ella inconscientemente.

Se dio cuenta de que había caído en una trampa y se echó a reír.

—Jasper, esta noche no estoy libre. Y usted tampoco, me parece...

—Con el índice, Elisabeth Marcus señaló la puerta por la cual había desaparecido Regine.

—Su prometida se pondría furiosa si se enterara de que sale con otra chica.

—No es mi prometida —protestó TTX—, sino una antigua y buena amiga.

—¿Cuánto tiempo se necesita para convertirse en «una antigua y buena amiga» de usted?

—Ejem... Depende —respondió TTX, prudente—. Algunas han batido verdaderas marcas... ¿A qué hora sale usted de aquí?

—A las ocho.

—La llamaré por teléfono a las ocho menos cuarto. ¡Estoy convencido de que vendrá usted!

Al mismo tiempo, notaba debajo de su impermeable, entre su codo y su cadera, el molde que había birlado del «museo» personal del doctor Canurien.

—Lo que es pretensiones no le faltan... —dijo Elisabeth Marcus.

Aquella clase de hombre demasiado seguro de sí mismo ejercía sobre ella dos efectos contradictorios: el de desagradarle profundamente, al tiempo que se sentía atraída por él.

Se oyó un rumor de voces. A través de los opacos cristales de la puerta, se dibujó la alta silueta de Regine.

—Entonces, ¿de acuerdo? —se apresuró a decir TTX—. ¿A las ocho y media en el *Drug*?

La joven echó para atrás un mechón negro que caía sobre su frente y empezó a alejarse.

—No lo sé..., quizás...

Regine apareció en compañía de un hombre de rostro dinámico, joven, de mejillas un poco hundidas y una frente muy ancha, de intelectual. También él llevaba una bata blanca, cuyas mangas estaban vueltas sobre unos antebrazos velludos y musculosos.

—¡Adiós, doctor! —dijo—. Le enviaré unas amigas.

La puerta se cerró.

—¿Vienes, cariño? —dijo Regine.

Empuñó el brazo de TTX y saludó a Elisabeth Marcus. Salieron de la clínica y subieron al pequeño MGB del agente norteamericano.

—El individuo que te acompañó hasta la puerta, ¿era Canurien?

—Sí —dijo Regine.

—¿Y bien?

—El doctor está muy satisfecho.

—¿De su trabajo, o de tus cicatrices?

—De las dos cosas. ¿Qué hora tienes?

—Las cuatro.

—¿Me llevas a casa? Espero a una compañera. Si quieres, puedes quedarte.

—Ejem... Estoy un poco cansado.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó Regine.

TTX se volvió hacia ella. Regine levantó el impermeable y sacó la «máscara».

—Lo he birlado en tu clínica.

—¿Por qué?

—Porque sí...

—¡Estás chiflado!

Regine volvió a dejar el molde sobre el asiento, tomó su bolso, sacó el material necesario y empezó a pintarse las uñas con un pincelito.

—Esto es un automóvil —protestó TTX—, no un instituto de belleza.

—Es para dar tiempo a que se seque el barniz.

—Prefiero los tonos rosa.

—El rojo me sienta mejor. Cuestión de gustos.

El pequeño automóvil deportivo rodaba hacia el Trocadero. En un cruce, un 2 CV que venía por la izquierda cortó el camino a TTX, el cual viró bruscamente para evitar el encontronazo.

—¡Eh! —gritó Regine, agarrándose a lo que podía.

A un lado el tablero de mandos, al otro el molde de yeso.

—Lo hago para que no tengas que volver demasiado pronto a casa de tu cirujano..., aunque esta vez para que te arreglara la nariz.

Lo cual le hizo pensar en la «máscara».

—¡M...! —exclamó TTX.

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

Blandía el molde. Con el movimiento, Regine había manchado el objeto con su barniz de uñas. Afortunadamente, no había sido en la misma cara, sino un poco atrás, cerca de la oreja izquierda.

Un concierto de claxons estalló a espaldas de TTX. Reemprendió la marcha.

—¡Eso te enseñaré —concluyó Regine— a conducir como un ser civilizado!

Diez minutos más tarde, TTX la dejaba delante de su casa.

Elisabeth Marcus entró en el despacho del doctor Canurien. Estaba solo, fumando un cigarrillo, en un pequeño descanso entre dos clientes, y acababa de prepararse una taza de té. El cirujano era un verdadero maníaco del té. Se lo hacía enviar directamente de Ceilán, y no permitía que nadie se lo preparase.

Elisabeth se acercó a él. El doctor Conurien dejó la taza sobre la superficie de cristal de su escritorio y pasó un brazo alrededor de la cintura de su ayudanta.

Eran muy íntimos, los dos. A decir verdad, dormían juntos desde hacía más de tres años. A él le gustaban las mujeres, sobre todo aquellas que no necesitaban sus servicios de cirujano estético. Ella le admiraba mucho. Era joven, seductor, famoso.

—Jacques —dijo Elisabeth—, he sorprendido al individuo que acompañaba a la Blue Bell en el pasillo, cerca de la sala...

Canurien se levantó de un salto de su sillón giratorio.

—¿Qué?

Elisabeth repitió.

El cirujano salió en tromba de su despacho. Regresó un minuto más tarde, con aire desolado. Exclamó:

—¡Ha desaparecido!

—El...

—Sí —aulló Canurien, muy pálido—. El...

—¡Jacques! —murmuró Elisabeth Marcus.

Canurien se estaba recuperando del golpe.

—¿Qué aspecto tenía ese individuo?

—No estaba mal.

—Te pregunto a qué tipo pertenece.

—Glandular.

—¿Tienes el número de teléfono de esa muchacha?

TTX dejó la «máscara» sobre el mueble —una mesa cubierta por un mármol— de su antecámara, delante de los tres grandes armarios empotrados, y pasó a su cuarto de estar. Los muebles estaban ya colocados. Sólo faltaba instalar el dormitorio. TTX admiró la armonía del conjunto. Diván y sillones tapizados con un terciopelo azul desvaído, muebles Regencia de superficies lustrosas, alfombra verde. El apartamento se encontraba en la planta baja, y a través de la doble puerta encristalada y corrediza podía ver el pequeño jardín que, en verano, podría disfrutar en exclusiva. De momento, desde luego, el césped estaba hecho polvo, pero TTX pensaba ya en los muebles de jardín que colocaría allí.

Se volvió hacia el interior.

Tal vez, con un poco de suerte, aquella noche conseguiría traer a Elisabeth Marcus hasta aquí para «beber la última copa». Naturalmente, el diván era una cama de matrimonio convertible.

Fue a la cocina y se sirvió una menta con agua. El reloj del cuarto de estar señalaba las cinco menos cinco. TTX tenía ganas de salir. ¿Por qué no ir a ver una película? Cogió su impermeable y abandonó el apartamento.

Sonó el teléfono.

—¿Me permites, Ninouche? —dijo Regine.

Ninouche, que en realidad se llamaba Ingrid, inclinó afirmativamente la cabeza. Regine se dirigió a la habitación contigua y descolgó.

—¿Sí?

Era el doctor Canurien.

—He visto de refilón a su amigo. El que la ha acompañado esta tarde a la clínica, ¿comprende?

—Comprendo, sí —dijo la bailarina.

—Me gustaría volver a verle...

Regine enarcó una ceja. «¡Vaya con el cirujano!», pensó. El doctor se lanzó a unas explicaciones imprecisas.

—No es que esté mal, no... Todo lo contrario, y la felicito por ello..., pero tengo la impresión de que podría serle útil...

—¿En qué sentido? —preguntó Regine, haciéndose la ingenua.

—¡Desde el punto de vista estético, desde luego! —respondió Canurien.

—Yo le encuentro bien tal como está.

—Sí, pero... sus orejas...

—¿Sus orejas?

—Un pequeño defecto sin importancia... Tiene una oreja más pequeña que la otra. Un lóbulo minúsculo a un lado, y enorme al otro.

—¡Caramba! No lo había notado...

—Hay que tener vista, lo reconozco... ¿Sabe usted cómo podría ponerme en contacto con él?

Pensando que sería una estupenda broma, Regine le dio al doctor el nombre de Jasper, su número de teléfono y su nueva dirección, en la plaza de los Estados Unidos. Luego volvió a entrar en la habitación donde la esperaba su amiga.

—Ninouche...

—¿Sí?

—¡Hay qué ver cómo está el mundo! Nunca lo hubiese creído. El doctor Canurien... es de la serie B.

—¡Irás! —repitió el doctor Canurien.

—Pero, Jacques... —dijo Elisabeth Marcus.

«Ese estúpido jactancioso me verá llegar al *Drugstore*, tal como había previsto», pensó.

—¡Tienes que ir! —gritó Canurien.

Elisabeth pensó: «Peor para ti. ¡Tú lo habrás querido!». Y luego, justificándose: «Claro que es un caso de urgencia...».

De todos modos, le reprochaba a su amante que la empujara tan fácilmente a..., a lo que *podían ser* los brazos de otro hombre. Lo cual no

quería decir que cayera en ellos.

—Procura entretener a los clientes —dijo Canurien, poniéndose su abrigo de pelo de camello—. Tardaré una hora, como máximo.

El cirujano salió de la clínica, se dirigió al garaje, subió a su Mustang y salió disparado.

En el *Montecarlo* daban un buen *western*, pero la película ya había empezado. TTX 75 renunció a entrar. Cambió de acera y remontó los Campos Elíseos.

Cuando llegaba a la altura del *París* empezó a llover. TTX entró en el café. Encontró sitio en una mesa, cerca del mostrador. A su alrededor, unos Pies-Negros discutían ruidosamente. Encargó un pipermint con agua. Había decidido esperar que cesara la lluvia, y luego ir a ver el *western*.

Con los cabellos empapados, una joven norteamericana pasó con un fajo de *New York Herald Tribune* bajo el brazo. TTX la llamó y le tendió una moneda de un franco, sonriendo. Luego echó una ojeada distraída a la primera edición del periódico yanqui. Una fotografía de una catástrofe aérea, y dos de políticos...

TTX parpadeó.

Ahora recordaba dónde había visto la cabeza que correspondía a la «máscara».

Estaba en la primera edición de aquel periódico, y de otros muchos periódicos.

Incluidos los franceses.

Un caso internacional.

La cabeza cuyo molde tenía en su casa coincidía con la de Jeffries Alien Thorps.

CAPÍTULO III

Jeffries A. Thorps, de treinta y cuatro años, es uno de los más brillantes físicos norteamericanos.

Desde hacía algún tiempo, y sin tener una prueba concreta, el F. B. I. le vigilaba como sospechoso de simpatías comunistas. No es el único sabio joven que se encuentra en ese caso en los Estados Unidos. El pasado año,

Thorps firmó una petición contra la guerra del Vietnam y participó en manifestaciones en favor de los negros.

Pero en los Estados Unidos no estamos ya en la época de la «caza de las brujas», el maccarthysmo ha desaparecido y la vigilancia que el F. B. I. ejercía sobre Jeffries Alien Thorps era muy discreta.

Demasiado discreta, sin duda.

En la fecha en la cual se sitúa nuestra historia —exactamente tres semanas antes—, Thorps efectuaba un viaje de placer por la Gran Bretaña (su madre es inglesa). Soltero, Thorps viajaba solo.

Una noche, en Londres, no regresó a su hotel. Transcurrieron dos días, y continuó sin aparecer. Los dos «ángeles guardianes» del F. B. I. que le escoltaban —demasiado discretamente— no tenían la menor idea del lugar donde podía encontrarse.

En resumen, cinco días más tarde, Thorps fue dado *oficialmente* por desaparecido.

El F. B. I. y la CIA opinaron que había cruzado el telón de acero o estaba a punto de hacerlo.

Su fotografía apareció en todos los periódicos occidentales, como habían aparecido las de Burgess y Maclean, Fuchs, George Black, etc.

Por si no había conseguido aún cruzar al otro lado del telón, y de acuerdo con los servicios secretos ingleses, franceses, belgas, italianos, etc., todos los aeródromos del mundo libre fueron alertados, y las listas de pasajeros con destino a Moscú y a los países satélites fueron revisadas minuciosamente. Se transmitieron las mismas órdenes a los puertos. Y los puestos fronterizos comunes entre el Este y el Oeste fueron asimismo advertidos.

TTX 75 pagó la cuenta, se puso el impermeable y salió del café.

Recuperó su MGB en el parking George V. Unos minutos más tarde llegaba a la plaza de los Estados Unidos. En su nuevo apartamento, tropezó con un obrero del servicio de mudanzas, cogió la «máscara» de la mesa del vestíbulo y volvió a salir con la misma rapidez con que había entrado.

La lluvia continuaba cayendo.

Harold X... es el jefe directo de TTX 75. Su poder es muy grande. Aunque no tiene más título que el de jefe de la antena parisiense de la CIA, su autoridad sobrepasa con mucho las fronteras de Francia. Cubre toda Europa

(incluidos los países del Este, naturalmente), África, el Oriente Medio e incluso más allá. Es uno de los hombres más importantes del sistema norteamericano de defensa y de información.

Ocupa un hermoso apartamento en el último piso de un inmueble de la Avenida Montaigne.

Un gorila de dos metros de estatura, disfrazado de mayordomo, con chaleco rayado y un gran bulto bajo el sobaco izquierdo, acogió a TTX.

—¡Hola, Jimmy!

—¡Hola, Jasper! —gruñó el gorila, volviendo a sentarse en el vestíbulo y reanudando la lectura de su *comic* favorito, «Batman».

TTX entró en el cuarto de estar de Harold. Éste reposaba en una butaca, fumando un cigarro, con un vaso de whisky al alcance de la mano.

—Salud, viejo camarada —dijo Harold, volviéndose hacia Jasper.

—Buenas tardes, patrón.

—¿Qué diablos lleva usted ahí?

TTX colocó el molde delante de Harold, cerca del vaso de whisky.

—¡Thorps!

—¿Qué?

Harold se apoderó de la «máscara» y la observó atentamente, con una especie de mueca de desagrado.

—No puedo quejarme de mis facultades de fisonomista —dijo TTX con falsa modestia—. Le reconocí en seguida.

—¿Dónde ha encontrado *esto*?

—No lo he *encontrado*. ¡Lo he *robado*!

Harold se calló, mientras continuaba examinando el molde con la misma mueca.

—No resulta fácil de reconocer, desde luego —continuó TTX—. Me refiero a que faltan el sistema capilar y los ojos, ¿comprende? Y yo sólo había visto fotografías de Thorps.

—¿Por qué no robó un busto de Moliere o de Wagner? Son mucho más decorativos.

—¿Perdón?

Harold volvió a dejar el molde sobre la mesa y se dirigió al bar de su apartamento, situado en un ángulo del cuarto de estar.

—Pero patrón...

—Tranquilícese, amigo mío.

TTX, furioso, seguía con la mirada los gestos de su jefe.

Harold descorchó una botella de piperment y puso un vaso sobre el mostrador. Cerca del pequeño bar hay una caja fuerte incrustada en la pared. Harold manipuló en la complicada cerradura. Abrió la caja, hundió la mano en su interior y sacó unos cubos de hielo y una jarra de agua fresca. Es un truco. En el caso de que alguien consiguiera —el hecho resulta difícil de imaginar, debido a la continua presencia de Jimmy— «visitar» su apartamento, al abrir la caja fuerte sólo encontrarían en ella algo con que apagar la sed.

La verdadera caja fuerte, donde el jefe parisiense de la CIA deposita sus documentos *top secret*, se encuentra debajo del mosaico de su dormitorio.

Harold mezcló en sus exactas proporciones la menta y el agua, añadió dos cubitos de hielo y regresó al lado de TTX, tendiéndole el vaso.

—Un momento, por favor.

Salió de la habitación y volvió a entrar un minuto más tarde con un proyector que colocó sobre la mesa. Después de haberlo enchufado a una toma de corriente, Harold deslizó un negativo en una pequeña ranura. El retrato de Jeffries Alien Thorps apareció ampliado, tres metros por dos, sobre la superficie blanca y lisa de una de las paredes.

—¿Bueno? —inquirió TTX, impaciente.

—¡La perilla! —dijo Harold.

En efecto, Thorps llevaba una perilla muy corta, con unos pelos castaños, muy tupidos.

—Es lo que le decía hace unos instantes —argumentó TTX—. El sistema capilar, cabellos, barba, bigote, no aparecen en el molde. Los afeitan... Excepto los cabellos, claro, puesto que el molde termina en la parte alta de la frente, y...

—¡Deje de dar explicaciones infantiles, por favor!

Harold cogió de nuevo el molde y fue a situarse al lado de TTX, enfrente de la fotografía.

—Thorps —dijo— lleva perilla. Al igual que el ochenta por ciento de las personas que se dejan crecer la barba, quiso ocultar un mentón blando, un poco huidizo. ¡Mire!

El mentón del molde era voluntarioso, en efecto.

—Continuemos el examen. El corte de un rostro es algo que no engaña. Thorps tiene un rostro más bien alargado..., en tanto que éste —señaló el molde— es un rostro ancho, casi cuadrado.

—Bueno —gruñó TTX, despechado—, creo que es posible que tenga usted algo de razón.

—«Es posible» y «algo de razón» no son los términos adecuados, amigo mío.

—Es un modo de hablar —reconoció TTX.

Harold dio una ruidosa palmada en el hombro de su agente preferido.

—Mire, en su lugar, yo hubiera cometido el mismo error, sin duda —dijo, para llevar un poco de consuelo al corazón de TTX—. Desde luego, existe cierto parecido entre esos dos rostros. Se parecen, sin parecerse...

TTX pensó:

«Es como la clínica del doctor Canurien, que no parece realmente una clínica».

De todos modos, Harold tenía razón. Las dos cabezas tenían un pequeño aire de familia, a simple vista. Pero al mirarlas con más detenimiento, las diferencias saltaban a los ojos.

—Bueno, bueno... —murmuró TTX, lastimado en su amor propio y sin saber cómo despedirse.

—A propósito —inquirió Harold—, ¿de dónde ha sacado ese molde?

En el *Drugstore* había mucha gente y muchas idas y venidas. TTX entretenía la espera junto al puesto de periódicos. Vio llegar a Elisabeth Marcus por la otra puerta, cerca de la entrada del cine. Eran las ocho y media en punto. TTX sonrió y salió al encuentro de la joven.

—Ha ganado usted —dijo Elisabeth—. He venido.

—Soy una especie de imán para las mujeres guapas. Pero no soy un imán apresurado, ni celoso, ni...

La joven le interrumpió:

—De acuerdo, he comprendido.

—¿Y no le parece cómico?

—No.

—A mí tampoco. Estoy harto de ser gracioso.

—¿Se encuentra usted gracioso?

—Sí.

—Había conocido ya a hombres presumidos, pero...

TTX no la dejó terminar:

—Aquí hay demasiado ruido. Vayamos a otra parte.

TTX empujó suavemente a Elisabeth hacia las puertas encristaladas. Fuera, no llovía ya. El agente norteamericano se encontraba en las mismas

condiciones que en el pasillo de la clínica: con el molde oculto bajo el impermeable.

—Tengo un gran encanto y soy muy inteligente —dijo.

—Me hubiera gustado más darme cuenta por mí misma... pero veo que es usted muy aficionado al «yo».

—No lo crea —protestó vivamente TTX—. A veces digo «nosotros». Esta noche, «nosotros», iremos a tomar una copa, cenaremos, bailaremos, volveremos a beber, y luego...

—¡Iremos a acostarnos, cada uno por su lado!

—¿Cómo ha adivinado usted que nosotros no somos un hombre fácil y que no nos dejamos convencer la primera noche?

Elisabeth Marcus se echó a reír. Decididamente, aquel hombre le gustaba. Lo encontraba «interesante».

—¿Adónde me lleva?

—Al *Winston Churchill* —respondió TTX—. Es más íntimo.

No había ninguna mesa vacía, y se instalaron en la barra. Elisabeth encargó un zumo de frutas.

—¿Bebe usted siempre a base de menta? —inquirió la joven.

—Siempre.

—Elisabeth llevaba un elegante reversible gris y verde. TTX notó también que iba maquillada. Los ojos, los labios, y un poco de compacto en las mejillas.

—Tengo una sorpresa para usted —dijo TTX.

—¿De veras?

—Un medio de presión. Si no hubiese venido usted esta noche, la hubiera llamado mañana, diciendo: «Tengo algo que quiero devolver a la clínica, pero sólo se lo entregaré a usted en persona».

—¿Devolver qué, Jasper? ¡No comprendo una sola palabra de lo que está diciendo!

TTX sacó el molde y lo depositó sobre el mostrador del bar.

—¿Qué es eso? —inquirió Elisabeth, con un asombro muy bien fingido.

—Una cabeza de cliente.

—Pero... ¿se la ha llevado usted?

—Sí. De la clínica. Mediante este truco, estaba seguro de volver a verla.

—¡Parece increíble!

Elisabeth cogió el molde entre sus manos, como para asegurarse de que procedía de la clínica Canurien. Tenía unos dedos largos, finos, muy elegantes, y su barniz de uñas era de color rosa...

TTX recordó bruscamente la mancha roja del barniz de uñas de Regine en el molde.

—Un momento —dijo, cogiendo el molde de manos de Elisabeth.

«Veamos —pensó—. Era detrás de la oreja, ¿no?».

Dio la vuelta al molde, lo acercó a sus ojos.

No cabía duda: *en el molde no había ningún rastro de barniz de uñas rojo.*

Cogió su impermeable.

—¿Qué sucede, Jasper?

—Hasta pronto, Elisabeth.

—Pero...

—¡La llamaré por teléfono mañana!

—¡Hola, Jimmy!

—¡Hola, Jasper!

Harold estaba en el comedor, degustando tranquilamente una ensalada.

—¡El molde... me lo han... cambiado! —dijo TTX, sin aliento.

—¿Se entrena usted para los 200 metros libres o para los 5000?

TTX contó de un tirón lo sucedido con el barniz de uñas de Regine. Harold no bromeaba ya. Escuchó atentamente a Jasper, el cual concluyó:

—¡Sabía que no me había equivocado! El molde que le enseñé no era el que robé en la clínica. Ha habido una sustitución.

—¿En casa de usted?

—Lo había dejado en el vestíbulo. El apartamento está lleno de obreros de la agencia de mudanzas que entran y salen. Resulta muy fácil introducirse en mi casa. Mañana lo comprobaré, de todos modos.

Harold permaneció silencioso unos instantes. Renunció a su ensalada y encendió un cigarrillo.

—¿Está usted completamente seguro, amigo mío? —preguntó finalmente—. Me refiero a la marca roja.

—Completamente seguro.

—En tal caso, el molde que sacó usted de la clínica era realmente el del rostro de Thorps. De no ser así, ¿por qué habrían de molestarse y correr el riesgo de sustituirlo por otro?

—¡Exacto! —aprobo Jasper.

—En consecuencia, creo que podemos afirmar esto: Thorps no se ha trasladado todavía a Rusia. Un cirujano estético, el doctor... ¿cómo ha dicho

usted que se llamaba?

—Canurien —respondió TTX.

—El doctor Canurien —continuó Harold—, aquí mismo, en París, le ha fabricado un rostro nuevo de modo que no pueda ser reconocido por ninguno de nuestros agentes, ni por nuestros aliados, que vigilan los aeropuertos y las fronteras, y a fin de que Thorps pueda pasar al Este con toda tranquilidad.

—Con un nombre supuesto, desde luego —dijo TTX.

—Eso por descontado —asintió Harold—. Hay que reconocer que es un plan muy astuto.

Los ojos grises, normalmente fríos, de Harold se animaron. Palmeó amistosamente la espalda de TTX.

—¡Creo que ha caído usted sobre un asunto muy importante, amigo mío!

CAPÍTULO IV

El doctor Canurien saludó a su enfermera-jefe a la cual acababa de dar sus instrucciones para la noche. Media docena de clientes estaban hospitalizados en la clínica, después de una intervención. Cuatro de nariz, y dos de busto que habían sido operados aquella misma mañana y que al día siguiente podrían regresar a su domicilio. Los otros cuatro, dado que la cicatrización era más lenta, tendrían que continuar bajo observación.

El doctor subió la escalera que conducía al segundo piso, llegó al rellano y giró a la derecha. Allí se encontraba su apartamento personal. Una proximidad muy agradable y que no se debía al azar. El hotelito perteneció a un tío suyo, del cual lo había heredado.

Canurien se quitó la bata blanca en el vestíbulo y pasó al cuarto de baño. Se duchó, se mudó de ropa interior y se puso una bata de color granate, cuyo cinturón negro anudó sobre su vientre.

Normalmente, a aquella hora del día, el doctor Canurien se relajaba, agotado por una tarea que implicaba una gran tensión nerviosa y, además, dada la clientela, unas cualidades de hombre de mundo.

Pero, aquel día, Canurien no saboreó el descanso como de costumbre. Su corazón latía con más rapidez de lo normal y la impresión de soportar un gran peso sobre el pecho traducía su ansiedad.

Pensaba en el molde...

Un caso de verdadera mala suerte.

Entre tantos moldes, aquel cretino había ido a dar precisamente con la única prueba palpable de algo que él, Canurien, tenía que reprocharse.

Afortunadamente, había sabido reaccionar: él mismo fue a sustituir el molde en cuestión por otro que se le parecía. Lo bastante para engañar a un profano. Pensó que Stev quedaría maravillado por aquella idea y aquella rapidez de reflejos.

Se servía un Cutty Sark cuando Elisabeth entró en el apartamento. Estaba muy pálida.

—¿Qué sucede? —inquirió Canurien—. ¿No tenías que pasar la velada con ese individuo?

Ella le enseñó el molde.

—Me lo ha devuelto.

—¿Y os habéis separado?

—Sí.

Elisabeth se apoderó del vaso de Canurien y bebió dos grandes sorbos. Luego suspiró ruidosamente.

—Jacques...

—¿Sí?

—Tengo la impresión de que ese hombre se ha dado cuenta de la sustitución.

Canurien se sobresaltó.

—¿Qué?

—Ha mirado el molde de cerca, como buscando una marca o algo por el estilo... Y luego se ha marchado.

—¿Sin decir nada?

—Tiene que llamarme por teléfono mañana —dijo Elisabeth.

—¿Parecía sospechar algo?

Elisabeth se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé... Puedo equivocarme... De todos modos, se ha marchado inmediatamente.

Canurien se dejó caer en un sillón Luis XVI, cuya frágil madera crujió bajo su peso.

—¡Ay! —gimió.

No pensaba en el sillón, sino en su propia persona.

Elisabeth, con el whisky, recobraba el color. El cirujano fue en busca de la botella y la dejó sobre el aparador con unos cubitos de hielo y una jarra de agua. Llenó los dos vasos y volvió a sentarse.

Quería convencerse.

—A pesar de todo, tengo la impresión de que ese Wood no es peligroso. Después de haber cambiado el molde, en su propia casa —estuve de suerte, porque había varios empleados de una agencia de mudanzas que entraban y salían—, decidí matar dos pájaros de un tiro. Fui a hablar con el portero... He de confesar que no me faltó sangre fría —sonrió.

—No debiste hacerlo, Jacques...

—En la vida hay que ser osado. Me sentía muy seguro de mí mismo... Me enteré de que ese individuo es una especie de consejero artístico en un asunto de cine —dijo Canurien, con una sonrisa despectiva.

Se consideraba a sí mismo como un científico, alguien «serio». Para él, Wood pertenecía a ese ambiente inestable de los «artistas».

—Lo prefiero así —dijo Elisabeth.

Por motivos distintos de los de Canurien, Elisabeth deseaba creer también que el llamado Jasper Wood estaba al margen del asunto. Que se trataba de una simple coincidencia. Sin embargo, en su fuero íntimo, temía lo peor. Lo mismo para ella que para su amante.

Las relaciones entre ellos eran bastante ambiguas. Hasta un año antes, Elisabeth no había desesperado de convertirse en la señora Canurien. Pero él le había manifestado su firme propósito de no contraer matrimonio. Era incapaz de atarse de veras —al menos de momento— a una sola mujer: necesitaba varias, y no quería a ningún precio cargas familiares. Elisabeth había fingido conformarse. Y había fingido, también, la fidelidad.

En resumen, la joven no sabía a ciencia cierta cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

De modo que eludieron el problema, momentáneamente.

En el listín telefónico figuraban tres números a nombre de Canurien: dos correspondientes a la clínica y uno al apartamento, todos en el mismo inmueble.

—Estamos de suerte —dijo Harold, por encima del hombro de TTX—. Si hubiese vivido en otra parte, habiéramos perdido unas horas localizándole.

TTX pensaba en el milagroso azar que le había puesto sobre aquella pista.

«Hay qué ver la importancia que puede tener un detalle en apariencia insignificante. Si Regine no hubiese manchado el molde, yo me hubiera dejado convencer por Harold, y con motivo. No me hubiera dado cuenta de la sustitución. Habríamos enterrado el caso. Y Thorps hubiera cruzado tranquilamente el telón de acero».

—Lo importante ahora es saber si ese doctor trabaja de un modo regular para los rusos, o si es un eventual —añadió el jefe parisiense de la CIA—. De todos modos, a través de él podremos llegar hasta Thorps. Pero tenemos que actuar con mucha rapidez, antes de que el pájaro vuele.

Jimmy hizo su aparición.

—Ha llegado Mike, patrón.

—Hágale pasar.

El hombre que entró en la habitación no podía negar su origen irlandés. Era un gigante de cabellos rojos y mirada risueña. Harold efectuó las presentaciones.

—Mike... Jasper... Los nombres de pila bastarán.

Los dos hombres intercambiaron un apretón de manos y el tradicional «¿Cómo está usted?».

Harold había telefoneado a Mike O'Hara un cuarto de hora antes, para un caso urgente. Opinaba que no estarían de más dos hombres en el asunto, sobre todo si tenían que desdoblarse para seguir a alguien.

—¡Vamos para allá! —dijo TTX.

Canurien se puso en pie, cada vez más nervioso.

—¡Voy a ir a verle y a explicárselo! —decidió bruscamente.

El cirujano se refería a Stev, el único miembro de aquella red soviética que él conocía.

—¿Crees que será una buena solución? —inquirió suavemente Elisabeth, un poco ebria, después de su tercer whisky.

—Es preferible obrar siempre con franqueza.

Canurien se negaba a admitir que se sentía desbordado por los acontecimientos. Tiró su bata sobre una silla y pasó a la habitación contigua, su dormitorio.

Escogió un traje gris oscuro, una camisa blanca, una corbata a rayas verdes y azules y unos zapatos negros.

Regresó al salón. Elisabeth continuaba bebiendo. Canurien descolgó el receptor y se atuvo a las instrucciones. Empezó por marcar un número.

—¿Oiga? —dijo—. ¿Es el 12-55 de Passy?

—No —respondió una voz—. Éste es el 13-55.

—Disculpe, ha sido un error.

Canurien colgó el receptor. Transcurrió medio minuto, durante el cual Canurien y su amante permanecieron silenciosos. Luego sonó el timbre del

teléfono y Canurien descolgó de nuevo.

—Le escucho.

Reconoció inmediatamente la voz de Stev.

—Necesito verle —dijo Canurien—. Es muy urgente.

—Nos encontraremos dentro de veinte minutos en el *Elyséestore*.

Canurien colgó, pensativo. Ahora, no podía retroceder. Esto le descargó en parte de su angustia.

—¿Bueno? —inquirió Elisabeth.

—Voy para allá. ¿Me esperas aquí?

—Sí. Dime, Jacques...

Elisabeth se mordió los labios.

—¿Vas a contárselo *todo*?

—Sí.

—¿Le hablarás de Wood?

—Le hablaré de Wood, sí. ¿Cómo quieres que no le hable de él?

Canurien se miró en un espejo mural provisto de un marco de madera dorado y con molduras, muy bonito.

—¿Vas a darle su dirección?

—¿Por qué no? —preguntó Canurien, volviéndose hacia ella.

Se produjo un breve silencio, durante el cual los dos amantes se contemplaron con intensidad. Canurien hizo una mueca de nerviosismo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Suponiendo que las cosas nos fueran mal... Si él es inocente... Tal vez fuera conveniente dar la menor cantidad posible de detalles acerca de él, ¿no crees?

—En resumen, lo que quieres es que yo me hunda hasta el cuello, y que ese cretino se salve...

—Trata de comprenderme, Jacques —dijo Elisabeth con voz fatigada—. Supongamos que es inocente. Que se haya llevado el molde únicamente para tener una ocasión de volver a verme, y que yo haya interpretado mal su actitud en el *Winston Churchill*, que no se haya dado cuenta de la sustitución... Supongamos todo eso. Sería criminal meterle entre las patas de tu Stev.

Canurien estaba furioso.

—Veremos... —gruñó.

Se puso el abrigo, echó a andar hacia la puerta, empuñó el pomo y se volvió hacia su amante.

—Elisabeth...

—¿Sí?
—¿Te gusta?
—Sí.

CAPÍTULO V

Se habían llevado un solo automóvil y TTX detuvo su MG en la tranquila calle. La verja estaba abierta. TTX llevaba una cartera en la mano. Los dos agentes norteamericanos entraron en el parque de la finca.

A la derecha había un garaje. Estaba abierto, y en su interior había dos automóviles: un Fiat 600 y un Mustang.

Cruzaron una pequeña arboleda y vieron la clínica. En la planta baja y en el primer piso estaban encendidas todas las luces. En el segundo piso, solamente había dos ventanas iluminadas.

—Debe de tener su apartamento arriba —murmuró TTX.

—¿Qué hacemos?

TTX no tuvo tiempo de contestar la pregunta de Mike O'Hara. Alguien salía de la clínica con paso apresurado y se dirigía hacia el garaje. Los dos agentes se ocultaron detrás de los árboles, se arrodillaron. La hierba estaba mojada.

—Creo que es él —susurró TTX.

El hombre entró en el garaje. Unos instantes después salió el Mustang.

—¡Rápido! —murmuró TTX, tendiendo las llaves de su coche a Mike—. Sígame.

Las luces traseras del Mustang desaparecieron más allá de la verja. Mike O'Hara se dirigió rápidamente hacia la calle. Unos segundos después TTX oyó roncar el motor del MG.

Las dos ventanas del segundo piso habían permanecido abiertas sobre unas habitaciones iluminadas.

TTX reflexionó.

Era posible que Canurien no viviera solo. En el primer momento había pensado, al ver que Canurien abandonaba la clínica, que iba a poder «visitar» el apartamento con toda tranquilidad. Ahora, TTX revisaba sus posiciones.

Salió de la finca, anduvo un centenar de metros y entró en un café. Pidió una ficha de teléfono, se encerró en una cabina y marcó el número del apartamento del doctor Canurien.

Alguien descolgó y dijo:

—*Alló?*

Una voz de mujer.

TTX cortó la comunicación y volvió a la clínica.

Había una mujer en la casa. Tal vez el cirujano estaba casado.

El mejor modo de entrar en un lugar cualquiera es al descubierto, con aire de naturalidad. No hay nada que llame tanto la atención como un aire furtivo.

TTX empujó la puerta de la clínica y cruzó el vestíbulo. Una empleada, sentada delante de una centralita telefónica, le vio pasar sin concederle más que una vaga mirada maquinal. TTX subió la escalera. Entre la planta baja y el primer piso se cruzó con una enfermera. Se apartó para dejarle paso, ya que la mujer llevaba un montón de fichas de temperatura.

—Por favor...

—Gracias —respondió la enfermera sin mirarle.

TTX continuó subiendo y desembocó en el rellano del segundo y último piso. Se orientó. El apartamento del doctor Canurien tenía que encontrarse a la derecha.

Enfrente de él vio una escalera más pequeña, la que conducía al desván. TTX la subió de puntillas.

Encendió una pequeña linterna y el diminuto rayo de luz le permitió desplazarse. El desván estaba lleno de cajas, de baúles, de camas plegables, de periódicos viejos.

TTX dejó su cartera en el suelo. Vio un tragaluz, a la altura aproximada de un hombre. Lo abrió con precaución y lo más silenciosamente que pudo. Se quitó los zapatos, y unos instantes después se encontraba en el tejado.

Hacía frío y las tejas, relucientes aún del agua caída por la tarde, estaban resbaladizas. TTX se alegró de haberse quitado los zapatos. En un extremo del tejado, una cañería de desagüe descendía hacia el suelo. Su aspecto era bastante sólido.

TTX se dejó deslizar hasta el nivel del apartamento del doctor Canurien. Las dos ventanas iluminadas se encontraban en segunda y tercera posición partiendo del canalón. La más próxima, pues, estaba a oscuras. TTX desplazó su peso hacia la izquierda y, con la mano, tocó el reborde de piedra del balcón. Aseguró su presa y soltó el canalón. Quedó colgado. Una flexión de brazos. Luego, pasó las piernas por encima de la barandilla.

El segundo balcón se encontraba a una distancia aproximada de dos metros y medio. TTX se encaramó a la barandilla, se puso en pie y saltó.

A través del cristal y de un fino visillo vio a Elisabeth Marcus que paseaba nerviosamente de un lado a otro de la habitación iluminada, mordiéndose las uñas.

Harold pensaba acertadamente al querer saber si Canurien era o no un profesional del espionaje.

En realidad, Canurien se limitaba a dejarse manejar, contra su voluntad, por el llamado Stev. Y, hasta entonces, sólo había sido manejado una vez.

Dos meses antes había recibido la visita de un hombre de unos cincuenta años, de estatura mediana, escasos cabellos y tez mate, al cual no conocía. El hombre se había plantado delante de él, mirándole con ojos brillantes.

—Señor Canurien, ¿ha visto alguna vez un espía?

Cogido de improviso, el cirujano no supo qué contestar, preguntándose si se trataba de una broma o si el hombre estaba loco.

—Pues bien, ahora está viendo uno.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Canurien.

«Es un mitómano», pensó.

El hombre se echó a reír dejando al descubierto unos dientes puntiagudos.

—¿No me cree usted? Tiene razón, no soy un espía, soy un agente secreto —añadió, recobrando la seriedad, es decir, su aspecto siniestro—. Me llamo Stev...

Deletreó el nombre y continuó:

—Trabajo para la Rusia soviética. No me dedico personalmente a la información, y no sé nada de electrónica ni de economía política. No soy un campeón de tiro ni de judo, y nunca he seducido a bellas enemigas. Soy jefe de una red de «pasadores».

—¿Pasadores? —repitió Canurien, impresionado a pesar suyo.

—Cuando alguien del Oeste quiere pasarse al Este, y ese alguien, por cualquier motivo, debe transitar por París, me encargo de organizar el paso del tráfuga. La maniobra se realiza igualmente en el otro sentido, como usted sabe, y los americanos y los alemanes del Oeste tienen también sus redes de «pasadores». Aclaradas estas cuestiones técnicas, tengo el placer de anunciarle, mi querido señor Canurien, que va a trabajar para mí.

«No cabe duda —pensó Canurien—, está loco».

—Cada paso es un caso especial. La maniobra no es nunca la misma, y puedo jactarme de mi inventiva en ese sentido. Para el caso que actualmente me ocupa, le necesito a usted.

—¿A mí?

—Sí, a usted, en su calidad de cirujano estético. ¿Comprende?

—Lo que comprendo es que voy a llamar a la policía...

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Canurien alargó la mano hacia su teléfono.

—El día 12 de marzo de este mismo año —dijo el hombre que había manifestado llamarse Stev—, una de sus clientes, la señorita Germaine Bourdinat...

Canurien había palidecido y no pensaba ya que el hombre estuviera loco.

—... En las tablas Sabine Vandor, murió sobre su mesa de operaciones, por culpa de usted.

—Caballero, no voy a permitirle...

—¡Cierra el pico! —le interrumpió Stev, cambiando bruscamente de actitud—. Asesinaste a esa muchacha por imprudencia. Luego, con la complicidad de tu anestesista y de tu amigo, el doctor Devanel, falsificaste el certificado de defunción. Tuvisteis suerte. La muchacha era huérfana, no tenía parientes ni verdaderos amigos. Nadie se interesó por el asunto.

Anonadado ante tantos detalles, Canurien se hundió.

—¿Es... es un chantaje? —inquirió, con un hilo de voz.

—¡Exactamente!

—¿Cómo... cómo ha sabido todo eso?

—¡Lo sé! Mis fuentes de información no importan ahora. «Sólo puede haber sido Devanel», pensó el cirujano.

—¿Me ha comprendido? —preguntó Stev, volviendo al tratamiento de usted—. Si no acepta mi propuesta...

Dejó la frase sin terminar. Canurien había comprendido perfectamente que aquel hombre podía arruinar su carrera y convertirle en un astro de las páginas de sucesos de los periódicos.

—Por otra parte —continuó Stev—, lo que voy a pedirle no es gran cosa. Unas horas de trabajo que no cobrará. Lo único que va a perder es un poco de dinero. Nadie sabrá nada, y no volverá usted a oír hablar de mí.

Y el hombre se había marchado tranquilamente.

Durante varias semanas, Canurien vivió en la angustia, y cada vez que le llamaban al teléfono temía que fuera el llamado Stev.

Una noche, el agente soviético volvió a presentarse. No iba solo. Le acompañaba un hombre con aspecto de anglosajón y que debía tener la misma edad que él, Canurien. Stev había anunciado que el hombre debía cambiar de rostro y que la operación se llevaría a cabo la noche siguiente.

La operación se efectuó, con la ayuda de Elisabeth, desde luego, y la participación activa de Stev, el cual se había portado como un profesional del quirófano, con gran asombro por parte de Canurien.

Stev explicó:

—En otra época, fui enfermero militar.

Un automóvil había venido a buscar al operado. Unos días más tarde, al abrir su periódico, Canurien vio en primera plana la fotografía del hombre al cual había cambiado el rostro, y se enteró de que se trataba de Jeffries Alien Thorps.

Pero ignoraba aún muchas cosas.

Por ejemplo, que Stev se llamaba Barratjanian, que era hijo de unos rusos blancos refugiados en Francia, que se había hecho comunista en la Facultad y que era médico como el propio Canurien.

CAPÍTULO VI

Stev miraba los libros expuestos en el escaparate de la librería del *Elyséestore* cuando llegó Canurien.

—¿Cómo está usted, mi querido amigo? —dijo Stev en voz alta.

—Muy bien, ¿y usted?

—Salgamos —dijo Stev, bajando el tono.

En la calle, Canurien abotonó su abrigo. Lo desagradable del tiempo y lo intempestivo de la hora justificaban la escasez de transeúntes. Los dos hombres podían hablar tranquilamente mientras andaban.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió Stev con voz neutra.

—Alguien ha tenido en su poder el molde del rostro de Thorps —respondió el cirujano.

Un silencio.

—Veamos —dijo Stev—. No acabo de comprenderlo. Explíquese.

—El molde del rostro de Thorps...

Stev le interrumpió:

—Utilice otro nombre. Valentín, por ejemplo.

Canurien enarcó las cejas y se volvió hacia Stev. Pero éste no le devolvió la mirada y continuó andando sin pronunciar una sola palabra.

—El molde del rostro de... de Valentín, antes de la operación. Alguien se lo llevó de la clínica. Afortunadamente, pude recuperarlo en seguida, gracias

a la señorita Marcus.

Un silencio.

—En resumen —dijo finalmente Stev—, eso significa que antes de la operación sacó usted un molde del rostro de Valentín...

—Sí.

—Sin embargo, no era un cliente ordinario.

El tono de Stev era *demasiado tranquilo*. Pero Canurien no se dio cuenta de nada. Sólo pensaba en él, en defender su posición.

—Hago eso con todos mis clientes. Digamos que no se me ocurrió *dejar de hacerlo* en el caso de Tho..., de Valentín.

—Es lamentable, desde luego... ¡Bien! Ahora, le ruego que me cuente *todo* lo que sepa.

—Bueno... —empezó Canurien.

No omitió ningún detalle. Cuando habló de Jasper Wood experimentó una especie de placer. Pensó: «¡Diablo! Cualquiera diría que estoy celoso...». Inmediatamente trató de justificarse: «¡Defiendo mi pellejo!».

Canurien acechó la reacción de Stev cuando llegó al capítulo de la sustitución llevada a cabo por él en casa de Wood.

Stev comprendió aquello por el tono utilizado por Canurien, con acentos de triunfo. Había llegado el momento de renunciar a la frialdad que había manifestado al principio de la entrevista. Una frialdad amenazadora, que el cirujano habría observado, sin duda. No convenía que Canurien se inquietara.

—¡Magnífico! —exclamó—. ¡Eso es tener presencia de ánimo! ¡Ni yo mismo lo hubiese mejorado!

Canurien, ingenuamente, saboreó el cumplido.

—Si fue usted a casa de aquel hombre... —dijo Stev.

—¿Qué hombre?

—Wood.

—¡Ah, sí!

—¿Cuál es su dirección?

Canurien la dio sin vacilar. Stev la anotó mentalmente.

—Perfecto. Espero que todo esto no habrá sido más que una falsa alarma. Una vez más, le felicito por la rapidez con que ha sabido actuar. ¡Bravo, amigo mío! Si se entera usted de algo más, telefonéeme como de costumbre. El mismo sistema. Lo esencial es que no salga usted de París en una temporada.

—Es que...

—¿Decía usted?

—Es que, precisamente, tengo que salir de París.

—¡Hum!

—Tengo que ir a Luxemburgo.

—¿A Luxemburgo?

—Sí, a Luxemburgo, a Luxemburgo. Al Gran Ducado. Al Congreso internacional de Cirugía Estética. El pasado año se celebró en París, y el anterior en Roma. He de presentar una nueva técnica para el tratamiento de las cicatrices. No puedo perder esta oportunidad. Me esperan.

—Comprendo... Comprendo...

Stev reflexionaba rápidamente.

—De acuerdo —terminó por decir—. Volveremos a vernos a su regreso. A no ser que le llame antes. Hasta entonces, continúe su vida normal, como si no hubiera pasado nada.

—¡Desde luego! —asintió Canurien, maravillado por la facilidad con que había resuelto el problema y convencido a Stev de su buena fe y de su buena voluntad.

Stev le tendió la mano.

—Sea discreto... ¡Y hasta pronto!

Mike O'Hara vio que los dos hombres se separaban.

El doctor Canurien se cruzó con él mientras se dirigía a la calle Quentin-Bauchart, donde había dejado su automóvil. El otro hombre se encaminó a la estación del Metro más próxima: Franklin-Roosevelt.

Mike le siguió.

El doctor Canurien paró el motor de su Mustang, deslizó la llave de contacto en el bolsillo de su abrigo y salió del garaje. Cruzó el parque de la clínica.

Eran casi las once de la noche.

Canurien fue a ver a su enfermera jefe a la sala de guardia.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. El 6 duerme mal.

—Morfina.

—Bien, doctor.

Subió corriendo la escalera y empujó la puerta de su apartamento.

Elisabeth Marcus se plantó delante de él mientras el cirujano se quitaba el abrigo y lo colgaba de un perchero, en el recibidor.

Sentado en el suelo polvoriento del desván, TTX 75 había abierto su cartera de mano.

Preparó su *medetron*.

En contacto directo con el saloncito del doctor Canurien.

El aparato era un estetoscopio de amplificación electrónica. Colocado contra una pared, permitía escuchar la conversación que tenía lugar en la habitación contigua.

Gracias a los auriculares, TTX oyó todo lo que decían Jacques Canurien y Elisabeth Marcus.

—Se ha mostrado muy comprensivo —dijo Canurien, preparándose un Cutty Sark.

—¿Le has hablado de Wood?

—¿Acaso podía dejar de hacerlo? —gruñó el cirujano.

—¿Le has dado su dirección?

—No. ¡Siéntate! Me pones nervioso.

Elisabeth, que continuaba paseando de un lado para otro de la estancia, se detuvo y miró fijamente a su amante.

—¿Le has dicho que habías sustituido por otro molde el de Thorps?

—¡Valentín!

—¿Perdón?

Canurien se echó a reír.

—No, nada. Desde luego que se lo he dicho.

Canurien bebió un gran sorbo de whisky y encendió un cigarrillo. Normalmente, fumaba poco. Y también bebía poco. Pero esta noche necesitaba estimulantes.

—¡Jacques!

—¿Sí?

—Quisiera que me explicaras cómo has podido hablar de la sustitución sin comunicar la dirección de Wood. ¿No te la ha pedido?

—No..., ejem..., sí. ¡Me estás fastidiando!

—Por lo tanto, se la has dado.

—¡M...!

Elisabeth se mordió los labios.

—Discúlpame, querida —dijo Canurien, sobreponiéndose a su nerviosismo—. Puedo asegurarte que Stev ha concedido muy poca importancia al asunto...

Igor Ivanovitch Maleskine y Stev se medían con la mirada.

—¡Ya ha hecho usted alguna de las suyas!

Stev no respondió.

Los dos hombres estaban instalados frente a frente, en casa de Stev. Era evidente que no se apreciaban demasiado el uno al otro.

Oficialmente, Maleskine es agregado de la embajada soviética en París, pero, de hecho, es el equivalente ruso de Harold. Dirige el enorme aparato de espionaje soviético en Francia, y sólo rinde cuentas a Moscú. Es mucho más importante que el propio embajador. Es un hombre de unos cincuenta años, delgado y distinguido, que no representa su edad. Empezó su carrera en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, y siempre ha trabajado en los servicios de información. Es un técnico perfecto, un poco frío.

—Yo soy un artista —dijo Stev.

—Eso es precisamente lo que le reprocho.

—Hasta ahora, no he tenido ningún fracaso.

—Intuyo que vamos a entrar en la segunda fase de su carrera.

—Desconfíe, nuestros destinos son paralelos.

—Ocúpese del suyo y deje al mío en paz.

Maleskine cruzó las rodillas y examinó la raya de su pantalón.

—Tiene usted demasiada imaginación, y padece una deformación profesional. Cree que puede resolverlo todo con la Medicina. ¡Qué idea la de hacerle cambiar de cara! ¡Con lo fácil que era hacerle pasar tal como estaba! ¿Por qué complicarse la vida?

—Los aeropuertos están vigilados.

—Lo están ahora. Hace tres semanas no lo estaban. Teníamos dos días de tiempo. Antes de que se anunciara su desaparición. ¡Dos días!

—Nunca se toman demasiadas precauciones.

—La precaución más elemental es la de evitar, salvo en caso de absoluta necesidad, el trabajar con aficionados. ¿Qué va usted a hacer con Canurien, ahora?

—Muy sencillo: suprimirle.

CAPÍTULO VII

—¡Está usted loco! —exclamó Maleskine.

Stev sonrió y movió la cabeza de izquierda a derecha, denegando.

—¿Cuál es el mejor medio de impedirle a alguien que hable? —inquirió.

—De acuerdo —admitió Maleskine—. Pero ¿qué necesidad hay de llegar a ese extremo?

Stev se encogió de hombros.

—No, no hay que matarle —continuó el agregado de embajada—, sino encontrar otra solución.

Sin dejar de sonreír, Stev se puso en pie, fue a abrir una puerta y dijo:

—¿Puede usted venir?

Un hombre apareció en el umbral de la puerta. Maleskine no pudo evitar un sobresalto.

—¡Canurien! —murmuró, aturdido, al reconocer al hombre que avanzaba hacia él.

TTX había salido de la clínica del mismo modo que había entrado, con mucha naturalidad y dando las buenas noches a la telefonista.

En el garaje de la finca descubrió una mobylette. La sacó a la calle. Se quedó al acecho.

Diez minutos más tarde vio el Fiat 600 que cruzaba la verja y se alejaba. Elisabeth iba al volante. TTX trepó a la mobylette, puso el motor en marcha y siguió al vehículo italiano. Quería saber dónde vivía la joven anestesista.

Por desgracia, había muy poco tránsito.

Elisabeth conducía con bastante rapidez y, sin saberlo, dejó atrás a su perseguidor.

El hombre se echó a reír.

—¿Qué ha dicho usted? —inquirió Stev.

—Nada —respondió Maleskine, preguntándose si no vivía una pesadilla.

«¿Y si Stev fuera un traidor?», pensó rápidamente.

—Ha pronunciado usted un nombre...

—Sí, Canurien —dijo Maleskine, señalando al hombre.

—Gracias —dijo Stev.

Hizo un gesto y el hombre salió de la habitación. La puerta volvió a cerrarse detrás de él.

—¿Qué significa esta comedia?

—El hombre que acaba de ver no es Canurien.

Maleskine se estremeció, empezando a comprender.

—¿Quién es?

—Thorps.

—¡Increíble! —exclamó Maleskine, dejándose caer en el sillón que ocupaba anteriormente.

Stev sonrió, satisfecho de haber asombrado hasta tal punto a su jefe. Luego explicó, con falsa modestia:

—Usted no había visto nunca a Canurien en carne y hueso. Sólo ha visto fotografías suyas. Es evidente que si le conociera *bien* no se hubiera equivocado. La reacción de un amigo íntimo, por ejemplo, sería únicamente la de notar el parecido.

—Me parece adivinar su plan —dijo Maleskine—. Eso no es imaginación, sino...

—... Un trabajo elaborado, infalible y astuto, resultado de mis facultades de observación.

—En su enumeración —ironizó Maleskine— ha olvidado usted el «dinamismo incomparable», el «sentido profundo de las responsabilidades» y la «viva inteligencia».

—Mucho antes de que se produjera ese fastidioso incidente —continuó Stev, imperturbable—, entraba ya en mis planes el hacer desaparecer a Canurien.

—A causa de...

—Sí. Los artistas son a menudo unos seres afectados de narcisismo, cosa muy comprensible. No es raro, por ejemplo, que los dibujantes, los pintores y los escultores modelen sus temas a imagen suya. Dibujan, pintan o esculpen un granadero, un campesino o un discóbolo, y ese granadero, ese campesino o ese discóbolo, inconscientemente o no, se parece a ellos. Desde hace mucho tiempo, había observado en los cirujanos estéticos una tendencia análoga cuando tienen que remodelar un rostro. Después de todo, ¿acaso no son una especie de escultores sobre materia viviente?

Maleskine no pensaba ya en ironizar ni en escandalizarse de la «imaginación» de su agente, y seguía su explicación con el mayor interés.

—Por otra parte —continuó Stev—, cuando llegó a mis manos el expediente Thorps, hace un par de meses, me llamaron la atención dos cosas:

el físico y el cirujano tenían casi la misma edad y la misma corpulencia... Y Thorps, que había pasado algunas temporadas en París, hablaba el francés sin acento.

El agregado de embajada movió la cabeza. También él había tenido una copia del mismo expediente.

—Mi plan, pues, era el siguiente —prosiguió Stev—. Dentro de una semana, eliminaba a Canurien. La víspera del día en que debía salir para la Unión Soviética a fin de pronunciar una serie de conferencias sobre «las quemaduras del rostro». Una gira que he organizado yo mismo. Thorps saldría en su lugar con el pasaporte de Canurien.

—Muy astuto, en efecto —reconoció Maleskine.

—De modo que, para la opinión pública occidental, durante algunas semanas, algunos años —el tiempo que se quisiera—, el tráfuga era Canurien... Nada nos impedía, a continuación, revelar que Thorps se encontraba también en Rusia. Tal como hicimos con Lionel Crabb, George Blake, etc.

Maleskine asintió.

—Era un plan sin fisuras, pero por desgracia acaban de surgir dos pequeños detalles desafortunados. En primer lugar, alguien vio el molde de la cabeza de Thorps y se apoderó de él; en segundo término, Canurien tiene que salir mañana hacia Luxemburgo, para asistir a un Congreso...

—¿Llama usted a eso «dos pequeños detalles»? —inquirió secamente Maleskine.

—¡Sin importancia, mi querido amigo, sin importancia! Por una parte, no tardaremos en saber quién es ese Wood y si pertenece o no a la profesión. En segundo lugar, eso me obliga únicamente a adelantar en unos días la puesta en práctica de mi plan.

—Supongo que se refiere usted a la ejecución de Canurien...

—Exactamente. Thorps irá a Luxemburgo en el lugar de Canurien. Y desde allí marchará directamente a la Unión Soviética.

* * *

Una conferencia, en plena noche, reunía a TTX, Mike O'Hara y Harold en el apartamento de este último, en la avenida Montaigne.

—He seguido a Canurien —resumió Mike—. Ha establecido contacto con un hombre en el *Elyséstore*. Han salido de allí y han hablado en la calle, mientras andaban. No he podido acercarme lo suficiente para oír lo que

decían. Luego se han separado. He seguido al segundo hombre. Es curioso: se ha dirigido a otra clínica, de cirugía general.

—¿Dónde se encuentra?

—En el distrito séptimo. He anotado la dirección y me he enterado de esto: la clínica pertenece y está dirigida por un tal doctor Barratjanian. He montado guardia por espacio de una hora, y no he perdido el tiempo.

—¡Bravo, Mike! —exclamó Harold.

—He visto entrar a un individuo al cual conozco de vista... y con motivo: ¡Maleskine!

—¡Mi colega! —exclamó Harold, satisfecho al enterarse de semejante noticia.

En primer lugar, porque aquello confirmaba la importancia del asunto. A continuación, añadió:

—Aprecio mucho a Maleskine. Conoce muy bien su trabajo. Es un buen adversario. Lamento sinceramente no verle más a menudo.

—¡Siempre será usted un sentimental! —exclamó TTX, riendo—. Nunca se sabe si habla usted en serio, o en broma...

—Es un buen adversario —repitió Harold, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia el bar de su apartamento.

TTX, a su vez, dio su informe:

—Canurien y su ayudanta son unos aficionados. Y, lo que es más, ocasionales. Tengo la impresión de que hasta ahora sólo han trabajado una vez con nuestros «amigos», y precisamente en el asunto Thorps... En resumen, lo que ya había supuesto, exactamente.

—De acuerdo, pero deje de mendigar cumplidos, amigo mío. Le aplaudiré sin reservas cuando todo haya terminado y Thorps esté en mis manos.

—Un poco más de agua, por favor.

Harold tendió a su agente una mezcla bien dosificada de menta y de Evian.

—Me ha parecido entender también —concluyó TTX— que estaban siendo manejados por un tal Stev. Le han citado varias veces en el curso de su conversación.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Harold bebió un sorbo de whisky y pensó en voz alta:

—Tenemos dos pistas serias para llegar hasta Thorps... La clínica Barratjanian y la clínica Canurien...

Se interrumpió. Unas arrugas surcaban su frente. Y preguntó en otro tono:

—A propósito, ¿qué cree usted que van a hacer con Canurien, si se trata realmente de un aficionado, como usted dice?

—¿Qué haría usted en *su* lugar? —inquirió TTX.

Se produjo un silencio, que Harold rompió diciendo, en tono fatalista:

—Sí, desde luego... ¡Evidentemente!

Cambiando una vez más de tono, el jefe de antena de la CIA en París alzó la cabeza.

—Otra cosa: hay que apretar de cerca a esa muchacha. Creo que la tarea le vendrá a usted a la medida, amigo mío —rió, dirigiéndose a TTX.

—Espero que encontraré su dirección en el listín telefónico —dijo TTX.

Efectivamente, en la letra M —«Marcus, Dr. E.»— encontró un número de teléfono y una dirección, en la avenida de Versalles.

CAPÍTULO VIII

Las dos y media de la mañana.

Hay días en que no se duerme.

TTX llevaba poco más de una hora en su casa cuando sonó el teléfono.

Reconoció inmediatamente la voz de Mike O'Hara.

Éste, que sólo llevaba dos años en París, no se había acostumbrado aún al funcionamiento caprichoso de los teléfonos franceses, y empezó por gruñir:

—¡Esto es para que le dé a uno un ataque! ¡No había modo de comunicar con usted! He llamado a reclamaciones, y me han contestado al cabo de veinte minutos, diciéndome que la línea estaba ocupada...

—No es cierto. No he telefoneado ni recibido ninguna llamada.

—Lo suponía. El otro día marqué el número para saber la hora, y oigo: «Este número no corresponde a ningún abonado».

—Bueno, puesto que al fin ha conseguido la comunicación, ¿qué hay de nuevo?

—Tiene usted dos «ángeles» que le vigilan. Uno, a pie, delante de su casa, en la plaza. Creo que está provisto de un *talkie-walkie*. El otro está apostado en un automóvil, al otro lado de la avenida de Iena.

—Bien. Gracias por la información, Mike. *Chao*.

Casi en el mismo instante, el teléfono sonó también en el apartamento del doctor Canurien.

El cirujano tampoco se había acostado. Revisaba las cuarenta y cinco cuartillas, mecanografiadas, de la conferencia que debía pronunciar al día siguiente en el Congreso de Luxemburgo.

El que llamaba era Stev.

—Tengo que verle inmediatamente.

—Es que... ¿No puede esperar?

—No.

—¿Tan urgente es?

—Sí —dijo la voz de Stev—. Tranquilícese, no es nada grave. Pero no puedo decírselo por teléfono.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo verle?

—Diríjase al Bosque de Bolonia, en el cruce de la carretera de los Pinos y la avenida de las Damas.

Canurien, que iba en pijama y batín, volvió a vestirse, salió de la clínica y montó en su Mustang.

Menos de diez minutos más tarde, detuvo su automóvil en el lugar convenido. No vio a nadie, y se sintió asaltado por una extraña aprensión. La noche era muy oscura.

Dos sombras se dirigieron hacia él, y no reconoció la silueta de Stev.

Uno de los dos hombres se inmovilizó a la altura de su portezuela, y Canurien bajó el cristal. El hombre se inclinó. Llevaba sombrero y apenas se distinguía su rostro.

—Venga —dijo.

—Pero...

—Stev le espera.

Canurien se apeó del automóvil.

Dio un paso adelante y sintió un agudo dolor en la nuca. Se desplomó sin proferir un gemido.

El hombre que acababa de golpearle se instaló al volante del Mustang. Tenía como misión devolver el coche al garaje de la clínica sin llamar la atención y visitar, con la misma discreción, el apartamento del cirujano.

El otro se apoderó de Canurien inanimado. Era un coloso. Se cargó al cirujano al hombro y se alejó. Un DS 21 negro, con todas las luces apagadas, acudió a su encuentro, deteniéndose a su altura. El hombre abrió la portezuela

trasera, metió a Canurien dentro del vehículo y se instaló a su lado. El chófer reemprendió la marcha.

TTX salió de su casa y subió a su MG, aparcado un poco más lejos, en la misma acera.

Llave de contacto, faros. Dejó roncar el motor unos segundos —iba a exigirle un pequeño esfuerzo de colaboración— antes de arrancar.

Al llegar a la avenida de Iena giró a la izquierda, en dirección al Sena, sin perder de vista el retrovisor. Vio un automóvil que desembocaba de la calle de Bassano y le seguía a una respetuosa distancia. Se metió por la calle de Pedro I de Servia. Ahora, el motor estaba caliente y la aguja del radiador marcaba 160 grados (Fahrenheit, desde luego).

A partir de aquel momento, TTX pisó el acelerador a fondo. El 404 trató de seguirle. TTX tomó las curvas en ángulo recto, no vaciló en rodar a contradi dirección, y cinco minutos después estaba convencido de haber despistado al Peugeot. Entonces, tranquilamente, se dirigió hacia la puerta de Saint-Cloud.

Aparcó el MG a cierta distancia del inmueble donde vivía Elisabeth Marcus e hizo el resto del camino a pie. Nadie parecía vigilar el edificio.

En el vestíbulo, cerca del mostrador del portero, leyó en los buzones: «Dr. E. Marcus, 5.º derecha». Precavido, TTX subió a pie, desdeñando el ascensor. Pero nadie parecía encontrarse de vigilancia allí.

TTX pulsó el timbre de la puerta del quinto derecha. Tuvo que insistir largo rato antes de obtener respuesta. Oyó un ruido de pasos que se acercaban y luego una voz soñolienta, a través de la puerta:

—¿Quién es?

—Jasper Wood.

Tuvo que repetir su nombre dos veces.

Le respondió un silencio. Los pasos se alejaron. Transcurrieron dos minutos. Luego, la puerta se abrió.

TTX sonrió. Elisabeth Marcus se había molestado en peinarse. Sin embargo, su rostro mostraba las huellas del sueño.

—¿Qué hora es? —preguntó la joven.

—Las tres de la mañana.

TTX entró. Elisabeth volvió a cerrar la puerta.

—¡Usted! —suspiró—. Espero que tenga algo importante que decirme y que justifique el que venga a despertarme a medianoche...

—Muy importante.

Un camisón blanco, de tela muy fina, sobresalía por debajo de su bata. El atuendo no tenía nada de sexy. TTX la encontró adorable.

La joven le hizo pasar a un saloncito muy íntimo, con almohadones repartidos por doquier, bibelots, y un perfume dulzón flotando en el aire.

—¿Se ha despertado usted del todo, Elisabeth?

—Creo... creo que sí. Anoche me dejó usted plantada en el *Winston*...

—Haga un poco de café, tomaré una taza con usted.

En otro momento, en pleno día, por ejemplo, la joven se hubiera sublevado, sin duda: «¿Con qué derecho me da órdenes?». Pero —los profesionales de la tortura lo saben perfectamente— el hecho de ser interrumpido bruscamente en su sueño rompe la resistencia. Elisabeth desapareció en su cocina.

TTX se dejó caer sobre un diván, encendió un cigarrillo mentolado y reflexionó.

«¿Cómo presentarle el problema y, sobre todo, cómo convencerla?».

El aroma del café se concretó en el apartamento. Elisabeth volvió a presentarse con una bandeja que contenía una cafetera, dos tazas, azúcar y una jarrita de leche. Se sentó enfrente de Wood, en un taburete bajo y tapizado con una tela color salmón.

—Elisabeth —dijo TTX—, soy un agente norteamericano.

El primer reflejo de la joven fue el de creer que bromeaba, que aquello era una astucia para conquistarla. Pero el rostro de su interlocutor no engañaba: estaba frío, un poco crispado.

—Estoy al corriente de toda su historia —añadió TTX—. He oído su conversación con Canurien, hace unos instantes.

Elisabeth pensó que era una añagaza.

—Me gustaría saber cómo —dijo.

TTX observó que la joven se había recobrado rápidamente de la primera impresión. Volvía a ser muy mujer, muy pantera. Con las zarpas extendidas.

—Disponemos de instrumentos muy perfeccionados. Me he introducido en la clínica y he subido al desván. Desde allí lo he oído todo. ¿Le dice algo el nombre de «Stev»?

La joven palideció.

—¿Cómo es... ese desván?

TTX se lo describió. Para terminar de convencerla, le repitió lo esencial de su conversación, con frases tan concretas como: «Me gustaría que me

explicaras cómo has podido hablar de la sustitución sin comunicar la dirección de Wood».

La palidez de Elisabeth se trocó en rubor, y TTX pensó que aquello era una buena señal.

—Entonces —dijo la joven con un hilo de voz—, ¿es usted un espía norteamericano?

—Espía, no —puntualizó TTX—. Un «agente».

—Y descubrió usted el molde...

—Por casualidad —asintió TTX—. Bébase el café, va a enfriarse.

Ella obedeció maquinalmente.

—¿Qué edad tiene usted, Elisabeth?

—Veintinueve años.

—¿De veras?

—Treinta y dos.

—Canurien la ha embarcado en una sucia historia.

—Me necesitaba para operar...

—¿Continúa estando enamorada de él?

—No... Bueno, yo...

La joven se recobró rápidamente.

—¿Qué puede importarle eso? No creo que mi vida privada...

TTX la interrumpió:

—¡Elisabeth!

La joven se sobresaltó.

—¿Sí?

—A partir de ahora, no tiene usted vida privada.

—Pero...

—Lo siento por usted, Elisabeth, pero cuando se pone el dedo en este engranaje ya no se sale de él. *¡Va usted a ayudarme!*

—¿Cómo puedo saber que... que es usted norteamericano? «Astuta y desconfiada —pensó TTX—. Un tanto a su favor. Aunque puede ser peligroso para mí. A no ser que le guste *de veras*. Y aun así, con las mujeres nunca se sabe...».

—Mi intención es la de meterme yo mismo en la boca del lobo. Es un sistema. Pero, si usted no me ayuda, dejaré allí el pellejo.

TTX era un buen comediante. Añadió:

—Y usted no saldrá mejor librada, desde luego.

Fue como si, de repente, Elisabeth adquiriera conciencia del drama del cual era protagonista. Sus labios, exangües ahora, empezaron a temblar.

—¿Qué es lo que...? ¿Qué va a pasar?

—En primer lugar, el asesinato de Canurien —dijo TTX sencillamente.

—¿Qué?

—A estas horas —dijo TTX sin perder la calma—, seguramente está muerto.

—No... no le creo.

Elisabeth se precipitó al teléfono, descolgó y marcó las ocho cifras del número personal de su amante.

TTX no se movió. Desde el lugar donde se encontraba, oyó el timbre que resonaba incansablemente. Elisabeth tenía el oído pegado al receptor. Wood contó veintitrés timbrazos. Elisabeth, sin colgar el receptor, se volvió hacia él, con los ojos nublados.

—¡No contesta!

El DS negro, después de haber rodado en pleno campo, aminoró la velocidad. Sus faros iluminaron una granja aislada cuyo portal estaba abierto. El automóvil penetró en un patio en el centro del cual habían plantado un cuadrado de césped. A decir verdad, se trataba de una granja normanda convertida en casa de campo. Estaba situada a unos ciento diez kilómetros de París y pertenecía al doctor Barratjanian, alias Stev, que pasaba en ella los fines de semana.

Serge y Fedor, los dos elementos presentes del equipo de Stev, sacaron a Canurien del automóvil. El cirujano continuaba inconsciente.

Todo estaba tranquilo, silencioso y completamente oscuro a su alrededor.

Cogieron a Canurien, uno por los sobacos y el otro por los pies, rodearon la casa y recorrieron medio centenar de metros entre macizos de flores, algunos arbustos y una docena de manzanos descarnados, sin hojas. También allí había llovido y la hierba empapaba sus zapatos.

Un río delimitaba la finca, al fondo de aquel pequeño parque. A poca distancia había una cabaña de jardinero. Los dos hombres dejaron caer a Canurien al suelo. Serge se dirigió hacia la cabaña —los dos conocían perfectamente el lugar y se movían por él, a pesar de la oscuridad, como en pleno día— y regresó con una azada y una pala.

En aquel lugar, Stev había aprovechado el terreno para un pequeño huerto. De cuando en cuando brotaban en él lechugas y otras verduras. Un olor a tierra húmeda, nada desagradable, asaltaba el olfato.

Fedor se arrodilló junto a Canurien, se inclinó y cogió la garganta del cirujano entre sus manazas de luchador. Empezó a apretar.

Canurien se movió un poco.

Serge se unió a su colega y colocó su enorme pie sobre la boca del cirujano, para ahogar cualquier posible grito. Fedor apretó más.

Aquello duró dos o tres minutos.

El cuerpo de Canurien tuvo un último y leve sobresalto. Luego, nada.

Fedor acercó su oído al pecho de Canurien. El corazón ya no latía.

Situados a ambos lados del cadáver, los dos hombres intercambiaron una mirada. Por una parte, sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Por otra, trabajaban a menudo juntos y el menor de los gestos del uno significaba algo concreto para el otro.

Con un mismo movimiento, abandonaron el cadáver y empuñaron, uno el azadón, otro la pala...

Media hora más tarde habían excavado el hoyo. Largo y profundo. Eran dos obreros concienzudos.

Serge y Fedor arrojaron el cadáver de Canurien al hoyo.

Luego volvieron a llenarlo de tierra con mucho cuidado.

—No lo entiendo... —dijo Elisabeth—. Tendría que estar en su casa... No es propio de él...

TTX se encogió de hombros y dijo:

—Puede tener la seguridad de que le han liquidado.

—Además —añadió Elisabeth—, mañana tiene que emprender viaje a Luxemburgo.

—¿Eh? —inquirió TTX, sobresaltado.

Elisabeth le explicó que se celebraba un Congreso de cirugía estética en el Gran Ducado y que Canurien debía asistir a él. Durante su ausencia, ella quedaría al cuidado de la clínica.

«Tal vez esperarán a que se haya celebrado el Congreso para matarle —pensó TTX—. A no ser que le releven de su compromiso...».

Súbitamente, Elisabeth se sublevó:

—Dice usted que le han matado o que van a matarle... ¿Acaso no piensa hacer nada para evitarlo?

TTX se encogió de hombros.

—¿A santo de qué?

—¿Perdón?

—No soy agente del contraespionaje francés. No poseo ningún medio oficial ni oficioso de intervención. Además, Canurien me tiene sin cuidado. ¡Le bastaba con no aceptar ese trabajo!

—Le presionaron, haciéndole víctima de un chantaje.

—En tal caso, debió poner en antecedentes a la D. S. T.^[15]. Los agentes de esa Sección no se interesan por los motivos de un chantaje, los cuales suelen tener su origen en un hecho que afecta al derecho común. No me equivoco, ¿verdad? En cambio, le hubieran protegido.

Aquello era falso, desde luego. Le hubieran obligado, por el contrario, a aceptar todas las proposiciones de los rusos, a fin de cogerles con las manos en la masa. Pero era preferible no revelar aquella clase de detalles a la joven anestesista.

Elisabeth se calló, singularmente desbordada por los acontecimientos. Sorprendida también al ver a aquel joven tan simpático y de aspecto más bien frívolo, bajo una luz que ella no sospechaba.

—A partir de este momento, no me despegaré de usted. Tendrá que hacer todo lo que yo le diga.

TTX se puso en pie.

—También su vida está en peligro, cariño. Buenas noches. Hasta pronto.

CAPÍTULO IX

Como cada mañana, Elisabeth Marcus llegó a la clínica a las ocho.

—¿Está el doctor? —le preguntó a la recepcionista.

—No le he visto —respondió la empleada, volviendo a sumirse en la lectura de su *Bonnes Soirées*.

La joven anestesista recorrió los diversos servicios. Nadie había visto al doctor. Subió al apartamento. Estaba vacío.

A continuación se dirigió a su despacho, contiguo al del cirujano, se quitó el abrigo y se puso una bata blanca. En aquel momento sonó el teléfono.

Era Jasper Wood.

—¿Y bien? —inquirió TTX.

—No está. Es incomprensible.

—No se mueva. Llegaré en seguida.

TTX subió a su automóvil. Al otro lado de la avenida de Iena vio el 404. Debido a lo intenso del tráfico, la cosa resultó más fácil que la víspera. TTX

dejó atrás a su perseguidor.

Al igual que los alrededores de la casa donde vivía Elisabeth, los de la clínica no parecían estar vigilados.

La joven anestesista le recibió inmediatamente en su despacho. Estaba muy ojerosa. Él mismo había dormido poco y no se sentía en forma.

—He revisado su apartamento —explicó Elisabeth—. Faltan dos trajes en su guardarropa y una maleta. Pero no es posible que no me haya telefonado ni haya dejado una nota para mí.

—¿Su automóvil?

—Está en el garaje.

—¿Cuándo tiene que pronunciar Canurien su conferencia, en Luxemburgo?

—Esta noche, a las nueve.

TTX reflexionaba rápidamente. Había consultado los vuelos París-Luxemburgo. Había dos diarios.

—Llame a la Compañía —decidió—, como si fuera usted una secretaria. Diga esto: «Espero que no sea demasiado tarde. Quisiera reservar un billete para el vuelo Luxair 202 de las nueve y media, a nombre del doctor Canurien».

Elisabeth obedeció, repitiendo palabra por palabra lo que acababa de decir TTX. Luego volvió a colgar.

—¿Y bien?

—Me han dicho que el billete del doctor estaba reservado desde ayer.

—Bien. Vamos para allá. ¡Aprisa! No podemos perder ni un segundo.

Uno de los hombres de Stev, llamado Youri, presentaba su informe.

—Ese Wood tiene que ser un profesional. Nos ha burlado por dos veces consecutivas. La primera podía ser una simple coincidencia. Pero, la segunda...

—De acuerdo —dijo Stev.

Por el camino, TTX se había detenido en una tienda de óptica para comprar unos prismáticos. A las nueve y diez alineaba su MG en el *parking* del aeropuerto de Le Bourget.

Unos instantes después se encontraban en una de las terrazas del gran edificio central, enfrente de las pistas de despegue.

—¡Allí!

TTX señalaba delante de ellos, a unos cuarenta metros, un Friendship de la Luxair preparado para despegar, y alrededor del cual se afanaban los mecánicos. Los equipajes se encontraban ya junto al aparato. No llovía, pero el viento soplaba a ráfagas, furioso. El cielo tenía un color plomizo.

Dos ideas cruzaban sin cesar por la mente de Elisabeth. Por una parte, se sentía tranquilizada: «Jacques no está muerto, como quieren hacerme creer, y sale en ese avión». Y por otra parte, preocupada: «¿Por qué no me ha dejado ni siquiera una breve nota?».

Para TTX, el caso estaba claro. Canurien no embarcaría en aquel avión. Se había marchado ya, pero su viaje había sido de los que no tienen regreso.

Guiada por una azafata, una columna de viajeros se dirigía hacia el aparato de la Luxair. TTX y Elisabeth enfocaron sus gemelos en aquella dirección.

TTX reconoció inmediatamente a Canurien, el cual marchaba en cabeza con un portadocumentos en la mano. Le había entrevisto una vez en la clínica y, después, había tenido varias fotografías suyas en las manos. Pensó:

«¡Vaya! Me he equivocado. Le liquidarán más tarde».

Se volvió hacia Elisabeth, dispuesto a entonar su *mea culpa* y a justificar su tesis de un modo u otro, cuando observó la transformación que se había operado en el rostro de la joven. Nunca le había visto tan pálida.

Elisabeth tartamudeó:

—Te... tenía usted razón, Jasper.

TTX no comprendía nada.

—Pero, si le he visto...

—El hombre que acaba de ver no es el doctor Canurien, sino Thorps.

—¿Qué?

—Voy a explicárselo...

TTX dejó a Elisabeth en la Étoile. La joven detuvo un taxi y dio la dirección de la clínica.

Ahora, estaba muerta de miedo. El agente norteamericano había utilizado todos los argumentos con ella. Incluido éste: «Sólo salvará el pellejo marchando a mi lado...». Ella había contestado, en tono categórico: «No quiero continuar mezclada en este asunto».

Ahora, no sabía ya qué pensar. Si el hombre que había tomado el avión era Thorps, Canurien estaba muerto. ¿Tenía que acudir a la policía? Elisabeth

se daba perfecta cuenta de que «los otros» estaban muy bien organizados y no retrocedían ante nada. Las historias de espionaje que durante los últimos años llenaban las páginas de los periódicos no eran fábulas ni exageraciones de periodistas, como ella había creído. Aquel mundo de la sombra resultaba tan delirante y tan implacable como lo describían.

El taxi se detuvo delante de la verja, siempre abierta, de la clínica. Elisabeth pagó el importe de la carrera y descendió del vehículo.

En el interior de la finca, cerca del garaje, había un grupo de personas, entre ellas varios agentes de policía. Alguien se separó del grupo y corrió hacia ella. Era Logeron, uno de los enfermeros.

—No se acerque, señorita Marcus —dijo.

—¿Qué pasa, Logeron?

—La señora Gauthier...

Se trataba de la administradora de la clínica.

—¿Sí?

—Llegó con su 4 L, y el Fiat de usted le cerraba el paso. Quiso apartarlo para meter su coche dentro del garaje. Se sentó al volante, dio la vuelta a la llave de contacto, y...

—¿Y qué? ¡Hable, Logeron!

—¡Y su automóvil ha volado en pedazos, señorita!

—En resumen —dijo Harold—, han convertido a Thorps en el sosias de Canurien...

—No en un verdadero sosias —declaró TTX—, pero sí en alguien que se le parece lo suficiente como para engañar a mucha gente. Me lo ha contado Elisabeth Marcus.

—A unos aduaneros, en un aeródromo, por ejemplo, ¿no es cierto? ¿No opina usted lo mismo?

—Sí. Y temo que salga directamente hacia Moscú, desde Luxemburgo.

—¿Y la muchacha?

—No quiere saber nada del asunto. Voy a efectuar otra tentativa para convencerla.

Mientras Harold se dirigía hacia el bar de su apartamento, TTX descolgó el teléfono y marcó el número de la clínica Canurien. Al cabo de unos instantes tenía a Elisabeth al otro extremo del hilo.

—Dígame lo que tengo que hacer, Jasper. Estoy con usted.

TTX se asombró de aquel brusco cambio de actitud. La joven le contó, con voz entrecortada por la emoción, lo que había sucedido con su automóvil.

—Un momento, Elisabeth, por favor.

TTX colocó su mano derecha sobre el micrófono e interpeló a Harold.

—Han colocado una bomba en el automóvil de Elisabeth Marcus, pero ella ha escapado por muy poco al atentado.

—Carta blanca, amigo mío.

TTX se acercó el receptor a los labios.

—¿Elisabeth? Tiene usted que ir a Luxemburgo. Yo saldré para allí en el avión de las ocho. No pierda la serenidad y, en lo que respecta al accidente del Fiat, haga su declaración a la policía como si no comprendiera nada. ¿Sabe usted por casualidad cómo establecía contacto Canurien con el llamado Stev?

—Sí.

—Entonces, va usted a hacer lo siguiente...

Stev había citado a Elisabeth Marcus en el bar del Marignan, en el sótano. Es un lugar bastante tranquilo donde suelen acudir las parejas que no desean encontrarse en un sitio demasiado concurrido. Stev había escogido una mesa estratégicamente situada, detrás de la escalera, donde quedaba casi aislada. Vio llegar a la muchacha y le hizo una seña.

La observó mientras se acercaba. La encontró mucho más excitante por cuanto parecía una mujer honrada.

—Siéntese, pequeña.

Ella le tendió la mano y se instaló en el asiento contiguo. El camarero se acercó a la mesa. Elisabeth encargó un zumo de fruta. Stev la contempló con un resplandor irónico en los ojos.

—Señor... —empezó Elisabeth.

—Llámeme Stev —la interrumpió, colocando su mano sobre el brazo de la joven.

El hombre le desagradaba, físicamente, y fue seguramente aquello lo que la impulsó a lanzarse.

—Señor Stev, hace muy poco he escapado de milagro a un atentado provocado por usted...

—¿Por mí? Trate de probarlo.

—Sé que no podría hacerlo. Pero alguien murió en mi lugar. He declarado a la policía que no comprendía nada y que, en mi opinión, sólo podía tratarse

de un accidente.

—Eso está muy bien.

—A continuación, he escrito una carta en la cual contaba todo lo que sé con gran abundancia de detalles, y he ido a depositarla en casa de mi notario. Si muero, abriré la carta.

El rostro de Stev parecía impasible. En realidad, estaba a la vez furioso y admirado. «No es tan tonta como parece. El agua mansa...».

—¡Ssst! —susurró, acentuando la presión de su mano sobre el brazo de Elisabeth.

El camarero regresaba con el zumo de fruta y lo depositó sobre la mesa. Luego volvió a alejarse.

—Tiene usted mucha sangre fría, al parecer —dijo Stev.

—Tres millones.

—¿Perdón?

—Quiero tres millones antes de esta noche.

—¿Antiguos o nuevos? —inquirió Stev, sarcástico.

—Antiguos.

—Es una suma importante, y no la tengo a mano.

—No he dicho «inmediatamente», sino «esta noche».

«¡Es decidida! —pensó Stev—. ¡Una maldita zorra!».

Le tenía atrapado. El tiempo apremiaba. Estaba obligado a pagar. Pero anotó mentalmente un problema intitulado «Elisabeth Marcus», que más tarde resolvería. Una caja fuerte de notario no resulta tan difícil de abrir...

—Por ese precio —añadió Elisabeth—, estoy dispuesta a ayudarle, incluso... Por ejemplo, puedo acreditar fácilmente la presencia del doctor Canurien en Luxemburgo.

Stev se quedó con la boca abierta. Aquella muchacha le desconcertaba profundamente.

—Si rebaja usted sus precios —dijo, sonriendo—, podría incluirla en mi equipo...

En aquel momento, pensaba realmente lo que acababa de decir. De todos modos, en boca suya, aquello era un cumplido.

Era evidente que si aquella joven iba a Luxemburgo, nadie, de entre los colegas de Canurien, podría tener la menor duda...

—De acuerdo —concluyó—. Tendrá sus tres millones esta noche. Diríjase directamente a Le Bourget. Tomaremos juntos el avión de las ocho.

Instalado en su lujoso despacho del número 79 de la calle de Grebelle^[16], Maleskine pidió a su secretaria que le pusiera en comunicación con el doctor Barratjanian. No sentía ningún temor. Su teléfono estaba provisto de un interferente automático. Cuando tuvo a Stev al otro extremo del hilo, inquirió:

—¿Cómo va nuestro asunto?

—Acabo de tener una idea genial.

—¡Ay! —gimió Maleskine.

En el curso del día, Harold se puso en contacto con el S. D. E. C. E. Contó, *grosso modo*, el caso Thorps y pidió dos cosas a los servicios franceses: que dejaran a la CIA en libertad de acción, cerrando los ojos a ciertos detalles que no dejarían de producirse; y, en segundo lugar, que intercedieran cerca de la policía oficial para que archivara lo antes posible el expediente de la explosión del Fiat 600 en el garaje de la clínica Canurien.

Como a los franceses les tenía sin cuidado la fuga al Este de un sabio norteamericano, prometieron hacer todo lo necesario. Sin embargo, reclamaron una contrapartida: un contingente más elevado de whisky *free taxes* para el cuartel Mortier.

Harold envió a continuación un cable al responsable de la antena CIA en el Gran Ducado de Luxemburgo. Lo esencial del mensaje puede resumirse así: *Thorps, bajo los rasgos y el pasaporte de Canurien (Jacques), doctor en medicina, cirujano, pretende trasladarse a Moscú vía Luxemburgo. Refuerce el dispositivo de vigilancia en el aeropuerto. Consigna número 1: impedirselo. Consigna número 2: recuperarlo, vivo o muerto.*

Con su maleta en la mano, TTX salió de su apartamento con la intención de esperar en la calle el radiotaxi que acababa de pedir. Tenía tiempo de sobra para dirigirse a Le Bourget. Prefería dejar su automóvil delante de su casa a estacionarlo en el *parking* del aeropuerto. Siempre aprovechaba sus desplazamientos para hacer revisar su automóvil. Aquella misma tarde, vendría el mecánico a buscarlo. Dejó la llave del coche en la portería.

Salió a la calle.

Inmediatamente, se vio enmarcado por dos hombres que llevaban el mismo tipo de impermeable gris y la misma clase de sombrero. Notó contra su costado el duro contacto del cañón de una pistola.

—No hagas aspavientos, pequeño —dijo uno de los dos hombres.

Se trataba de Fedor. El otro era Serge.

—¡Andando!

Serge señaló un DS negro con alguien al volante y el motor en marcha. Los dos hombres empujaron a TTX en aquella dirección.

—¡A unas personas tan amables no se les puede negar nada! —dijo el agente norteamericano, obligado a obedecer.

Serge y Fedor le instalaron entre ellos, en el asiento posterior, después de haber colocado su maleta en el asiento delantero, al lado del chófer.

El DS arrancó.

Fedor empujó el busto de TTX hacia adelante.

Wood pensó:

«Quieren impedir que vaya a Luxemburgo...».

La culata de la pistola de Fedor alcanzó a TTX en la nuca.

Un dolor fulgurante.

Luego, Jasper Wood se hundió en un gran agujero negro.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

—SE dice a menudo que los zapateros son las personas peor calzadas...
Personalmente, sufro una espantosa crisis de ciática, me duele la garganta y no soy demasiado guapo...

Los doscientos congresistas estallaron en una carcajada.

Estaban en el bote, como vulgarmente se dice.

La conferencia tenía lugar en uno de los anfiteatros del Centro Europeo de Kirchberg, al cual se tiene acceso por el puente rojo que cruza el valle del Alzette.

El falso doctor Canurien empezó a leer, lentamente y levantando a menudo la cabeza, las cuarenta y cinco cuartillas mecanografiadas que había redactado el verdadero doctor Canurien.

Thorps no tenía ninguna formación médica, pero su cultura científica bastaba para que su tono fuera el preciso.

Tenía, en efecto, la voz ligeramente enronquecida, y de ahí la imposibilidad de distinguirla de otra voz. Tras haberla leído una docena de veces, se sabía la conferencia casi de memoria. Además, si bien la fama de Canurien era universal, sólo una docena de colegas suyos presentes en la sala le conocían personalmente.

El auditorio, atento, seguía su exposición con una especie de recogimiento. Canurien había conseguido, de un modo especial, hacer casi inexistentes las cicatrices.

De cuando en cuando, Thorps bebía un sorbo de agua del vaso situado delante de él, sobre la mesa.

Elisabeth Marcus se hallaba en primera fila. En un momento determinado, se volvió y distinguió al profesor Baranger d'Estroy, otra lumbrera francesa de la cirugía estética, que la saludaba amistosamente con la mano. El profesor Baranger conocía perfectamente a Canurien y no ignoraba que Elisabeth era su amante.

En el bolso de viaje de la joven, colocado sobre sus rodillas, se encontraban los tres fallos de billetes de diez mil francos que Stev le había entregado en el avión.

TTX tuvo conciencia, en primer lugar, de que poseía un corazón y un cráneo: aquellos dos órganos estaban íntimamente ligados, y los latidos de su corazón repercutían en las paredes de su cráneo hasta hacerlo estallar. Unos ruidos, amplificados, deformados, taladraba sus tímpanos, aumentando la intensidad del dolor.

Luego, *sintió* su cuerpo. El contacto de sus pies y de sus manos sobre una sábana áspera.

Únicamente entonces abrió los ojos.

Una fuente de luz, aunque poco intensa, le hizo parpadear largo rato. Sin embargo, se trataba de una simple lamparilla que difundía una claridad rojiza.

Comprendió en seguida los ruidos que taladraban sus tímpanos. Eran voces humanas que resonaban en su dolorido cerebro. Femeninas, más exactamente, pero con sonoridades guturales.

Finalmente, el olfato.

TTX respiró, con las fosas nasales dilatadas, expulsando el aire por la boca. Un olor a farmacia dominaba al de algún desinfectante. Volvió la cabeza a un lado, al lado de las voces.

Dos mujeres con bata blanca y una cofia ocultando los cabellos, que charlaban.

Dos enfermeras.

Un hospital. Se encontraba en un hospital. O una clínica.

Se sentía débil, muy débil...

Quería comprender lo que decían las voces.

Con la frente arrugada, una mueca deformando sus rasgos, concentró toda la atención de que era capaz, a pesar de una aguda jaqueca...

Transcurrieron varios minutos antes de que la evidencia saltara a sus oídos.

El idioma que utilizaban las enfermeras sonaba como el alemán, pero no lo era, y las frases aparecían esmaltadas con algunos vocablos franceses. Se encontraba en Luxemburgo^[17].

TTX sonrió para sus adentros.

Ahora recordaba perfectamente. Había sido agredido y raptado al salir de su casa, en la plaza de los Estados Unidos, en París. Le habían dejado sin

conocimiento y probablemente habían prolongado su sueño por medio de alguna droga soporífera. Poco antes de perder el sentido, había tenido tiempo de pensar, en una décima de segundo: «Quieren impedir que vaya a Luxemburgo...». Lo cual era lógico...

¡Contra toda lógica, aquellos mismos adversarios le habían llevado a Luxemburgo!

El esfuerzo que había realizado para tratar de comprender le había dejado todavía más débil... Se sentía cada vez peor.

Las dos enfermeras —una se llamaba Yolande y la otra Gerda—, que no se habían dado cuenta de nada, continuaban charlando, contándose mutuamente sus desdichas sentimentales de las últimas vacaciones.

La fatiga dominó a TTX.

Irresistiblemente, sus párpados se cerraban.

Volvió a quedarse dormido.

El falso doctor Canurien acababa de terminar su exposición.

Estalló una salva de aplausos.

Thorps había advertido de antemano a su auditorio. Estaba tan cansado, tan enfermo, que suplicaba a sus colegas que no le formularan ninguna pregunta al final de la conferencia. De modo que saludó y se retiró hacia los bastidores andando con cierta dificultad.

Entre los congresistas se formaron pequeños grupos y se entablaron conversaciones, no siempre profesionales.

El profesor Baranger d'Estroy se abrió paso por entre un grupo de cirujanos norteamericanos y se acercó a Elisabeth, rodeada de hombres. Era la única mujer presente y explicaba por enésima vez, ahora en inglés, a dos médicos rumanos, que no era cirujana sino anestésista, y la ayudanta del caballero que acababa de hablar.

El profesor se inclinó sobre la mano de Elisabeth y la llevó a sus labios.

—Buenas noches, señor profesor —dijo la joven.

—¿Cómo está, mi querida amiga?

—Muy bien, gracias.

—¿Y Jacques?

—Realmente enfermo, señor profesor, puede creerlo. No sé cómo ha podido pronunciar su conferencia.

Baranger d'Estroy frunció los ojos en una sonrisa. Tenía una magnífica corona de cabellos blancos y Elisabeth observó que, probablemente por

coquetería, no llevaba sus gafas.

—¿Cómo ha venido?

—¿Se refiere a Jacques?

Elisabeth se recobró inmediatamente de su momentáneo pánico.

—En su automóvil, desde luego.

—¡Oh! Sí, claro... Pero, lo que son las coincidencias... Yo he tomado el avión de esta mañana. Y en ese avión viajaba una persona que parecía un hermano gemelo de Jacques... Curioso, ¿no?

—Ejem...

Si el profesor hubiese llevado sus gafas, no hubiera dejado de notar el rostro súbitamente descompuesto de la joven anestésista.

—Un parecido asombroso... De lejos, naturalmente —añadió el profesor, con un vago gesto de su mano.

Elisabeth respiró.

—Jacques tenía que llamarme antes de salir de París —continuó el profesor— y no lo hizo.

—Estos últimos días ha estado agobiado de trabajo. La clínica, la conferencia...

—Eso pensé. ¿Se queda usted aquí?

—Mientras dure el congreso —asintió Elisabeth.

—Si tengo un poco de tiempo, iré a visitar al pobre Jacques —dijo el profesor.

CAPÍTULO II

Stev había decidido alojarse en el hotel *Continental*, situado cerca de Villa Louvigny, donde se encuentran los estudios de la R. T. L. —Radio y Televisión Luxemburguesa—, y de las umbrías, tan agradables en verano, del bulevar Prince-Henri. De momento, como en toda Europa, los árboles no tenían hojas y el barro manchaba los zapatos cuando se cruzaban los céspedes.

El hotel era muy cómodo y a Stev le gustaba de un modo especial su bar rústico con sus ventanas de cristales de colores, a pequeños cuadros amarillos y verdes, como en los *pubs* ingleses o los bares flamencos.

Había reservado tres habitaciones contiguas en el segundo piso: una para Thorps, una para Elisabeth Marcus y una para él, la suya situada entre las

otras dos. Buen lugar estratégico.

Fedor, Serge y Youri, sus hombres de confianza, se alojaban en una pensión familiar del barrio de Dommeldange.

El camarero le subió un tercer vodka al limón. Había viajado bajo su nombre y con su verdadero pasaporte francés. ¿Quién podía asombrarse de encontrar aquí un médico, celebrándose un congreso de cirujanos? Mucho menos por cuanto daba su dirección, la de su clínica particular. ¿Quién iría a informarse para comprobar que se trataba de una clínica de cirugía general?

Había oído a Thorps entrar a su habitación, pero no a Elisabeth Marcus.

Stev llamó a la puerta del joven físico U. S., le encontró ya en pijama y le dijo:

—¡Bravo!

Thorps sonrió, sensible al cumplido. En cada hombre hay un comediante que dormita y que anhela los aplausos.

—¡Sé que ha estado usted sensacional! —mintió Stev.

No sabía nada, puesto que había permanecido todo el tiempo en su habitación, esperando. Pero deseaba halagar a Thorps. Temía que un hombre tan joven empezara a aburrirse de aquella inactividad obligatoria que le conducía de habitación en habitación, con la prohibición de salir.

—¿Tiene usted algún comprimido?

—¡Desde luego! —se apresuró a decir Stev, sacando de su bolsillo un tubo de somnífero muy eficaz—. No tome más de tres.

TTX se despertó por segunda vez.

Mantuvo los ojos cerrados, pensando en el hecho de que se encontraba —era indudable— en Luxemburgo.

Había venido ya varias veces a la capital del Gran Ducado, en los últimos años y por cuenta de Harold, desde luego. Misiones rutinarias, para informarse sobre la C. E. C. A., la O. E. C. E. y el Euratom, o para obtener alguna confidencia indiscreta sobre el Mercado Común. Generalmente, se alojaba en el *Continental*.

Reinaba un gran silencio. Subsistía el olor a farmacia. No había soñado.

Se movió sobre su lecho, asaltado por una repentina náusea.

Luego abrió los ojos.

No había ya ninguna enfermera locuaz.

Pero, a la cabecera de su cama, un hombre de cabellos color de arena y de pómulos altos, uno de los dos agresores que, en París, le habían empujado

hacia el DS negro, velaba.

Fedor —ya que se trataba de él— salió de su somnolencia y se dio cuenta del estado de agitación del norteamericano.

Aunque la iluminación era idéntica, TTX comprobó que le habían trasladado a otra habitación y que ésta era más pequeña. Luego pensó en Harold. ¿Sospechaba su jefe el lugar donde se encontraba actualmente su agente preferido? ¿Había alertado a la antena luxemburguesa?

Fedor se puso en pie, dirigió una fría mirada al cuerpo anquilosado del norteamericano, observó su frente perlada por unas gotas de sudor y se acercó.

Del bolsillo de su chaqueta sacó un par de esposas y el metal brilló, rojizo, iluminado por la lamparilla.

El ruso se inclinó sobre la cama. Cogió la muñeca derecha de TTX y la aprisionó en una de las mandíbulas del par de esposas.

El norteamericano se debatió blandamente. Profirió un gemido y dijo, con voz débil:

—*Get away!*

Se encontraba aún bajo los efectos de la droga soporífera.

Fedor cerró la segunda tenaza sobre el barrote pintado de blanco de la cama de hierro, con un seco chasquido.

Elisabeth Marcus se adentró por el pasillo del segundo piso. El *Continental* dormía, arrullado por un disco de jazz que se oía a lo lejos, y que no procedía del hotel sino de un inmueble contiguo.

La joven no vio ningún rayo de luz bajo la puerta de la habitación de Thorps; en cambio, la de Stev aparecía iluminada. Elisabeth entró en su cuarto, se quitó el abrigo y lo colgó en el armario.

La tensión nerviosa, después de la conferencia, asaetada a preguntas acerca de Canurien y de su «enfermedad», la había agotado.

Entró en el cuarto de baño, sin abandonar su bolso de viaje. Quería conservar a toda costa aquellos tres millones. Sin saberlo, Jasper Wood le había hecho descubrir su propia codicia.

La joven anestésista dejó que se llenara la bañera mientras ella se desmaquillaba. Luego se desvistió. Contempló un instante su desnudez en el gran espejo mural. ¿Cuánto tiempo conservaría aún aquella cintura tan delgada, aquellas caderas rollizas, aquellas piernas sin un asomo de celulitis? El dinero, en todo caso, podía ayudarla a luchar contra los estragos de la

edad... El baño estaba preparado. Elisabeth vertió en él las sales y el agua adquirió una tonalidad azul.

Estaba secándose cuando llamaron a la puerta de su habitación. No tenía albornoz, y la toalla no bastaba para cubrir su desnudez. Elisabeth cogió su vestido de color azul claro y se lo puso apresuradamente. Echó una ojeada a su bolso de viaje, colocado sobre el borde de cristal del lavabo, prefirió dejarlo allí y cruzó la habitación.

—¿Quién es? —susurró.

—¡Stev!

Elisabeth vaciló unos segundos, se decidió a abrir. Stev, embutido en una bata a rayas verticales grises y rojas, como un chaleco de mayordomo inglés, entró en la habitación.

—Hubiera podido esperar a mañana para oír su informe —dijo—, pero quería ver el color de su *deshabillé*.

Elisabeth no se molestó en contestar.

Stev se instaló en la única butaca y la observó con aire divertido.

Con voz fría, la joven contó lo que había sucedido durante y después de la conferencia.

—Habrá que apartar a ese Baranger d'Aulnoy —comentó Stev.

—D'Estroy —rectificó Elisabeth.

—Como usted quiera... En conclusión, todo ha ido bien, ¿no es eso?

—Sí.

Elisabeth se sentó en el borde de su cama, encendió un cigarrillo y cruzó las piernas. La mirada de Stev se pegó a ellas desvergonzadamente, con una expresión admirada.

—¿Formaba usted sociedad con Canurien? —inquirió.

—No, la clínica era exclusivamente suya.

—¿Tenía familia?

—Un primo lejano que vive en Australia.

Stev se puso en pie y fue a sentarse al lado de la joven.

—Tal vez podríamos inventar un documento oficial de sucesión, ¿no? —dijo, posando una mano sobre la rodilla de Elisabeth.

La joven se sobresaltó ligeramente, pero soportó el contacto. Stev continuó:

—Tenemos expertos en falsificaciones muy hábiles. Para ellos, imitar una escritura es un juego de niños.

«Quiere deslumbrarme», pensó Elisabeth.

—Antes de pasar al Este —ya que ésta será la versión oficial de su desaparición— hubiera podido hacerle donación de su clínica.

—Sabe usted perfectamente que no soy más que una anestesista.

—Puedo facilitarle un joven cirujano sin fortuna que se sentirá feliz con la suerte que le caerá encima... —sugirió Stev, cuyas maniobras se habían hecho más osadas.

Desde luego, no creía nada de lo que decía.

Por su parte, Elisabeth fingió creer en su proposición. «No soy tan tonta», pensó. Pero la idea, insidiosa, se insinuó en su cerebro y terminó por decirse: «¿Por qué no?».

Lo único que tenía que hacer era mostrarse «amable» con Stev. Y... ¡quién sabe!

CAPÍTULO III

Cuando TTX se despertó por tercera vez, el gorila de pómulos salientes no estaba ya a la cabecera de su cama. En su lugar, de pie junto al blanco lecho, había un hombre calvo de cráneo puntiagudo que llevaba unas gafas sin montura.

El hombre, que llevaba una bata blanca, hundió una aguja en el muslo de TTX y adaptó a ella una ampolla, apretándola.

—¿Quién es usted? —inquirió el norteamericano, con voz pastosa.

El hombre no respondió y salió de la habitación.

TTX se movió, y todo el brazo derecho le dolió. Continuaba atado a la cama por el par de esposas.

La inyección empezó a actuar y TTX notó que iba a dormirse de nuevo.

No tenía la menor idea de la hora que era, imaginando, en todo caso, que la oscuridad se eternizaba.

En lo cual se equivocaba.

Fuera, era de día, pero la habitación en la cual se encontraba no tenía ventana.

Imaginó asimismo que el hombre que acababa de pincharle era un enfermero cualquiera.

En realidad, se trataba del doctor Theodore Muhlenrich.

Theodore Muhlenrich era un viejo amigo de Stev. De padre luxemburgués y madre lituana, había hecho sus estudios en París, ya que Luxemburgo no cuenta con ninguna Universidad nacional. Poseía, también él, una clínica de cirugía general en el barrio de Rollingergrund. Era un comunista convencido que no ocultaba sus opiniones.

Stev le había puesto en contacto con Maleskine —la entrevista se había desarrollado en Bruselas— ocho años antes, y Muhlenrich trabajaba de cuando en cuando para los rusos. No se trataba, a decir verdad, de una información muy activa, sino de las noticias ocasionales que podía recoger sobre el Euratom, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero o el Mercado Común. Sin embargo, Stev podía confiar ciegamente en él.

Cuando Stev le había comunicado que tendría que ocultar un «cliente» en su clínica, Theodore Muhlenrich había rezongado un poco. No se trataba ya de unos informes abstractos que enviar a París al agregado Maleskine, sino de algo muy concreto.

—Es que... la Seguridad conoce mis opiniones.

Stev había logrado convencerle.

—Adoptaremos el máximo de precauciones y en ningún caso podrás ser molestado. Necesito tu clínica, Theo, y tienes que ayudarme. Te lo pido, no sólo en nombre de nuestro ideal, sino también en nombre de nuestra amistad...

Las paredes del despacho de Theodore Muhlenrich, en su clínica de Rollingergrund, estaban enteramente cubiertas, casi marco contra marco, de cuadros de un estilo determinado: pintura ingenua. Le gustaba aquella escuela pictórica, surgida del pueblo, y se proponía escribir un grueso volumen sobre el tema para un editor suizo.

Marguerite, su secretaria particular, introdujo a Stev en la estancia, cuyo suelo olía a cera.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Mi querido Theo —dijo el jefe de la red de «pasadores»—, dentro de un par de horas cogerás tu automóvil y te irás a dar una vuelta por ahí... Trèves o Namur, por ejemplo. Dormirás allí y mañana regresarás a Luxemburgo.

Muhlenrich asumió súbitamente un aire tan ingenuo como el de sus cuadros al ladear ligeramente la cabeza para mirar a su amigo.

—¿Por qué quieres que cruce una frontera? —inquirió.

—Porque de ese modo no estarás en tu clínica, de un modo muy oficial y controlable. Es en beneficio tuyo, ¿comprendes? Si sucediera algo, tendrías

una excelente coartada.

El cirujano luxemburgués se pasó lentamente una mano por la calva.

—Explícate con más claridad.

—Theo, esta noche voy a necesitar tu quirófano.

El cielo era uniformemente gris —de un gris plumizo— sobre la capital del Gran Ducado. Daba la impresión de que no tardaría en nevar.

Unos grupos de chiquillos correteaban por las calles. Cada uno de ellos llevaba en la mano una rama en forma de bastón, cuya corteza había sido recortada en espiral. Los chiquillos entraban en las tiendas, cantaban el estribillo de una antigua canción germana y los comerciantes les entregaban un poco de dinero.

Elisabeth Marcus, que había bajado para renovar su provisión de cigarrillos, volvió a subir al segundo piso del *Continental* y encontró a Jeffries Thorps en su habitación llena de humo. Le entregó el cartón de *Stuyvesant* que el joven físico reclamaba con insistencia.

—Me aburro... —murmuró Thorps.

No se había molestado en vestirse ni en afeitarse y, envuelto en una bata corta que parecía el albornoz de un boxeador, estaba hundido en un sillón.

—Todo esto no es más que baja política —gruñó, con aire de disgusto—. Lo contrario de lo que yo había imaginado.

Encendió un cigarrillo.

—Siempre me están vigilando. Cuando no es Stev, es usted.

—Sabe perfectamente que yo no le vigilo. Estoy aquí para cuidar del teléfono.

—Siempre estoy encerrado... ¡Tengo ganas de moverme!

—Sólo es cuestión de horas.

—¡Hace muchos días que me dicen eso!

Elisabeth pensó:

«Si cambia de idea, es preferible que esté de su parte».

Y, en voz alta, dijo:

—Tampoco yo soy una profesional de esta clase de asuntos, Jeffries. Soy una víctima de las circunstancias, y trato de salir lo mejor librada posible. ¿Quiere usted que hable con Stev?

—Sería inútil.

Thorps, que desconfiaba de Elisabeth, hizo rápidamente marcha atrás:

—No vaya a creer que no quiero... pasar al otro lado. Mis convicciones son más firmes que nunca. Es mi objetivo. Pero, le repito que lamento este aspecto de baja política de la situación.

—¿Quiere usted jugar a cartas? He comprado una baraja...

Thorps se encogió de hombros.

—¡Las cartas...!

Sonó el teléfono. Elisabeth fue a descolgar el receptor. Era Baranger d'Estroy.

—Lo siento, señor profesor, pero no puedo pasarle la comunicación... Está durmiendo... Sí, acabo de ponerle una inyección... Sufría mucho. Me ha encargado que le salude de su parte... Si su estado de salud mejora, confía en participar en las tareas del congreso a partir de mañana.

El jefe de la antena CIA en Luxemburgo se llamaba Oliver Nicholas Newman. Tenía una excelente cobertura: ingeniero de la fábrica Goodyear, de Colmar-Berg.

Era un hombre de cuarenta y cinco años, enérgico y meticulado, que dirigía con eficacia los siete agentes a sus órdenes, aparte de los «auxiliares locales».

En el curso del día, envió a París, a la dirección de Harold, el mensaje siguiente:

Medidas de vigilancia reforzadas en el aeródromo de Luxemburgo, así como en las fronteras belga y alemana.

No tenemos la menor idea del lugar donde pueden encontrarse Thorps y, eventualmente, si está aquí, nuestro hombre TTX 75.

CAPÍTULO IV

Stev entró en la habitación donde reposaba TTX. «Reposaba» no era el vocablo exacto. TTX se agitaba, más bien. Sus muñecas, ahora, estaban atadas a la cama por dos pares de esposas.

—¡Me ha dado un puntapié! —explicó Fedor, frotándose la barbilla—. Me he visto obligado a...

—¡Basta! —cortó secamente Stev—. Espérame en el pasillo.

Las mantas y las sábanas estaban revueltas, en el suelo. El agente U. S., con el torso desnudo, en calzoncillos, las piernas libres. Era fácil imaginar la escena. Había tratado de atontar a Fedor con sus miembros inferiores. Pero Fedor, bien entrenado físicamente, había conseguido mantenerle en la cama, a costa de un segundo par de esposas.

Stev permaneció a una respetuosa distancia de TTX.

—Me llamo Stev —dijo.

—¡Me importa un bledo!

—Vamos, vamos, mi querido colega...

—Si se acerca usted, le hundo el pie en el estómago...

—Procuraré no hacerlo —sonrió Stev.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy clavado aquí?

Stev calculó.

—Unas dieciocho horas.

—Tal vez sea poco para un enfermo, pero para un hombre sano es demasiado.

«No durará mucho más», pensó Stev.

—No durará mucho más, sin duda —dijo TTX.

Stev cogió una silla, la situó a tres metros de la cama y se sentó.

—Mi querido colega, ¿hace mucho que vive usted en París? —inquirió.

—Bastante —respondió TTX.

—Habla muy bien el francés.

—También usted.

—He nacido en Francia.

—Yo también —replicó TTX.

Los dos agentes se contemplaron con el mismo brillo divertido en los ojos. No eran del mismo bando, podían matarse mutuamente en el minuto siguiente, pero se comprendían, hablaban el mismo idioma y, finalmente, se apreciaban.

—¿Puede darme un cigarrillo? —preguntó TTX.

—¡Desde luego! —respondió Stev.

Llamó a Fedor.

—¡Los pies! —intimó Stev.

Fedor sacó otros dos pares de esposas de sus bolsillos.

TTX silbó entre dientes, se dirigió a Stev.

—Si se queda sin trabajo, su amigo podrá establecerse como proveedor de la Policía Judicial...

Fedor miró torvamente al norteamericano y luego se dedicó a atarle los tobillos a los barrotes de la cama. TTX se resignó. No podía hacer nada. Se encontró tendido sobre la cama, con los brazos y las piernas separadas, como un condenado al suplicio de la Edad Media.

—¡Déjale una mano libre! —ordenó Stev.

Fedor obedeció. TTX pudo hacer lo que quiso, es decir, no gran cosa, con su mano izquierda.

—Gracias, Fedor —dijo Stev.

Fedor salió de nuevo al pasillo.

—Sólo tengo esto —dijo Stev, mostrando un paquete de *Gauloises*.

—¿No tiene cigarrillos mentolados?

—No.

—¡Qué le vamos a hacer!

Stev encendió el *Gauloise* con la llama de su encendedor y se lo tendió a TTX con la punta de los dedos. TTX lo cogió y dio un par de ávidas chupadas.

—¡No está mal la pequeña Elisabeth! —dijo Stev, sin mirar a TTX.

—Muy apetitosa —convino el norteamericano.

—¿Qué es lo que le ha contado?

—¡Todo! —respondió TTX.

Era el principio mismo de la baladronada, destinada a conseguir que el adversario revele algo más de lo que uno sabe.

Pero Stev, zorro viejo, no cayó en la trampa.

—Ella no sabe gran cosa —dijo.

TTX se calló deliberadamente. En casos semejantes, es preferible esperar que el otro hable. Precisemos: que hable más de la cuenta.

Pero Stev pensaba exactamente lo mismo y guardaba silencio. Un silencio que amenazaba con convertirse en eterno. Se observaban sin decir nada.

TTX fue el primero en hablar.

—Sé que Canurien está muerto. Desde luego, no tengo pruebas.

El verdadero problema de Stev consistía en averiguar si Elisabeth Marcus había hablado de la operación de Canurien dándole su propio aspecto a Thorps; la joven le había jurado que no había dicho nada, en el avión. Y, en el caso de que ella hubiera hablado del asunto, si TTX había transmitido la información a sus jefes.

—De todos modos, tengo la impresión de que esa joven ha ido muy lejos en el camino de las confidencias —dejó caer Stev.

TTX se sumió en un prolongado mutismo.

Fumaba su *Gauloise*, beatíficamente, dejando caer la ceniza al suelo.

Stev examinó a su adversario. Un rostro de rasgos afilados, todavía joven, de aventurero, con unos finos músculos que se movían bajo la piel. Un cuerpo de felino que sólo esperaba distenderse, luchar. Y probablemente también, materia gris.

—Tengo la impresión de que lo sabe usted todo, en efecto —continuó Stev—. O casi todo...

Otro silencio.

—Ignoro cuál es ahora el aspecto físico de Thorps —dijo finalmente TTX—, y sé que la cirugía estética realiza verdaderos milagros. Pero, sea cual sea, he advertido a mi servicio y hay docenas —por no decir centenares— de agentes norteamericanos entregados a la tarea de localizarle en la Europa Occidental. Apostaría cualquier cosa a que Thorps no ha cruzado aún la frontera entre el Oeste y el Este... y me pregunto si va a conseguirlo.

«¿Verdad o mentira? —se dijo Stev—. Se hace el tonto. Especula con la mentira para saber la verdad. Está enterado y quiere despistarme...».

Stev no podía permitirse, ahora, un error. Tenía a su espalda un jefe implacable que desconfiaba de él, de sus ideas. Un tal Igor Maleskine. Pero confiaba en su estrella, en su genio. Y también en su inspiración, en su rapidez de ejecución. Decidió atenerse al plan inicial, revisado y corregido, mejorado la noche anterior. París debía de haber advertido ya a Moscú.

—Tengo hambre —dijo TTX.

—Es preferible que no coma.

El cónsul era un hombre distinguido, originario de Arkangel, delgado, vestido con un elegante traje cruzado de color gris. Sus rasgos sólo se movían para sonreír, y su sonrisa era siempre cortés.

Alertado por Moscú, había citado discretamente al cirujano soviético en su despacho alfombrado, provisto de un amplio hogar donde ardían unos leños.

El hombre que tenía delante de él, más sorprendido que intimidado por aquella inesperada convocatoria, era joven y guapo. Se llamaba Alexis Kossouniev y figuraba entre los mejores especialistas internacionales en quemaduras del rostro. En especial, le había salvado la cara a uno de los

miembros del Presidium, víctima de un accidente en la autopista de Leningrado. Además, sus observaciones eran leídas en el mundo entero.

El interfono crepitó.

El cónsul pulsó un botón sobre la encerada superficie de su escritorio. Una voz de mujer, deformada por el micrófono, pronunció unas palabras.

—Hágale pasar —dijo el cónsul.

El cónsul se puso en pie y fue a abrir la puerta de su despacho.

Stev entró.

El cónsul efectuó las presentaciones, limitándose a llamar «Stev» al recién llegado, pero citando abundantemente los títulos del primero. En su fuero íntimo, se sentía más cerca del médico que del agente. Una leve mueca de circunspección distendía su boca de labios delgados y pálidos.

—Les dejo a ustedes —anunció, volviéndose hacia Alexis Kossouniev—. Hace un par de horas he recibido un explícito cable de Moscú. El cable le ruega, camarada Kossouniev, que conceda toda su confianza y toda su ayuda a... «Stev». Orden superior...

Dio media vuelta y abandonó su despacho. La puerta volvió a cerrarse detrás de él.

—Soy ruso, comunista y agente operativo sobre un territorio adversario —empezó Stev en tono neutro y fatalista—. Necesito su colaboración inmediata y leal.

Stev miró fijamente a Kossouniev. El joven cirujano le producía la misma impresión que el agente norteamericano con el que acababa de «entrevistarse» en la clínica de su amigo Muhlenrich. Eran dos hombres del Norte, altos, atléticos, con un terrible aspecto exterior de salud, deportivos, de cabellos claros.

—Yo también soy médico —añadió el «pasador».

La mirada azul de Kossouniev viajó de las manos blancas y manicuradas de Stev hasta su rostro que una doble barbilla precoz hacía aún más obeso.

—Ejerzo en París. Mi padre era armenio.

Para que el cirujano soviético colaborara sin ninguna reserva mental, Stev debía contárselo todo.

Empezó por dibujar el retrato de Thorps, insistiendo en el hecho de que el joven sabio U. S. quería pasar al Este voluntariamente. Cuando habló de sus observaciones personales a propósito de los cirujanos estéticos, «escultores sobre materia viviente que tienden a modelar los pacientes a imagen suya», Kossouniev exclamó, ante lo exacto de la afirmación:

—¡Es cierto! Y a veces de un modo inconsciente por parte del cirujano...

Se había ganado a Stev, el cual continuó el relato detallado de los acontecimientos, omitiendo únicamente mencionar que Canurien había sido asesinado.

—Le hemos proporcionado otra identidad, un pasaporte para América del Sur y mucho dinero.

Aquello bastó para ahogar los posibles escrúpulos del cirujano ruso.

—Supongo que ha comprendido usted el plan —concluyó Stev—. Thorps pasa al otro lado bajo los rasgos de Canurien y con el pasaporte legal del cirujano francés. Pero, para que mi plan resulte perfecto, sin fisuras, necesito de nuevo la cirugía estética...

En cada ruso —como en cada inglés, por otra parte—, desde el estudiante al hombre de negocios, pasando por el más inofensivo de los turistas, hay un espía en potencia. Es algo inherente al genio nacional de esos dos grandes pueblos.

Kossouniev aceptó.

CAPÍTULO V

—Ha aceptado, a condición de que logre convencer a uno de sus colegas soviéticos que asiste también al congreso. Quiere que le ayude a operar.

—Es lógico —dijo Elisabeth—. Sobre todo si su amigo Theodore está ausente.

Se encontraban en la habitación de Thorps. Éste, en el cuarto de baño, se afeitaba.

—¿Llamadas telefónicas? —inquirió Stev.

—Cuatro.

—¿Asistentes al congreso?

—Sí, desde luego. Les he dicho a todos que acababa de ponerle una inyección y que estaba durmiendo.

—Perfecto.

Stev consultó su reloj de pulsera.

—Vamos para allá, pequeña.

Elisabeth cogió su bolso de viaje, un maletín médico, se puso el abrigo, se cubrió la cabeza con un pañuelo y salió.

Stev tenía que quedarse para vigilar a Thorps. Vio una baraja sobre la mesilla de noche, se instaló en la cama y empezó un solitario.

TTX oyó un rumor de pasos en el corredor y cerró los ojos.

Fedor y Serge entraron en el cuarto. Uno de ellos empujaba una camilla de ruedas.

—Vamos.

Los dos hombres se expresaban en ruso, ignorando que el norteamericano comprendía y hablaba perfectamente su idioma.

TTX les observaba por una leve rendija entre sus párpados, a través de sus pestañas.

Serge quitó las esposas de su pie derecho, luego la esposa que unía el pie izquierdo de TTX a la cama. Con un rápido movimiento, encerró el tobillo derecho en la pinza que acababa de retirar del barrote de hierro.

«¡M...! —pensó TTX—. ¡Desconfían demasiado!».

Fedor, por su parte, quitó las esposas de la mano derecha de TTX. Luego las de la mano izquierda.

TTX tenía los pies sujetos, pero las dos manos libres. Abrió súbitamente los ojos y se lanzó contra Fedor, de cabeza. Fedor le paró con el estómago y cayó al suelo, doblado por la mitad.

Serge saltó sobre TTX, el cual rodó sobre sí mismo. Serge saltó de nuevo. TTX le plantó los dos pies en el pecho y le despidió contra una de las paredes.

Era una lucha desesperada, inútil, TTX lo sabía perfectamente. Pero no le gustaba que le manejaran. Además, presentía la inminencia de un duro golpe. ¿Por qué venían a buscarle con una camilla de ruedas?

Fedor y Serge, muy bien entrenados para luchar sin armas, no tardaron en reducir a TTX a la impotencia y en atarlo a la mesa rodante.

Abandonaron la habitación donde TTX había permanecido inmóvil por espacio de tantas horas. Fedor y Serge dirigieron la camilla hacia un gran ascensor, suficientemente ancho para dejar pasar a un hombre tendido cuan largo era.

El ascensor descendió. Sus puertas volvieron a abrirse. Recorrieron un largo pasillo. Fedor, que iba en cabeza, abrió una doble puerta.

TTX abrió mucho los ojos.

¡Era una sala de operaciones!

Una mueca dolorosa deformó los rasgos del norteamericano. ¿Qué se proponían hacer?

Tres personas en bata blanca, enguantadas y con las mascarillas puestas.

Dos hombres desconocidos...

... Y Elisabeth Marcus.

Los dos guardaespaldas y los dos médicos no tuvieron ninguna dificultad para trasladar a TTX desde la camilla a la mesa de operaciones, donde Jasper volvió a encontrarse bajo la siniestra iluminación del scialítico, con las muñecas sujetas a la mesa por dos brazaletes metálicos. Reforzaron las ataduras de los pies con dos pares de esposas.

Kossouniev se inclinó sobre el rostro de TTX y lo escrutó largamente.

El agente norteamericano pensó:

«No debo perder los estribos».

El cirujano que le miraba tenía unos ojos claros y suaves.

El material de la anestesista estaba colocado detrás de su cabeza: la botella de oxígeno, el gota-a-gota, el aparato de transfusión y el electrocardiógrafo.

TTX buscó con la mirada a Elisabeth, pero ella le rehuyó. Una idea fija invadió su mente:

«¿Está *conmigo*, o *contra mí*?».

Fedor y Serge no se habían movido.

—Pueden ustedes marcharse —les dijo Elisabeth—. Vuelvan aquí a las dos de la mañana, tal como se ha convenido.

Los dos hombres asintieron en silencio y salieron del quirófano.

Elisabeth colocó sobre el desnudo pecho de TTX las pequeñas ventosas unidas por unos hilos al electrocardiógrafo. El rodillo se puso en marcha, arrastrando el gráfico que señalaba el estado del corazón del «paciente».

—¡Pentotal! —ordenó Kossouniev.

TTX notó que tenía un pronunciado acento ruso.

—¡Un momento! —dijo Elisabeth.

Consultó el electrocardiograma.

—Imposible, ahora.

TTX sintió aletear una leve esperanza, pero permaneció completamente inmóvil.

—¿Qué sucede? —inquirió Kossouniev.

—El corazón —respondió Elisabeth—. No puedo asumir esta responsabilidad. Hay que suministrarle un tónico cardiaco.

El cirujano soviético hizo un gesto de impaciencia y salió del quirófano, con la intención de fumar un cigarrillo. Su colega le siguió, quitándose la mascarilla.

—¡Me ha dado tres millones! —susurró Elisabeth.

—Mi servicio le dará seis. ¡Explíqueme rápidamente qué estoy haciendo aquí, y desátame!

Elisabeth se balanceó un momento sobre un pie antes de maniobrar en la abertura del primer brazalete, echando una rápida ojeada a la puerta por la cual habían salido los dos cirujanos.

—¡Quieren cambiarle la cara por la de Thorps! —murmuró.

—¿Qué?

Elisabeth, mientras le soltaba los tobillos, continuó explicando el diabólico plan de Stev.

Una operación elemental, ya que encontrarían su cadáver en el escenario de un accidente, previamente preparado, con la cabeza medio arrancada. La otra mitad bastaría para la identificación. Mucho más por cuanto TTX llevaría las ropas y los documentos de Thorps. Los servicios occidentales archivarían definitivamente el caso Thorps. Y en el supuesto de que sospecharan que eran víctimas de alguna superchería, durante cierto tiempo se moverían a oscuras... Tiempo que aprovecharía el falso Canurien, es decir, el verdadero Thorps, para pasar fácilmente al otro lado del telón de acero.

—¡Maquiavélico! —suspiró TTX.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Elisabeth.

—¡Cúbrame con una sábana! —respondió TTX.

La joven obedeció. De este modo, no podía apreciarse que TTX, debajo, tenía los miembros libres.

—¿Son dos médicos rusos del congreso?

Elisabeth movió afirmativamente la cabeza.

—¿Puede decirme qué personal hay en la clínica en estos momentos?

—Únicamente dos enfermeras de guardia. El director está en Bélgica y no hay internos.

—¿Y los dos gorilas?

—Tienen que venir a buscarle después de la operación. La operación ha de tener una segunda parte —ignoro en qué consiste—, y deben trasladarle a París en una ambulancia. Stev y Thorps saldrán también esta misma noche.

«¡Muy inteligente! —pensó TTX—. Las fronteras *hacia el Este* están vigiladas ahora por los hombres de la CIA. Pero no *hacia el Oeste*. El falso Canurien no corre ningún peligro pasando a Francia».

También era muy astuta la operación que consistía en dar al cadáver de TTX el aspecto de Thorps. Con ello mataban dos pájaros de un tiro. Sorprendían a los servicios occidentales, y se libraban del agente adversario que estaba *más cerca de la verdad*... ¡Y más cerca de Thorps, en consecuencia!

—Dígales que pueden entrar —murmuró TTX.

Elisabeth estaba muy pálida.

—Va usted a...

—En caso necesario, me ayudará usted, pero creo que lo conseguiré por mí mismo.

La joven se dirigió hacia la puerta con paso inseguro. TTX la oyó llamar a los cirujanos, los cuales volvieron a entrar en el quirófano.

—Le he administrado el pentotal —dijo Elisabeth—. Podemos empezar.

TTX esperó a que los dos hombres rodearan la mesa.

Sus brazos se distendieron bruscamente. Atrapó a los dos hombres por la bata, y cerró los brazos, proyectando los dos cráneos uno contra otro. La sorpresa, más que el choque, les hizo vacilar, TTX saltó rápidamente de la mesa de operaciones y se precipitó sobre el que parecía haber acusado menos el golpe.

No era ya la lucha precedente. En primer lugar, TTX gozaba de una absoluta libertad de movimientos. Además, no se enfrentaba con dos expertos en la lucha cuerpo a cuerpo, sino con dos «burgueses», si es que puede aplicarse este adjetivo a dos ciudadanos soviéticos.

TTX acabó rápidamente con el primero. El filo de su mano derecha alcanzó la nuca del médico, el cual se desplomó por más de la cuenta.

Pero Kossouniev era más duro. Se había incorporado. De un puntapié, TTX proyectó la botella de oxígeno contra sus piernas. El ruso tropezó. TTX saltó sobre él y le agarró por el cuello.

Kossouniev se debatió, consiguió soltarse y golpeó a TTX en la barbilla. Ahora fue el agente norteamericano el que vaciló.

Elisabeth, impotente, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, incapaz de hacer un gesto, asistía al combate que destrozaba el quirófano del doctor Muhlenrich.

Para terminar, TTX colocó un *atemi* en el rostro de Kossouniev, el cual se derrumbó a su vez sin sentido.

El agente U. S. recobraba el aliento. La cosa no había resultado tan fácil.

—Píncheles —le dijo a Elisabeth, señalando los dos cuerpos tendidos en el suelo—. Cargue la dosis, de modo que duerman por lo menos un par de días...

Elisabeth obedeció con mano temblorosa.

—¿Cuál es el lugar de una clínica que nadie visita nunca? —inquirió TTX.

—No lo sé... La bodega..., el desván...

—¿Sabe dónde se encuentra la bodega?

—No creo que haga falta ser brujo para localizarla.

—Vaya a ver. Yo me quedaré aquí.

Elisabeth salió del quirófano. TTX despojó a Kossouniev de su bata blanca y se la puso.

Cuando regresó Elisabeth, Jasper le pidió todo el esparadrapo que pudiera encontrar.

La joven abrió un armario metálico blanco y le tendió dos rollos nuevos. TTX amordazó concienzudamente a los dos médicos rusos. A continuación les colocó unas esposas en las muñecas y en los tobillos. Cargándose al hombro el cuerpo de Kossouniev, dijo:

—Indíqueme el camino.

Diez minutos más tarde, los dos cirujanos dormidos se encontraban en la bodega de la clínica, en un rincón polvoriento y lleno de telarañas que tardaría en recibir una visita.

—¡Pongámonos a salvo! —suplicó Elisabeth.

Un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

—¡Ni pensarlo!

—¿Cómo? ¿Quiere usted quedarse? —se asombró la joven, sin comprender nada.

—¡Véndame!

CAPÍTULO VI

—Entre el final de la operación que debían practicarme y la llegada de los gorilas... A propósito, ¿cómo se llaman?

—Serge y Fedor.

—¿Cuánto tiempo ha de transcurrir? —preguntó TTX.

—Un poco más de una hora. Es una medida de prudencia para el operado.

—¿Dónde tenía que esperar su llegada?

—En una habitación de la clínica, desde luego.

—¿Sabe usted en cuál?

—Sí.

—Estupendo. Va usted a vendarme el rostro como a un paciente que sale de la mesa de operaciones y a conducirme a esa habitación.

Ella comprendió súbitamente y exclamó, más asustada que nunca:

—¡No hablará usted en serio, Jasper!

—¡Haga lo que le digo! —replicó secamente TTX.

Lamentó su brusquedad. En el fondo, Elisabeth era una chica valiente, y le había salvado de la muerte. Acercándose a ella depositó un beso casto y cariñoso sobre su frente.

Elisabeth hizo un gesto de cansancio que traducía su confusión.

—Bueno —dijo, con un hilo de voz—. Haré lo que usted quiera.

La ambulancia era también un DS.

Con Fedor al volante, penetró en el patio de la clínica Muhlenrich. El conductor cortó el contacto y apagó los faros. Serge consultó su reloj de pulsera de esfera luminosa.

—Es la hora —dijo.

—¿Qué hacemos?

—Esperar.

—¿Continuamos?

—De acuerdo, pero nos instalaremos detrás. Estaremos mejor.

Los dos hombres pasaron a la parte posterior de la ambulancia. La camilla constituía una buena pista. Fedor encendió la luz del techo y lanzó los dados sobre la manta.

—¿Cómo andamos de cuentas? —dijo.

—Me debes trescientos francos.

Elisabeth había vendado la cabeza de TTX tal como él le había pedido. Una rendija de un par de milímetros, a la altura de los ojos, le permitía ver. El mayor inconveniente era el terrible calor que agobiaba su rostro bajo aquella máscara de gasa.

—No olvide que está usted profundamente dormido y por espacio de una docena de horas. El propio Stev me recomendó que forzara la dosis después de la operación.

TTX sacudió la cabeza.

Casi inmediatamente se oyó un ruido de pasos en el corredor.

Stev hizo su aparición, escoltado por Fedor y por Serge.

—¿Y bien?

—La operación ha sido un éxito —dijo Elisabeth.

—¿Dónde están Kossouniev y su compañero?

—Se han marchado. No tenían nada que hacer aquí. Estoy sola.

—¿Y las dos enfermeras de guardia?

—No las he visto en ningún momento.

—Mejor. ¿Y él?

Señalaba al «operado».

—El pulso late normalmente.

—¿Soportará el traslado?

—Creo que sí.

—Bueno, no perdamos tiempo...

—¿Viene usted con nosotros?

—No —dijo Stev—. Thorps, Youri y yo iremos en el DS.

Le tiró una bata blanca a Serge.

—Ponte eso. Irás detrás con él. Elisabeth delante, al lado de Fedor.
¿Tenéis la tarjeta gris y el seguro internacional?

Fedor movió afirmativamente la cabeza.

Los dos hombres de confianza de Stev cogieron a TTX, uno por los sobacos y otro por las piernas, y le depositaron sobre una camilla con ruedas. Le transportaron así hasta la ambulancia y le instalaron, con muchas precauciones, sobre la camilla interior. Serge se sentó a su lado.

El DS 21 estaba también allí, con Youri al volante y Thorps sentado atrás, fumando un cigarrillo.

—Vosotros delante —dijo Stev.

Los dos vehículos salieron lentamente de la clínica del doctor Muhlenrich. La noche era oscura y fría.

Luxemburgo dormía en paz.

El convoy cruzó el barrio italiano, pero la oscuridad impedía ver las casas multicolores, aquel trozo de Mediterráneo en una ciudad del Norte.

TTX, condenado a la inmovilidad, se esforzaba en pensar en el Polo Norte, en la Siberia, en Groenlandia... Su rostro, bajo las vendas, era un océano de sudor. Un sudor que le escocía en los ojos y chorreaba hacia su cuello.

A su lado, Serge dormitaba.

Fedor aminó la marcha a la vista del puesto fronterizo. Las luces, demasiado crudas, salpicaban el asfalto y proyectaban las sombras tristes de un paisaje de chimeneas de fábricas.

La ambulancia se detuvo a la altura de un aduanero que saludó levantando la mano hasta su gorro caqui.

El corazón de Elisabeth latía locamente en su pecho.

Fedor había bajado el cristal de su portezuela, y el aduanero se inclinó a mirar.

—Transportamos un herido grave —dijo la joven anestésista—. Un caso urgente. ¿Quiere usted ver nuestros pasaportes?

—Sólo los documentos del vehículo.

El aduanero tenía un leve acento germano en su francés.

Fedor le entregó los papeles sin pronunciar una sola palabra. El aduanero echó una breve ojeada a la tarjeta gris y a la hoja verde del seguro, se llevó de nuevo la mano al gorro e hizo seña a la ambulancia de que podía pasar.

—Deme su cigarrillo —dijo Elisabeth, dirigiéndose a Fedor, mientras se levantaba la barrera.

El aduanero francés tenía un acento corso y debía dormir durante el día. Por la noche, estaba excepcionalmente despejado.

Dio la vuelta al DS 21, acariciándose la barbilla, con un aire muy suspicaz.

—Aquí están nuestros pasaportes —dijo Stev.

—En seguida, en seguida...

Dio otra vuelta alrededor del vehículo, golpeó con el pie uno de los neumáticos y se inclinó ligeramente para tocar la aleta con la mano.

—¡Cree que somos contrabandistas de drogas! —dijo Thorps.

—¡Cállese! —susurró Stev, nervioso.

—Los pasaportes, por favor —reclamó el aduanero.

Cuando vio, dos veces seguidas, la palabra «médico» en el apartado «Profesión», cambió súbitamente de actitud.

—Acaba de pasar una ambulancia... ¿La acompañan ustedes?

—¡Desde luego! —respondió secamente Stev—. Tenemos que llegar a París antes que ellos.

—Discúlpeme, no lo sabía —dijo el aduanero—. Pueden pasar... Buen viaje, doctor.

El DS arrancó.

—¡Uf! —suspiró Stev.

—¿Qué es lo que teme usted? —preguntó Thorps.

—Con las fronteras, nunca se sabe...

Un centenar de kilómetros más lejos, los faros del DS 21 descubrieron, a unos ciento cincuenta metros de distancia, unas luces rojas desesperadamente inmóviles, sobre la cuneta. Stev frunció los ojos e inclinó el cuello por encima del asiento delantero. La imagen se concretó: la de un automóvil que se había estrellado contra un árbol.

Youri frenó.

Era un DS.

—¡Vaya tortazo! —exclamó Youri.

Se encontraban ahora a unos veinte metros del lugar del accidente que, con toda evidencia, acababa de producirse.

Era un DS, pero no una ambulancia. La parte delantera había estallado. La carrocería estaba convertida en un acordeón. Una silueta parecía dormir sobre el volante.

Youri se había vuelto hacia su jefe.

—¡Aprisa! —ordenó Stev.

El trayecto fue un suplicio mortalmente largo para TTX.

Al amanecer llegaron a París.

CAPÍTULO VII

Una densa niebla envolvía París, sumiendo a la ciudad en una semipenumbra grisácea. Como si el día no se decidiera a levantarse.

Fedor se encontraba en el pasillo de la clínica Barratjanian, cerca de la puerta de la habitación, instalado en una silla.

En una ventana del último piso, que dominaba el jardín y sus senderos de grava, Youri podía ver a Serge como entre dos nubes. Youri, abajo, fumaba un cigarrillo y paseaba de un lado para otro.

Stev explicó finalmente a Elisabeth Marcus la última parte práctica de su plan.

—Dentro de quince días, en alguna parte de la región parisiense, la policía tendrá noticia de un accidente y descubrirá un cadáver desfigurado. Para la policía francesa, aquel hombre será Jeffries Thorps, joven físico

norteamericano desaparecido en Inglaterra poco tiempo antes. En realidad, el cadáver en cuestión será el del norteamericano.

—Lo sé —dijo Elisabeth, tratando de reprimir el temblor de su voz—. Llevará las ropas, los documentos y el rostro —¡al menos lo que quede de él! — de Thorps. Pero ¿por qué otra intervención?

Stev se dio un golpecito en la cabeza, como diciendo: «¡Todo está aquí dentro!».

—Soy un hombre minucioso —dijo—. Un artista, un refinado. Me gusta la perfección en el trabajo, y también...

Se acercó a Elisabeth y acarició su brazo.

—... En las mujeres.

—¡Stev, por favor!

La sonrisa se apagó en los labios del agente soviético. Únicamente sus ojos conservaron un brillo malicioso al mirar a la joven anestesista.

—El norteamericano —dijo, con voz fría y monótona— no tendrá únicamente las ropas, los documentos y el rostro de Thorps..., sino también sus huellas dactilares.

Elisabeth enarcó las cejas.

—¿Las huellas dactilares? —repitió.

Stev sacudió la cabeza.

—Ya le he dicho que soy un artista, pequeña.

—¡Las huellas dactilares! —exclamó maquinalmente Elisabeth—. Es imposible...

—No. Vamos a injertárselas.

—En los injertos de esa clase, la piel actúa como cicatrizante —pensó Elisabeth en voz alta—, permitiendo que debajo de ella se forme la piel nueva... ¿No?

—En la totalidad de los casos, sí, excepto en la intervención que voy a practicar. Por otra parte, seré un simple ejecutante. El procedimiento acaba de ser puesto en órbita por un cirujano soviético y sólo es conocido por algunos agentes del M. V. D., entre ellos yo —dijo Stev, con una especie de orgullo—. Después de la operación, la mano izquierda del norteamericano tendrá exactamente las huellas de la de Thorps. La otra mano, no hace falta decirlo, quedará aplastada en el «accidente», así como la mitad del rostro... Eso es lo que se llama perfección en el trabajo, pequeña...

Elisabeth trató de advertir a Jasper Wood de lo que le esperaba. Pero no lo consiguió. Siempre había alguien en la habitación que ocupaba TTX.

La joven tenía la horrible impresión de encontrarse proyectada a un universo kafkiano donde la demencia encubría una lógica implacable. Una cárcel cuyos barrotes hubieran sido reemplazados por una fuerza magnética que impedía toda evasión.

—Vamos para allá —dijo Stev, poniéndose los guantes.

—¿Ya?

—¿Por qué perder el tiempo inútilmente?

Elisabeth le siguió.

—Va usted a venir conmigo —dijo Stev—, aunque en realidad no necesito sus servicios.

—¿Se refiere usted a los de anestesiista?

—Exactamente.

Elisabeth se estremeció. Jasper Wood, de hecho, se encontraba oficialmente bajo los efectos de la anestesia subsiguiente a su anterior «operación».

TTX intuía la presencia de unas personas que se movían en la habitación donde se encontraba.

La leve rendija practicada en su vendaje, a la altura de los ojos, no le servía de nada. Sólo veía un largo rectángulo blanco, correspondiente a una superficie del techo.

Oyó el chasquido de unos instrumentos metálicos.

No debía moverse por nada del mundo.

Alguien le cogió la mano izquierda.

Jeffries Thorps entró en la habitación. Se quitó la bata y observó que el agente tendido sobre una de las dos camas llevaba un pijama igual que el suyo. Gris, a rayas. Recordaban el atuendo, de siniestra memoria, de los prisioneros de los campos de concentración nazis.

—¿Preparado? —le preguntó Stev.

Thorps se encogió de hombros y gruñó un «sí» fatigado. Miró a Elisabeth. La joven tenía un aspecto pensativo, como encerrada en un problema

personal. Tal vez para interesarla, Thorps se mostró lírico:

—¡Nunca un cazador se habrá visto atado hasta tal punto a su presa! — declamó.

Elisabeth pareció recobrase de su estupor.

—¿Quién es la presa? —inquirió.

—Ejem... Ese es el problema. En todo caso, ese hombre y yo...

Sonrió.

—... Vamos a ser, por espacio de unas horas, los hermanos siameses del espionaje.

Stev se volvió hacia el joven físico.

—Ignoraba en usted este sentido del humor, Thorps —dijo.

—No es una broma —replicó Thorps—. Al menos, yo no lo creo así.

Experimentó la súbita sensación de que le cortaban las puntas de los dedos con un cuchillo.

El dolor fue tan intenso, que TTX no tuvo tiempo de gritar. Se había desvanecido.

Después de la intervención, Elisabeth administró un calmante a los dos operados. No escatimó la dosis en lo que respecta a Thorps.

Bajo su máscara, Jasper Wood gemía, inconsciente. Elisabeth le puso una segunda inyección de morfina.

La joven ignoraba lo que iba a suceder y tenía mucho miedo. Sin embargo, tuvo la lucidez de pensar que era preferible, para todo el mundo, esperar a que se hiciera de noche.

Elisabeth se dirigió a la farmacia de la clínica y cogió dos comprimidos de vallium.

Durante el día, Stev sostuvo una entrevista con Igor Maleskine.

—Todo marcha sobre ruedas.

—¿Cómo dice? —inquirió el agregado de embajada.

—Es una expresión popular, para indicar que todo va bien.

—Espero que las ruedas no se deshinchen —murmuró Maleskine.

Las dos camas están unidas. Los dos hombres reposan uno al lado del otro. Respiran con la misma regularidad. Sus dos manos izquierdas desaparecen bajo un enorme vendaje.

Elisabeth Marcus vela su reposo. Está sentada en una silla, con las largas piernas cruzadas. El pie que no descansa en el suelo marca el compás de una música imaginaria y muy rítmica. La joven se muerde las uñas. Tiene miedo de derrumbarse.

TTX se mueve un poco en su cama. Manifestando todos los síntomas de un lento despertar por etapas.

Cuando Elisabeth ha adquirido la convicción de que TTX ha recobrado el conocimiento, se inclina hacia él y murmura:

—¿Me oye usted, Jasper?

Un silencio.

—¡Soy yo, Elisabeth!

Coge la mano derecha de Jasper en la suya.

—Estoy sola...

—¡Tengo sed!

—Son las diez de la noche.

Elisabeth aparta un poco más las dos vendas a la altura de los ojos del agente norteamericano y se inclina, para que él la vea.

—¿He dormido? —pregunta TTX—. ¿Por qué?

Elisabeth habla en voz baja y le explica la operación, el injerto de las huellas dactilares. Su situación actual, encadenado a Thorps por las puntas de los dedos, la misma carne.

TTX presta especial atención a una cosa:

—¿Dice usted que encontrarán mi cadáver dentro de quince días? ¿Por qué esperar tanto tiempo?

—Olvida usted que, para Stev...

Elisabeth se interrumpe, cree haber oído pasos en el corredor. Permanece al acecho, tensa, una docena de segundos, con el corazón palpitante. Pero es una falsa alarma, y continúa:

—Para Stev, ha sido usted operado por dos cirujanos rusos. Y tienen que transcurrir esos días para que las heridas cicatricen.

TTX reflexiona. Ahora está completamente despierto.

Elisabeth, ansiosa, espera. Quiere que termine la pesadilla.

—Va usted a salir de esta clínica con la mayor naturalidad posible. Para ir a buscar cigarrillos, por ejemplo, o cualquier cosa que parezca normal e indispensable. Irá a la avenida Montaigne...

Da la dirección exacta de Harold, su jefe.

—Le contará todo lo que sabe. Trate de ser convincente, pues es muy probable que suponga que es una trampa, y dígale dónde estoy. ¡No pierda tiempo!

Elisabeth se pone en pie y susurra, temblorosa:

—¿Qué va usted a hacer, Jasper?

—¡Haga lo que le he dicho! Del resto me encargo yo.

CAPÍTULO VIII

Profiere un grito —lo sabe— pero, curiosamente, no lo oye. Un peso gravita sobre sus labios. Thorps abre los ojos. Cree haber enloquecido.

El agente de la CIA está inclinado sobre él.

La cabeza envuelta en el vendaje. Un fantasma. Una momia viviente. Completamente nueva y muy limpia.

Thorps comprende. Sus manos izquierdas están separadas bajo el vendaje que adquiere una forma cada vez más suelta. El otro ha tirado de su lado para cortar el contacto. Esa es la explicación del intenso dolor que ha experimentado y que le ha despertado de su sueño artificial después de la operación.

—¡Está usted chiflado! —dice Thorps, desconcertado.

TTX no contesta y tira más del vendaje. Aparece su mano izquierda. Las puntas de los dedos son una masa sanguinolenta. Luego, el agente vuelve de nuevo su cabeza ciega hacia Thorps.

Ciega, tal vez no. Thorps tiene la impresión de que el otro puede verle. Las vendas están separadas al nivel de la boca, lo cual es normal, pero parecen estarlo también un poco al nivel de los ojos.

El joven físico abre la boca como para gritar.

El agente de la CIA levanta el brazo derecho como para golpear.

Thorps se calla.

Parecen observarse como dos boxeadores sobre el ring, o como dos luchadores. Es un deporte en el cual los protagonistas se disfrazan, a veces. Y TTX es una especie de Ángel Blanco.

A continuación, TTX inicia un gesto sorprendente, insensato, descabellado, desde el punto de vista de Thorps.

Lleva la mano derecha a la base de su cuello y empieza a desenrollar la venda.

Thorps frunce los ojos, incapaz de proferir un sonido.

Súbitamente, delante de él, pasa una secuencia del *Hombre Invisible*.

El rostro que va a aparecer será, como la punta de los dedos, una masa informe, sanguinolenta...

La venda es interminable...

Luego aparece la punta de la barbilla.

Seguida rápidamente del resto de la cara.

Thorps queda asombrado. Las facciones del hombre de la CIA están intactas. La cara está enrojecida, empapada en sudor..., pero intacta.

—Pero... ¿cómo es posible que no haya sido usted... operado?

—Cuestión de voluntad —replica TTX, sarcástico.

—Yo...

—¡Silencio! Voy a hacerle una proposición, Thorps. Le cojo de la mano y le llevo a los Estados Unidos. Por su propia voluntad. Si no, será contra.

—¿Contra qué?

—Contra su voluntad.

—Me basta con gritar para alertar toda la clínica.

—No grite antes de haberme oído —se apresura a decir TTX—. Personalmente, soy medio francés, medio norteamericano, pero tengo un pasaporte de ciudadano de los Estados Unidos. No hago política...

—¡Ah! —exclama Thorps, que ha recobrado su presencia de ánimo—. ¿Llama usted no hacer política a su asquerosa profesión?

—Da la casualidad de que soy norteamericano y, en consecuencia, trabajo para mi patria.

—La ciencia, al igual que el arte, no tiene fronteras.

—Sin embargo, se encuentra usted en excelentes condiciones para saber que las fronteras existen, Thorps... Para que pueda cruzar una frontera, hay todo un equipo de hombres en acción. Sin contar con los que trabajan para evitar que la cruce.

El joven físico inclina la cabeza, con aire pensativo. TTX se pregunta si ha apuntado bien. Añade:

—Comprendo que se diga esto: si todos los sabios del mundo pudieran darse la mano por encima de las fronteras, sería formidable. ¡De acuerdo! La Internacional de los sabios, de la ciencia. En ese caso, sí, trabaja usted para evitar los conflictos, las guerras, la explosión nuclear. Pero quédese en su casa para hacer eso, amigo mío. Es diez veces más valiente y más difícil. Si no...

—¿Qué? —inquire Thorps, levantando la cabeza.

—Es simplemente una traición.

Thorps se siente lastimado en su amor propio. Su rostro se crispa.

—¡Imbécil! No ha comprendido usted nada... Es una cuestión de equilibrio entre los dos bloques.

TTX sonrío. ¡Como si no lo supiera él que, en su calidad de agente secreto, ha restablecido ese equilibrio con más frecuencia que cualquiera!

—Al informar a mis amigos soviéticos —continúa Thorps— de todo lo que sé, contribuyo a la paz.

«Está ciego —piensa TTX—. Es un idealista. En la Edad Media hubiera sido Inquisidor... o le habrían quemado vivo en una plaza pública».

—¿Es su última palabra, Thorps?

El joven sabio sacude la cabeza.

—Sí.

—Lo siento, amigo.

TTX amaga un golpe con la mano izquierda al rostro de Thorps. El físico efectúa un movimiento muy lógico de defensa. Levanta un brazo para protegerse, a la altura de los ojos, dobla el cuello... y ofrece al agente U. S. toda la superficie de una nuca robusta y despejada. TTX apunta con la mano derecha, con el filo de la palma. Un *atemi* fácil. Thorps se desploma suavemente sobre la cama, sin conocimiento. Y sin un grito.

El hombre de la CIA se inmoviliza. Tiende el oído.

La clínica está silenciosa.

Cuatro automóviles negros, de marcas distintas pero todas francesas, se detienen a lo largo de la acera de aquella calle tranquila del distrito XVII.

Del primer automóvil salen cuatro personas: Harold, Mike O'Hara, Elisabeth Marcus —que ha insistido en acompañarles— y un testigo: un hombre del S. D. E. C. E. que pretende llamarse Duchamp. El jefe local de la CIA quiere cubrirse, desde luego, ante los franceses.

De los otros tres vehículos salen una docena de agentes U. S. especialistas en aquella clase de acción, todos provistos de una Walter o de un Beretta con silenciador.

La verja de entrada a la clínica Barratjanian está protegida por una plancha de acero que no permite ver nada de lo que sucede detrás de ella.

El jefe de la CIA sitúa a sus hombres. No se trata de atacar, sino de cubrir una retirada.

—Alguien pasará al otro lado del muro y estará preparado para abrir la verja *desde dentro* —dice Harold.

—Esto es cosa mía —declara Mike O'Hara.

El muro es bastante alto. Pero el irlandés posee una agilidad fantástica y no tarda en desaparecer por el otro lado.

Harold da otras órdenes. Los agentes ocupan sus puestos. Elisabeth sigue, asustada, aquellos preparativos. Duchamp, por su parte, lo contempla todo tranquilamente, como hombre acostumbrado a tales despliegues. Pero no deja de admirar la precisión y la eficacia del jefe de la CIA, el cual se hace comprender con una extraordinaria economía de palabras.

Ahora, a esperar. El tiempo se ha detenido.

TTX anda de puntillas hasta la puerta de la habitación, la entreabre. A dos metros de distancia, en el pasillo, Fedor dormita sobre una silla.

TTX salta.

Fedor despierta y vuelve a quedarse dormido casi simultáneamente. TTX le ha golpeado en la nuca, igual que a Thorps. La silla ha caído. Fedor yace cuan largo es en el suelo del pasillo. TTX se acerca rápidamente a él. Los zapatos del ruso son negros y puntiagudos. TTX desata los cordones y procede a ponerse aquellos zapatos. Le están algo pequeños, pero protegen sus pies descalzos.

TTX arrastra a Fedor, agarrándole por los sobacos, al interior de la habitación, donde le abandona. Luego se acerca a la cama. Thorps continúa sin sentido. TTX se lo carga al hombro. La cabeza del físico cuelga a su espalda.

Ahora, hay que confiar en la suerte.

TTX sale al pasillo y se dirige hacia la escalera con su carga.

Todo está silencioso.

Los zapatos le aprietan. Thorps pesa mucho más de lo que creía.

TTX llega a la escalera sin haber encontrado a nadie. Tiene la impresión de que sus zapatos hacen un ruido enorme cuando la suela cruje sobre un peldaño.

El rellano del primer piso.

De nuevo la escalera.

Allí tropieza con Stev.

Stev, que no da crédito a sus ojos ante aquella aparición fantasmal.

TTX, a pesar del lastre de Thorps, ataca. Golpea con la rodilla el bajo vientre de Stev, el cual se revuelca por el suelo, aullando.

Arriba, Youri y Serge han oído los gritos de su jefe. Serge se precipita a la escalera. Youri a una ventana.

TTX abre de un puntapié la puerta de la clínica y echa a correr hacia la salida, a través del jardín.

Youri ve dificultada su visión por la oscuridad y la niebla. Cree distinguir una silueta que huye. Desenvaina y dispara. Al bulto.

Mike O'Hara ha oído. Es el momento de intervenir. Se precipita hacia la verja y empuja los dos pesados batientes.

El primer disparo de Youri desencadena el tiroteo.

Pero un tiroteo con silenciadores, por una y otra parte.

¡Toing! ¡Toing!

El ruido es ridículo, en relación con el peligro.

TTX sigue corriendo, apelando a todas sus energías. Le ha parecido oír el estallido de unos disparos. Empieza a zigzaguear, sin aminorar por ello la velocidad de su marcha. Pero, a veces, resbala en la grava. La distancia no es muy larga, pero se ve aumentada por la oscuridad y la niebla. TTX tiene la impresión de que no llegará nunca al final de aquel maldito jardín.

Súbitamente, estalla la luz de un proyector. El haz luminoso barre el jardín, perfora a intervalos las capas de niebla.

Del lado de la clínica, redoblan los disparos.

TTX ve la verja a unos veinte metros de distancia. Unas siluetas penetran en el jardín. El cuerpo de Thorps parece de plomo. Los pulmones del agente norteamericano están ardiendo.

Uno de los hombres de la CIA cae hacia atrás, probablemente muerto. Los otros empiezan a disparar contra el proyector móvil. Si consiguieran apagarlo, el colega que corre hacia ellos no sería ya aquel blanco fácil, frágil.

Elisabeth comete el error de acercarse a Harold.

Una bala perdida la alcanza en pleno pecho. Cae en los brazos de Duchamp, el cual la aparta a un lado, se inclina sobre ella. La joven tiene la boca llena de sangre. Sólo le quedan unos segundos de vida.

TTX nota un leve choque a su espalda.

Franquea la verja.

Se desploma a los pies de Harold.
Los disparos han cesado.
El tiempo vuelve a detenerse.
Harold sonríe a TTX. Su mirada se demora unos instantes en la mano izquierda de su agente. Los dedos ensangrentados.
Harold tiene la misma herida.
Harold se arrodilla al lado de Thorps, caído también en el suelo. El jefe de la CIA hace una mueca.
El leve choque que TTX ha notado en la espalda mientras corría era el impacto de una bala.
Thorps está muerto.

EPÍLOGO

—¡Y pensar que ha estado usted a punto de cambiar de cara!
TTX se acaricia maquinalmente la nariz, las mejillas.
—Es posible que la que tengo no valga demasiado, pero he llegado a encariñarme con ella.
En el bar de su apartamento, Harold prepara tres vasos.
—Elisabeth... —empieza TTX, algo emocionado.
—Murió sin sufrir.
—¡Qué hecatombe! —se lamenta TTX.
—Desde luego —asiente O'Hara—. Una verdadera hecatombe.
Harold mira fijamente a TTX con sus ojos grises.
—Ha cumplido usted su misión, amigo mío. Yo había dicho: vivo o muerto.
—Hubiera preferido entregar vivo a Thorps...
TTX se abisma durante unos segundos en una especie de ensueño. Piensa en el joven físico. Añade:
—Para él, tal vez ha sido mejor así.
—*Skoll!* —dice Harold, alzando su vaso de whisky.
TTX moja sus labios en su piperment con agua. Sonríe.
—No se olvide de telefonar a Luxemburgo, jefe.
—¿Eh?
—A un tal doctor Muhlenrich. ¡Dígale que tiene dos cirujanos rusos en su bodega!

F. CHABREY



ESPIONNAGE

**LA VINGT-CINQUIÈME
IMAGE**

M. FOURDON

FLEUVE NOIR

LA IMAGEN VIGESIMOQUINTA

F. Chabrey

NOTA DEL AUTOR

Mi hermana, Karen Lungstrom, hija de un industrial sueco, nació en Estocolmo poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial, un día del mes de mayo, bajo el signo del Toro. Educada muy libremente, como toda la juventud sueca, practica diversos deportes e ingresa en la Universidad, donde estudia con aprovechamiento la carrera de Derecho. Pero, demasiado activa, demasiado dinámica para que la satisfaga un empleo sedentario en un bufete de abogado, aprende a pilotar, ingresa en las unidades femeninas del Ejército y conquista en ellas la graduación de teniente.

Abandona el Ejército para entrar al servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores de su país y se convierte en correo diplomático. Puede encontrársela, silueta elegante y deportiva, los rubios cabellos al viento, en todos los aeródromos del mundo y en todas las grandes líneas internacionales.

Su trabajo la pone en contacto con toda clase de personas fascinantes y la mezcla de cerca o de lejos a diversas aventuras.

Partiendo de hechos reales, que ella conoce por aquellas personas y por aquellas aventuras, me da la posibilidad de escribir estas novelas.

Karen suele redactar sus notas en el avión, en el curso de los interminables viajes que realiza en su calidad de correo diplomático.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿NO puedes comprarte un reloj de esfera luminosa, como todo el mundo? Te he dicho ya un montón de veces que acabarás por señalar nuestra posición, con tu puerca costumbre de encender cada dos por tres tu maldito mechero para ver la hora...

La lluvia caía fina, apretada. No había dejado de empapar las ramas de los abetos desde que Heinz Guermann y Helmuth Holler habían entrado de guardia, a las doce y media de la noche. Tras haber absorbido toda el agua que podían, sus recios capotes militares golpeaban lamentablemente sus botas claveteadas.

—Sólo quiero saber cuánto me falta para ir a ver a Gerda —dijo Holler.

—¡Estás chiflado! Ir a ver a una mujer casada a las tres de la mañana...

—El chiflado es su marido, por haber escogido un oficio que le obliga a dejar sola a su mujer en cuanto se hace de noche.

—¿A qué se dedica el marido?

—Es ferroviario.

Bajo la mirada desaprobadora de Guermann, Helmuth Holler encendió una vez más el mechero. Eran las 2,25; el relevo de la guardia tendría lugar a las 2,30. Con un poco de suerte, antes de las tres podría estar en casa de Gerda, en Duderstadt. La unidad del nuevo ejército alemán del Oeste a la cual pertenecían los dos hombres tenía como misión momentánea la de montar guardia en la frontera de las dos Alemanias. Guermann y Holler, con su sección, tenían su puesto en pleno bosque, cerca de la frontera, a un cuarto de hora de la pequeña ciudad de Duderstadt. El Mando estaba en Gottingen, a cuarenta kilómetros de allí.

—Ya sabes lo que ha dicho el sargento —insistió Heinz Guermann—. Los del otro lado están cada día más excitados, con la de fugas que se registran. Disparan contra todo lo que se mueve. La luz de tu encendedor puede intrigarles. Primero disparan; luego se informan.

Guermann no había terminado su frase cuando una ráfaga de metralleta desgarró el aire, a un centenar de metros de ellos, del otro lado de la frontera. Los dos hombres, instintivamente, se dejaron caer al suelo, boca abajo. El casco de Guermann chocó contra una raíz y Guermann juró. Holler había perdido su mechero, el cual se disponía a encender una vez más cuando resonaron los disparos.

—No parece que vayan dirigidos contra nosotros —susurró Holler.

En el Este, un proyector se encendió sobre un mirador, iluminando la especie de *no man's land* que separaba las dos Alemanias, entre el mirador y el lindero del bosque donde se encontraban Guermann y Holler. La distancia no llegaba a un centenar de metros. La luz del proyector hizo brillar los alambres de espino a los cuales se pegaban unas gotas de lluvia.

—Parece ser que han colocado minas junto a la alambrada —dijo Guermann.

A ras del suelo, delante de la alambrada, en el límite de la iluminación del haz del proyector, algo se movió. Dos sombras se irguieron bruscamente y echaron a correr hacia el lindero del bosque. Estallaron nuevas ráfagas de metralleta, como ahogadas por la lluvia. El proyector se desplazó lentamente, enmarcando las dos siluetas. Guermann y Holler vieron que se trataba de un hombre y una mujer. De repente, una sorda explosión se dejó oír: había estallado una mina. La mujer salió despedida hacia adelante. A causa de la deflagración, millares de gotas de lluvia cayeron de los abetos sobre la espalda de Guermann y Holler.

El hombre estaba muy cerca del lindero del bosque. Dio media vuelta, como si quisiera precipitarse en ayuda de la mujer. Restallaron otras ráfagas de metralleta y el hombre se dobló por la mitad, agarrándose el vientre con las manos. Se desplomó lentamente, como un saco de salvado bruscamente vaciado de su contenido.

—¡Cochinos! —exclamó Holler.

En realidad, no pensaba tanto en el asesinato como en los inconvenientes que de él iban a derivarse, desde su punto de vista personal. Dos personas más o menos, ¿qué importaban? Pero tendrían que hacer un parte: tiempo perdido, y posiblemente no podría ver a Gerda aquella noche.

El hombre no estaba muerto. Se arrastraba hacia el bosque. Los disparos habían cesado. Guermann y Holler avanzaron un poco, siempre sobre el vientre; alargaron los brazos y pudieron agarrar al caído por los hombros. Arrastrándole, retrocedieron hasta el refugio de los gruesos abetos.

Guermann se incorporó sobre los codos y miró el *no man's land*. La mujer, caída de espaldas, estaba en una posición grotesca. Muerta, evidentemente. Sus piernas, empapadas de lluvia, brillaban bajo la luz del proyector.

Guermann y Holler oyeron un leve ruido detrás de ellos. Era el sargento de su puesto que llegaba, alertado por los disparos. En el momento en que se inclinaba para examinar al herido, el proyector se apagó.

A partir de aquel instante, en la frontera sólo se oyó el rumor de la lluvia al deslizarse por entre las ramas de los abetos, y el leve estertor del hombre que, moribundo, acababa de entrar en la Alemania del Oeste.

CAPÍTULO II

Una hora más tarde, una ambulancia del hospital militar norteamericano de Gottingen se detenía en el puesto de guardia adonde el sargento, Guermann y Holler habían transportado el cuerpo del desconocido. En cuanto el hombre estuvo en seguridad, Holler había insistido en marcharse inmediatamente.

—Vas a quedarte aquí —replicó el sargento—. Tienes que presentar tu informe, junto con Guermann. Y si alguien quiere hacerte alguna pregunta, quiero tenerte a mano. No tengo ganas de ir en busca tuya a Duderstadt, para sacarte de la cama de una cualquiera.

Luego había telefoneado a su compañía, en Gottingen. Sólo había podido hablar con el sustituto del comandante, exponiéndole brevemente los hechos.

—¿Ha muerto ese individuo? —preguntó el oficial de servicio.

—No, todavía respira. Pero tengo la impresión de que si no se ocupan de él inmediatamente, no volverá a tener ocasión de desayunarse.

—Es un fastidio. Aquí no tenemos nada: ni personal médico, ni vehículos. Voy a tratar de alertar a los norteamericanos. De todos modos, esas historias de paso clandestino de la frontera no les interesan demasiado.

—Entonces, ¿qué hago?

—Empiece a redactar su informe y espere. Aquí tengo a alguien que conoce exactamente la situación de su puesto de guardia. Podrá ayudar al conductor de la ambulancia, si los norteamericanos están de acuerdo en ocuparse del asunto.

Y, mientras colgaba, el oficial había gruñido: «No pueden quedarse con los brazos cruzados...». Inmediatamente, telefoneó al hospital militar

norteamericano de Gottingen, el cual había enviado una ambulancia. El herido, que continuaba respirando trabajosamente, había sido instalado en una camilla e izado a la ambulancia. Y el vehículo, pilotado por un negro que estaba furioso porque le habían despertado a aquella hora intempestiva, se había dirigido hacia el hospital. El teniente Gibson estaba de guardia. Se inclinó sobre la camilla que el chófer y su ayudante acababan de depositar en el vestíbulo del edificio.

—Demasiado tarde —dijo—. Llévelo al depósito. Mañana por la mañana nos ocuparemos de él.

* * *

A primera hora de la mañana, el teniente Jimmy Tate, de las fuerzas de ocupación norteamericanas en Alemania, con destino en Gottingen, había sido encargado de ocuparse de la encuesta.

—En realidad, la liquidación del caso correspondería a los alemanes —le había dicho el coronel Bellew—. Pero, dado que el cadáver está aquí y que nuestros servicios médicos han intervenido, iremos hasta el final. Será más sencillo. Cuando hayan terminado todas las formalidades, enviaremos el expediente y el fiambre a los *Chleuhs*.

El teniente Jimmy Tate había empezado por dirigirse al puesto fronterizo para interrogar brevemente a Guermann y a Holler, y para hacerse cargo de su informe. Había aprovechado la ocasión para echar una ojeada al *no man's land*, donde se había desarrollado el drama, unas horas antes.

Había cesado de llover. El cadáver de la mujer continuaba en el mismo lugar donde había caído. Sus cabellos y sus ropas empapados, sus miembros dislocados por la explosión le daban el aire de una gran muñeca floja y desarticulada.

—¿Van a dejarla ustedes ahí? —le había preguntado Tate al jefe del puesto.

—En cuanto se mueve algo en el *no man's land* —había contestado el sargento—, los del otro lado disparan sin avisar. Aquí, nadie tiene ganas de hacerse matar para ir a recuperar un cadáver. Pero los de enfrente vendrán seguramente a buscarla hoy o mañana. O más tarde. Saben que nosotros no disparamos.

A continuación, el teniente Tate se había dirigido al hospital. Había anotado cuidadosamente el número de la ambulancia, el nombre del chófer negro y el del soldado alemán que le había acompañado, y el del médico de servicio. En el depósito, había exigido que dos enfermeros desvistieran el

cadáver delante de él, tomando nota de sus características y llamando a un fotógrafo para que sacara unos clisés. Y, delante de testigos, había inventariado lo que contenían los bolsillos del muerto.

A propósito de aquel inventario, el coronel Bellew había hecho acudir a su despacho, aquella misma tarde, al teniente Jimmy Tate.

—¿Me ha traído usted los objetos mencionados en su inventario, teniente?

—Sí, mi coronel. Todo está en ese sobre.

—Es muy poca cosa, ¿no le parece?

—No soy quién para juzgarlo, mi coronel.

En los bolsillos del hombre habían encontrado una tarjeta de identidad a nombre de Andreas Ullrich, un pañuelo sucio, un paquete de cigarrillos empezado y una fotografía tamaño 9 x 12 dentro de un sobre amarillo.

—Ni dinero, ni llaves, ni reloj, ni siquiera un lápiz... ¿No le parece raro, teniente?

—Sí, mi coronel, pero...

—Usted ha visto el cadáver. ¿Corresponde el individuo a la fotografía de la tarjeta de identidad?

—Sí, mi coronel, sin duda alguna. Pero ya sabe usted que las tarjetas de identidad... De todos modos, he pedido a la Policía Militar que tomara las huellas dactilares del muerto. Las tendremos hoy mismo, y podremos unir las al expediente.

—De acuerdo. Y ahora, veamos esa fotografía.

—Aquí está, mi coronel. Se encontraba en el bolsillo interior de la americana de Andreas Ullrich.

El coronel había sacado la fotografía del sobre y la había examinado largamente, con la ayuda de una lupa. Era una fotografía de tamaño clásico 9 x 12, y representaba indudablemente un plano, con sus cotas, y unas fórmulas. Pero ni el coronel Bellew ni el teniente Tate se hallaban en condiciones de decir a qué podía referirse el plano. Lo que retenía su interés y excitaba su curiosidad por encima de todo era una anotación que figuraba en la parte superior del plano y que la fotografía había reproducido fielmente:

US AIR FORCE — Top Secret — 17 de mayo de 1966

—No comprendo absolutamente nada —había dicho el coronel Bellew—. Sin embargo, no cabe duda de que este plano tiene algo que ver con nuestra aviación, y que ha sido dibujado el 17 de mayo.

—Y el diecisiete de mayo —añadió el teniente Tate— era ayer.

—Ayer, exactamente. Y el plano lleva la indicación: *Top Secret*. Lo cual no obsta para que ese alemán del Este, ese Andreas Ullrich, estuviera en posesión de la fotografía del plano. Y que estuviera en su posesión el mismo día que el plano fue elaborado.

El coronel Bellew había vuelto a examinar la fotografía largo rato, en silencio, como si esperara que ella le revelara su procedencia. Luego había dejado la lupa sobre el escritorio.

—Temo, teniente, que esta fotografía sea para nosotros Ja fuente de cierto número de complicaciones. Lo más práctico es hacer seguir a este expediente la vía jerárquica, la vía de servicio. El Estado Mayor de nuestra división está en Francfort, y el oficial a quien puede interesar el asunto es mi colega el coronel Smithers. Prepárese para salir inmediatamente hacia Francfort. Puede estar en su casa a primera hora de la tarde. Voy a telefonarle anunciándole su llegada.

CAPÍTULO III

Frankie Matthews abrió los ojos e, instintivamente, deslizó su mano derecha bajo la almohada. En todas circunstancias, antes de dormirse, dejaba allí su 7,65, con una bala en la recámara y el seguro puesto. Un golpe de pulgar y el arma estaba dispuesta para funcionar. Frankie Matthews estaba encariñado con el 7,65: abulta poco, es bastante preciso a unos metros de distancia y ello basta para detener a un agresor en su impulso.

Habiendo notado la culata de la pistola en la palma de su mano, Matthews, sin moverse, trató de comprender lo que le había despertado. En su vida aventurera, debió a menudo su salvación a la facultad que poseía de reaccionar, incluso en pleno sueño, al más leve ruido. Sin duda, aquella ventaja era una herencia de sus antepasados. Llevaba sangre india, y más concretamente sangre iroquesa, en las venas.

Algo le había despertado. Pero ¿qué?

Estuvo a punto de estallar en una carcajada.

Denise, en su sueño, se había movido, y su codo había rozado a Frankie debajo de la oreja.

Aquel simple contacto había desencadenado en su subconsciente la señal de alarma.

Soltó la culata de su pistola, apartó delicadamente el codo de Denise y acabó de despertarse. Sobre su mesilla de noche, su despertador de esfera luminosa señalaba las cinco. El alba empezaba a manifestarse a través de la persiana de su habitación, que era la de un motel. Denise Gutiérrez había aceptado pasar la noche allí con él.

Extraña y maravillosa Denise. De origen francés, se había casado con un diplomático sudamericano, el cual vivía ahora, por motivos políticos, en Washington. Denise y Frankie se habían encontrado varias veces en recepciones oficiales. Su marido había tenido que trasladarse con toda urgencia a Nueva York, y Denise había seguido a Frankie al motel «Pickli's».

Denise dormía profundamente con aquella semisonrisa que las mujeres tienen a menudo en los labios cuando están satisfechas de una noche de amor, sin que el hecho de haber engañado a su marido les impida tener la conciencia tranquila.

Frankie la miró y sintió deseos de despertarla.

Suavemente, tiernamente.

Cuando sonó el teléfono.

El aparato estaba sobre la mesilla de noche, al lado del despertador. Frankie descolgó el receptor. Denise no había parpadeado siquiera.

—¿Sí?

—¿Matt?

—¡Sí!

—A las ocho en mi oficina.

—Sí.

Y colgó.

Denise había surgido vagamente de su sueño feliz.

—¿Qué pasa, querido?

—Nada. Un ángel que volaba por aquí y que tenía algo que decirme. Duerme.

Ella gruñó un poco, frotó su mejilla contra la almohada y volvió a quedarse dormida.

Frankie Matthews se inclinó fuera de su cama, cogió un cigarrillo del paquete tirado sobre la alfombra y lo encendió. Al exhalar la primera bocanada de humo dijo entre dientes:

«¡El muy canalla!».

El hombre al cual daba Matthews aquel calificativo era su jefe, el coronel Carson. En primer lugar, únicamente Carson le llamaba «Matt», diminutivo inusitado de su apellido. Los otros le llamaban Frank, o Frankie. En segundo

término, sólo Carson podía ser lo bastante innoble para vigilar sus andanzas incluso cuando estaba de permiso. Uno de los principios de Carson, que carecía de ellos en otros terrenos, era el de que los hombres que trabajaban para él no tenían derecho a una vida privada. Aplicando aquel principio, el coronel Carson no vacilaba en adoptar cualquier medida para saber en todo momento dónde estaban sus hombres y qué hacían.

Sin embargo, Frankie Matthews estaba convencido de haber adoptado las suficientes precauciones para rodear del más profundo secreto su escapada con Denise Gutiérrez. En Washington no está indicado el bromear con el honor de los diplomáticos extranjeros, ni está recomendado el divertirse con sus esposas. Pero al decir «el muy canalla», Frankie no expresaba ninguna animosidad particular hacia su jefe, el coronel. Más bien un poco de admiración por el hecho de que hubiera conseguido, a pesar de todo, seguir su rastro hasta el motel «Pickli's». Por otra parte, y en conjunto, Matthews no tenía motivos de queja contra Carson, al contrario. Cuando había regresado de la guerra de Corea con el grado de capitán, algunas gloriosas condecoraciones, unas cicatrices interesantes y unas opiniones definitivas sobre la política y sus consecuencias, Frankie Matthews no era lo que se dice un hombre lleno de entusiasmo. Tenía treinta años y un título de ingeniero que nunca había tenido ocasión de mostrar porque, desde que salió de la Universidad, no se había quitado prácticamente el uniforme. Se preguntaba con ansiedad cómo iba a arreglárselas para integrarse con eficacia en la vida civil cuando Carson, que también había servido en Corea, le llamó a su despacho.

Carson le había dirigido un pequeño discurso que puede resumirse del modo siguiente: «Estoy al frente de un servicio de información que no es el F. B. I. ni la CIA; necesito hombres inteligentes y decididos, sin ataduras familiares, disponibles y lo bastante desengañados como para no tomarse nada en serio. Serán relativamente independientes y muy bien pagados; lo único que se les exigirá será que me obedezcan incondicionalmente. Usted, Matthews, está demasiado señalado por la guerra para convertirse en un ciudadano honorable, de acuerdo con la imagen que en América se tiene ahora de un honorable ciudadano. Quédese conmigo y lo pasará bien. Su vida tendrá color, y lo más probable es que muera de un modo oscuro antes de celebrar su cuadragésimo cumpleaños. Pero ¿qué importa eso?».

Frankie Matthews había aceptado, y hasta ahora no tuvo ocasión de arrepentirse.

Aplastó su cigarrillo en el cenicero y estiró su largo cuerpo: 1,82 y 80 kilos de hueso y de músculos. Los cabellos cortos, griseando en las sienes, peinados con raya a la izquierda. Unos ojos que vacilaban entre el azul y el verde. Y unos extraños pómulos, muy pronunciados, probablemente a causa de su origen indio, donde se alojaba una red de diminutas arrugas, que para los que le conocían bien eran el barómetro de su humor.

Pero ¿quién podía afirmar que le conocía bien?

Miró de nuevo el despertador y se pasó la lengua por los labios.

«A las ocho en la oficina», murmuró.

Dentro de un par de horas, volvería a llamarse Matt.

* * *

—Matt, siéntese, fume si quiere, y escúcheme.

El coronel Carson no parecía encontrarse en un estado de ánimo particularmente cordial. Sus ojos, veteados de rojo, revelaban que no había dormido mucho. Su despacho, de una gran sencillez, no parecía estar de acuerdo con la importancia de las tareas de seguridad nacional que le eran confiadas. Y él mismo, de aspecto rechoncho y aburguesado, no tenía nada de impresionante. Únicamente aquellos que, para desgracia suya, se habían visto obligados a enfrentarse con él en calidad de adversarios, sabían la implacable dureza que podía ocultarse detrás de su aire bonachón.

—¿Podría tomar un café? —preguntó cortésmente Frankie Matthews.

—Si dedicara sus noches a dormir en vez de conquistar a esposas de diplomáticos, con el peligro de atraernos dificultades, no necesitaría ningún estimulante a primera hora de la mañana —gruñó el coronel.

No obstante, pulsó un botón situado debajo del tablero de su mesa y casi inmediatamente se presentó una secretaria con dos tazas de café.

—Ya había pensado en ello —dijo el coronel—. Nos sentará bien a los dos.

—Buenos días, Lina —dijo Matthews, dirigiéndose a la secretaria.

—Buenos días, Frankie —respondió la joven—. Hoy ha madrugado usted mucho.

—Prepárenos más café, Lina —dijo el coronel—. Tome nota de todas las comunicaciones y diga que no estoy para nadie hasta nuevo aviso.

—Bien, mi coronel —dijo Lina.

La joven salió, cerrando la puerta suavemente.

—¡Vaya jaleo el que tenemos aquí, Matt! —exclamó el coronel Carson, golpeando con su pipa un expediente que tenía delante de él.

—Le escucho —dijo Matthews.

—Voy a resumir. Más tarde estudiaremos los detalles. Un individuo pasa clandestinamente la frontera entre la Alemania del Este y la del Oeste. Disparan contra él. Pero consigue llegar al Oeste, herido de muerte, y muere poco después en el hospital de Gottingen. Según sus documentos, se llama Ullrich. Los servicios norteamericanos de ocupación en Alemania efectúan la encuesta. En uno de sus bolsillos se encuentra una fotografía con la indicación: «US AIR FORCE — Top secret — 17 de mayo de 1966». A pesar de sus cortos alcances, nuestros militares acaban por pensar que aquella fotografía puede tener cierta importancia. Es la fotografía de un plano, indudablemente. La cosa pasa de servicio en servicio y, finalmente, un Estado Mayor de Francfort establece contacto con el Pentágono, aquí, en Washington. El teléfono y el telex entran en acción... ¿Me sigue usted, Matt?

—Le sigo, mi coronel.

—Aquí, se consigue situar rápidamente el plano que reproduce aquella fotografía. ¿Sabe usted lo que es un propulsor híbrido?

—Naturalmente. Parece usted olvidar que soy ingeniero, mi coronel...

—Bien. Entre el depósito de oxidante líquido de un motor a reacción híbrido, y el depósito de combustible sólido, hay un inyector. El inyector es muy importante.

—Lo sé.

—El plano «TOP SECRET» cuya fotografía tenía el difunto Ullrich en su bolsillo es el de un inyector que acaba de ser puesto a punto aquí, en el Pentágono. Y, al margen de ese plano, hay la fórmula de un nuevo oxidante líquido.

—No es la primera vez que un secreto del Pentágono llega al Este —observó filosóficamente Matthews.

—El problema no es ése —dijo el coronel.

Y volvió a llenar su pipa mientras Lina, la secretaria, entraba con otras dos tazas de café del cual se desprendía, esta vez, un agradable aroma a whisky.

—Ahora que pienso en ello —dijo el coronel, cuando Lina hubo salido—, no le aconsejo que prolongue sus escauceos con la señora Gutiérrez. Su marido tiene muy mal genio, y está a punto de firmar un fructífero acuerdo con los Estados Unidos.

—Fructífero, ¿para quién? —preguntó inocentemente Frankie.

—Para nosotros... Nuestro servicio se encuentra en precario equilibrio entre el F. B. I. y la CIA. No quiero que uno de mis hombres sea responsable

de un incidente diplomático. Si me cortan mis créditos, usted será el primer cesante, Matt.

—Tomo nota, mi coronel.

—Volvamos a nuestra fotografía. El hecho de que los otros hayan tenido conocimiento del inyector y del oxidante líquido tiene un pase. Ellos trabajan para saber lo que pasa aquí, del mismo modo que nosotros trabajamos para saber lo que pasa en el Este. Pero, en este caso concreto, nos enfrentamos con un verdadero jeroglífico: el de la transmisión. El problema es de tal magnitud, que requiere nuestra intervención.

—¿La transmisión?

—Escuche bien, Matt. Ese plano del inyector, con la fórmula del oxidante líquido, fue elaborado con el mayor secreto aquí, en Washington, en los laboratorios del Pentágono. Quedó terminado en la noche del dieciséis al diecisiete de mayo, y sólo entonces fue reproducido en microfilm. Antes de las siete de la mañana del 17 de mayo de 1966, las películas no pudieron salir del Pentágono, por la sencilla razón de que no quedaron listas hasta poco antes de las siete.

—¿Y bien? —inquirió Frankie Matthews, sorbiendo su café.

—Verá: el plano definitivo quedó terminado alrededor de las cinco de la mañana, y las fotografías poco antes de las siete. Y, antes de las siete de la mañana, ningún empleado del servicio de noche abandona el Pentágono. Ya sabe usted con qué severidad se ejercen los controles. Por lo tanto, insisto: es absolutamente imposible que las fotografías del plano pudieran salir del Pentágono antes de las siete de la mañana del 17 de mayo. Ahora, volvamos a la historia de Alemania, con el paso de la frontera de ese famoso Andreas Ullrich. El 18 de mayo, poco después de las dos de la mañana, Ullrich muere y se encuentra la fotografía en uno de sus bolsillos. Debe admitirse, teniendo en cuenta lo que exige en preparativos y en tiempo el paso clandestino de la frontera entre el Este y el Oeste de Alemania, que el difunto tenía ya la fotografía dos o tres horas antes de hacerse ametrallar.

—Es decir, antes de medianoche, o sea, el 17 de mayo.

—Perfectamente, Matt. Veo con satisfacción que empieza a comprender. Ese es nuestro problema. Imposible disponer de la fotografía antes de las siete de la mañana del 17 de mayo. Pero, cuando en Washington son las siete de la mañana, en Alemania son las trece horas, es decir, la una de la tarde. Y se necesita tiempo para transportar la fotografía... El avión más rápido invierte un mínimo de trece horas en el trayecto entre la costa oriental de los Estados Unidos y Alemania. Y en este caso se trata de la Alemania del Este. Añada el

tiempo necesario para el transporte entre las dos Alemanias, y se encontrará con la imposibilidad matemática de que nuestra fotografía llegue el 17 de mayo a la Alemania del Oeste, y menos todavía a la Alemania del Este.

—Comprendo —dijo Frank.

—Hagamos el cálculo a la inversa —insistió el coronel—. Admitamos que es medianoche en Alemania. En aquel momento, en Washington son las seis de la tarde. Tenga en cuenta las trece horas de vuelo, como mínimo, del avión más rápido; si a las seis de la tarde le restamos trece horas, nos encontramos con las cinco de la mañana. Y, a las cinco de la mañana, la fotografía no existía aún.

Se produjo un breve silencio durante el cual el coronel Carson vació nerviosamente el contenido de su pipa apagada en el cenicero.

—Y que no vengan a hablarme —continuó— de transmisión por «belino» u otros procedimientos de esa clase. Todos los aparatos están bajo control, y vigilamos incluso los de las embajadas extranjeras. Nuestras instalaciones de interceptación no tardarían ni medio minuto en localizar cualquier aparato clandestino. No, Matt, hay que ver las cosas tal como son: una fotografía secreta, salida del laboratorio del Pentágono, de Washington, a primera hora de la mañana, se encuentra el mismo día, por la tarde, en un pequeño pueblo de la Alemania oriental. Algo materialmente imposible.

—Bueno, admito que sea materialmente imposible y que sin embargo haya sucedido. Pero, con todos los respetos, ¿en qué me afecta a mí? —inquirió Matthews.

—Le afecta en el sentido de que va usted a encargarse de poner en claro ese misterio, Matt.

—Le agradezco muchísimo el honor que me dispensa, mi coronel, pero me permito recordarle del modo más respetuoso que estoy oficialmente de permiso.

—Dados los riesgos diplomáticos que entraña su modo de utilizar los permisos oficiales, Matt, estimo preferible que vuelva usted al trabajo.

—Esa es su opinión y, como todas las opiniones, muy respetable. Sin embargo...

El coronel Carson interrumpió a Frankie Matthews con bastante sequedad.

—Hay algo más: Andreas Ullrich.

—¿El individuo que murió y que tenía la fotografía?

—Exacto, Matt. Ese hombre no se llamaba Andreas Ullrich, sino Mike Benson. ¿Le dice algo ese nombre?

—¿Mike Benson? Es mi...

—Sí, Matt. Mike Benson, su compañero. Salvo error, uno de sus mejores compañeros. Sargento en su unidad en Corea. Estaba también a mi servicio.

—Hacía más de seis meses que no le había visto.

—Porque yo le confié una difícil misión en la Alemania del Este: volver a construir dos redes que nos habían desmantelado.

—Y, ahora, ha muerto.

—En Duderstadt, Gottingen y Francfort, donde se han desarrollado los acontecimientos relacionados con esa fotografía, hay un joven teniente, Jimmy Tate, que se encargó de la encuesta. Pura rutina. El teniente Tate es muy minucioso. Hizo transmitir a Washington, por telex, todos los datos del expediente. Y se le ocurrió la idea de hacer tomar las huellas digitales del difunto y comunicarlas al F. B. I. Son las huellas de nuestro amigo Mike Benson.

—¿Lo cual significa, en su opinión?

—Que ignoramos cómo pudo pasar esa fotografía, en unas horas, de Washington a la Alemania del Este; que Mike Benson, mientras trabajaba con sus redes, pudo enterarse de algo interesante; que tal vez comprendió cómo se efectuaba la transmisión; que trató, prueba en mano, de pasar al Oeste para traernos la solución; y que murió antes de poder hablar.

En el despacho del coronel Carson se produjo un largo silencio. Frankie Matthews encendió un nuevo cigarrillo y, maquinalmente, palpó, a través de la tela de su pantalón, una cicatriz que tenía muy cerca de la arteria femoral izquierda. Una herida muy grave que recibió en Corea. Si aquel día no hubiese tenido a su lado al sargento Mike Benson...

—Mike ha muerto —murmuró Frankie.

—Mike ha muerto —confirmó Carson—. Y me gustaría mucho saber por qué.

—A mí —dijo Frankie, mientras sus ojos verdeazulados se hacían exclusivamente verdes— me gustaría mucho conocer al tipo que liquidó a Mike.

—Bueno, si ése es su deseo, Matt, encuentre al tipo que liquidó a Mike Benson y, aprovechando la ocasión, tal vez pueda explicarme usted el misterio de la transmisión de esa fotografía.

—De acuerdo, mi coronel. Acepto el encargo.

—No esperaba menos de usted, Matt.

CAPÍTULO IV

Después de su entrevista con el coronel Carson, Frankie Matthews había regresado a su casa: un estudio cómodo, con una pequeña cocina y un cuarto de baño, en el séptimo piso de un edificio de veinte, en el centro de la Constitution Avenue. Apenas hubo cerrado la puerta de su apartamento, se quitó los zapatos y los calcetines. Era una de sus manías. Le gustaba ir descalzo.

Hundió los pies con deleite en la blandura de la alfombra de su estudio.

«Resulta estúpido comprar una excelente alfombra, blanda y cara, y aplastarla con las suelas de los zapatos», le había dicho un día a una de sus amigas, asombrada al ver que se descalzaba antes de preguntarle qué quería beber.

Luego se quitó la americana y el sombrero y los tiró sobre el amplio diván que era el mueble más impresionante del apartamento; deshizo el nudo de su corbata y se subió las mangas de la camisa. Hacía ya calor en Washington en aquel mes de mayo. Entró en su cocina y sacó de un armario una botella de coñac empezada. Normalmente, prefería el coñac al whisky. Bebió un largo trago, a gollete. Luego tomó un vaso y, con el vaso en una mano y la botella en la otra regresó a su estudio y se sentó en el borde del diván, colocando botella y vaso sobre una mesita. Encendió un Camel y permaneció unos instantes pensativo. Luego descolgó el receptor telefónico, marcó el número del motel «Pickli's» y pidió el pabellón 25.

—¿Denise?... Aquí, Frankie... Buenos días, querida... Desgraciadamente, me encuentro en la imposibilidad de regresar al motel esta mañana... Te mando un taxi... No, absolutamente imposible, lo siento... Naturalmente que deseo volver a verte... Ya te avisaré... ¿A qué hora quieres el taxi?... ¿A las once?... De acuerdo... Hasta muy pronto, querida...

A continuación llamó a la compañía de taxis «Yellows» y dio sus instrucciones al respecto.

Luego se tendió sobre su diván y, mientras fumaba y saboreaba su coñac a pequeños sorbos, revivió mentalmente su entrevista con el coronel Carson. Pensó sobre todo en Mike Benson y, poco a poco, el problema de la fotografía pasó a segundo término, adquiriendo menos importancia que la necesidad de vengar a Mike Benson. Recordaba las aventuras que había vivido en compañía de Mike.

«No conviene que olvide el problema de la fotografía», murmuró súbitamente.

Y entonces sonrió y sus pómulos se arrugaron. Acababa de recordar una fórmula muy apreciada por uno de sus antiguos profesores de matemáticas: si hay un problema, existe una solución; si no, no habría problema. Le había gustado aquella fórmula, porque coincidía con lo sabio de las enseñanzas de sus antepasados los Hurones.

Y porque había pensado en su profesor de matemáticas, se dedicó a rehacer los cálculos del coronel Carson. Siempre la misma respuesta: imposible.

Y volvió a pensar en Mike Benson y en las horas pasadas.

Bruscamente, cesó de atormentarse a propósito de la fotografía.

«Ha tenido que salir necesariamente de Washington —se dijo—. Empecemos, pues, por Washington, y veremos lo que sacamos en limpio».

Se le ocurrió una idea.

Consultó su agenda personal y llamó a uno de sus amigos del Pentágono, pidiéndole informes precisos sobre la organización y la actividad del laboratorio fotográfico. Luego telefoneó al coronel Carson y le comunicó su plan. El coronel lo aprobó.

A renglón seguido, Frankie tomó una ducha. Se afeitó, y decidió estrenar su traje nuevo de tela de gabardina azul oscura. A las siete, se encontraba sentado a una mesa del «Luigi», un pequeño restaurante italiano situado a un par de manzanas de su casa, donde preparaban unos canelones deliciosos. Frankie no era de esos héroes que pueden pasar días y noches sin dormir, haciendo el amor, luchando, asistiendo a reuniones y conservando siempre una forma impecable. Para conservar la mente clara y la plena posesión de sus medios, necesitaba dormir mucho.

Mientras se desvestía y saboreaba un último coñac, escuchó en su electrófono el último disco de Frank Sinatra y se deslizó entre las sábanas.

* * *

El día siguiente era el 20 de mayo. Maquinalmente, al despertarse, Frankie calculó la hora que era en la Alemania del Este. El cielo estaba despejado y, según el hombre del tiempo, la temperatura en Washington alcanzaría los 25 grados. Se preparó y devoró con apetito un desayuno ligero: café con leche, un par de huevos fritos, tostadas, mantequilla, mermelada de naranja, cigarrillo y una taza de café discretamente rociado de coñac. Optó por un traje mil rayas, camisa blanca, corbata de punto. Pero no se olvidó de su 7,65, guardándolo entre la cinturilla del pantalón y la camisa, en el costado izquierdo, donde no molesta. Sacó su automóvil del garaje subterráneo del

inmueble. Un Ferrari GT color crema. Los coches deportivos europeos eran la debilidad de Matthews. En realidad, le arruinaban sin proporcionarle más ventajas que un buen automóvil de serie americano. Pero no le importaba. Había probado ya el «Sunbeam», el «Porsche», el «Mercedes» y el «Jaguar». Ahora se encontraba en el período italiano.

Antes de las siete, estaba emboscado en el restaurante situado delante mismo de la entrada del Pentágono por la cual debían pasar obligadamente los empleados del laboratorio fotográfico. A las siete dadas, los funcionarios del Pentágono que aseguraban el servicio nocturno empezaron a precipitarse en masas compactas hacia el restaurante.

Frankie Matthews localizó sin grandes esfuerzos a James Meredith. Le conocía de vista. Y una llamada telefónica que había hecho la víspera le había confirmado que James Meredith era el jefe del laboratorio fotográfico del Pentágono encargado de reproducir los planos de la *US Air Force*. La experiencia había enseñado a Frankie que, en el terreno en el cual actuaba profesionalmente, resulta contraindicado y decepcionante buscar una presa entre el personal subalterno, los porteros o las mujeres de la limpieza. Se había dicho que si alguien sacaba una fotografía del laboratorio, ese alguien debía de ser un responsable, un cuadro, según la terminología de la época.

En consecuencia, había decidido ocuparse en primer lugar de James Meredith. El día anterior, por la tarde, al telefonar a uno de sus amigos del Pentágono, había obtenido un resumen de la ficha del hombre: un funcionario norteamericano modelo; ni una sola contravención, ni siquiera por aparcar en un lugar prohibido; infancia ejemplar en una atmósfera familiar democrática, patriótica y protestante; escuela, Universidad, servicio militar sin la sombra de una reprimenda; matrimonio con una muchacha fea pero originaria de Boston, cuya familia podía demostrar que procedía de un pasajero del *Mayflower*; un hijo, varón; ningún vicio, ninguna amante; el bridge sin puestas todos los viernes por la noche con unos vecinos, también funcionarios; la televisión y, cada quince días, un recorrido de golf; carta de crédito en los principales almacenes de Washington; ningún viaje al extranjero, y grado de maestro en la logia masónica *The Progress*.

Recordando esos detalles mientras James Meredith hendía la multitud para acercarse al restaurante, Frankie no pudo evitar el murmurar:

«Lástima que sea protestante... El Papa le canonizaría».

Meredith se disponía ahora a entrar en el restaurante y Frankie redobló la atención.

La víspera, después de haber obtenido de su amigo del Pentágono el *curriculum vitae* de Meredith, sostuvo una larga entrevista con el coronel Carson. Al principio, Carson se había mostrado reticente. La idea de Frank no le gustaba demasiado. Finalmente se dejó convencer y prometió hacer todo lo necesario. La idea de Frankie era la siguiente: puesto que una fotografía sacada en Washington por la mañana no puede estar en la Alemania del Este por la tarde, y sin embargo está allí, hay que tratar de seguir, al menos, el principio de su pista, es decir, tratar de averiguar qué medio de locomoción utiliza. Y, durante la noche, a petición del coronel Carson, los ingenieros del Pentágono habían elaborado un nuevo plano secreto. En realidad, un plano puramente ficticio. Y el plano había pasado a los servicios fotográficos que dirigía Meredith. Nadie podía adivinar que aquel plano era una trampa.

Y Frankie Matthews se preguntaba si, ahora, un empleado del laboratorio estaba sacando del Pentágono el microfilm del plano.

No sospechaba más de Meredith que de otro, pero había decidido empezar por él porque era el jefe del laboratorio y de aquel laboratorio había salido forzosamente la famosa fotografía «US AIR FORCE —Top secret— 17 de mayo de 1966».

James Meredith había entrado en el restaurante.

Había cogido una bandeja y empezado a escoger un menú ligero, para su desayuno, en el mostrador del *selfservice*.

En aquel momento, un hombre bajito e insignificante tocó el hombro a Frankie Matthews y le susurró al oído:

—Ha llamado por teléfono al aeródromo, a las seis, y ha pedido que le pusieran en comunicación con un mecánico, un tal Bob Steward. Le habló de parte del coronel.

Frankie no parpadeó, pero a partir de aquel momento siguió con más interés que nunca los gestos de James Meredith, el cual buscaba un lugar disponible con la mirada. Finalmente se decidió por una mesa en la cual ya estaba sentado un hombre. El hombre y Meredith no intercambiaron una sola palabra. El hombre terminó su taza de café y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Luego rebuscó, probablemente su encendedor o su caja de fósforos. Al parecer, no llevaba encima ni una cosa ni otra. Ante su gesto decepcionado, Meredith sacó un encendedor del bolsillo derecho de su pantalón y ofreció fuego a su vecino. Al mismo tiempo, su mano izquierda se deslizó sobre la mesa y empujó algo bajo la arrugada servilleta del otro. El hombre expelió una bocanada de humo, dio las gracias cortésmente y empezó

a jugar con aire distraído con su servilleta de papel. Luego se puso en pie y salió del restaurante.

Frankie Matthews se puso en pie a su vez y le siguió.

* * *

Tres horas más tarde, desde Nueva York, llamaba por teléfono al coronel Carson.

—Aquí, Carson.

—Soy Frank Matthews, mi coronel.

—¿Desde dónde me llama?

—Desde una cabina pública del aeropuerto Kennedy de Nueva York.

—Pongo el magnetófono en marcha... Puede usted hablar.

—En el restaurante, James Meredith le entregó algo a un individuo. Seguí al individuo hasta el aeródromo de Washington. Se llama Bob Steward y forma parte del personal de tierra.

—Meredith le llamó por teléfono a las seis.

—Lo sé, su mensajero me informó. Bob Steward tiene como misión llenar los depósitos de carburante de los aparatos que tienen que despegar. Se ocupó de un Boeing de la línea Washington-Nueva York. Pero, en realidad, los depósitos ya estaban llenos, puesto que el avión salió a las 7,45. De todos modos, Steward se ha acercado al Boeing con una furgoneta. Ha desenroscado el tapón que protege el gollete de entrada del carburante en los depósitos de ala. Se ha quitado el emblema...

—¿Qué emblema?

—Casi todos los mecánicos llevan el emblema de una marca de carburante en la chaqueta de su traje de faena. Un emblema redondo y pequeño, de color. Steward ha pegado aquel emblema debajo del tapón y ha vuelto a enroscarlo. Tengo la impresión de que el emblema está imantado y se aguanta solo.

—Bien. ¿Y después?

—He saltado al control y me he dado a conocer. He podido obtener sin dificultad una plaza en el Boeing. Apenas me había sentado cuando hemos despegado. Y menos de una hora más tarde hemos aterrizado en Nueva York, en el aeropuerto Kennedy. He dejado salir a los pasajeros y me he quedado en mi asiento, pegado a una ventanilla. De nuevo, una camioneta se ha acercado al avión. Un solo individuo a bordo del vehículo. Se ha apeado, ha colocado una escalera contra el ala, ha subido por ella y ha desenroscado el tapón. El individuo no llevaba ningún emblema en su chaqueta. Ha despegado el

emblema que Steward había colocado debajo del tapón y lo ha puesto en su solapa.

Al otro extremo del hilo, en Washington, el coronel Carson perdió súbitamente la paciencia. Su voz subió de tono.

—¡Ya está bien, Matt! No le pido un informe detallado para los periódicos de la tarde.

Frankie Matthews no se inmutó.

—Mi estilo es sobrio, mi coronel.

—Me gustaría que también usted lo fuese de cuando en cuando.

—¿Que fuese qué?

—Sobrio. Continúe.

—El individuo ha bajado de la escalera. En aquel preciso instante ha levantado la cabeza, y creo que me ha visto en la ventanilla del avión.

—¿Cree usted?

—Estoy casi seguro. Me he precipitado fuera del aparato mientras él volvía a subir a su camioneta y arrancaba a toda velocidad. Entonces se ha producido el accidente.

—¿El accidente?

—La colisión. Supongo que el individuo, en vez de mirar delante de él, ha tratado de vigilarme por su retrovisor. Otro camión ha llegado por su derecha, también a toda velocidad. Han chocado. Mi chófer ha resultado herido y le han transportado a la enfermería, sin conocimiento.

—Debió de perderlo ya al ver su cara.

—¿Qué?

—Nada. Continúe.

—El director del aeropuerto me conoce. He podido entrar en la enfermería y examinar los objetos que el chófer llevaba encima. El famoso emblema se abre exactamente igual que un medallón. En su interior había un microfilm.

—Sin duda alguna, la reproducción del plano que he hecho elaborar esta noche en el Pentágono...

—Eso es lo que he pensado, y por ello he decidido dejarlo todo tal como estaba.

—Pero, es una prueba contra Meredith, Matt...

—Desde luego. Pero he pensado que Meredith, Bob Steward y el mecánico de Nueva York no son más que los primeros eslabones de una vasta organización.

—Un momento, Matt, por favor. El tiempo de encender mi pipa.

Frankie Matthews aprovechó aquel breve respiro para abrir la puerta de su cabina, a fin de que entrara un poco de aire fresco. Luego continuó:

—He efectuado una rápida encuesta a propósito del mecánico. Nada especial. Y he hablado con el director del aeropuerto.

—Oiga, Matt, prefiero que discutamos todo esto personalmente. Puede usted regresar a Washington esta misma mañana, ¿no es cierto?

—Desde luego. Hay aviones casi todas las horas.

—Entonces, vuelva, Matt. Le invito a almorzar.

A primera hora de la tarde, el coronel Carson y Frankie Matthews acababan de almorzar juntos en Washington. En el *Ciro's*, uno de los restaurantes más selectos de la capital. Frankie, que se sentía en plena forma, mientras esperaban el café y casi sin darse cuenta, empezó a quitarse los zapatos. Debajo de la mesa, la alfombra era suntuosa. Una mirada glacial del coronel Carson le devolvió el sentido de las conveniencias. Y el coronel dijo:

—Parece un hecho cierto, pues, que el que se apodera de los documentos secretos es el irreprochable Meredith. En cierto sentido, es una lástima que no se haya apoderado usted del microfilm contenido en el emblema de su mecánico de Nueva York. Hubiésemos podido confundir a Meredith.

—En mi opinión, eso no nos hubiera servido de mucho. Meredith y los mecánicos no son más que engranajes de una organización que se extiende desde los Estados Unidos hasta la Europa Central. Destruyendo los engranajes secundarios no se decapita la organización. Por el contrario, la cabeza queda alertada y adopta nuevas medidas. Es preferible que la organización conserve una sensación de seguridad.

El camarero trajo los cafés y los coñacs. El coronel Carson sacó su pipa y la llenó. Frankie Matthews encendió un Camel y continuó:

—En el aeródromo de Nueva York me he informado a propósito del mecánico herido. Su misión consiste en llenar los depósitos de carburante de los aparatos.

—Igual que Bob Steward en Washington.

—La misma misión. Eso les facilita las cosas. Pueden proceder a su intercambio de emblemas con toda tranquilidad.

—Pero, en Nueva York, su mecánico no fue a llenar el depósito del avión...

—Era un aparato destinado a la línea Washington-Nueva York y regreso. No es necesario llenar los depósitos en cada escala. El mecánico debía asegurarse sencillamente de que los tapones de los depósitos estaban bien cerrados, antes de dedicarse a llenar los depósitos de los otros aparatos.

—¿Qué aparatos?

—Me he informado. Tenía a su cargo cuatro correos entre los ocho y media y las once de la mañana.

—¿Con qué destinos?

—Nueva Orleans, Río de Janeiro, San Francisco y Dublín.

—Teniendo en cuenta lo que hemos descubierto, podemos suponer que Meredith roba un microfilm en el laboratorio, y que ese microfilm viaja en avión, oculto en unos emblemas de mecánico. Y que si llega de ese modo a Nueva York, sale también de Nueva York de ese modo. Pero ¿para ir adonde?

—Con la ayuda del director del aeropuerto Kennedy, he estudiado los itinerarios de los cuatro aparatos cuyos depósitos debía llenar el mecánico, suponiendo que tenía que pegar su emblema en el depósito de uno de esos aviones. No recuerdo exactamente los horarios, pero creo que son necesarias cuatro horas de vuelo para el Nueva Orleans; siete horas para el San Francisco; doce horas para el Río de Janeiro, y siete horas para Dublín.

—¿No hay avión para Berlín?

—Sí, pero salen por la noche.

—Todo eso no nos conduce a nada, Matt. No hay que perder de vista los datos del problema: la fotografía salida a las siete de la mañana del laboratorio de Washington se ha encontrado antes de la medianoche en la frontera de las dos Alemanias. El único aparato a bordo del cual nuestro mecánico hubiese podido ocultar su emblema, es decir, un aparato que volara hacia el Este, es el de Dublín. ¿A qué hora sale?

—A las nueve.

—A las nueve. Añadamos siete horas de vuelo, y tenemos las cuatro de la tarde. Más la diferencia horaria.

—Cinco horas —dijo Matt.

—Por lo tanto, el aparato aterriza en Dublín a las nueve de la noche. Y queda el trayecto Berlín-Dublín.

—Cuatro horas de vuelo y una hora de diferencia —concretó Matt.

—¡Bravo! Veo que no ha perdido el tiempo en Nueva York. Eso nos sitúa en Berlín a las dos de la mañana, como mínimo. Y hay que ir aún de Berlín a la frontera.

—Trescientos quilómetros —dijo Frankie.

—En consecuencia, volvemos a nuestra imposibilidad. Complicada, ahora, por el hecho de que sabemos a ciencia cierta que nuestras fotografías viajan por avión. No hay que pensar en «belinos» ni en nada por el estilo. Es imposible y, sin embargo, «es».

—Mi coronel, ¿me permite que sugiera una cosa? —inquirió Frankie.

—Sugiera, Mat, sugiera.

—Hemos tratado de llegar a la fuente. La hemos encontrado, pero no es prácticamente de ninguna utilidad, excepto que conocemos a Meredith. Propongo que empuñemos el asunto por el otro extremo.

—¿Alemania?

—A Mike Benson le mataron allí. Creo que no le hubieran matado si no hubiese encontrado la solución. Y es evidente que la había encontrado, puesto que tenía la fotografía en el bolsillo... Viendo las cosas con menos optimismo, podemos asegurar que encontró una pista seria. Iré de buena gana a relevarle.

—Hace mucho rato que le hubiera pedido eso, Matt, pero no me ha dejado usted meter baza en todo el almuerzo. De acuerdo, saldrá usted para Alemania.

—Podría tomar el avión mañana —dijo Frank, pensando que una última noche en Washington le permitiría despedirse convenientemente de Denise Gutiérrez.

—Si no he entendido mal, me ha dicho usted hace unos instantes que los vuelos con destino a Berlín estaban fijados para la noche.

—Exacto, mi coronel. Pero yo no voy a Berlín.

—Desde luego, mi querido Matt. Irá usted en primer lugar a Francfort. ¿Hora de salida de Nueva York, Matt?

—En el mes de mayo, a las 23,55 —respondió Frankie sin el menor entusiasmo.

—De acuerdo. Eso nos deja el tiempo suficiente para organizarnos. Salgamos de este dispendioso establecimiento y pasemos a mi despacho.

Y Frankie Matthews no tuvo ocasión, ni aquel día ni los días siguientes, de ver a Denise.

CAPÍTULO V

El avión de Frankie Matthews tenía que aterrizar en Francfort a las 12,25. De acuerdo con las indicaciones que acababa de dar el comandante de a bordo a través de los altavoces, el horario sería respetado. Frankie se volvió ligeramente hacia su vecina.

—Se acerca la hora trágica de la separación —dijo.

Ella sonrió suavemente, descruzando sus largas piernas.

—No será tan terrible —dijo—. Además, tenemos que volver a vernos pronto, salvo error. ¿Acaso ha olvidado ya que tiene que llamarme mañana a mi hotel?

—¡Que el Gran Espíritu Manítú me condene si olvido semejante cosa!

Y la mirada que dirigió a la joven hizo comprender a ésta que su interlocutor no tenía intención de dejar escapar la menor oportunidad de volver a verla.

El azar les había proporcionado, a la salida de Nueva York, dos asientos contiguos en el avión de Francfort. Frankie había entablado conversación del modo más natural, y Karen se había mostrado inmediatamente como una compañera de viaje muy agradable. Era sueca, delgada, rubia y bien formada. Frankie no sabía más acerca de ella. Karen, por su parte, había encontrado simpático a aquel joven alto que sabía ser irruptor de un modo discreto y cuyos acusados pómulos se arrugaban extrañamente cuando sonreía. Puesto que ambos tenían que pasar unos días en Francfort, habían decidido volver a verse y cenar juntos.

En la parte delantera de la carlinga, los visores luminosos se encendieron rogando a los pasajeros que dejaran de fumar y se ataran los cinturones. El aparato empezó a perder altura, y luego aterrizó entre un ruido infernal de reactores. Karen se puso en pie y precedió a Frankie en el pasillo, en dirección a la salida.

«¡Vaya, vaya!», murmuró Frankie.

Acababa de darse cuenta de que el maletín negro y plano que Karen sostenía en su mano izquierda estaba atado a su muñeca por una cadenilla. Echó a andar detrás de ella, detallando su silueta.

«Si viaja con un maletín con cadena, probablemente es correo diplomático o algo por el estilo —pensó Frank—. Si es correo diplomático, hay que descubrirse ante los hombres de Estado suecos: saben escoger su personal de confianza».

Karen y Frankie, tras recuperar sus equipajes, se separaron a la salida de la consigna.

—Mañana la llamaré por teléfono al Intercontinental —dijo Matthews.

Ella asintió y subió a un taxi cuyo chófer acababa de cargar sus maletas. La joven conservaba su maletín negro en la mano.

Frankie Matthews, por su parte, se hizo llevar al cuartel general de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Ya le esperaban y, tras haber pasado algunos controles, se encontró en presencia del coronel Smithers.

—Bien venido a tierra extranjera, Matthews. ¿Qué tiempo hace en Washington?

—Saludos cordiales de la patria, mi coronel. En Washington hace un tiempo primaveral.

—Estupendo. Matthews, sin duda tendremos ocasión, al menos así lo espero, de tomar unas copas juntos hablando de cosas que no sean del servicio. Pero en primer lugar tenemos que ocuparnos de los motivos de su venida aquí. Y, para empezar, las cuestiones prácticas: ¿tiene usted ya alojamiento?

—Todavía no.

—Haré que le reserven una habitación en el Intercontinental. ¿Le conviene?

—¿El Intercontinental? Me va de perlas.

—Entonces, pasemos a otra cosa. Tendrá un automóvil a su disposición. El coronel Carson me ha telefoneado. Es muy amigo mío, ¿lo sabía usted?

—Cuando me dijo que me dirigiera a usted, me explicó que habían servido juntos.

—Yo fui quien le alertó cuando mi personal de Gottingen me pasó el expediente del asunto Ullrich y me presentó la famosa fotografía del 17 de mayo. El coronel Carson me ha dicho que en Washington tampoco comprendían nada.

—Absolutamente nada. Nadie puede explicarse cómo llegó aquí esa fotografía el mismo día en que fue sacada en Washington.

—Y usted habrá venido para tratar de encontrar la explicación de ese misterio...

—Sé que sus servicios han efectuado correctamente el trabajo, mi coronel, pero mi jefe ha pensado que tal vez sería conveniente enfocar el caso desde su principio.

—Por mí, no hay ningún inconveniente, y puede usted contar con toda la ayuda que me sea posible proporcionarle. Aquí tiene un número de teléfono, Matthews. Puede usted llamarme en cualquier circunstancia y a cualquier hora. La persona que conteste sabrá siempre dónde encontrarme.

—Se lo agradezco muchísimo, mi coronel.

—Por favor... Creo que tiene usted la graduación de capitán, ¿no es cierto?

—Es lo único que me traje de Corea.

—Perfecto, Matthews. No le retengo más. Imagino que cuanto antes terminemos con este asunto, mejor. Le he preparado un salvoconducto que le

permitirá circular a su antojo por nuestros edificios administrativos, y que le facilitará las cosas si tiene que entrar en contacto con alguna de nuestras unidades estacionadas aquí.

Frankie Matthews se había despedido entonces del coronel Smithers y tomado posesión del automóvil que el ejército había puesto a su disposición. Tras un breve paso por el Intercontinental, donde se había cambiado de ropa, revisado el buen funcionamiento de su 7,65 e informado discretamente sobre el número de la habitación ocupada por Karen, rodaba en dirección a Duderstadt. Su automóvil, un Mercedes anónimo, se portaba perfectamente. A la salida de Francfort, lo había apretado un poco para ver lo que llevaba dentro. Alcanzó fácilmente los 140. Mientras conducía, Frankie había abierto la guantera. Con sorpresa y satisfacción, encontró en ella unos mapas detallados de la región y una botella de coñac. Dedujo que la conversación telefónica entre Carson y Smithers no se había limitado a asuntos de servicio, y que su jefe había mencionado sus gustos personales.

Más allá de Duderstadt, le costó algún trabajo encontrar la carretera, o más bien el camino, que conducía al puesto de guardia donde había sido recogido Mike Benson agonizante. De todos modos, consiguió llegar allí. La noche era suave y un ligero viento del Norte soplaba entre los abetos. Los dos centinelas, Heinz Guermann y Helmuth Holler le esperaban para conducirlo al lugar exacto donde se habían desarrollado los acontecimientos de la noche del 17 al 18 de mayo. Habían andado en fila india hasta el lindero del bosque.

Lo cual, por otra parte, había hecho sonreír en voz baja a Frankie, con sus orígenes indios. Era Guermann quien había dicho: «En fila india», significando con aquello que cada uno debía andar silenciosamente detrás del otro. Y Frankie sabía perfectamente que sus antepasados no hubiesen tenido nunca la desdichada idea de desplazarse «en fila india», sobre todo en la época en que tenían que defenderse de los Rostros Pálidos. Colocarse uno detrás de otro cuando el enemigo envía unas balas que atraviesan fácilmente un cuerpo humano antes de proseguir su ruta asesina, equivale realmente a querer suicidarse. En cuanto a lo de andar silenciosamente, Frankie lo encontró más cómico aún. Guermann y Holler aplastaban concienzudamente con sus pesadas botas claveteadas todo lo que podía provocar algún ruido. Él, Frankie, había adoptado instintivamente el paso alargado y prudente que permitió a sus antepasados, los Hurones, sobrevivir en épocas muy difíciles, y a él mismo eludir algunas emboscadas coreanas.

—Es aquí —había dicho Guermann al llegar junto al grueso abeto detrás del cual se había ocultado cuando la metralleta habló.

La oscuridad se espesaba y apenas se veía.

—¿Hay para mucho tiempo? —preguntó Holler.

Aquella noche, también, tenía la ocasión de ver a Gerda. Y no admitía que un yanqui, por un motivo tan necio como la muerte de un individuo que había pasado clandestinamente la frontera, le hiciera la Pascua.

Frankie sacó la botella de coñac que había encontrado en la guantera del Mercedes y deslizado en el bolsillo de su abrigo de entretiem po. Dijo:

—Echemos primero un trago.

Guermann y Holler no se hicieron rogar.

Cuando le tocó beber, Frank estuvo a punto de pasar la palma de la mano por el gollete de la botella. Se contuvo, ya que los otros hubieran podido considerar aquel gesto como atentatorio contra su dignidad.

—¿Y la mujer? ¿Quién era la mujer? —preguntó volviendo a tapar la botella.

—Ni idea —respondió Guermann.

Y los tres hombres se quedaron contemplando el *no morís land* que separaba el lindero del bosque de la frontera, señalada por un mirador. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y, ahora, el contorno de las cosas era visible. Guermann continuó:

—Estuvo ahí dos días. La examinaron con prismáticos, pero nadie la conocía. Los del otro lado vinieron a buscarla con una camilla.

—Cuando arrastrasteis al individuo por los hombros, ¿dónde estaba, exactamente? —preguntó Matthews.

—Allí —respondió Holler, señalando el lugar con la mano.

—¿No tratasteis de rehacer el camino que recorrió desde la alambrada hasta aquí? Son unos cuantos metros, únicamente.

Guermann se echó a reír.

—¿Está usted enfermo, amigo? Los del otro lado tiran con bala...

—Voy a echar un vistazo —dijo Frankie—. ¿Tenéis una linterna?

Holler descolgó la linterna que pendía de un botón de su abrigo y se la tendió a Matthews, murmurando:

—Cada uno es libre de morir del modo que le place.

Frankie cogió la linterna, sacó la botella de coñac del bolsillo de su abrigo y la tendió a los dos soldados.

—Si no regreso, habréis perdido la linterna, pero tendréis la botella como compensación.

Luego salió del bosque arrastrándose.

Su intención era llegar a la alambrada.

Apenas había recorrido dos metros cuando vio una cosa blanca delante de sus ojos, en la hierba. Un breve fulgor de su linterna y tenía en la mano un papel, una especie de boleto. Regresó silenciosamente al abrigo de los árboles y, a la claridad de la linterna, examinó su hallazgo.

Interesados, Guermann y Holler se inclinaron sobre su hombro, para ver.

—¿Qué es esto, en vuestra opinión? —preguntó Frank.

Guermann cogió el papel y Holler dijo:

—¿Van a durar mucho tiempo estas tonterías? Yo tengo que hacer.

Guermann examinó atentamente el papel por ambos lados.

—No hay duda —dijo finalmente—. Es un boleto de un bar. En el Este, cuando las camareras sirven una consumición, entregan al cliente un boleto en el cual figura el precio.

—Y ese boleto, ¿de dónde procede? —preguntó Frankie.

—Aquí está marcado: Hotel del Caballo Blanco, Teistungen.

—¿Qué significa Teistungen?

—Es el nombre del pueblo que se encuentra al otro lado de la frontera.

—¿Acaso las personas que van a beber una copa al Caballo Blanco, de Teistungen, tienen la costumbre de venir a tirar sus boletos de consumición a este lado de la frontera?

—¿Bromea usted? —dijo Guermann.

—Boleto o no boleto, yo tengo que hacer —gruñó Holler—. No estoy oficialmente de guardia, y...

—Bebe, si quieres, pero cierra el pico de una vez, muchacho —le interrumpió Frankie.

Luego, volviéndose hacia Guermann:

—Según lo que me has dicho, ese papel estaba precisamente en el lugar donde Mi... donde Ullrich cayó por primera vez.

Holler estaba bebiendo; apartó el gollete de sus labios para decir estúpidamente:

—Y Jesús cayó por primera vez.

—Sí, allí es donde cayó antes de volverse para tratar de ir a buscar a la muchacha —dijo Guermann.

Frankie Matthews se guardó el boleto en el bolsillo y regresó, seguido de Guermann y Holler, en dirección al puesto de guardia. Bajo la mirada del sargento, descolgó el teléfono y marcó el número que el coronel Smithers le había dado unas horas antes. Tuvo que anunciarse, explicarse. Pero no tardó más de cuatro minutos en tener al coronel al otro extremo del hilo.

—Aquí, Frankie Matthews.

—Coronel Smithers. Puede usted hablar.

—Buenas noches, mi coronel. He encontrado un papel que parece indicar que Andreas Ullrich estuvo en un bar llamado Caballo Blanco, de Teistungen. ¿Le sugiere algo el nombre?

—Teistungen es un pueblo muy próximo a la frontera, pero en el Este.

—Se me olvidó preguntarle una cosa, mi coronel: la mujer que iba con Ullrich y que resultó muerta, ¿quién era?

—No tengo la menor idea, Matthews.

—Bien. Voy a ir a Teistungen. Mike pasó por allí...

—¿Mike?

—Quiero decir Andreas Ullrich, desde luego. Tal vez encuentre allí alguna explicación.

—No puedo ofrecerle ningún medio de pasar a Teistungen. Lo único que puedo decirle es que tenemos allí a un individuo que de cuando en cuando trabaja para nosotros.

—¿Puede darme detalles, mi coronel?

—Es un relojero. Se llama Joe Albrecht. Tiene una tienda en la calle principal. No trabaja realmente para nosotros; quiero decir que no es uno de nuestros colaboradores regulares. Pero nos ha prestado algunos servicios, y creo que se puede contar con él.

—Gracias, mi coronel. Nada más.

—De acuerdo.

Apenas hubo colgado, Frankie se volvió hacia Guermann y Holler, los cuales estaban dando cuenta de la botella de coñac.

—¿Qué distancia hay hasta Teistungen?

—Menos de un quilómetro —dijo Guermann—. Pero está al otro lado.

—Venid conmigo.

Los dos hombres se sobresaltaron y le miraron con aire asustado.

Frankie sonrió.

—Sólo hasta el lindero del bosque.

Salieron del puesto y no tardaron en volver a encontrarse en el lugar donde estaban unos minutos antes.

—¿Para pasar? —inquirió Frankie.

—Es muy fácil —dijo Holler—. Cruzar la alambrada, deslizarse entre las minas, pasar por debajo del mirador y entre las balas, y ya está.

Y, con aire disgustado, tiró contra el tronco de un abeto la botella de coñac que acababa de vaciar. Instintivamente, Frankie se llevó la mano al

bolsillo trasero de su pantalón, donde guardaba siempre un botellín plano de reserva. Estaba allí. Reflexionó unos segundos.

—Oíd, muchachos.

—¿Sí? —respondieron a coro Guermann y Holler.

—Cuando pasaron la muchacha y Ullrich, estalló entonces una mina.

—Sí. Y se cargó a la muchacha —dijo Holler.

—Y los de enfrente vinieron a buscar el cadáver.

—Anteayer —dijo Guermann—. Con una camilla.

—Después de haberse llevado el cadáver, ¿colocaron una mina para reemplazar la que había estallado?

—¿Qué?

—Ahí hay un campo de minas, ¿no? Una de ellas estalló. ¿La han reemplazado?

—No —dijo Holler.

—¿Qué sabes tú? —dijo Guermann, volviéndose hacia su compañero.

—Me paso casi todo el tiempo de guardia —dijo Holler, con una nota de disgusto en la voz—. Si hubieran reemplazado la mina, lo sabría, ¿no?

—Estás de guardia cuando no haces el borrico con Gerda —replicó Guermann—. Han podido reemplazarla durante una de tus ausencias. ¿Qué sabes tú?

—¡Sí, o no! —estalló Frankie, que empezaba a estar harto de los dos soldados.

Un poco alegres por el coñac que habían ingerido, los militares se dieron cuenta súbitamente que el que les gritaba era un extranjero, un paisano. Y, por si fuera poco, un norteamericano.

—No sabemos nada, señor oficial norteamericano —dijeron casi a coro.

—Por otra parte, yo tengo que marcharme —añadió Holler.

Se produjo un breve silencio. Sólo los rumores nocturnos del bosque rodearon a los tres hombres.

—No creo que hayan vuelto a colocar la mina —dijo finalmente Guermann.

—Yo tampoco lo creo —dijo Holler.

—No tardaremos en saberlo —concluyó Matthews.

Y salió del bosque, arrastrándose. El *no man's land* se extendía sobre apenas un centenar de metros. Pero cien metros son muy largos cuando hay que recorrerlos en condiciones semejantes. A ras del suelo, Frankie distinguía mejor todos los detalles del paisaje: la alambrada, el cráter que había abierto la mina al estallar y matar a la mujer, el mirador. Hasta el campo de minas,

Frankie no se formuló ninguna pregunta. Pero entonces empezó a interrogarse: ¿mina reemplazada? ¿No reemplazada? Cada vez que avanzaba un codo para progresar en dirección al Este, se decía: «¿Sí? ¿No?». Se arrastró en línea recta hasta el cráter y lo rodeó con infinitas precauciones. El sudor chorreaba de su frente y le quemaba los ojos. No sabía qué clase de minas habían sido colocadas allí. Le pareció distinguir una hinchazón anormal del suelo a su derecha, a menos de un metro de su cabeza. Se desvió ligeramente a la izquierda, ayudándose con los codos y las rodillas para avanzar hacia el mirador.

Media hora más tarde se encontraba en Teistungen.

Aldea grande o pueblo pequeño, le resultaba difícil formarse una opinión. Las calles estaban muy mal iluminadas. Vaciló, en un cruce, sobre la dirección a tomar, cuando oyó resonar unos pasos. Una patrulla. La dejó pasar, ocultándose a la sombra de un portal. Aparte de la patrulla, nadie parecía vivir allí. Frankie alzó los ojos para tratar de orientarse. Y en aquel preciso instante el leve viento nocturno agitó una enseña metálica. Su chirrido llamó su atención, y vio que aquella enseña era la de un relojero.

El ruido rítmico de las botas se apagaba a lo lejos y la enseña se balanceaba en la oscuridad. Frankie se acercó a la puerta de entrada de la tienda. La puerta estaba encristalada y, sobre el vidrio, en letras amarillas, había un nombre pintado: Jos Albrecht.

Frankie hizo girar el pomo y la puerta se abrió. Entró e, inmediatamente, quedó obsesionado por el tic-tac de innumerables despertadores, relojes de pared y otras máquinas para marcar el tiempo que desgranaban en tonos distintos los segundos que pasaban.

Volvió a cerrar la puerta e iluminó el lugar encendiendo brevemente la linterna que se había olvidado de devolver al soldado Holler. Aquella momentánea claridad le permitió comprobar que se encontraba, efectivamente, en una relojería. Pero, al fondo de la tienda, sumida en la oscuridad, había distinguido vagamente tres peldaños que conducían a una puerta. A tientas, se dirigió hacia aquella escalera y llamó a la puerta con su índice doblado. Le pareció oír un vago gemido, pero nadie le contestó. Empujó la puerta y, de nuevo, encendió su linterna.

En el haz luminoso brilló algo. Al empujar la puerta, Frankie había empuñado su 7,65. Apuntó a la cosa que brillaba, pero no disparó. Detrás de él, los tic-tac de la tienda continuaban afirmando que el tiempo pasa. Delante de él, lo que brillaba resultó ser un alambre.

Y, atado a aquel alambre, había un hombre.

La habitación era una especie de cuarto de estar; probablemente la primera estancia de un pequeño apartamento situado en la trastienda. Las paredes eran de madera y los muebles de buena calidad. Una alfombra cubría el suelo. En el techo, unas vigas visibles. A una de aquellas vigas estaba fijado un extremo del alambre. En el otro extremo se encontraba el cuello del hombre.

Frankie Matthews había visto demasiados horrores en el curso de su vida para no comprender inmediatamente la situación.

El hombre, probablemente el relojero Albrecht, había sido colgado. No se trataba de un suicidio. Cuando alguien se cuelga voluntariamente utiliza una cuerda, no el alambre. Y, debajo del hombre, no había ninguna silla caída. Los pies del hombre, a unos milímetros del suelo, se tensaban esporádicamente para apoyarse en la alfombra. El hombre resollaba.

Matthews apagó la linterna, la deslizó en su bolsillo, se precipitó hacia el cuerpo colgante, lo cogió en brazos, levantándolo, y deshizo el nudo de alambre que rodeaba el cuello.

El hombre se desplomó al suelo, gimiendo. Frank se arrodilló a su lado y volvió a sacar su linterna. Vio que las manos del hombre estaban laceradas y llenas de sangre. Sin duda se había desgarrado las palmas aferrándose al alambre para evitar el estrangulamiento.

—¡Agua! —susurró el hombre al cabo de un momento.

Frankie sacó su botellín e hizo tragar al moribundo un sorbo de coñac. En la tienda, continuaba el tic-tac de los relojes. Transcurrido un largo rato, el hombre dirigió a Frankie una mirada casi lúcida.

—¿Es usted el relojero Albrecht? —le preguntó Frank.

—Sí.

—Me llamo Frank Matthews. Soy norteamericano y estoy investigando a propósito de la muerte de uno de mis amigos. ¿Se siente usted en condiciones de contestar?

—Deme un poco más de coñac.

Frankie le entregó el botellín y Albrecht bebió un largo trago que le hizo toser espantosamente. Luego se volvió de lado y empezó a vomitar. Un cuarto de hora más tarde, habiendo superado su desfallecimiento, estaba sentado al lado de Frankie en el diván del cuarto de estar. No había querido que Matthews encendiera la electricidad y sólo la claridad de la linterna iluminaba la escena. Albrecht explicó:

—En realidad, no trabajo con los norteamericanos. Pero tengo mis ideas acerca de la situación política de mi país. Soy, si usted quiere, un «pasador».

El que quiere abandonar el Este para dirigirse al Oeste, en esta región, puede dirigirse a mí.

Tenía la voz ronca y, de cuando en cuando, se masajeaba la garganta con la punta de los dedos, sin preocuparse de las huellas sangrientas que sus manos dejaban en su cuello. El alambre había debido de lastimar seriamente su laringe.

—¿Ha ayudado usted últimamente a un individuo llamado Andreas Ullrich a pasar la frontera? —preguntó Frank.

—Ullrich vino aquí. Traía unas recomendaciones que me parecieron suficientes. Y aceptó sin discutir el precio que le fijé.

—¿No le dijo nada especial?

—No era muy locuaz y yo, cuando tengo confianza, no formulo preguntas.

Tendió hacia Matthews una mano ensangrentada, aspiró una prolongada bocanada de aire y se estremeció. Frankie le entregó de nuevo el botellín.

—Dice usted que se encargó de hacerle pasar. Pero le acompañaba una mujer. ¿Quién era esa mujer?

—Mi esposa —dijo Albrecht.

Frankie Matthews se sobresaltó.

—¿Su esposa?

—Es fácil de comprender. Mi esposa conoce..., mejor dicho, conocía la región tan bien como yo. Y en el equipo de los Vopos que vigilan la frontera desde el mirador hay un primo nuestro, Franz. No es un mal chico y siempre anda escaso de dinero. Procura informarnos de la hora en que está de guardia. Y aprovechamos aquella hora para cruzar la línea. La noche de Ullrich yo estaba enfermo. De modo que le acompañó mi esposa. Franz nos había dicho que estaría de guardia de una a tres de la mañana.

—Sin embargo, disparó.

—No sé si fue él. Mi esposa debía regresar antes de las tres de la mañana. No volvió. Esperé, pero no me atrevía a hacer ninguna pregunta en el pueblo. Ayer se presentaron unos policías de paisano con el cadáver de mi esposa en un ataúd. Me dijeron: «Tu mujer ha ayudado a un individuo a cruzar la frontera. No cabe duda de que estabas al corriente. Te devolvemos el cuerpo de tu mujer. Vas a enterrarla. Luego nos ocuparemos de ti».

Frankie experimentó súbitamente, también él, la necesidad de tragar un sorbo de coñac.

—He enterrado a mi esposa esta tarde —continuó Albrecht—. Nadie del pueblo ha venido al cementerio. A mi regreso, los policías me esperaban en la

tienda. Me han arrastrado hasta esta habitación. El que parecía mandarles ha dicho: «Los puercos que traicionan a su patria no tienen derecho a una muerte honrosa». Entonces, uno de los tipos ha desenrollado un alambre que tenía en la mano y lo ha fijado a una viga del techo. Me han puesto de pie bajo la viga y han empezado a regular la tensión del alambre. La cosa ha durado largo rato.

—De eso hace ya unas horas —dijo Frankie.

—Es su truco preferido. Le cuelgan a uno de modo que sus pies rocen el suelo. Durante horas enteras, uno lucha para que las puntas de sus pies encuentren un leve apoyo en el suelo. Se tensa uno al máximo. Trata también de levantarse agarrando el alambre con las manos. Y uno sobrevive. Y luego, al cabo de unas horas, llega la fatiga. Se renuncia a luchar. Se retiran los pies y se cuelga uno mismo.

Se produjo un silencio turbado únicamente por el tic-tac de los relojes de la tienda.

—¿Y ahora? —inquirió finalmente Frank.

—Tengo que desaparecer de todos modos.

—¿Por qué?

—Mañana volverán a presentarse para comprobar si el alambre ha acabado conmigo. Si me encuentran muerto y colgado, dirán que me he suicidado y asunto concluido.

—Pero ¿y la gente del pueblo?

—Todo el mundo vive aterrorizado. Nadie se atreve a hacer un gesto ni a decir una palabra. Ni siquiera se han atrevido a venir al entierro de mi esposa. Por lo tanto, es preferible que me marche de aquí. Por otra parte, ¿qué haría sin mi querida compañera?

—Según mis noticias, pisó el percutor de una mina.

—Eso me han dicho. ¿Y el otro, Ullrich, consiguió pasar?

—Le ametrallaron. Murió al llegar al otro lado.

—¡Pobre muchacho!

—¿Está usted seguro de que no le dijo nada mientras estuvo aquí?

—Era el menos locuaz de todos los individuos con los que he tenido trato. Se presentó con la consigna, las referencias, el dinero. Era la víspera, el 16 de mayo. Nos pusimos de acuerdo. Le dije que estuviera preparado para el día siguiente, a partir de medianoche. Desapareció durante todo el día y volvió a la hora fijada. Se sentó en un sillón y esperó la señal de partida sin abrir la boca... Y usted, ¿qué va a hacer?

—Volveré a pasar al Oeste —dijo Frank.

—¿Cómo?

—Desandando el camino que he seguido para venir a buscarle. Es el camino de las minas. No han reemplazado la que estalló.

—Yo quiero ir con usted.

A Frankie Matthews no le seducía la idea de cargar con una compañía inútil. Y para cruzar el *no man's land* preveía que iba a tener suficientes preocupaciones por su propia cuenta sin tener que ocuparse de un hombre física y moralmente disminuido por las pruebas que acababa de pasar. Pero, por otra parte, si dejaba a aquel hombre detrás de él, la policía del Este no le dejaría escapar. Y, después de todo, había perdido a su esposa y estuvo a punto de morir en medio de horribles sufrimientos por ayudar a Mike Benson.

—¿No cree usted que el que le ha traicionado es su primo? —preguntó Frank.

—¿Franz? No, no lo creo. Supongo que en el último momento, por un motivo cualquiera, debieron cambiarle su turno de guardia.

—Bien, de acuerdo. Pasaremos juntos —dijo Frank—. Saldremos cuando usted quiera.

—Estoy preparado.

Albrecht descolgó una bufanda de lana gris de un perchero y rodeó su cuello con ella.

—Será mejor que pasemos por la parte de atrás —dijo.

Y guió a Frankie hasta la cocina. Allí, una puerta permitía salir por la parte trasera de la casa.

«Ha sido un rudo golpe para él —pensó Frank, respirando de nuevo el aire de la noche—. Abandona su casa, su negocio, lo que ha sido toda su vida, la tumba de su esposa, todo, sin una mirada, sin una palabra de pesar...».

Y echó a andar detrás de la silenciosa sombra del relojero Albrecht.

La noche era clara y fresca. Algunas nubes velaban de cuando en cuando la luna, que estaba en su cuarto creciente. De encontrarse en su plenilunio, Frank no se hubiera aventurado a cruzar el *no man's land*. Oía delante de él la agitada respiración de Albrecht y le preocupaba el comprobar que, sin reponerse del terrible esfuerzo físico que había tenido que realizar para sobrevivir, se movía con visible dificultad. Sin haber puesto el pie en la carretera, los dos hombres habían salido ahora del pueblo de Teistungen y, silenciosamente, avanzaban hacia su destino. Frankie juzgó preferible sacar su 7,65 de su cintura y deslizarlo en el bolsillo de su abrigo de entretiempo. El mirador no podía estar ya muy lejos. Bruscamente, Albrecht se detuvo y se

dejó caer al suelo. Frank le imitó y se arrastró un poco sobre los codos para acercarse a él.

—Escuche —dijo el relojero.

Matthews tendió el oído. Un río debía discurrir muy cerca. Se oía claramente su murmullo. Pero, por encima del rumor del agua, se percibía otro ruido.

—Parece que están cantando —susurró Frankie.

—Procede del mirador —dijo Albrecht.

Se incorporaron y, prudentemente, reanudaron la marcha en dirección al ruido, más concreto a medida que se acercaban. No había duda: en el mirador estaban de fiesta. Unas voces masculinas se esforzaban vanamente en no desafinar, acompañadas por un acordeón tan desafinado como los cantores. Y se oían unas risas de mujer.

—Vamos por aquí —dijo Albrecht, señalando con la mano un bosquecillo cuya masa sombría se destacaba de la oscuridad de la noche.

Se adentraron en él. Frankie reconoció, delante suyo, el paisaje que unas horas antes había contemplado desde el otro lado: el prado lleno de abolladuras donde estaban dispersas las minas, la alambrada, rota en parte a causa de la explosión que había matado a la señora Albrecht, y bajo la cual era ahora posible deslizarse; más lejos, el bosque en cuyo lindero estuvo al atardecer con Guermann y Holler. Matthews pensó que, en unas horas, habían sucedido muchas cosas, pero que su encuesta apenas había progresado. Imaginó, cinco noches antes (¿hacía realmente cinco noches?) Frank no estaba muy seguro de su cálculo, imaginó a su amigo Mike Benson-Andreas Ullrich, oculto en el mismo bosquecillo para lanzarse en dirección al Oeste; Mike, que debía tener un motivo muy importante para arriesgar su vida cruzando la frontera en condiciones semejantes. Pero ¿qué motivo? Mike debía de estar aquí, oyendo respirar a su lado a la esposa del relojero Albrecht. En el fondo, era todo lo que había averiguado Frankie: el nombre de la mujer que acompañaba a Mike. ¿De qué le servía eso? De nada. Ahora era él, Frankie, quien estaba en el bosquecillo, en el lugar de Mike. Y a su lado se encontraba el relojero al cual habían devuelto el cadáver mutilado de su esposa, colgándole después de un alambre.

Frank volvió ligeramente la cabeza. El mirador estaba muy cerca del bosquecillo. Era una construcción que hacía pensar en los *derricks* de los buscadores de petróleo: cuatro sólidas patas de unos seis metros de altura, sosteniendo una especie de choza protegida por un parapeto. Pegada a una de las patas, una escalera ascendía hasta el balcón donde asomaba el cañón de

una ametralladora. El refugio estaba iluminado y de él brotaban las canciones, cada vez más desafinadas.

—Es el momento —dijo Albrecht—. ¡Vamos!

Y echó a andar, agazapado, seguido de Frankie. Ninguna reacción en el mirador, ni enfrente.

Súbitamente, el relojero tropezó y cayó cuan largo era. Frankie se tumbó boca abajo a su lado. Los dos hombres habían recorrido más de la mitad del *no man's land*. Frankie comprendió por qué había caído Albrecht: había llegado al lugar preciso donde estalló la mina que mató a su esposa. En el borde del cráter provocado por la explosión se había formado una especie de pequeño parapeto, y el relojero había tropezado contra aquel obstáculo. Los dos hombres estaban aplastados contra las pendientes del cráter, que tenía unos cincuenta centímetros de profundidad.

—¿Tiene usted una linterna? —preguntó Albrecht—. Encienda.

—¡Está usted loco! —respondió Frankie—. No quiero encender aquí.

—¡Le digo que encienda, cáspita!

Frankie intuyó que ocurría algo que hacía perder la sangre fría a su compañero. Sacó su linterna e iluminó brevemente el agujero donde se encontraban.

Albrecht le arrancó la linterna de las manos y dirigió el haz luminoso contra las paredes de la excavación.

—¡Apague, imbécil! —susurró Frankie entre dientes, furioso—. ¡Van a localizarnos!

En aquel mismo instante, desde lo alto del mirador, una voz vacilante inquirió:

—¿Quién anda por ahí?

—Es la voz de Franz —dijo Albrecht.

—¡Tu tía! ¡Apaga! —se enervó Frank.

Súbitamente, algo brilló en una de las paredes del agujero. El haz luminoso de la linterna se inmovilizó sobre aquel objeto brillante y Frankie vio que era un zapato. Un zapato de mujer. Albrecht tendió una de sus ensangrentadas manos hacia el objeto.

La voz del mirador llegó de nuevo a sus oídos.

—¿Quién anda por ahí?

—¡Apaga de una vez! —gritó Frank, sin tratar ya de contener su voz.

E intentó golpear la mano que sostenía la linterna.

Era demasiado tarde. Albrecht había cogido el zapato, y había reconocido uno de los zapatos de su esposa. Una parte del pie, arrancado por la explosión

de la mina, estaba aún adherido al calzado.

Frankie vio llegar el drama, pero no pudo hacer nada. Albrecht, después de todo lo que acababa de sufrir, era incapaz de razonar. Dejó caer la linterna y se irguió, blandiendo el zapato en su mano.

—¡Cerdos, pandilla de cerdos, montón de cerdos! —aulló en dirección al mirador.

Y, en el balcón del mirador, se encendió un proyector. Frankie se pegó al fondo del agujero, tirando de los vestidos de su compañero.

—¿Eres tú? —preguntó estúpidamente la voz procedente del mirador.

Frankie hacía esfuerzos desesperados para atraer a Albrecht al abrigo del cráter. Pero el relojero parecía haber encontrado nuevas fuerzas. Permanecía firme sobre sus pies, vuelto hacia el Este, blandiendo el zapato de su esposa y aullando:

—¡Cerdos, pandilla de cerdos!

La luz de los proyectores estaba enfocada sobre él.

—¿Eres tú? —volvió a preguntar la voz del mirador.

Y otra voz se dejó oír inmediatamente, diciendo en tono arisco:

—¡Aparta de ahí, imbécil!

Y Frankie distinguió claramente el ruido de una ametralladora al ser armada.

—No dispaes —dijo la primera voz.

—¡Déjame en paz! —replicó el otro.

Albrecht, ahora, se esforzaba por salir del agujero, apretando en su mano el zapato de su esposa. Su voz se estrangulaba y sus aullidos se hacían inaudibles por momentos. A la claridad del proyector, Frankie vio las lágrimas que brotaban de los ojos del relojero.

Una ráfaga de ametralladora desgarró la noche.

El relojero Albrecht, con la mano crispada sobre el zapato que blandía como un estandarte, profirió un gemido y volvió a caer al fondo del agujero. La sangre le brotaba por doquier. El proyector continuaba enfocado en dirección a los dos hombres. Albrecht había caído parcialmente sobre Frankie, el cual vio la sangre que empapaba su abrigo. Los ojos de Albrecht se desorbitaron, y murmuró:

—Mina...

Luego se hizo el silencio. El proyector se apagó. Frankie oyó que el tirador gruñía:

—Mañana iremos a ver...

Y unos segundos más tarde, en el mirador, volvieron a resonar las canciones. Luego estalló una risa de mujer y la fiesta recobró toda su animación.

Frankie permaneció cerca de un cuarto de hora sin esbozar el menor movimiento. Luego, suavemente, apartó el cadáver del relojero y se incorporó. Arrastrándose, pasó bajo la alambrada y ganó, metro a metro, el bosque donde sabía que volvería a encontrar la seguridad.

En el puesto de guardia, se negó a despegar los labios y, al ver su aspecto, el sargento y los soldados presentes juzgaron más prudente no hacerle preguntas.

Frankie recuperó su Mercedes. Faltaba muy poco para la una de la mañana.

* * *

Condujo como un loco hasta Francfort. Al entrar en el hotel Intercontinental, se quitó instintivamente el abrigo manchado de sangre y se lo colocó bajo el brazo. El portero de noche se inclinó, le tendió su llave y no hizo ninguna observación.

Frankie Matthews no subió a su habitación, sino que fue a llamar a la puerta de la habitación de Karen.

La joven encendió la lamparilla de su mesita de noche.

Frankie entró en la habitación y dejó caer su abrigo al suelo.

Karen no dijo nada.

Se limitó a apartarse un poco, como para dejarle lugar en su cama.

A continuación, apagó la luz.

CAPÍTULO VI

El sol naciente trataba de deslizar algunos rayos a través de la persiana que protegía la gran ventana herméticamente cerrada, a causa del aire acondicionado, de la habitación de Karen, en el hotel Intercontinental. Pero Karen y Frankie no se preocupaban lo más mínimo del sol. Dormían profundamente.

Sobre la mesilla de noche, sonó el teléfono. Karen abrió un ojo y descolgó. De momento, no comprendió las explicaciones entrecortadas de disculpas del portero. Luego sonrió.

—No se preocupe —dijo—. No pasa nada.

El portero le había dicho que un hombre, llamando desde los Estados Unidos, había insistido en hablar con el señor Frankie Matthews, asegurando que podrían encontrarle en la habitación de la señorita Lungstrom... Y... claro...

Mientras Karen hablaba, Frankie se había despertado.

—Es para ti.

Y la joven le tendió el aparato.

Mientras Frankie se incorporaba sobre un codo para poder hablar con más comodidad, la muchacha le preguntó amablemente:

—¿Tienes la costumbre de decirles a tus amigos con quién vas a acostarte?

Frankie le dirigió una mirada asesina y dijo por el micrófono:

—¿Sí?

Al otro extremo del hilo, reconoció inmediatamente la voz del coronel Carson. Hizo una seña a Karen y la joven comprendió. Le encendió un cigarrillo y colocó un cenicero sobre las sábanas.

—He tenido en cuenta la diferencia horaria —dijo Carson—. Así no podrá reprocharme que le despierte a medianoche. Salvo error, en Francfort son ahora las ocho de la mañana, ¿no es cierto?

Frankie consultó su reloj de pulsera.

—Exactamente —confirmó.

—Matt, estoy harto de sus gansadas. Pero voy a contenerme y a hablar en voz baja para no poner al corriente de todos nuestros asuntos a su compañera, a la cual imagino tendida a su lado y, si se tercia, lo bastante estúpida como para encenderle los cigarrillos.

Frankie volvió la cabeza hacia Karen y le guiñó un ojo.

—Exactamente —volvió a confirmar.

Karen se preocupaba muy poco por el hecho de que alguien supiera que Frankie había pasado la noche en su habitación. Había sido educada muy libremente, a la sueca, e ignoraba deliberadamente el qué dirán, en materia de relaciones sexuales. Además, había viajado bastante y frecuentado suficientemente el mundo diplomático para haberse dado cuenta, ya en el avión, de que Frank no era, ni mucho menos, el representante de comercio que pretendía ser. Y el verle penetrar en su habitación a altas horas de la noche, huraño y con las ropas manchadas de sangre, la había confirmado en su idea. Las ropas que Frank se había quitado antes de deslizarse a su lado estaban sobre la alfombra: un abrigo con rastros de sangre, unos zapatos

manchados de barro, un pantalón desgarrado en una rodilla y enfangado y una camisa que algún día debió de haber sido blanca.

—¿No me pregunta usted cómo sé con quién ha pasado la noche? —inquirió Carson, sin levantar la voz.

—Desde la jugarreta del Pickli's, no me hago ya preguntas de esa clase —respondió tranquilamente Frankie.

—Hablando del Pickli's... Bonito asunto el que me ha endosado usted. El marido, el tal Gutiérrez, está al corriente. Ha armado un escándalo de mil diablos y tengo que aguantar el chaparrón. Tiene usted la suerte de encontrarse de servicio en el extranjero, si no le dejaría que se las entendiera con el individuo. Y, en realidad, le llamo para recordarle que se encuentra de servicio, y su misión no consiste, que yo sepa, en ofrecerse el reposo del guerrero en el Intercontinental. ¿Qué ha averiguado hasta ahora, Matt?

—Nada, todavía. Necesito tiempo. Tenga en cuenta que llegué ayer mañana.

—Ha tenido tiempo de conquistar a una joven. Debió tenerlo también para investigar un poco.

—Las dos cosas no requieren el mismo tiempo, mi coronel, si me permite decirlo.

—¡Basta de insolencias, Matt! Le concedo cuarenta y ocho horas para este asunto. Ha desperdiciado ya veinticuatro, o poco menos. Si mañana, a mediodía, no ha descubierto usted nada nuevo, regresará inmediatamente. Pondré a otro en el caso y le enviaré a usted al Vietnam para que se le refresquen un poco las ideas. ¿Entendido?

—¡Oh! Está muy claro.

—Espero una llamada telefónica mañana a mediodía, hora de la Europa Central. Aquí serán las seis de la mañana. Si no tiene nada nuevo que comunicarme, regresará inmediatamente. Hemos terminado.

Matthews colgó el receptor y aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—¿Era tu jefe? —inquirió Karen.

—Sí, era mi jefe. No sé cómo se ha enterado de que estaba contigo..., pero...

—No tiene importancia. ¿Quieres que haga subir el desayuno?

—¿No crees que ya te he comprometido bastante?

—Lo que pueda pensar el personal de un hotel me tiene sin cuidado, ¿sabes?

—De acuerdo. Pero sería preferible que, antes de nada, tratará de recobrar el aspecto de una persona decente...

Su mirada se detuvo sobre el informe montón de sus ropas.

—Desde luego, con esos harapos no me va a resultar fácil regresar de un modo discreto a mi habitación...

—Yo me ocuparé de eso, no te preocupes.

—Pero ¿cómo...?

—Tienes la llave de tu habitación, ¿verdad?

—Sí. Está en el bolsillo de mi americana.

Karen saltó de la cama y se inclinó hacia las ropas de Frank, el cual contempló con mirada agradecida aquel cuerpo que le había liberado de los horrores que había vivido al otro lado de la frontera.

«Y pensar que el Viejo cree que me estoy dando la gran vida...», pensó con amargura.

—Voy a ir a tu habitación y te traeré ropa limpia y tu maquinilla de afeitar —dijo Karen.

A continuación, descolgó el teléfono y ordenó:

—Desayuno para dos, por favor.

Y salió de la habitación.

* * *

A las doce y cuarto, recién afeitado, la mirada clara, los pómulos más indios que nunca, vestido con un traje de tela de gabardina de color antracita, los zapatos resplandecientes y su salvoconducto en la mano, Frank Matthews propulsaba sus ochenta kilos por los pasillos administrativos del cuartel general de las fuerzas norteamericanas de ocupación, de Francfort. A aquella hora, todo el personal se alineaba con aire melancólico delante de los mostradores *selfservice* de los diversos restaurantes climatizados de la base. En el comedor de los oficiales superiores, se sentó a una mesita donde el coronel Smithers, solo, contemplaba con aire consternado el gran vaso de leche malteada que había escogido para acompañar a las ensaladas vitaminadas que componían su menú.

—¿Me permite? —preguntó Frank, sentándose delante del coronel y encendiendo un cigarrillo.

—Me alegro mucho de verle —dijo el coronel Smithers—. ¿Quiere comer algo?

—No, gracias, acabo de desayunarme. Y, con todos los respetos, lo que he tomado era un poco más apetitoso que lo que usted se dispone a saborear.

—Saborear no es la palabra adecuada —dijo el coronel, picoteando con aire desganado en sus ensaladas—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿No le molesta que hable mientras usted come? —preguntó Frank cortésmente, fingiendo no darse cuenta del escaso entusiasmo que el coronel Smithers dedicaba a los alimentos patrióticos y obligatorios de la cantina.

—Al contrario, me ayuda.

—Bien. Esta mañana he recibido una llamada telefónica.

—Lo sé —dijo Smithers, volviendo a dejar en su plato un bocado que no había podido tragar—. La comunicación ha pasado por mis servicios. Es más rápido. Y nuestros servicios tienen la orden permanente de escuchar. Carson le ha echado un pequeño rapapolvo... Para no ocultarle nada, conocemos a la joven. ¿Ha desayunado usted con ella?

—Sí.

—Actúa como correo diplomático para Suecia.

—Algo de eso imaginé.

—Una buena chica, que no le buscará tantas complicaciones como la señora Gutiérrez... Perdona, pero... el servicio de escucha...

Frankie se encogió de hombros.

—Creo que voy a tomar un café —dijo.

Se puso en pie, se acercó al mostrador y regresó a la mesa con una taza en la cual humeaba un café muy claro.

—Al menos está caliente —dijo el coronel.

Frankie Matthews no insistió. Había estado en diversos países en los cuales había tropas norteamericanas estacionadas, y no se asombraba ya de ciertas reacciones. Incluso los oficiales superiores, tarde o temprano, y sobre todo en Europa, donde se rozaban con un sistema de vida más fantasioso, más relajado, llegaban a quedar momentáneamente saturados de la superorganización norteamericana. Frankie se limitó a decir:

—Sabe usted que me quedan veinticuatro horas. Sabe también que anoche pasé al Este. Encontré al individuo que ayudó a Ullrich, o a mi compañero Benson, como prefiera, a cruzar la frontera. Ahora, el individuo en cuestión está muerto y no he dado un solo paso adelante.

—De acuerdo con las consignas que tengo de Washington, no está usted obligado a tenerme al corriente de sus actos. Debo limitarme a proporcionarle la ayuda que pueda pedirme.

—Lo sé, mi coronel. Pero también sé que, al margen del éxito o del fracaso de mi misión, antes de regresar a los Estados Unidos le invitaré a comer conmigo en la ciudad como Dios manda.

—¿Con vinos del Rin?

—Con vinos del Rin.

—Matthews, sus palabras me reconfortan. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy desconcertado. Por dos o tres veces he creído agarrar algo, pero luego se desliza todo por entre mis dedos. Me gustaría volver a repasar el expediente del caso. Lo tiene usted aquí, ¿verdad?

—En efecto. Un expediente muy flaco, por otra parte. Ahora que lo recuerdo, Matthews, el teniente Tate está hoy en Francfort.

—¿El teniente Tate?

—Fue el primero en ocuparse del asunto.

—¡Ah, sí!

—Normalmente, está en Gottingen. Pero hoy ha venido a Francfort para resolver una cuestión administrativa. Si usted quiere, puedo arreglar las cosas de modo que esté a su disposición a primera hora de la tarde. Podrá examinar el expediente con él.

—Una idea excelente, desde luego. Se lo agradezco mucho, mi coronel.

* * *

A las dos y media de la tarde, Frankie Matthews y el teniente Jimmy Tate, previas las oportunas presentaciones, se encontraban solos en el despacho n.º 312, en el tercer piso del ala Oeste del edificio administrativo de la base norteamericana de Francfort. Despacho estrictamente utilitario: paredes grises, muebles de tubo de acero, aire acondicionado, teléfono, ceniceros, depósito de agua fresca con reserva de vasos de cartón.

Habían discutido y examinado juntos los documentos del expediente.

Para ganarse la confianza del joven oficial, para estimularle a rebuscar en su memoria un detalle quizás olvidado, Frankie no había vacilado en hacerle algunas confidencias: la verdadera identidad de Andreas Ullrich; la hora en la cual la fotografía había sido tomada en los laboratorios del Pentágono; su propia aventura, la noche anterior, con el relojero Albrecht.

Y nada, absolutamente nada.

Matthews daba vueltas maquinalmente entre sus dedos a la fotografía del plano que había sido encontrada sobre el cadáver de Mike Benson. La fotografía había quedado en el expediente. En Washington recibieron, primero una descripción, luego una «belino especial».

«Sin embargo —pensó Frankie—, esta fotografía es todo lo que Mike llevaba encima; por lo tanto, lo que quería pasar al Oeste era esta fotografía; en todo caso, puede suponerse razonablemente... Una fotografía ultrasecreta, salida de los laboratorios de Washington a las siete de la mañana, y que *no pudo* haber llegado el mismo día, antes de medianoche, a la Alemania del

Este... porque cuando son las siete en Washington en Alemania son ya las trece horas... Porque el avión más rápido invierte cerca de catorce horas en el trayecto Nueva York-Berlín; más el trayecto Washington-Nueva York... más el trayecto Berlín-la frontera...»

A Frankie empezaba a darle vueltas la cabeza con todos aquellos horarios imposibles.

—¡Eh! —exclamó bruscamente.

—Sí, señor —dijo el teniente Tate, en tono respetuoso.

—¿Qué significa esto?

El teniente Tate se inclinó y examinó el reverso de la fotografía que le mostraba Frank.

—Es la marca del papel fotográfico. No ignora usted, supongo, que todas las fábricas de productos fotográficos imprimen su nombre en la película y en el papel de copia, de modo que aparezca después del revelado.

—No conozco esa marca de papel —dijo Frankie.

El teniente Jimmy Tate la leyó en voz alta: Plexen.

—Es un papel marca «Plexen» —dijo.

—De acuerdo. Conozco la Kodak, la Agfa, la Gaevert, la Tellko, pero «Plexen»...

—Voy a informarme —dijo Tate.

Los servicios norteamericanos están bien organizados, hay que reconocerlo. Recuerdan esas grandes centrales policíacas, de las cuales es... un ejemplo la «Interpol», donde se encuentran centralizados, clasificados, catalogados, los informes que pueden parecer nimios a los ojos del común de los mortales, pero que en caso de investigación se revelan como muy valiosos.

Frankie no había tenido tiempo de terminar un Camel cuando el teniente Tate entraba de nuevo en el despacho.

—Irlandés —dijo—. «Plexen» es una marca de papel fotográfico irlandés.

—¿Irlanda libre, o Ulster? —preguntó Frankie.

—Dublín, libre —respondió Tate, que acababa de consultar el dato en el fichero.

Se produjo un silencio.

—¿Me permite que añada algo? —preguntó cortésmente el teniente Tate.

—Desde luego —dijo Frankie.

—Uno de los datos que figuran en el archivo sobre el papel fotográfico Plexen es que no está destinado a la exportación.

—Repítame eso, teniente —dijo Frank.

—Papel fotográfico no destinado a la exportación —precisó Jimmy Tate.

Frank Matthews consideró conveniente hacerse conducir por el teniente Tate a los archivos donde estaban clasificadas las informaciones. Tuvo en las manos la tarjeta relativa al papel fotográfico «Plexen». Tras haberla leído, pidió que le pusieran en comunicación telefónica con Washington. Cuando oyó la voz del coronel Carson al otro extremo del hilo, dijo:

—Mi plazo de veinticuatro horas no ha expirado. Pero acabo de descubrir esto: la fotografía que Mike Benson, o Andreas Ullrich, llevaba encima, y que no sabemos cómo pudo encontrarse en la Alemania del Este antes de la medianoche del 17 de mayo, fue sacada sobre papel «Plexen» (Deletreó el nombre). Se trata de un papel irlandés que no se exporta. Por lo tanto, la cosa se complica todavía más. Pero me permito recordarle, mi coronel, que en el aeródromo de Nueva York, cuando intentamos hacer pasar una fotografía ficticia y el mecánico sufrió aquel accidente, el único avión con destino a Europa cuyos depósitos de combustible debía llenar el mecánico en cuestión era un aparato que se dirigía a Dublín. Y Dublín está en Irlanda.

—Lo sé desde que iba a la escuela —dijo el coronel Carson.

—Un avión para Dublín, un papel fotográfico que procede de Dublín: es todo lo que tengo. Pero intuyo que estoy en el buen camino. Y, si no tiene inconveniente, voy a salir para Dublín.

—De acuerdo, Matt.

—No conozco a nadie allí. ¿Podría tener alguna ayuda?

—Concretemos primero un detalle, Matt. Le recuerdo la aventura Gutiérrez; le recuerdo que esta mañana, para hablar con usted, he tenido que telefonar a la habitación de una sueca. Me parece más que suficiente. Estoy de acuerdo en que tome usted el primer avión para Irlanda, pero antes quiero que me dé su palabra de honor de que no habrá más mujeres en esta historia. ¿Jura usted, sí o no?

—Juro —dijo Frankie.

—Bien. Continúe la investigación. Espere un momento, ¿quiere?

Durante un par de minutos, Frankie Matthews sólo percibió en su oído los zumbidos que producen las comunicaciones telefónicas internacionales cuando nadie dice nada. Luego volvió la voz del coronel Carson:

—He comprobado unos detalles... Escuche con atención, Matt. Tendrá usted un compañero. Se llama Fergus Fitz'Gerald.

—Nunca he oído hablar de él.

—Y él no ha oído hablar de usted nunca.

—Eso no simplifica las cosas. Fergus Fitz’Gerald... Es un nombre muy raro.

—Lo admito, Matt, es un poco más complicado que Denise Gutiérrez o Karen Lungstrom. Mucho más por cuanto se trata de un hombre y comercia en quesos.

—No tengo nada contra los vendedores de quesos.

—Me alegro. Todas las profesiones son honorables, incluida la nuestra.

—Sí, mi coronel.

—Hemos trabajado ya con Fitz’Gerald partiendo de Alemania. Y hemos puesto en marcha un sistema de reconocimiento que hasta ahora nos ha dado excelentes resultados. Dígale al coronel Smithers que tenga a bien hacerle participar en la operación RS 32, y todo irá sobre ruedas.

—Bien, mi coronel. Haré lo que haya que hacer.

De nuevo reinó un breve silencio en la línea, interrumpido por una risita del coronel Carson.

—¿Sabe en qué estoy pensando, Matt?

—¿Cómo podría saberlo, mi coronel?

—Ha jurado usted, desde luego. Nada de mujeres hasta que termine la investigación. Pero lo que probablemente ignora, Matt...

—¿Qué es lo que ignoro?

—Que Irlanda, de acuerdo con las estadísticas, es probablemente el único país del mundo donde hay infinitamente más hombres que mujeres. Por lo tanto, las que escogen son ellas. Aunque no hubiera prestado juramento, Matt, tendría muy pocas posibilidades. Buen viaje, Matt.

Y el coronel Carson puso fin a la conversación.

* * *

Frankie Matthews se entrevistó con el coronel Smithers, a última hora de la tarde, para pedirle el santo y seña que le permitiría darse a conocer al quesero irlandés.

—Teóricamente, Fergus Fitz’Gerald es un vendedor de quesos —dijo Smithers—. Pero yo le conozco muy bien; es un duro. En su trastienda tiene en reserva cierto número de «Edams», los famosos quesos de Holanda.

—¿Quesos de bola? —inquirió Frankie.

—Exacto. Yo le prepararé a usted, un bocadillo, aquí. Un bocadillo de queso, desde luego. Y usted le enseñará el bocadillo a Fitz’Gerald. Sencillo, ¿no?

Frankie asintió.

—Es preferible —añadió el coronel Smithers— que no se coma usted el queso durante el viaje, para vengarse, hasta cierto punto, de lo mediocre de la alimentación que hemos podido ofrecerle en la base.

Frankie sonrió: había comprendido la indirecta.

—De acuerdo con los horarios, no saldré hasta las diez de la noche. Lo cual nos deja el tiempo suficiente para ir a cenar a la ciudad, si a usted le parece bien.

—Me parece de perlas.

Un soldado se encargó de ir en busca del equipaje de Frank Matthews al Intercontinental, mientras él cenaba en la ciudad con el coronel Smithers.

Y cuando estuvo bien instalado en el avión con destino a Dublín, comprobó que se había olvidado de despedirse, siquiera telefónicamente, de Karen.

La cual, por otra parte, no esperaba recibir noticias de Frank Matthews.

CAPÍTULO VII

El coronel Smithers era un alegre compañero cuando no tenía delante los alimentos esterilizados de la base militar, y Frankie había permanecido con él más tiempo del previsto. La velada había sido movida. Pero Frank Matthews, tras un breve reposo en la base, sólo había podido tomar el primer avión de la mañana que le dejó en Dublín a las 8,50. Había viajado, entre otros, con tres individuos extravagantes que afirmaban que iban a tomar parte en los campeonatos mundiales de golf, en la capital irlandesa, y que se habían pasado la mayor parte del tiempo ensayando molinetes con sus mazos entre las butacas del aparato.

Al poner pie en el suelo irlandés Frankie se dio cuenta de lo tonto que había sido al no dormir unas horas más en Francfort. En Dublín, los «pubs» no abren hasta las diez y media. Y las oficinas y las tiendas apenas más temprano. En el bar del aeródromo, una vez cumplidas las formalidades aduaneras —muy sencillas—, Frankie se hizo servir un café y comprobó bruscamente que tenía en qué ocupar el tiempo muerto que se extendía delante de él: familiarizarse con las desconcertantes subdivisiones de la moneda irlandesa. El camarero que le sirvió el café había querido, sonriendo, ponerle al corriente: «Hay 4 feoirings en un pingin, 12 pingins en un scilling, y 20 scillings en una libra; y nuestro reul es el *six-penny* de los ingleses».

Empapado en su nueva ciencia, Matthews se hizo conducir a la ciudad alrededor de las once y encontró sin demasiadas dificultades la quesería de Fergus Fitz'Gerald, en la Upper O'Connell Street. Tres mujeres obesas y dos individuos más bien mal vestidos, tocados con una gorra, aguardaban su turno delante del mostrador. Frank permaneció en el fondo de la tienda, un poco avergonzado de su elegante atuendo en un lugar donde la gente, por lo visto, se preocupaba muy poco de su tocado personal. Pero los clientes eran locuaces y parecían conocer muy bien al hombre que les servía, de pie detrás de su mostrador, de modo que Frankie no tardó ni un minuto en enterarse de que aquel hombre era Fergus Fitz'Gerald en persona. Un tipo bordeando los cincuenta años, los rizados cabellos todavía negros, los ojos azules, la tez sonrosada, el aire del comerciante próspero y concienzudo, con su delantal blanco protegiendo su camisa y su pantalón. Pero las mangas de la camisa, cortadas por encima del codo, dejaban a la vista unos antebrazos y unos puños que en una pelea debían de hacerse respetar.

El último cliente salió tocándose la visera de la gorra con un dedo negligente y diciendo: «Salud, Fergus».

Frankie se acercó al mostrador y abrió su cartera de mano. Mientras hablaba, sacó el bocadillo de queso que le habían entregado en Francfort y lo desenvolvió.

—Mi esposa me ha preparado un bocadillo de queso para desayunar. Acabo de darme cuenta de que es un poco pequeño.

Fitz'Gerald miró la lonja de queso.

—Diríase que ha creído que iba usted a dar de comer a los pajarillos del parque, simplemente —dijo.

—¿Le importaría prepararme una lonja algo más consistente?

—Voy a ver si tengo queso de la misma calidad en mi trastienda. Éste es excelente. ¿Me permite usted que lo compruebe?

—Desde luego.

Fitz'Gerald desapareció detrás de la puerta que conducía a la trastienda y regresó al cabo de unos instantes.

—¿Ha tenido usted un buen viaje? —preguntó.

—Satisfactorio e instructivo. Acabo de aprender que hay 4 feoirings en un pingin, 12 pingins en un scilling... Me llamo Frankie Matthews.

—Encantado, Matthews. Supongo que ya sabe, por haber oído hablar a mis anteriores clientes, que soy Fergus Fitz'Gerald.

—Mucho gusto en conocerle, Fitz'Gerald. Pero ¿podría decirme... lo del queso...?

—¿No se lo explicaron, en Francfort?

—No.

—Tengo aquí algunas piezas de queso «Edam». ¿Lo conoce?

—Queso de bola holandés —dijo Frankie.

—De cada pieza, corto una lonja de una forma determinada y las envío todas a distintos lugares. Entre otros, a Francfort. Un corte especial para cada ciudad. El hombre que tiene que darse a conocer ante mí recibe una de esas lonjas y me la presenta. Yo la coloco en el queso correspondiente. Entonces, sé de dónde viene el hombre y que todo está en regla.

—Sencillo e ingenioso, señor Fitz'Gerald.

—Si no tiene inconveniente, preferiría que me llamara Fergus.

—De acuerdo, Fergus. Llámeme Frankie.

—Bueno, Frankie, creo que ha llegado el momento de que hablemos con tranquilidad.

Se volvió hacia el fondo de la tienda donde se erguía, en un ángulo, una escalera de madera, en espiral, que conducía al piso superior. Y llamó:

—¡Dorothy!

Encima de la tienda resonó un taconeo; luego aparecieron unos charolados zapatos en la parte superior de la escalera, seguidos, a medida que Dorothy continuaba su descenso, por un par de finos tobillos, de torneadas pantorrillas, de una delgada cintura, y del maravilloso rostro de una irlandesa de veinte años, pelirroja, de ojos verdes y nariz levemente respingona.

—Mi sobrina, Dorothy —presentó Fitz'Gerald—. Frankie, un amigo.

Frankie se inclinó y estrechó la mano que la joven le tendía, mientras le miraba con aire de aprobación.

—Dorothy, cuida un momento de la tienda —dijo Fergus—. Yo subo al apartamento con Frankie. Tenemos que hablar.

Y se dirigió hacia la escalera, seguido de Frankie, al cual Dorothy no perdía de vista.

Al final de la escalera había un pequeño vestíbulo rectangular, con varias puertas. Mientras entraba en su despacho, Fitz'Gerald explicó:

—Dorothy es la hija de mi hermano; sus padres murieron. Y como yo soy viudo y no tengo hijos, me la traje a vivir conmigo.

—Guapa muchacha —comentó Frank.

—Para mi gusto, demasiado aficionada a todo lo que lleva pantalones —dijo Fergus.

Y preguntó, mientras Frank se sentaba en una butaca:

—¿Un trago de whisky irlandés?

Frankie asintió.

Fitz'Gerald preparó las bebidas: dos sólidas raciones de whisky puro, sin hielo, en dos grandes vasos; y dos vasos de agua muy fresca. Frankie no estaba acostumbrado a beber el whisky de aquel modo.

—Un sorbo de whisky y un sorbo de agua para que nos recuerde el sabor —explicó Fergus, sentándose a su vez y encendiendo una pipa.

Entonces, Frank Matthews le expuso, a grandes rasgos, el asunto que le llevaba a Dublín. Fitz'Gerald le escuchó atentamente, chupando su pipa y enjuagándose periódicamente las encías, con visible deleite, con sorbos alternos de alcohol fuerte y de agua clara.

—Bueno, creo que he comprendido —dijo Fitz'Gerald cuando Matthews hubo terminado sus explicaciones—. ¿Y qué espera usted de mí?

—De momento, desearía instalarme en un rincón tranquilo y empezar inmediatamente mi investigación a propósito del papel fotográfico «Plexen». Luego, ya veremos.

—Voy a darle la dirección de una pensión muy honorable. No es lujosa, pero sí muy honorable. Y preferible a un hotel. En cuanto a la investigación, puede encauzarla como mejor le parezca. La fábrica «Plexen» está aquí, en Dublín, pero creo que tiene una sucursal en Galway, en la costa atlántica. Desde luego, estaré a su disposición día y noche. Voy a darle mi número de teléfono particular; anótelos, ya que no figura en el listín: 73002. ¿Se ha traído equipaje?

—Tengo dos maletas en la consigna del aeropuerto.

—Deme los boletos. Enviaré a por ellas y haré que se las lleven esta misma tarde a la pensión. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Dígame, Fergus, esa pensión... ¿es uno de nuestros refugios?

—No, en absoluto. Es una pensión como otra, regentada por una anciana conocida mía. Ella compra su queso en mi casa. Y yo le envío de cuando en cuando algún cliente de confianza, como usted.

Fitz'Gerald y Frankie Matthews se habían dicho todo lo que tenían que decirse por el momento. Frankie volvió a ponerse los zapatos que se había quitado al sentarse en la butaca, de acuerdo con su detestable costumbre. Apuró el contenido de sus vasos y bajó a la tienda con Fergus. Dorothy, que servía a una cliente, se las arregló para rozar a Frank a su paso. La muchacha desprendía un olor muy personal.

«Pelirroja y *Une Nuit*, de Caron», pensó Frank.

Pero no parpadeó, porque se recordó a sí mismo que el día anterior le había jurado al coronel Carson que no miraría a ninguna mujer hasta que terminara la investigación.

—Espere, Frankie —le dijo el quesero, cuando se acercaba a la puerta para salir.

Se inclinó sobre su mostrador y se incorporó envolviendo una gruesa lonja de queso.

—Éste es para comer —dijo, sonriendo y tendiéndole el paquetito a Frankie.

Matthews le dio las gracias, guardó el queso en su cartera de mano y salió de la tienda.

* * *

La pensión McIntosh hubiera podido servir de decorado para una película, y Frank llegó a preguntarse si Fitz'Gerald había querido hacerle una demostración de humor irlandés al enviarle allí. En una pequeña calle más que tranquila, próxima al teatro de l'Abbaye, aquel famoso edificio que sirvió de depósito de cadáveres, luego de instituto técnico y después de Monte de Piedad, antes de ser consagrado al arte, la casa McIntosh dominaba con sus dos pisos de ladrillos sucios un jardincillo minúsculo y estéril. En la planta baja, después del modesto vestíbulo que servía también de guardarropía, una inmensa estancia con una imponente chimenea; alfombras desgastadas, colgaduras desteñidas, y una infinidad de muebles disparatados, pero cómodos. Evidentemente, aquello era el salón-comedor-cuarto de estar. Y luego dos pisos de habitaciones a los cuales se tenía acceso por una angosta escalera. En cada piso, al extremo del pasillo, un cuarto de baño cuya grifería reclamaba a gritos la presencia del fontanero.

Yendo recomendado por Fergus Fitz'Gerald, Frankie Matthews había sido recibido dignamente, incluso con un asomo de calor, por la señorita Penelope McIntosh, sesenta años, faldas largas y botines, seca como una citación judicial, pero con un pequeño pliegue de bondad en la comisura de su boca bien dibujada y un leve resplandor humorístico en la mirada.

—Espero, que se encontrará a gusto aquí —le había dicho la señorita McIntosh, después de haberle hecho visitar la habitación del primer piso que le destinaba y que él había aceptado—. ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—No lo creo —había contestado Frankie—. Verá usted, trabajo para la F. A. O. ¿Sabe a qué me refiero?

—Naturalmente. Es un organismo de abastecimientos que depende de la O. N. U., ¿verdad?

—Exactamente. Me han encargado una misión informativa en Irlanda, pero no creo que me lleve mucho tiempo. Tal vez una semana, diez días...

Curiosamente, desde el primer contacto había experimentado mucha simpatía hacia aquella anciana de nombre tan raro.

Y ella, por su parte, encontraba agradable el tener un guapo mozo, bien vestido, viril, entre sus pupilos. Su edad, su origen irlandés, su prolongado trato con los huéspedes de una pensión, le concedían, según ella, el derecho a prescindir de ciertos principios de discreción.

—Tiene usted una cara, un aspecto que no estamos acostumbrados a ver entre nosotros —dijo.

—Soy norteamericano y de ascendencia india. Mis antepasados eran Hurones —le confió Frankie, sonriendo—. Tal vez sea por eso.

—¡Ah! Tiene usted antepasados indios... Rebeldes, como mis antepasados... Me gusta. Pero no haga demasiado el indio con mis otros pensionistas. Son unas personas pacíficas.

Aquellos otros pensionistas no eran, de momento, más que cinco. Y su promedio de edad resultaba más que respetable. Un funcionario del Tesoro, solterón, que se jubilaría a finales de año; un coronel jubilado desde hacía algún tiempo; un profesor de la Universidad cuya entrada en funciones debía remontarse a la guerra de 1914; un abuela un poco chocha retirada de la circulación por sus hijos, los cuales pagaban puntualmente su pensión; e Irisa Moore, la *pin-up* de la casa, por así decirlo, que no había cumplido los cincuenta años y que desempeñaba un cargo de confianza —secretaria de dirección— en una compañía de seguros.

Frankie Matthews que, entretanto, había recibido su equipaje tal como le había prometido Fergus Fitz'Gerald y que había sonreído al comprobar que una de sus maletas había sido forzada con todas las reglas del arte para permitir a Fergus —¡feliz iniciativa!— introducir en ella dos botellas de coñac francés, trabó conocimiento con todos los pensionistas de la señorita McIntosh en el curso de la cena.

Su título de delegado de la F. A. O. le valió mucha consideración y respeto, excepto por parte del coronel jubilado, el cual era partidario de resolver los problemas alimentarios del mundo por medio de las guerras, que como está demostrado eliminan periódicamente un número esperanzador de bocas hambrientas e inútiles. Su prestancia le valió asimismo algunos

discretos avances de Irisa Moore, cuyos impulsos se vieron frenados varias veces por una mirada o una palabra de Penelope McIntosh.

Terminada la cena, Frankie se vio iniciado en las diversiones vespertinas de la pensión.

Aquella pensión tenía una pasión: los rompecabezas.

Cambiada la disposición de los muebles, el comedor se convertía en salón. Se servía el té. Y se jugaba a reconstruir en el menor tiempo posible el rompecabezas propuesto por la señorita McIntosh, la cual poseía una fabulosa colección de ellos.

Aquella primera noche, ganó Irisa Moore. Se las había arreglado para estar sentada, durante el concurso, al lado de Frankie. No ganó por ese motivo, pero Frankie, al subir a su habitación, conservaba el recuerdo de una recia liga que había permanecido en contacto con su muslo por espacio de dos horas.

Se sirvió una generosa ración de coñac antes de desvestirse, y poco después se dormía regiamente en el profundo lecho que había alquilado, con la habitación y la manutención, por diez libras a la semana, a la señorita McIntosh.

... En una libra hay veinte scilling, en un scilling hay doce pingins...

Fue su último pensamiento de aquella noche.

* * *

Hacía dos días que Frankie Matthews recorría las calles de Dublín. Ahora estaba completamente familiarizado con el cambio.

Desde una cabina pública, llamó al 73002.

Fergus Fitz'Gerald respondió.

—Escucho.

—Aquí, Frankie. Me gustaría entrar en comunicación con mi viejo.

—Venga a mi casa.

Frankie se dirigió a la quesería de la Upper O'Connell Street. Dorothy estaba en la tienda. Un venerable anciano salía en aquel momento.

—Mi tío le espera en su despacho —dijo Dorothy—. Ya conoce el camino, ¿verdad?

Fitz'Gerald estaba poniendo al día su contabilidad. Tenía delante de él, sobre su escritorio, una botella de whisky irlandés y dos vasos. Preparó otros dos vasos para Matthews, uno de whisky y otro de agua fresca.

—Con mucho gusto —dijo Frank.

Cogió los vasos y se instaló en la butaca que había ocupado ya cuarenta y ocho horas antes. Y añadió:

—Y gracias por el coñac.

Fitz'Gerald soltó sus libros y llenó una pipa.

—Si quiere telefonar a Washington, Frankie, puede hacerlo desde aquí. Es lo más sencillo y lo más discreto. En Irlanda no hay servicio de escucha.

Echó su silla hacia atrás, se puso en pie y añadió:

—Le dejo solo.

—Prefiero que se quede. Eso me evitará tener que contar dos veces la misma historia —dijo Frankie.

Fergus volvió a sentarse y marcó un número en el disco de su teléfono. Luego marcó otro, y otro más. Hacía poco tiempo que había quedado establecido el enlace automático entre Irlanda y ciertas zonas de los Estados Unidos.

Obsesionado por el problema que tenía que resolver, Frankie no pudo evitar el murmurar:

«Las cinco de la tarde en Dublín, mediodía en Washington».

Respondió el coronel Carson en persona. Frankie cogió el receptor que le tendía Fergus.

—Aquí, Matthews.

—¿Cómo va eso, Matt?

—He terminado mi investigación a propósito del papel fotográfico «Plexen». He visitado la fábrica principal, las sucursales. No cabe duda: el papel «Plexen» es para uso estrictamente irlandés. Nunca se ha exportado ese papel, a ningún país.

—Sin embargo, usted lo encontró en Alemania. ¿Qué deduce de ello, Matt?

—Deduzco que Irlanda es un enlace entre Washington y la Alemania del Este. Y que alguien de aquí, de Dublín, ha facilitado el papel a los de allá.

—¿Lo cual significaría?

—Que la organización central se encuentra quizás aquí, en Dublín.

—Alguien de Alemania pudo haber ido a abastecerse a Dublín...

—¿Por qué motivo? Para sacar una fotografía no se necesita una marca especial de papel. Y en Alemania hay toda clase de papeles fotográficos. Yo opino más bien que ha sido alguien de aquí, de Dublín, el que ha facilitado al Este no sólo el papel, sino todo el material fotográfico. Eso explica de un modo mucho más lógico la presencia de papel «Plexen» en la Alemania Oriental.

—Pero ¿para fotografiar qué?

—No lo sé.

—No progresa usted mucho, Matt.

—Resbalo, pero tengo la impresión de que es aquí donde encontraré una explicación.

—Reflexione y vuelva a llamarme mañana.

—De acuerdo, mi coronel.

El coronel Carson, en Washington, colgó.

Frankie hizo otro tanto.

—¿Cuesta arrancar? —preguntó Fergus.

—Tendrá que arrancar —respondió Frankie.

Y los dos hombres se separaron.

Cuando Frankie cruzó la tienda, Dorothy, con aire despejado, le preguntó:

—¿No sale usted por la noche?

—No —dijo Frank—. Juego a los rompecabezas.

Y aquella noche, efectivamente, terminada la cena, jugó a los rompecabezas con los otros pupilos de la señorita McIntosh. Irisa Moore estaba de nuevo a su lado y Frankie notó que se había perfumado generosamente. El coronel se mostraba más desagradable que nunca. Penelope sirvió el té. Pensaba que Frank debía preferir el whisky, pero temía crear un precedente si le formulaba la pregunta.

A Frank Matthews no le quedaban más que algunas piezas que colocar para terminar el rompecabezas en un tiempo record, cuando se interrumpió bruscamente.

—Termínelo por mí —le dijo a Irisa Moore.

Y, levantándose de la mesa, e inclinándose cortésmente ante todo el mundo, añadió:

—Les ruego que me disculpen. Acabo de recordar que he dejado de mencionar en mi informe de hoy un detalle muy importante que mis directores me han pedido. Tengo que reparar ese olvido. Voy a redactar mi texto y lo llevaré al correo esta misma noche. Señorita McIntosh, ¿puede confiarme una llave de la puerta de la calle? No quisiera molestarla si regreso tarde.

—Naturalmente —dijo Penelope McIntosh—. Vaya a preparar su informe. Está usted disculpado. Dejaré una llave sobre la mesita del vestíbulo, detrás de la puerta.

El rompecabezas había sugerido una idea a Frankie.

Le desesperaba la falta de resultados de aquella investigación. Desde su llegada a Dublín, se había dicho muchas veces que haría mejor acudiendo al sistema que por regla general le había proporcionado el éxito: cuando no se conoce al adversario hay que hacer algo, no importa qué, que induzca al adversario a manifestarse, a descubrirse. Puede resultar peligroso, pero con frecuencia vale la pena correr el riesgo. Sin embargo, Frankie no sabía cómo llamar la atención de aquel adversario, que ni siquiera sabía con seguridad si se encontraba en Dublín. Y, de repente, el rompecabezas le había sugerido una idea.

En su habitación, se sentó a su mesa y encendió un cigarrillo. Cogió una cuartilla y redactó su anuncio. Sacó de su cartera de mano una reproducción de la famosa fotografía «US AIR FORCE - Top secret - 17 de mayo de 1966». Con unas tijeras para uñas, cortó la fotografía en cuatro trozos. Unió uno de los trozos a su anuncio y lo metió todo en un sobre. Se sirvió un vaso de coñac, se miró al espejo y salió.

La noche era suave y aún no habían dado las once.

Delante del teatro de l'Abbaye, muy cerca de la pensión, encontró fácilmente un taxi. Se hizo conducir a la redacción del «Sunday Press», se presentó en la taquilla de los anuncios y explicó lo que quería. La recepcionista de noche registró su encargo y le pidió cuatro libras, que Frankie le entregó.

Luego se encaminó hacia la pensión, tranquilamente, a pie. Ejercitándose, mentalmente, en dividir las cuatro libras en scillings y en convertirlas en dólares y en centavos.

* * *

Todas las luces de la pensión estaban apagadas cuando Frankie llegó, y todo el mundo parecía dormir.

Subió silenciosamente la escalera, entró en su habitación, se sirvió un último coñac, se desvistió y se acostó tranquilamente.

CAPÍTULO VIII

El anuncio estaba en buen lugar en el «Sunday Press». Un clisé muy claro de la cuarta parte de la fotografía que Frank había cortado. Y el texto: «La

persona que se interese por la fotografía entera puede establecer contacto con Frank Matthews, pensión McIntosh, teléfono 4.47.32».

Con el periódico en el bolsillo, Frankie se dirigió a la tienda de Fitz'Gerald. Había muchos clientes y Dorothy ayudaba a su tío a atenderlos. Frank llevaba un cuarto de hora en el fondo de la tienda cuando se produjo un momento de calma. Subió al apartamento de Fergus.

—He leído el «Sunday Press» —dijo Fitz'Gerald, sirviendo los inevitables whiskies irlandeses—. ¿Qué espera conseguir, Frankie?

—Ponerles al descubierto. No hemos atacado su red, a pesar de que sabemos que los primeros eslabones de la cadena se encuentran en Washington. En mi opinión, los últimos eslabones están en la Alemania del Este, y Mike Benson los descubrió, aunque no sobrevivió a su descubrimiento. Es probable que muriera por azar, no porque transportaba el documento, sino porque cruzó la frontera en un mal momento. Y creo que los eslabones centrales, los más importantes, están en Dublín. Dado que no hemos tocado la red, los eslabones principales no tienen motivo para desconfiar. En consecuencia, mi anuncio en el «Sunday Press» tiene que intrigarles, lógicamente. Y, lógicamente también, tienen que reaccionar.

—Es posible, Frankie. Pero ya sabe usted cómo reaccionan las personas a las cuales se ataca.

—Acepto el riesgo. De no ser así, no saldremos de este callejón.

—Usted es quien debe decidir la clase de muerte que prefiere, Frank.

—No es eso todo, Fergus. Quiero disparar además sobre esos desconocidos con una pieza de otro calibre.

—Lo mismo da, no morirá usted dos veces.

—Son las diez, Fergus. En Washington, por lo tanto, son las cinco de la mañana. Creo que voy a darme el gusto de despertar al coronel Carson.

—Usted manda —dijo Fergus.

Marcó el número de teléfono del coronel Carson, en Washington.

Los saludos fueron breves. Por el tono de la voz del coronel, Frankie comprendió que su jefe, despertado bruscamente en pleno sueño, no experimentaba el menor deseo de mostrarse amable.

—Cada vez estoy más convencido —dijo Frank—, a pesar de que nada pruebe materialmente lo exacto de mi intuición, de que el nudo del asunto está aquí, en Dublín. Hoy he encendido la mecha de un petardo. Espero que estallará y obligará a nuestros adversarios a desenmascararse. Pero quisiera atacarles también en otro frente. Y para ello le necesito a usted.

—¿Qué quiere que haga?

—Me gustaría que repitiera una operación ficticia en el laboratorio fotográfico. La última vez, el golpe salió bien. Y si el mecánico de Nueva York no hubiese sufrido aquel accidente, ahora conoceríamos el destino del microfilm. Pero, como no intervenimos, los otros no tienen ningún motivo para sospechar que conocemos el procedimiento que utilizan. Lo más probable, incluso, es que hayan reemplazado el eslabón accidentado.

—Ya me contó usted todo eso.

—De acuerdo, pero creo que nunca está de más refrescar los recuerdos a primera hora de la mañana.

—Basta, Matt. No aprecio las bromas, cuando tengo todavía los párpados pegados por el sueño. En resumen, ¿quiere que vuelva a montar una operación ficticia?

—Y que siga las huellas del microfilm hasta su embarque hacia Europa. Y que me llame por teléfono para que yo pueda ocuparme de la recepción aquí, si es que el paquete tiene que llegar a Dublín.

—De acuerdo, Matt, me ocuparé de eso. Y ahora, corto. Puedo dormir un par de horas más.

El coronel Carson colgó, y Frankie hizo lo mismo.

Y pasó el resto del día visitando, como un turista cualquiera, el Trinity College.

* * *

Cuando se presentó en la pensión, por la noche, fue recibido por una Penelope McIntosh muy sonriente.

—Tenemos un nuevo pupilo —le dijo la señorita McIntosh—. O, más exactamente, una nueva pupila.

Y añadió, en un tono levemente teñido de humor:

—Va a rebajar considerablemente el promedio de edad del equipo.

Durante la cena, al mismo tiempo que los otros huéspedes, Frank Matthews trabó conocimiento con la nueva pensionista, que se llamaba Elisabeth Drake. Tenía poco más de veinte años. Frankie anotó mentalmente sus señas: cinco pies y cuatro pulgadas de estatura; alrededor de 110 libras de peso; cabellos castaños, muy cortos; ojos también castaños; rasgos regulares; bonita, sin pertenecer al tipo «pin-up»; dientes sanos; hoyuelo en la mejilla izquierda; vestida con discreción; no llevaba joyas, aparte de una cadenita de oro en la muñeca derecha; un reloj de pulsera de acero inoxidable en la muñeca izquierda, y una sortija que podía ser muy bien una sortija de prometida.

—Drake... —dijo el anciano coronel—. ¿Es usted descendiente del famoso almirante Drake?

—No lo creo —respondió Elisabeth modestamente.

Su voz era muy suave. Casi triste, pensó Frank.

—Drake no es un apellido irlandés —dijo el funcionario del Tesoro.

—Soy inglesa —explicó Elisabeth—. Pero inglesa católica, si eso puede tranquilizar a sus almas irlandesas. Estoy en Dublín porque la televisión solicitó personal que tuviera una formación técnica. Soy montadora.

—¿Acaba usted de llegar, si puedo permitirme la pregunta? —inquirió Frank.

—No, hace un año que estoy aquí. Como ya le he explicado a la señorita McIntosh, hasta ahora me había alojado en el hotel, pero resulta demasiado caro para mí. Prefiero vivir en una pensión.

—Ha venido usted a fortalecer el reducido ejército de las mujeres de este país —declaró el funcionario del Tesoro.

Y la conversación derivó hacia el tema de la demografía particular de Irlanda: la mayor proporción de hombres que de mujeres, y el bajo índice de matrimonios, uno de los más bajos del mundo.

A continuación, toda la pensión inició a Elisabeth Drake en las sutilezas del juego de los rompecabezas, y cada uno subió a acostarse cuando llegó la hora. Irisa Moore casi no había abierto la boca en toda la velada. Pero no había dejado de vigilar a la recién llegada, intuyendo en ella una posible rival cerca de Frankie Matthews, al cual consideraba como pieza reservada. Para ella.

* * *

A la mañana siguiente, después de haber desayunado en la sala de la planta baja, Frankie había vuelto a subir a su cuarto. Se preguntó cómo iba a emplear el día, y casi había decidido que lo más práctico sería pasarlo en la pensión, cuando oyó que la señorita McIntosh le llamaba desde el pie de la escalera.

—Señor Matthews, le llaman por teléfono.

Bajó al vestíbulo, donde se encontraba el aparato. Penelope le tendió el receptor y se eclipsó en dirección a la cocina, situada en la parte de atrás de la casa.

—Frankie Matthews al aparato.

La voz que se elevó al otro lado del hilo le era completamente desconocida.

—¿Es usted el señor Matthews que ha insertado un anuncio, a propósito de una fotografía, en el «Sunday Press»?

—El mismo —dijo Frank.

—La fotografía no está completa. ¿Posee usted los otros fragmentos?

—Los poseo —dijo Frank.

—Me gustaría mucho establecer contacto con usted en relación con esa fotografía.

—¿Puedo preguntar con quién hablo? —inquirió Frank, sin hacerse demasiadas ilusiones en cuanto a la respuesta.

—Desde luego que puede —dijo el otro—. Entonces, ¿está usted interesado en mi proposición de encontrarnos?

—Lo estoy.

—Esta noche, ¿le conviene?

—Me conviene.

—¿Conoce la Duke Street?

—¿Duke Street? Sí, sé dónde está —mintió Frank, que no había oído hablar nunca de aquel lugar, pero que esperaba localizarlo fácilmente.

—Entonces, esta noche, a las nueve, en la Duke Street. Hacia la mitad de la calle hay un «pub», el *Rose de Killarney*.

—Tomo nota —dijo Frank, que efectivamente escribió las señas en el pequeño bloc que había al lado del teléfono, con un trozo de lápiz atado con un cordel.

—Estaré en el *Rose de Killarney* a las nueve. Lleve en la mano un ejemplar del «Sunday Press». Yo estaré en el mostrador; llevaré un traje gris claro, con un clavel en el ojal.

El hombre había colgado.

Frankie colgó a su vez y pensó: «Si le cuento esto a Fergus, me aconsejará que compre también flores. Pero no claveles. Crisantemos».

De todos modos, decidió pasar por la quesería.

En la tienda no había clientes y Dorothy parecía aburrirse. Al ver entrar a Frank, una amplia sonrisa distendió sus labios.

—Mi tío no está —dijo, acercándose a Frank hasta rozarle—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Y le miró, entrecerrando sus extraños ojos verdes sombreados por largas pestañas.

—No tendría ningún inconveniente en hacer algo por usted —insistió Dorothy.

Frank recordó la promesa que había hecho a su jefe. Suspiró y, para disimular su nerviosismo, sacó de su bolsillo su paquete de cigarrillos.

—Está prohibido fumar en la tienda —dijo Dorothy. Y añadió—: Podemos ir a fumar los dos arriba, si quiere.

En aquel preciso instante entraron dos clientes en la tienda.

—Yo voy a subir —dijo Frank.

Cuando llegó al despacho de Fergus, se sirvió una generosa ración de whisky, se sentó en su butaca preferida y encendió un cigarrillo. Abajo, en la tienda, a juzgar por los ahogados ruidos que llegaban hasta él, los clientes debían sucederse a un ritmo suficiente para ocupar a la provocativa Dorothy. Alrededor de las doce y media, reconoció en la escalera los pasos de Fergus Fitz'Gerald.

—¿Cómo va eso? —inquirió Fergus, entrando en el despacho, preparándose un whisky al estilo irlandés y llenando su pipa.

—Ya han dado señales de vida. Esta noche, a las nueve, tengo una cita con ellos en el *Rose de Killarney* de la Duke Street.

—¡Dios le coja confesado! —comentó simplemente Fitz'Gerald.

—No —dijo Frank—. Pensaba darme una vuelta por allí esta tarde.

—Vaya. Así se hará una idea de lo que puede ser esa calle por la noche.

Reflexionó unos segundos, se bebió de un trago su vaso de whisky, luego de otro trago su vaso de agua, chupó furiosamente su pipa y dijo:

—Iré con usted.

—Ni hablar —protestó Frank.

—Escuche, Frank, por el amor de Dios, ya no es usted un niño... Su anuncio en el «Sunday Press» es una trampa cosida con hilo blanco. No creerá que los otros van a caer en ella como unos principiantes...

—El hecho de que esté cosida con hilo blanco me concede una posibilidad. Esa trampa, como usted dice, es tan burda, tan infantil, que incluso mis antepasados los Hurones se hubieran avergonzado de utilizarla quinientos años antes de la llegada del *Mayflower* a los Estados Unidos. En consecuencia, esos tipos no pueden creer que haya sido tendida por un servicio de seguridad. Tal vez suponen que algún individuo que ha entrado en posesión de la fotografía por casualidad trata de averiguar si tiene algún valor. Eso, como le he dicho, me concede una posibilidad.

—Como usted quiera —dijo Fergus Fitz'Gerald. Y añadió—: Sin que quiera pecar de indiscreto, ¿qué piensa hacer hasta la hora de la cita?

—Decansar —dijo Frank.

Y, maquinalmente, se quitó los zapatos y los calcetines.

—Puede quedarse aquí, si lo desea —dijo Fergus—. La butaca es cómoda. Voy a subirle unos bocadillos de queso y cerveza, si le apetece.

Frankie se restregó en su butaca y murmuró:

—Será estupendo. Y también tres paquetes de Camel, si no es pedir demasiado. Y si me duermo y usted sale del despacho, tenga la bondad de cerrar la puerta con llave. Por Dorothy, ¿sabe?

* * *

A las dos y cuarto, mientras Frankie saboreaba sus bocadillos de queso y descapsulaba su tercera botella de *Guinness*, sonó el teléfono. Fitz'Gerald, que sudaba sobre su contabilidad, descolgó el receptor.

—Aquí, Fitz'Gerald... Sí, está aquí.

Y tendió el aparato a Frankie.

—Matthews al habla.

—Aquí, Carson —dijo la voz procedente de Washington—. He montado la operación ficticia. James Meredith ha sacado el microfilm a las siete de la mañana. Los relevos han funcionado. El mismo sistema: el pequeño emblema pegado al tapón. Hay otro individuo que reemplaza a nuestro eslabón accidentado de Nueva York. Se trata del avión con destino a Dublín, efectivamente. El emblema está en el ala, debajo del tapón que cierra el depósito de carburante. ¿Me escucha, Matt?

—Desde luego. E incluso con una profunda atención.

—El avión de Dublín ha salido a las nueve de la mañana.

—Un momento —dijo Frank—. Voy a hacer mis cálculos.

—No se canse, Matt. A las nueve de la mañana aquí, en Washington o en Nueva York, son las dos de la tarde en Dublín. Compruébelo: mi reloj señala las 9,35.

—Y el mío las 14,35 —dijo Frank—. Exacto.

—El avión invierte siete horas en recorrer el trayecto. Nueve, más siete, son dieciséis; más las cinco horas de diferencia horaria, veintiuno. A las veintiuna horas, el avión aterrizará en Dublín. Lo he comprobado en el anuario internacional. Es un vuelo de las *Irish International Airlines*; aparato 87, un Boeing. Procure no fallar.

Y el coronel Carson cortó la comunicación.

—¡Esta sí que es buena! —murmuró Frank.

—Si no he entendido mal —dijo Fergus—, tiene usted dos citas a las nueve.

—A las nueve en la Duke Street con un clavel, y a las nueve en el aeródromo con un emblema —confirmó Frankie.

Y, tras unos segundos de reflexión:

—Creo, Fergus, que voy a aceptar su oferta de colaboración.

—Siempre sienta bien un poco de movimiento —comentó Fergus, abriendo y cerrando sus enormes puños.

—Yo me ocuparé de la Duke Street —dijo Frank—. Y usted, Fergus, si le parece bien, se ocupará del aeródromo.

—Me parece muy bien. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—A las veintiuna horas aterriza el Boeing de las *Irish International Airlines* procedente de Nueva York, en vuelo directo. Tiene que arreglárselas para estar en la pista en el momento del aterrizaje.

—Allí estaré —afirmó Fergus, que garabateaba unas notas en una cuartilla.

—Un empleado del aeródromo de Dublín, probablemente un mecánico en ropa de trabajo, se acercará al aparato y subirá al ala. Desenroscará y levantará el tapón del depósito de carburante.

—Comprendo —dijo Fergus.

—Debajo del tapón hay un pequeño objeto pegado a él por imantación. En principio, debe de ser uno de esos emblemas de una marca de carburante que los empleados de los aeródromos prenden a sus ropas de trabajo. Pero puede ser otra cosa.

—Lo comprobaré.

—Cuando el empleado en cuestión abandone el aeródromo, usted le seguirá.

—Le dejaré sin sentido y me apoderaré de su emblema —sugirió Fitz'Gerald.

—¡Ni hablar! Sabemos perfectamente lo que hay en el emblema: el microfilm de un plano que no tiene ningún valor. Lo que me interesa es averiguar a quién entrega el microfilm el tipo del aeródromo. Únicamente eso. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Fergus—. Una pregunta, si me lo permite, Frank.

—¿Sí?

—Cuando sepa a quién entrega el microfilm el empleado en cuestión, ¿qué hago?

—Regresar aquí y esperar a que yo le llame.

—¿Y si no llama usted?

—Llamaré, no tema.

—Si su programa de la Duke Street no termina de acuerdo con sus previsiones optimistas, es indudable que no me llamará.

—En tal caso, telefonee la información a Washington.

—¿Y qué hago con su cadáver?

—Puede utilizarlo como tema de conversación con el agente que vendrá a substituirme.

—De acuerdo, jefe.

CAPÍTULO IX

Después de su entrevista con Fergus Fitz'Gerald, en el curso de la cual habían elaborado el plan de acción para aquella noche, Frank Matthews había regresado a la pensión.

En su cuarto, había desmontado, limpiado, engrasado y vuelto a montar su 7,65, procediendo luego a otros preparativos y comprobando que sus bolsillos no contenían absolutamente nada, aparte de un pañuelo, cigarrillos y un encendedor. Había dudado sobre la conveniencia de llevarse a «Dora». «Dora» era una pequeña granada que viajaba siempre con él, en una bolsa de su maleta. Una granada especial, apenas mayor que un tapón, pero terriblemente eficaz. Sentía mucho afecto por «Dora» y, tras haberla sopesado, la deslizó en el bolsillo de su americana.

Relajado y sonriente, había hecho su aparición en el comedor de la pensión al mismo tiempo que los otros huéspedes de la señorita McIntosh. No faltaba nadie. El coronel ansiaba visiblemente llevarse algo a la boca; el profesor de la Universidad leía un periódico de la tarde; el funcionario del Tesoro se distraía hurgándose la nariz; la abuela continuaba contando los puntos de la labor que acababa de abandonar a regañadientes; Irisa Moore había estrenado un nuevo perfume; Elisabeth Drake había prendido un pequeño broche en la solapa de la chaqueta del traje sastre que se había puesto para la cena; Frankie Matthews llevaba un traje de color oscuro, y Penelope McIntosh, con todo su mundo reunido a la hora prescrita, acababa de depositar sobre la mesa, con visible placer, la sopera.

La conversación se entabló con toda naturalidad y, por una vez, el coronel y el funcionario del Tesoro se abstuvieron de emitir reflexiones desagradables.

Antes de las ocho, la cena había terminado, la vajilla había desaparecido de la mesa y el comedor había quedado convertido en salón.

Penelope McIntosh regresó de la cocina, donde acababa de dar sus órdenes, blandiendo triunfalmente una caja.

—Un nuevo rompecabezas —anunció—. Lo he descubierto esta tarde en una tienda. Inédito y difícil.

Depositó la caja sobre la mesa, mientras la sirvienta empezaba a disponer todos los accesorios para el té. El coronel abrió la caja y volcó sobre la mesa todas las piezas del juego. Todo el mundo se concentró y empezó a volver las figuras que habían caído del revés.

—¿Me ayudará usted si me pierdo? —preguntó Irisa Moore, acercando su silla a la de Frank Matthews.

Frank trató de identificar el perfume que la secretaria había derramado tan generosamente sobre su cuerpo; alzó la cabeza, olfateando ruidosamente. En aquel momento, Penelope pasó por detrás de él, llevando las pinzas para el azúcar. Inclino ligeramente la cabeza y susurró al oído de Frank:

—«Nuit d'Espoir», de Guerlain.

—Gracias —murmuró Frankie.

Y consultó su reloj de pulsera.

El coronel se había apoderado de las piezas de cartón y se esforzaba, bajo la mirada sarcástica del funcionario del Tesoro, en construir el rompecabezas. Los otros se limitaban a seguir con interés las tentativas del militar.

* * *

Son las ocho y media. Frankie Matthews echa su silla hacia atrás y se pone en pie. Se acerca a Penelope McIntosh y le dice unas palabras en voz baja, con aire desolado. Ella mueve la cabeza, comprensivamente. Frankie Matthews dirige una última mirada al rompecabezas y abandona la estancia, y la pensión.

El Teatro de l'Abbaye está muy cerca. Sin embargo, antes de que Frankie llegue allí, un chaparrón imprevisto, aunque breve, cae sobre Dublín, Frankie se acerca al primer taxi de la hilera, sube y le dice al conductor que le lleve a la entrada de la Duke Street. El trayecto dura solamente unos minutos.

La Duke Street está oscura, pero brillan en ella algunas luces, reflejándose en los charcos de agua dejados por el chaparrón que acaba de caer. Un resplandor más intenso que los otros atrae a Frankie. Es el escaparate de una tienda de aparatos de radio y de televisión. En el escaparate funcionan dos

televisores, difundiendo dos programas distintos. Lo que ha atraído la mirada de Frankie es la luz de las pantallas.

Un poco más allá de la tienda, descubre el letrero, pobremente iluminado, del *Rose de Killarney*. Consulta su reloj de pulsera. Lleva casi diez minutos de adelanto sobre la hora de la cita. Empuja la puerta del establecimiento. Es un «pub» que no tiene un aspecto muy acogedor ni muy floreciente. Frank no lleva ningún periódico en la mano. Echando una rápida ojeada a la escasa clientela, no ve a nadie vestido de gris claro. Se acerca al mostrador y pide una cerveza al indiferente camarero. Paga, se bebe la cerveza de dos largos tragos y vuelve a salir a la calle.

La puerta del *Rose de Killarney* se cierra detrás de él. Frankie sube lentamente por la acera sur de la Duke Street. Un Ford Zodiac blanco, rodando pegado a la acera, pasa por un charco y le salpica los bajos del pantalón.

Desciende de nuevo la calle, por la acera donde se encuentran el «pub» y la tienda de televisión. Se detiene delante del escaparate. En una de las pantallas, las imágenes son muy claras y un altavoz exterior difunde la voz del comentarista. Las imágenes describen las peripecias del campeonato mundial de golf que se desarrolla desde hace dos días en la capital de Irlanda. Frank recuerda haber viajado, en el avión que le conducía desde Francfort a Dublín, con tres individuos que debían tomar parte en aquel campeonato. Recuerda perfectamente sus rostros, sus siluetas. Se pregunta si podría reconocerles sobre la pequeña pantalla, suponiendo que aparecieran en ella. Pero un chirrido de neumáticos, producido por un automóvil que toma bruscamente un viraje al meterse en la Duke Street, saliendo de una calle perpendicular a la oscura avenida, a menos de cien metros de él, le hace volver la cabeza y llevar instintivamente la mano a su 7,65.

Siente el peligro, pero se obliga a no moverse. Ha vivido numerosas experiencias que le han enseñado que, en materia de espionaje, ocurre a menudo como en materia de doma de animales salvajes: no hay que perder la serenidad en presencia de la fiera, ni demostrarle que se tiene miedo. Frank Matthews se envara y, a pesar del peligro que se acerca a toda velocidad, reasume la actitud del pacífico ciudadano siguiendo gratuitamente un programa de televisión ofrecido en su escaparate por un vendedor de aparatos.

El automóvil se refleja en el escaparate y Frank no pierde de vista aquella imagen. En el reflejo, distingue algo que se mueve y brilla en una de las portezuelas del vehículo.

Espera un segundo más y se deja caer boca abajo sobre la acera, a lo largo del zócalo de mármol que sostiene el escaparate.

El tiroteo estalla en el preciso instante en que esboza su movimiento.

El escaparate vuela en pedazos. Crepitan las armas y silban las balas. La voz del locutor se calla y la imagen desaparece de los aparatos de televisión, cuyas pantallas están destrozadas. Unos proyectiles maúllan al chocar contra el muro de mármol, antes de rebotar y de perderse quién sabe dónde.

El tiroteo no dura más de tres segundos.

Unos trozos de vidrio caen alrededor de Frankie, literalmente pegado a la acera.

Está admitido que, en determinadas circunstancias, una mente puede revivir las imágenes de toda una existencia, pensar en un millón de cosas.

Y Frankie piensa esto:

«Soy un estúpido... El hombre que me ha telefoneado y citado en el *Rose de Killarney* no necesita verme con un periódico en la mano para reconocermelo. Ha tenido tiempo más que suficiente, desde que sabe donde vivo, para localizarme y anotar mis señas. No tiene ningún motivo para querer ponerse en contacto conmigo, a fin de tratar de averiguar lo que sé acerca de su negocio. Los interrogatorios, incluso bajo la amenaza de tortura o de muerte, son buenos para las novelas policíacas. En la realidad es más sencillo: si hay un adversario amenazador, se le liquida; entonces, ya no es peligroso. Los tipos que me han citado aquí han decidido liquidarme. Esto les dará tiempo para poner a su organización al abrigo de cualquier nuevo ataque. Soy el último de los cretinos... Debí pensar que no esperaría a que entrara en el "pub" para meterse conmigo, sino que se limitaría a acechar mi llegada».

He aquí lo que piensa Frank aplastándose contra la pared de mármol que sirve de zócalo al escaparate de radio-tv, mientras del automóvil que desciende por la Duke Street brotan las ráfagas de dos metralletas.

La mente de Frank tiene tiempo aún de registrar esto: un gran automóvil negro, probablemente un Daimler; volante a la derecha; en las portezuelas de la parte izquierda, dos sombras que no levantan el dedo del gatillo de su metralleta.

El tiroteo termina, mientras tintinean todavía algunos trozos de cristal al caer sobre la acera.

Frankie, que se ha dejado caer en el preciso instante en que restallaban los primeros disparos, no hace un solo gesto hasta que ha visto desaparecer el automóvil por otra calle perpendicular a la Duke Street.

Toda la calle le parece ahora extrañamente silenciosa.

Sólo entonces se da cuenta de que unos altavoces, situados fuera del escaparate, difundían los comentarios del campeonato de golf al mismo tiempo que las imágenes aparecían en las pantallas. Las balas han cortado la imagen y el sonido.

El silencio no dura mucho tiempo.

Unas ventanas se iluminan, unas puertas se abren y unas voces interrogadoras se dejan oír.

Frankie no tiene un solo rasguño.

Tensa sus músculos, se incorpora de un salto y echa a correr en dirección a la calle por la cual ha llegado el automóvil.

Los ruidos de la Duke Street se amortiguan detrás de él. Toma la primera calle a la izquierda y, al mismo tiempo, el andar tranquilo de un paseante. El espejo de una peluquería, iluminado por un neón rosáceo, le permite contemplarse brevemente. Su traje está polvoriento. Reanuda la marcha sacudiendo con la mano su pantalón y su americana. Enciende un cigarrillo al llegar a la esquina de otra calle que parte hacia la izquierda y que por tanto debe de volver a conducirle a la Duke Street.

Llega allí al mismo tiempo que los primeros coches de la policía, con las sirenas desencadenadas, alertados por los teléfonos de los indignados ciudadanos.

Tranquila la respiración, el aire desenvuelto, entra en el *Rose de Killarney*, encarga un whisky irlandés en el mostrador y se hace indicar el camino de los lavabos. Allí, se lava cuidadosamente la cara y las manos y examina su aspecto. Entonces se da cuenta de que tiene una leve herida en el pómulo izquierdo. Probablemente una esquirla de cristal. Pero el arañazo no sangra ya.

Regresa al mostrador y, mientras sorbe su whisky, le pide al camarero que le encargue un taxi.

En el «pub», nadie parece haberse enterado del tiroteo. Las conversaciones giran en torno a los pronósticos de las próximas carreras de caballos y de galgos.

En Irlanda son frecuentes los atentados por motivos políticos. La gente se ha acostumbrado a conservar la calma en caso de que ocurra algo insólito, a no manifestar más que un interés razonablemente cortés cuando tiene lugar una investigación policial...

Lo cual hace que Frank Matthews pueda regresar a la pensión sin la menor dificultad.

Preguntándose simplemente si los que le han ametrallado le han dado por muerto, o saben que continúa con vida.

* * *

Son las ocho y media. Fergus Fitz’Gerald detiene su automóvil en el *parking* del aeródromo, en un lugar poco iluminado. Inspecciona un instante los alrededores y luego, deslizándose por encima del respaldo de su asiento, pasa a la parte posterior del vehículo y se pone, encima de la americana, una chaqueta usada de empleado del aeródromo que ha conseguido procurarse aquella tarde. En aquel momento, un chaparrón imprevisto, aunque breve, cae sobre Dublín.

Cuando cesa la lluvia, Fergus Fitz’Gerald, con su chaqueta de color caqui y su gorra de visera, como todos los mecánicos del lugar, penetra sin dificultad en el recinto del aeródromo y oye un altavoz que anuncia que el aparato 87, el Boeing de las *Irish International Airlines*, procedente de Nueva York, aterrizará con unos minutos de adelanto sobre el horario previsto.

Sigue atentamente con la mirada a Jos empleados que preparan diversos vehículos, y el aparato esperado aterriza. Al tomar contacto con el suelo, sus ruedas hacen brotar unos haces de agua. Fitz’Gerald se mezcla fríamente con el imponente personal que va y viene sobre las pistas, y se acerca al Boeing hacia el cual rueda un Land Rover de color rojo y amarillo.

El Land Rover se detiene debajo del ala del Boeing antes incluso de que los pasajeros del avión hayan empezado a descender por la escalerilla. El conductor del vehículo salta al techo de la cabina del Land Rover y, de allí, al ala del Boeing. Desenrosca el tapón del depósito de carburante y, en menos tiempo del que se emplea en contarlos, vuelve a encontrarse sentado ante su volante. Con un solo cambio: la chaqueta de trabajo que lleva, virgen unos segundos antes de toda condecoración, luce ahora un emblema Shell, prendido encima del bolsillo superior izquierdo. El hombre conduce su Land Rover al parque de los vehículos oficiales del aeródromo. Fergus piensa que el hombre va a abandonar el lugar; corre hacia el recinto, salta una barrera y vuelve a encontrarse del lado de los «civiles».

El mecánico del aeródromo hace seña a un taxi que se detiene a su altura. El hombre abre la portezuela trasera y se deja caer sobre el asiento.

Fergus Fitz’Gerald, con su chaqueta caqui, detiene otro taxi.

—Siga el coche donde se encuentra mi compañero —le dice simplemente al chófer.

El conductor ha visto embarcar al mecánico y no hace ningún comentario.

Entre el aeródromo de Dublín y el centro de la ciudad hay una decena de kilómetros. La circulación es densa y la lluvia ha dejado resbaladizas las carreteras. A una velocidad razonable, los dos taxis se siguen, a unos cien metros de distancia.

—No le pierda de vista —recomienda Fergus.

El chófer asiente con la cabeza.

Pasadas las bellas avenidas brillantemente iluminadas, los dos taxis abordan unos barrios más oscuros, estriados de calles angostas y sinuosas. Bruscamente, el primer vehículo se detiene a la izquierda, a lo largo de una estrecha acera.

—¡Alto! —ordena Fergus Fitz’Gerald a su chófer.

El hombre obedece. Fergus le entrega una libra —mucho más del precio que marca el taxímetro— y se apea del vehículo, el cual da media vuelta para dirigirse al centro de la ciudad. Fitz’Gerald levanta maquinalmente los ojos y ve que se encuentra en Bagot Street. Se oculta en un portal y comprueba que el primer taxi ha dado también media vuelta en la misma calle, a pesar de las ordenanzas municipales. El mecánico sube calle arriba echando, de cuando en cuando, una ojeada a los números de las casas. Pegado a la pared, Fitz’Gerald se dedica a seguirle.

El mecánico desaparece bajo un porche. Fitz’Gerald llega allí a su vez. Es una casa miserable, uno de esos «slums» que reúnen en una sola habitación a ocho o diez personas. Fergus empuja la puerta. Delante de él, la oscuridad es total. Sin embargo, adivina un angosto pasillo que exuda humedad. El silencio es denso y un desagradable hedor hiere su olfato. No se atreve a encender su linterna. Extiende los brazos a los lados, y cada una de sus manos encuentra el muro viscoso. Avanza prudentemente, sin perder el contacto con las paredes. Su pie derecho tropieza contra un obstáculo. Se inclina y, a tientas, comprueba que se encuentra al pie de una escalera de madera.

¿Cómo subir por una escalera de madera, a oscuras, sin que crujan los peldaños?

Acaba de formularse la pregunta cuando a su espalda se enciende una linterna. Un objeto duro se pega a su costado y una voz ruda dice:

—Levanta los brazos y sube.

Fergus obedece. Maquinalmente, cuenta los peldaños: dieciocho, y está en un rellano.

En aquel momento, algo golpea violentamente su sien y pierde el conocimiento.

Cuando vuelve en sí, penosamente, comprueba que está sentado en una silla, en el centro de una habitación. Sus pies están sólidamente atados a las patas de la silla, y sus manos, atadas también al respaldo. Le resulta absolutamente imposible esbozar el menor gesto. Encima mismo de su cabeza, cegándole, una bombilla eléctrica oscila suavemente. A causa de la luz que hiere sus ojos, no distingue nada de la habitación donde se encuentra. Pero, detrás de él, adivina una presencia humana. Poco a poco comprende lo que le infunde aquella sensación de presencia. Es un olor a cigarro. A su espalda, un hombre fuma. Trata de volver la cabeza, pero el movimiento desencadena un dolor lancinante en su sien. En el mismo instante, una voz se eleva delante de él. El hombre que habla debe de estar pegado a una de las paredes del cuarto. A tres metros de distancia, quizás, pero Fergus no le ve. Comprueba entonces que la bombilla que pende del techo sólo está desnuda por un lado: el suyo. Por el lado de donde procede la voz, está protegida por una especie de media pantalla. Fergus se estremece y comprueba que le han quitado su chaqueta de empleado del aeródromo, su americana y su camisa. Tiene el torso desnudo.

La voz es suave, bien timbrada, cálida; admirablemente modulada. Una voz de locutor de radio, piensa Fergus.

La voz dice:

—Sé, por tus documentos, que eres Fergus Fitz'Gerald, comerciante de la Upper O'Connell Street. Pero probablemente eres algo más, y vas a decírmelo.

Fitz'Gerald se siente extrañamente molesto por el olor del cigarro que alguien fuma detrás de él. La voz continúa:

—No me gusta perder el tiempo. Voy a resumir. Esperaba un paquete en el aeródromo. Mis hombres, que vigilaban la llegada de aquel paquete, me telefonaron para advertirme que alguien estaba siguiendo al portador del paquete. Te hemos esperado aquí. Quiero saber quién eres, en realidad, por qué te interesas por el mismo paquete que yo y para quién trabajas.

Fergus tiene la súbita sensación de que aquella voz no le es desconocida.

Pero la voz continúa:

—No creas que no hablarás. Los héroes muertos sin despegar los labios, los mártires agonizando sin renegar de su fe, quedan muy bien en la literatura. La realidad es distinta, porque el dolor es insoportable. Detrás de ti, uno de mis hombres fuma un cigarro. Tiene como misión aplastar la punta incandescente de ese cigarro contra tu piel, hasta que hables.

Fitz'Gerald había oído hablar del dolor atroz que provoca la brasa de un cigarro en contacto con la piel. Siente que unas gotas de frío sudor resbalan por sus mejillas y a lo largo de su columna vertebral. Cierra los ojos y aprieta los dientes.

—¿Quién eres, por qué te interesas por el paquete, para quién trabajas? — pregunta la voz, con la misma frialdad.

Y, ante el silencio de Fitz'Gerald:

—Adelante, Fred.

Fergus siente la brasa del cigarro aplastarse contra su espalda, a la altura del riñón derecho. No puede evitar el aullar. Un hedor infecto a carne quemada llega a sus fosas nasales. Trata de recobrar el aliento cuando una segunda quemadura, mucho más fuerte que la primera, alcanza a su riñón izquierdo.

Tiene conciencia de que está vomitando y pierde el conocimiento ante lo intenso del dolor.

Cuando el resplandor de la bombilla hiere de nuevo sus ojos, no sabe cuánto tiempo ha permanecido inconsciente. La primera sensación que experimenta es el olor a vómito que se mezcla espantosamente con el de la carne quemada.

Y la voz vuelve a resonar:

—Las quemaduras en los riñones producen un dolor espantoso. Pero puede afirmarse que son simples caricias comparadas con las quemaduras en el pecho. Dentro de unos instantes, la punta del cigarro de Fred va a aplastarse en tus tetillas. Reflexiona bien, Fitz'Gerald. Trata de imaginar lo que será tu dolor. Y piensa que el suplicio puede prolongarse por espacio de horas enteras. El paciente enloquece de dolor, pero no muere. A no ser que, por desgracia, o por suerte, padezca del corazón. Y siempre termina por hablar. Contesta a mis preguntas, Fitz'Gerald.

Fergus, sintiendo llegar un nuevo vómito, aprieta los dientes.

Y la voz dice:

—En la tetilla izquierda, Fred.

El cigarro hace su obra y Fergus aúlla como un condenado. Luego cae hacia adelante, arrastrando la silla en su caída. Un último espasmo agita todos sus miembros y queda completamente inmóvil. Durante unos segundos, un leve estertor se escapa de su boca, muy abierta.

La voz no sabía (y el propio Fergus lo ignoraba) que Fitz'Gerald padecía una leve enfermedad del corazón.

* * *

En la pensión McIntosh, Irisa Moore ve con aire asombrado y decepcionado cómo Frankie Matthews abandona la estancia. Luego dirige una mirada suspicaz a Elisabeth Drake, la cual parece estar mucho más nerviosa que al principio de la velada. Son las ocho y media y un chaparrón imprevisto, aunque breve, cae sobre Dublín.

Elisabeth Drake se lleva súbitamente la mano a la frente, se pone en pie, dice unas palabras a Penelope McIntosh y sale del salón, donde el coronel continúa liado con el nuevo rompecabezas.

Se oye, en la escalera, el paso de la joven que sube al piso, e Irisa Moore, a quien Penelope acaba de servir una nueva taza de té, deja caer inadvertidamente sus dos terrones de azúcar en el brebaje, que sobresale ahora por el borde de la taza. Luego, sin dar ninguna explicación, Irisa abandona su lugar en la mesa, sale del salón y sube la escalera que conduce al piso donde se encuentran las habitaciones de los huéspedes.

Al pasar por delante del cuarto de Frankie Matthews le parece oír un ruido detrás de la puerta. El hecho la sorprende, ya que sabe que Frankie ha salido. Abre bruscamente la puerta, y resulta difícil decir quién es la más asustada, ella o Elisabeth Drake.

Todas las luces están encendidas.

Encima de la cama, una maleta abierta, de la cual desborda la ropa interior.

Elisabeth está arrodillada delante de una cómoda de tres cajones y registra a manos llenas el cajón inferior. Lo que impresiona más a Irisa no es el desorden de la habitación, ni el hecho de que Elisabeth esté cometiendo un delito, sin duda alguna. Irisa reacciona como mujer enamorada. La habitación es la de Frank. Elisabeth puede ser su propia rival en el corazón de Frank. Y, arrodillada delante de la cómoda, Elisabeth, con la falda remangada, muestra unas piernas que, inconscientemente, Irisa juzga más atractivas que las suyas.

Como un relámpago, cruza por su mente la idea de que Elisabeth y Frank están de acuerdo y que la señorita Drake tiene sus motivos para encontrarse allí, esperando a su hombre. Pero expulsa inmediatamente aquella idea.

—¿La molesto? —pregunta.

Elisabeth vuelve la cabeza hacia ella, enrojece violentamente y, con un gesto instintivo, trata de bajar su falda.

—Yo..., yo... buscaba una cosa —consigue articular.

Su turbación estimula a Irisa.

—¿Puedo preguntarle qué significa su presencia en la habitación del señor Matthews? ¿Puedo preguntarle con qué derecho registra sus pertenencias?

Apoyándose en el cajón abierto, Elisabeth se incorpora. Tiene un aire completamente desamparado y un observador atento podría ver una lágrima de desesperación brillando a la sombra de sus largas pestañas.

—Escuche... —murmura penosamente.

Irisa comprende que no hay nada entre Frank y Elisabeth, y que la joven se encuentra en aquella habitación por motivos absolutamente ajenos a un enredo amoroso. Se siente aliviada, y lo aprovecha para endurecer su actitud.

—Me interesaría oír sus explicaciones, pequeña.

Elisabeth está demasiado trastornada para contraatacar, preguntando a su vez a Irisa qué está haciendo en aquella habitación que no es la suya, y con qué derecho formula todas aquellas preguntas.

De repente, Irisa Moore tiene una inspiración.

—¿Es usted una ladrona, por casualidad?

—¡Oh, no! —gime Elisabeth.

Y da un paso en dirección a Irisa.

Pero ésta, ahora, está segura de sí misma. No hay nada entre Elisabeth y Frank y, por lo tanto, la presencia de Elisabeth en la habitación de Frank es más que sospechosa. Extiende un brazo como para intimar a la joven a que no se mueva. Sale al rellano, manteniendo entreabierta la puerta de la habitación. Con la cabeza vuelta hacia la escalera, grita con voz chillona:

—¡Señorita McIntosh! ¿Quiere usted subir?

Lo que sigue es como un sueño para Elisabeth Drake: la llegada de Penelope McIntosh; las explicaciones de Irisa Moore; las preguntas de la dueña de la pensión, a las cuales no sabe qué contestar; el refuerzo aportado a la indignación de Irisa por el coronel y el funcionario del Tesoro, extirpados de su rompecabezas por las voces procedentes del primer piso.

El rostro de Penelope McIntosh ha perdido las pequeñas arrugas que le prestan habitualmente un aire de comprensiva amabilidad.

—Como comprenderá —dice en tono severo—, no puedo tolerar unos hechos semejantes en una respetable pensión irlandesa.

Y, muy digna, baja al vestíbulo y telefonea a la policía. La comisaría se encuentra muy cerca y unos minutos después se presentan dos agentes en la pensión.

Escuchan las explicaciones de Irisa y de Penelope. Sacan sus agendas y toman algunas notas. Intentan inútilmente obtener unas aclaraciones de Elisabeth, la cual solloza en un rincón del cuarto, bajo la mirada indignada y ceñuda del coronel y del funcionario del Tesoro. Y, finalmente, en

cumplimiento de las órdenes que han recibido, se llevan a Elisabeth a la comisaría del distrito.

CAPÍTULO X

Al llegar a la pensión, Frank Matthews quedó asombrado al ver que todas las ventanas de la casa estaban iluminadas.

«El nuevo rompecabezas ha debido plantearles dificultades muy serias, para que velen hasta tan tarde», pensó.

Quedó mucho más asombrado cuando, después de empujar la puerta que no estaba cerrada con llave, encontró a todos los huéspedes reunidos en el comedor, con aires consternados.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió, tratando de dar a su voz un tono jovial, a pesar de la tensión nerviosa a que estaba sometido después del tiroteo de la Duke Street.

—Estoy desolada, señor Matthews —dijo Penelope McIntosh avanzando hacia él.

—Yo desconfié de esa mosca muerta desde el primer momento —declaró Irisa Moore.

—Déjeme hablar, ¿quiere? —la interrumpió Penelope. Y, dirigiéndose a Frankie—: Hemos sorprendido a la señorita Drake robando en su habitación.

—¿Robando?

—Ha abierto sus maletas y registrado todos los cajones.

Frankie Matthews se quedó de piedra. Una vaga intuición que había tenido a raíz de la llegada de Elisabeth a la pensión se confirmaba bruscamente. Se había preguntado si aquella joven de aire tan ingenuo, apareciendo inmediatamente después de la publicación de su anuncio en el «Sunday Press», no sería una enviada de la banda a la cual perseguía. Ahora estaba seguro de ello. Elisabeth debía apoderarse de todos los documentos interesantes que encontrara en su habitación, mientras él era atraído a una trampa para suprimirle. Por fin había identificado a uno de los elementos de la banda. Sus provocaciones habían obligado al enemigo a salir de su madriguera. Tenía a Elisabeth. Ahora debía estudiar el modo de utilizarla para llegar hasta los otros.

—¿Dónde está esa encantadora joven? —preguntó.

—Como la hemos sorprendido con las manos en la masa, hemos telefonado a la policía. Han venido dos agentes y se la han llevado a la comisaría. Tiene usted que comprobar lo que le falta y presentarse en la comisaría mañana por la mañana, para firmar la denuncia. Está muy cerca de aquí, en la esquina de la Abbey Street.

Frankie frunció el ceño.

Sabía ahora que tenía enfrente de él una banda perfectamente organizada y que actuaba con rapidez y decisión; dispuesta a eliminar sin piedad todos los obstáculos. El atentado de que había sido objeto aquella misma noche lo demostraba de un modo fehaciente. Y Elisabeth, detenida, encarcelada, se convertía en un peligro para la organización, puesto que podía hablar.

«En cuanto se enteren de que se ha dejado atrapar van a eliminarla», pensó Frank.

Permaneció inmóvil en el centro del salón, reflexionando rápidamente. Los otros huéspedes le contemplaban con curiosidad, asombrados por su falta de reacciones, él, la víctima, cuando ellos mismos habían reaccionado intensamente ante un suceso que no les afectaba de un modo directo. El coronel jubilado pensó que, decididamente, los yanquis no hacían nunca nada como las personas normales. Eran unos chiflados, aquellos yanquis. Y Penelope atribuyó a los orígenes indios de Matthews su aparente insensibilidad.

—Les agradezco todo lo que han hecho —dijo finalmente Frank—. Voy a echar un vistazo a mi habitación. Luego tendré que volver a salir. ¿Puedo contar con una llave de la puerta de la calle, señorita McIntosh?

—Desde luego —dijo Penelope—. ¿Piensa usted ir a la comisaría esta misma noche?

—No. Iré mañana. Unas horas a la sombra ayudarán a esa joven a reflexionar.

Subió a su habitación, imitado poco después por los otros huéspedes, decepcionados por el curso de los acontecimientos.

Frankie no se tomó la molestia de comprobar si Elisabeth le había quitado algo. Sabía exactamente todo lo que había en sus maletas y en sus papeles. Nada que pudiera revelar sus verdaderas ocupaciones. Como máximo, el adversario había podido encontrar un ejemplar intacto de la famosa fotografía «US AIR FORCE - Top secret - 17 de mayo de 1966». Pero eso no tenía la menor importancia puesto que, de todos modos, el adversario sabía que tenía aquella fotografía en su poder, a causa del anuncio aparecido en el «Sunday Press». Pero nada establecía la procedencia de aquella fotografía.

Frankie consultó su reloj de pulsera.

Eran casi las diez.

Se pasó el peine por los cabellos, comprobó que su traje no había sufrido ningún desperfecto a raíz de su aventura de la Duke Street, frotó vigorosamente sus zapatos con una esquina del cubrecama, apagó las luces y salió. Encontró una llave de la puerta de la calle sobre una pequeña consola, en el vestíbulo.

No tardó más que unos minutos en llegar a la Upper O'Connell Street. El escaparate de la quesería Fitz'Gerald estaba apagado, y en las ventanas del apartamento no brillaba ninguna luz. En el marco de la puerta de la tienda había un timbre. Frankie lo pulsó. Unos segundos más tarde se abrió una ventana en el primer piso y apareció el busto de Dorothy.

—¡Ah! Es usted... —susurró la muchacha.

—Tengo que hablar con Fergus.

—No ha regresado todavía, y yo estoy acostada.

—Le esperaré. Baje a abrir.

Dorothy cerró la ventana. Unos instantes después abría la puerta de la tienda y precedía a Frankie en la escalera que conducía al apartamento. Sólo una leve claridad, procedente del vestíbulo del piso, iluminaba la escena. Pero aquella claridad era suficiente para dibujar, a contraluz, el cuerpo de Dorothy a través de su fino camisón.

La joven hizo entrar a Frankie en el despacho de su tío.

—¿Le sirvo algo de beber? —preguntó.

—Sí, gracias. Cerveza, si la tiene a mano.

Dorothy sacó una *Guinness* del frigorífico.

—¿Quiere que le haga compañía?

—Guarda tus encantos para los marineros —respondió Frankie con bastante rudeza.

—Como quiera —dijo Dorothy, alisando con aire distraído su camisón sobre sus caderas—. Mi habitación está al final del pasillo, si tiene ganas de preguntarme lo que opino de los marineros irlandeses.

Al quedarse solo, Frankie encendió un cigarrillo, se quitó los zapatos y los calcetines y frotó voluptuosamente sus pies descalzos contra la lana de la alfombra. Se bebió media *Guinness* en la misma botella y se sentó ante el escritorio de Fitz'Gerald. Descolgó el teléfono y pidió comunicación con Washington.

—Carson al aparato.

—Aquí, Matthews.

—¿Qué hay de nuevo, Matt?

—Los ratones han salido de la madriguera.

—Estupendo. Es lo que usted quería, ¿no? ¿Ha podido identificar al portador del microfilm?

—Por ese lado, no hay noticias. Fitz'Gerald se ha encargado de ir al aeródromo. Hace casi una hora y media que el avión ha aterrizado, y Fergus no ha dado aún señales de vida.

—¿Aparte de eso?

—Había una chica en mi habitación.

—Bueno, Matt, le dije que no quería oír hablar de ninguna mujer hasta el final de la investigación. Normalmente, cuando le necesito a usted, tengo que telefonarle a la habitación de una mujer. No trate de despistarme haciendo acudir a las mujeres a su habitación, en vez de ir usted a la de ellas.

—No se trata de eso, mi coronel. He acudido a la cita que me habían dado las personas interesadas en mi anuncio a propósito de la fotografía. Me han ametrallado en plena calle, y me han dejado por muerto sobre una acera de la Duke Street.

—Para estar muerto, se expresa usted con bastante soltura, Matt.

—Mientras me mataban, por así decirlo, una joven domiciliada en la misma pensión que yo ha sido sorprendida cuando se dedicaba a registrar mi habitación. Estoy convencido de que esa joven fue enviada allí por la banda que nos interesa.

—¿Y bien? No pretenderá que sea yo, desde Washington, quien presione a esa muchacha para que escupa todo lo que sabe...

—Ha habido un exceso de celo por parte de la dueña de la pensión: la policía se ha llevado a la chica a la comisaría.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Le recuerdo, mi coronel, que si en Washington no tardará en ser la hora de salida de las oficinas, aquí son cerca de las once de la noche. La muchacha trabaja en la televisión. Si mañana por la mañana no acude a su trabajo, nuestros amigos van a ponerse nerviosos. Y cuando sepan que está en manos de la policía, se las arreglarán para eliminarla antes de que pueda hablar. Y nosotros no habremos avanzado un solo paso. Por otra parte, aunque ahora nuestros amigos me creen muerto, no tardarán ni veinticuatro horas en convencerse de lo contrario... Lo cual significa que antes de que amanezca convendría que pudiera presionar a esa chica para que escupa lo que sabe, como ha dicho usted de un modo tan fino. Tenemos que ganarles la mano, y

sólo podemos hacerlo esta noche, mientras ignoran lo que ha pasado, exactamente.

—Comprendo. ¿Qué quiere que haga?

—La chica está en la comisaría. Yo no puedo intervenir.

—Deme los datos, Matt.

—La chica se llama Elisabeth Drake y trabaja en la televisión. Está en la comisaría de Abbey Street.

—De acuerdo. Voy a ponerme en contacto con *sir* Patrick, mi muy honorable colega de la Seguridad de Dublín. He trabajado ya con él. Actúa con una rapidez meteórica. ¿Se encuentra usted muy lejos de esa comisaría, Matt?

—Veinte minutos a pie, como máximo.

—Vaya hacia allá, Matt. Creo que veinte minutos bastarán.

—De acuerdo, jefe.

—Suerte, Matt. Y téngame al corriente.

Tras colgar el receptor, Frankie Matthews terminó su cerveza, encendió otro cigarrillo y volvió a ponerse los calcetines y los zapatos. Apagó las luces y salió del despacho. En aquel momento, al final del pasillo, se entreabrió una puerta, dejando asomar el busto de Dorothy.

—¿No necesita usted nada? —preguntó la muchacha.

Matthews se encogió de hombros y echó a andar hacia la escalera, sin contestar.

Dorothy cerró de golpe la puerta de su habitación.

Frank descorrió el cerrojo de la puerta de la tienda. Salió a la calle. El cielo estaba completamente estrellado, después de la breve tormenta que había descargado sobre la ciudad. Encontró muy pocos transeúntes mientras se dirigía, sin apresurarse, a la comisaría de la Abbey Street.

Le recibió el sargento de guardia.

—Me llamo Frank Matthews.

—¡Ah! La pensión McIntosh... Elisabeth Drake...

—Exacto.

—¿Tiene algún inconveniente en mostrarme su documentación, señor Matthews? —dijo el sargento.

—Ninguno, desde luego —respondió Frank.

Y tendió su pasaporte al sargento.

El sargento examinó cuidadosamente el documento y se lo devolvió a Frank, diciendo:

—Acabamos de recibir ciertas instrucciones: el ciudadano norteamericano queda autorizado para interrogar, sin testigos, a la detenida Elisabeth Drake. Por tanto, tenía que asegurarme de su identidad.

—Lo comprendo —dijo Frank—. ¿Cómo puedo proceder?

—Tenemos un pequeño despacho que sirve para los interrogatorios preliminares. No es muy cómodo, pero al menos está libre.

—Bastará para el caso.

—Siga el pasillo; es la segunda puerta a la izquierda. Voy a dar órdenes para que lleven la muchacha allí.

El despacho, tal como había dicho el sargento, no tenía nada de cómodo: paredes toscamente pintadas de color verde oscuro; un suelo de madera de pino sin desbastar; en el centro de la estancia, una mesa llena de quemaduras de cigarrillo y rodeada de cuatro sillas desapareadas; en un rincón, cerca de la única ventana, una mesita con una máquina de escribir Remington de un modelo muy antiguo; un teléfono y dos ceniceros sobre la mesa grande; una lámpara de contrapeso, con una pantalla verde, se balanceaba suavemente, proyectando su claridad sobre la mesa.

Frankie se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo. Y, bruscamente, notó que unos tics nerviosos agitaban sus pómulos. Aquello no le gustó; era lo que él llamaba su síntoma indio. Le ocurría a intervalos, cuando estaba muy cansado, o cuando sentía girar a su alrededor un peligro inconcreto, pero mortal. Como en una cinta proyectada a gran velocidad vio desfilar ante él a su amigo Bike Benson, o Andreas Ullrich, muerto en Alemania sin haber podido decir lo que había descubierto; al relojero Albrecht, muerto en sus brazos; a la esposa del relojero, muerta por haber querido ayudar a Mike Benson a cruzar la frontera; a aquel asqueroso funcionario de Washington, Meredith, que traicionaba a su patria; a Fitz'Gerald, que no había dado señales de vida desde que marchó hacia el aeródromo; a aquella zorra de Dorothy; a la dulce y comprensiva Karen, salida de su vida cuando apenas había entrado en ella, que le había consolado y de la cual ni siquiera se había despedido en Francfort. Y pensó también en sí mismo, en lo cerca que había estado de la muerte dos horas antes... Y todo ello, ¿por qué? Por una historia de fotografías de la cual nadie comprendía nada.

Frankie trató de dominar el nerviosismo que, progresivamente, se apoderaba de él. Empezaba a poner en práctica el antiguo principio de la respiración controlada, tan apreciado por sus antepasados, cuando el sargento introdujo a Elisabeth en la habitación y se retiró inmediatamente, sin pronunciar una sola palabra.

La aparición de aquella muchacha de ojos enrojecidos por el llanto, de vestido arrugado por su estancia en la celda, lejos de calmarle le exasperó todavía más. ¡Éste era el único adversario que había conseguido desenmascarar! Y ello, gracias a la casual intervención de aquella maldita Irida Moore...

Bajo el efecto de la cólera que no acababa de dominar, sus ojos eran ahora extrañamente verdes. Y su voz tenía una desascostumbrada dureza.

—No puedo perder mi tiempo con usted. Ha registrado mi habitación, mis efectos. ¿Por qué? ¿Qué buscaba? ¿Quién le ordenó que lo hiciera?

Elisabeth encogió los hombros, cruzó sus manos delante de su estómago, inclinó la cabeza y emitió una especie de sollozo.

—¡Vas a contestar, por todos los diablos! —aulló Frank.

La actitud de la muchacha se hizo todavía más humilde.

Entonces, la ancestral naturaleza india de Frankie se impuso. Propinó una magistral bofetada a la muchacha, la cual se echó a llorar.

—¡Esto para empezar! —gritó Frank—. Es un anticipo de lo que te espera si no vomitas todo lo que sabes en el plazo de treinta segundos.

Elisabeth Drake se había puesto espantosamente pálida y temblaba de pies a cabeza.

En aquel momento resonó el timbre del teléfono.

Frank descolgó el receptor.

—¿Sí?

Era el sargento de guardia.

—Señor Matthews, le paso a *sir* Patrick.

Frankie estaba tan nervioso que necesitó un par de segundos para recordar que *sir* Patrick era el jefe de los servicios de seguridad irlandeses, según le había comunicado el coronel Carson. Escuchó atentamente lo que le dijo *sir* Patrick y, cuando volvió a colgar el receptor, se había calmado como por ensalmo.

—Siéntese —le dijo a Elisabeth en un tono casi amable.

La muchacha obedeció, frotándose la mejilla.

—Hábleme de su prometido —continuó Frankie, en el mismo tono.

Elisabeth alzó los ojos y le miró con una expresión medio asombrada, medio asustada.

—Su prometido Fred Townsend —insistió Frank.

La muchacha inclinó la cabeza, apretó los labios y sus manos se crisparon una sobre la otra.

—Elisabeth —continuó Frankie, encendiendo un cigarrillo—, es usted una chica muy simpática y la creo honrada. Creo también que empiezo a comprender ciertas cosas. De modo que no tengo la intención de torturarla para que me diga lo que quiero saber. Pero, lo que quiero saber lo sabré, porque usted me lo dirá.

—¿Qué sabe usted de Fred? —inquirió Elisabeth.

—En principio, el que interroga soy yo. No olvide que si estamos aquí se debe al hecho de que ha sido usted sorprendida registrando mi habitación. Si firmo una denuncia, se verá usted en un apuro, pequeña. Y no a causa de la Justicia irlandesa, precisamente, sino por las reacciones que puedan tener, en lo que respecta a usted y al propio Fred, las personas que la enviaron a la pensión McIntosh. ¿Comprende?

»Bien, voy a ir un poco más lejos. Hace un instante me ha telefonado un personaje muy importante de los servicios de seguridad irlandeses. En cuanto se ha enterado de su detención, esta noche, ha pedido el expediente que sus agentes han abierto a nombre de usted. No le extrañe: es usted extranjera, inglesa, y trabaja en un servicio irlandés casi oficial. Es lógico que a la policía le interese su personalidad. En ese expediente se hace mención a una historia antigua: el pasado verano, su prometido, Fred Townsend, efectuó un viaje de estudios al continente. Y, cuando se encontraba en la Alemania del Este desapareció, sin que hayan vuelto a tenerse noticias suyas. Poco después de su desaparición, ingresó usted en la televisión irlandesa. ¿Exacto?

—No tengo nada que decir.

—Sí, Elisabeth. Tiene usted algo que decir. Se ha embarcado en un asunto cuya gravedad desconoce. Un asunto que yo estoy encargado de aclarar por cuenta del gobierno norteamericano, y que hasta ahora ha provocado tres muertes. Esta misma noche ha podido producirse la muerte número cuatro: la mía. La quinta podría ser la de usted, si los que la emplean saben que ha fracasado en su misión y que ha sido interrogada por la policía. Y nada impide que la sexta pueda ser la de su prometido Fred.

—No.

—Volvamos a los acontecimientos de esta noche, Elisabeth. Alguien le encargó que registrara mis efectos. ¿Qué esperaba encontrar?

—Nada.

—Para atreverse a entrar de aquel modo en mi habitación, tenía que estar muy segura de no correr el menor riesgo de verme regresar súbitamente.

—Me dijo que usted no re...

—Continúe, Elisabeth; le dije que yo no regresaría. Y, efectivamente, eso es lo que estuvo a punto de ocurrir. Las ráfagas de las metralletas no me alcanzaron por verdadero milagro, y si los que disparaban no han insistido, es porque creyeron que había muerto. Y si han hecho eso conmigo, que no les conozco, imagine lo que harán con usted, que sabe quiénes son. Fred está en sus manos, ¿no es cierto?

—Sí.

El teléfono volvió a sonar. Frankie descolgó. El sargento de guardia le anunció que estaba de nuevo en comunicación con *sir* Patrick. Matthews escuchó atentamente lo que le decían y colgó. Miró a Elisabeth a los ojos y su voz se hizo más sorda.

—Bien. Fred está en sus manos. Y ahora escuche bien esto, Elisabeth: un compañero mío, Fergus Fitz’Gerald, me ayudaba en este asunto. Esta noche, mientras yo acudía a la cita planeada para liquidarme, Fergus investigaba por otro lado. Acaban de comunicarme que el cadáver de Fergus Fitz’Gerald ha sido repescado hace media hora en el Gran Canal. El cadáver tiene unas horribles huellas de quemaduras: torturaron a mi amigo, aplastando la punta encendida de un cigarro contra su piel, para tratar de obligarle a hablar.

Elisabeth apoyó sus antebrazos en la mesa y ocultó el rostro entre ellos, murmurando con voz estrangulada:

—¡Es espantoso!

Se produjo un breve silencio. Luego, Frank dijo:

—Fred está en sus manos. ¿Dónde?

—En el Berlín Oriental.

—¿Por qué?

—No lo sé.

La muchacha miraba ahora francamente a Matthews, y unas lágrimas perlaban sus ojos.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé, exactamente. Sólo recibí una nota suya, muy breve. Creí comprender que había tenido un altercado, o algo por el estilo, con un policía. Le metieron en la cárcel.

—¿Y después?

—Durante casi dos meses, no tuve noticias tuyas.

—¿Nadie se interesó por él?

—Fred es huérfano. Acababa de terminar sus estudios cuando emprendió el viaje a Europa. Yo denuncié su desaparición. En aquel momento estaba en Londres. Pero nadie hizo nada.

—Y, un día, alguien estableció contacto con usted...

—Recibí una carta anónima. En ella me decían que, en beneficio de Fred, debía solicitar un empleo como montadora en la televisión de Dublín. Es mi profesión, montadora de televisión. Y me recomendaban que fuera discreta si no quería atraer serias dificultades sobre Fred.

—Y solicitó usted el empleo, y la contrataron.

—Sí, y me trasladé a Dublín.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió Frank amablemente—. ¿Quiere tomar algo? ¿Una taza de café?

—No, gracias, estoy bien. Sólo un cigarrillo, por favor.

Frankie le encendió un Camel.

—Durante algún tiempo no sucedió nada anormal —continuó Elisabeth—. Y luego, un día, se presentó él en mi laboratorio.

—¿Él?

—Nath O’Keefe.

—¿Quién es Nath O’Keefe?

—¿No ha oído hablar de él?

—El nombre me suena, pero...

—Es el presentador de las principales emisiones de la televisión irlandesa.

—¡Ah! Ya recuerdo. Le vi en la pequeña pantalla, la otra noche, en un «pub». Un individuo con un bigotito, si no me equivoco.

—Sí.

—¿Y qué le dijo el señor O’Keefe?

—Que estaba en condiciones de obtener la libertad de Fred, o de mantenerle siempre en la cárcel de Berlín.

—¿Y qué tenía que hacer usted para obtener la liberación de Fred?

—Obedecerle a él, a Nath O’Keefe.

—¿Le...?

Elisabeth esbozó una leve sonrisa.

—No, no abusó de mí, si se refiere a eso. Por otra parte, en el estudio todo el mundo dice que no le gustan demasiado las chicas. Sólo me obligó a deslizar unas fotografías en mis montajes.

—No comprendo.

—Él realiza y presenta varias emisiones. Y yo me encargo del montaje de sus películas. Mientras yo trabajaba en esos montajes, se ha presentado cuatro o cinco veces en el laboratorio con un negativo del tamaño de una imagen de película de TV. Yo tenía que incorporar aquel negativo a la película.

—¿Y eso es todo?

—Fue todo, hasta el otro día. Entonces me ordenó que me inscribiera en la pensión McIntosh. Y que registrara sus efectos. En el primer momento, me negué. Pero me dijo que, si no obedecía, Fred sería fusilado como espía.

—¿Y qué tenía que buscar en mi habitación?

—Tenía que coger todos los papeles que encontrara.

—Y se produjo la intervención de Irisa Moore.

Aquel nombre hizo aparecer una leve sonrisa en los labios de Elisabeth. Una pobre sonrisa.

—Creo que está enamorada de usted.

—Sin comentarios —dijo Frank.

Se aclaró la garganta y encendió dos cigarrillos. Entregó uno a Elisabeth, que ahora parecía estar un poco más relajada.

—Me dijo que yo no corría ningún peligro. Que usted no regresaría esta noche a la pensión, y que existían muchas posibilidades de que no volviera nunca más a ella.

—Y usted obedeció.

—Compréndalo. Fred...

—De acuerdo. Retrocedamos un poco, Elisabeth, si le parece. Esas fotografías que incorporaba a las películas de televisión, ¿qué representaban?

—No lo sé. Parecían reproducciones de planos.

—Pero, eso es absurdo, Elisabeth. Una imagen así, que no tiene nada que ver con el tema de la película, se nota... Provoca protestas de los espectadores, de los críticos.

—No se nota nada en absoluto. ¿No conoce usted el principio?

—¿Qué principio?

—En la televisión, la película pasa a una velocidad de veinticinco imágenes por segundo. Si la imagen vigésimoquinta de cada segundo no tiene nada que ver con la película, no se nota. Va demasiado aprisa. Y se trata de una sola imagen en toda una película que dura de veinte a treinta minutos.

Frankie reflexionó intensamente.

Entreveía vagamente algo, pero no llegaba a captar el hilo conductor. Sin embargo, intuía que en las explicaciones de Elisabeth había un hilo conductor. Y, bruscamente, mientras él reflexionaba, Elisabeth empezó a sollozar.

—¿Qué será de Fred? —inquirió, llorosa.

Frankie juzgó que podía hablar claramente.

—Mire, Elisabeth, se trata de un grave asunto de espionaje. Empieza en Washington y termina en la Alemania del Este. Pero el nudo de toda la historia está aquí, en Dublín. El nudo es probablemente su presentador,

O'Keefe. Tres personas han perdido ya la vida en esta operación. Cuatro, contando a Fergus Fitz'Gerald. Y si no encuentro esta misma noche la explicación del misterio, las próximas víctimas serán Fred y usted. Pero yo puedo sacar a Fred de su prisión del Berlín Oriental. Tengo detrás de mí una poderosa organización. Le doy mi palabra de honor de que traeré a Fred a Inglaterra, pero primero he de comprender, antes de que amanezca, qué diablos pintan en el asunto las fotografías que le confía O'Keefe.

—¿Por qué antes de que amanezca?

—Porque si mañana no se presenta usted al trabajo, O'Keefe sabrá que ha fracasado en su misión. Eso significaría para usted una sentencia de muerte.

—De todos modos sabrá que he fracasado, puesto que no pude coger nada en su habitación.

—Le daré todos mis papeles, no se preocupe por eso. Usted tendrá mis papeles, y yo iré a buscar a su Fred. Pero antes he de poner en claro este embrollo. Veamos... Nath O'Keefe la obliga a incorporar a ciertas películas que usted monta una imagen que no tiene nada que ver con la película, pero que pasa inadvertida... ¿De qué tipo eran las películas?

—No eran de ningún tipo determinado. Su único punto de coincidencia era su retransmisión por medio del Pájaro del Alba.

—¿De qué?

—Del Pájaro del Alba. Supongo que lo conoce...

—Sí, desde luego. El satélite que gira alrededor de la tierra y gracias al cual el mundo entero puede recibir los programas de televisión en el mismo instante en que son realizados... ¡Cáspita!

—¿Perdón?

—¡El Pájaro del Alba! He aquí el...

—Hay dos maneras de utilizar el Pájaro del Alba —explicó Elisabeth—. Puede filmarse en directo, por ejemplo, el amerizaje de los cosmonautas norteamericanos. La imagen es enviada al Pájaro del Alba, el cual la retransmite inmediatamente, con unos enlaces, desde luego, al mundo entero. Los espectadores asisten al acontecimiento en el mismo instante en que se produce.

—¿O bien?

—O bien se utiliza el Pájaro del Alba en diferido. Casi todos los países tienen acuerdos con los Estados Unidos para utilizar el Pájaro del Alba. Se filma algo, se hace un montaje y, a una hora determinada, se envía la película al Pájaro del Alba, y el mundo entero recibe la imagen al mismo tiempo.

—¿Y usted ha trabajado siempre en emisión diferida?

—¿Se refiere a los montajes que he realizado para Nath O’Keefe?

—Sí.

—Desde luego, siempre en diferido.

—Lo cual significa que en el mismo instante en que enviaban ustedes sus imágenes hacia el Pájaro del Alba, desde Dublín, el mundo entero recibía la emisión.

—Exactamente.

—Déjeme reflexionar, Elisabeth. Supongamos que envían ustedes una emisión al Pájaro del Alba, desde aquí, desde Dublín, a las diez de la noche, por ejemplo. En todo el mundo, las personas que se encuentran delante de su aparato de televisión ven esa emisión.

—Naturalmente. Pero con las diferencias horarias, desde luego.

—¿Qué entiende usted por eso?

—Bueno, ya sabe usted que existen diferencias horarias entre los continentes. Si se emite aquí a las diez de la noche, como usted dice, los americanos de la costa del Este ven la emisión a las cinco de la tarde, puesto que...

—Sí, ya sé —la interrumpió Frank—. Gracias. Las diferencias horarias me han hecho sudar más de lo que pueda imaginar. Creí que se refería usted a otra cosa. ¿A qué hora han enviado ustedes al Pájaro del Alba esas famosas películas trucadas de Nath O’Keefe?

—Siempre a las diez de la noche. Es la hora que Irlanda tiene contratada.

—Y cuando en Dublín son las diez de la noche, en Berlín son las once, ¿no es cierto?

—Exacto. Una hora de diferencia. Tenga en cuenta que vamos hacia el Este.

—Bien. Comprendo eso. Pero ¿de qué puede servir la imagen que Nath O’Keefe la obliga a incorporar a la película, si nadie puede verla? Aquí está el problema. Si O’Keefe la hace víctima de un innoble chantaje para obligarla a incorporar esas imágenes a las películas, es porque las imágenes tienen importancia. Pero ¿de qué sirven, si nadie puede verlas?

—Pueden verse.

—¿Qué?

—Digo que es posible ver esas imágenes. Bueno, las personas que están al corriente.

—¿Que están al corriente de qué?

—Me sorprende usted, señor Matthews. Es algo elemental. Todo el mundo puede filmar, sobre su propia pantalla de televisión, el programa que

dan.

—Pero hacen falta instalaciones especiales.

—En absoluto. Cualquier cámara sirve para el caso. La única condición es la de que la película de la cámara se desenrolle exactamente a la misma velocidad que la película de televisión, es decir, a veinticinco imágenes por segundo. No es tan sencillo, de acuerdo, ya que se requiere una sincronización perfecta. Pero tampoco se necesitan unos conocimientos especiales.

De un modo fulgurante, la explicación del misterio se impuso a la mente de Frank Matthews.

La fotografía, un microfilm del tamaño exacto de una imagen de película de TV, sale del laboratorio de Washington a las siete de la mañana. Por avión, y teniendo en cuenta el enlace de Nueva York, tarda unas ocho horas en llegar a Dublín. Siete y ocho, quince. Son las quince horas. Pero entre Washington y Dublín hay una diferencia de cinco horas. Cinco horas de adelanto, puesto que se va hacia el Este. Por lo tanto, el microfilm llega a Dublín después de las ocho de la noche, hora local. El avión que transportó la última fotografía-ficticia, a causa de la cual murió Fergus Fitz'Gerald, aterrizó en Dublín a las nueve de la noche. El tiempo de coger la fotografía, de llevarla al estudio, de entregarla a Elisabeth para incorporarla a la película que debe ser enviada al Pájaro del Alba a las diez. Más que suficiente. Esto, cuando el robo de una fotografía en Washington y una emisión de Dublín a través del Pájaro del Alba tienen lugar el mismo día. Si no hay coincidencia de fecha, las facilidades aumentan. El Pájaro del Alba transmite. En aquel momento, en Alemania son las once de la noche. Puede filmarse la emisión con una cámara adecuada, es decir, que gire a la velocidad de veinticinco imágenes por segundo. Revelar la película y sacar de ella la famosa imagen vigesimoquinta es un juego de niños. Y así se explica el hecho, inexplicable a simple vista, a causa de las diferencias horarias, de que una fotografía sacada en Washington por la mañana pueda estar la misma noche en Berlín, o en cualquier otro lugar de la Alemania del Este.

Frankie exhaló un suspiro de alivio y consultó su reloj de pulsera: eran las doce y veinte.

Cogió el teléfono y le pidió al sargento de guardia que hiciera subir dos whiskies dobles al despacho, a ser posible «Eileen Aroon».

—Hay una botella y vasos en el cajón de su escritorio, abajo, a la derecha —respondió el sargento—. Y en el pasillo encontrará agua.

Frankie comprobó que era cierto. Envió a Elisabeth a buscar agua y, entretanto, llenó generosamente dos vasos de whisky.

—Dígame, Elisabeth —continuó—, ¿pasaron ustedes un programa por el Pájaro del Alba el 17 de mayo?

Elisabeth no vaciló mucho. El 17 de mayo era la semana anterior.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Se celebraban unos campeonatos de «hurling», una especie de juego nacional irlandés. Y era un martes.

—¿Le entregó O’Keefe una fotografía para incorporarla a la película?

—Sí. Parecía la imagen de un plano.

Elisabeth empezaba a dormitar sobre su silla.

Matthews pensó en aquel famoso 17 de mayo: el microfilm, robado por Meredith, que sale de Washington; los mecánicos que se transmiten el objeto en sus emblemas; O’Keefe en Dublín; la imagen indetectable lanzada a las ondas a las diez de la noche; los espías de la Alemania del Este que reciben tranquilamente la imagen, la descifran, vuelven a copiarla fotográficamente; Mike Benson que, a base de paciencia, ha aclarado el misterio; que sabe dónde operan los espías alemanes y consigue apoderarse de una fotografía con la intención de llevarla como prueba al Oeste; su desdichado paso de la frontera que termina trágicamente porque el primo del relojero Albrecht no estaba en su puesto.

—Todas esas personas han muerto por culpa de Nath O’Keefe —murmuró Frankie.

Eliminado Nath O’Keefe, los individuos del Este no serían ya peligrosos y los cómplices que operaban en los Estados Unidos caerían en la red sin dificultad.

Pero había que eliminar a Nath O’Keefe. Una cuestión de servicio, evidentemente. Pero Frank lo consideraba también como una cuestión personal, a causa de Mike Benson.

Pidió que le pusieran en comunicación con *sir* Patrick. A pesar de lo tardío de la hora, tuvo rápidamente al jefe de los servicios de seguridad al otro extremo del hilo.

Le explicó todo lo que acababa de averiguar y de comprender.

—Entonces, en su opinión —dijo *sir* Patrick—, nuestro hombre es Nath O’Keefe...

—Estoy convencido. Pero necesito comprobar un detalle, relacionado con el material irlandés que se encontraba en la Alemania del Este. Me refiero al material fotográfico.

—¿Qué puedo hacer?

—En primer lugar, desearía que si por casualidad habla usted esta noche por teléfono con el coronel Carson no le dijera nada de lo que acabo de

explicarle.

—De acuerdo, le dejo el placer de informarle personalmente.

—En segundo lugar, ¿puede usted ordenar que la señorita Drake sea puesta inmediatamente en libertad y que la policía archive el caso?

—Sí.

—¿Puede procurarme un salvoconducto que me permita circular a mi antojo por los estudios de la televisión?

—Sí.

—¿Puede usted arreglárselas para que los periódicos no anuncien el descubrimiento del cadáver de Fergus Fitz'Gerald, sino que señalen la muerte, por ametrallamiento, de un ciudadano norteamericano llamado Frank Matthews, que se llamaba a sí mismo delegado de la F. A. O., pero que probablemente era miembro de una banda de maleantes y fue víctima de un ajuste de cuentas?

—Sí.

—¿Puede usted obtener la lista de todos los desplazamientos de Nath O'Keefe al extranjero durante los últimos doce meses?

—Sí.

—Perfecto. Voy a emplear el resto de la noche en normalizar la situación de Elisabeth en la pensión, y en desaparecer.

—Y yo voy a privarme de dormir durante un par de horas más, a fin de atender a todas las peticiones que me ha formulado.

—Se lo agradezco muchísimo, *sir* Patrick. ¿Puedo verle mañana, mejor dicho, hoy, para ser más exacto, alrededor del mediodía?

—A la hora del aperitivo, en el Yatch Club de Dublín. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Da la casualidad de que en mi equipaje tengo una estupenda Blazer con botones de plata. Muy apropiada para una recepción en el Yatch Club.

—Será ideal, señor Matthews. Y no se preocupe por la entrada en materia. Le reconoceré fácilmente. Cuando ha llegado usted a la comisaría, un detective, por orden mía, le ha fotografiado con mucha discreción. Acaba de anunciarme que el clisé es excelente. Hasta muy pronto, señor Matthews.

Frankie Matthews sacudió suavemente a Elisabeth Drake y la despertó. Salió de la comisaría con ella, bajo la mirada indiferente del sargento de guardia. Mientras andaban en dirección a la pensión McIntosh, acabó de explicar a la muchacha lo que esperaba de ella, sin insistir demasiado en los peligros mortales a que podían estar expuestos a partir de entonces algunas personas, caso de que ella cometiera el más leve error.

Penelope McIntosh velaba en el salón, en tanto que todos los huéspedes se habían acostado hacía largo rato.

—Tenía el presentimiento de que no tardarían en regresar ustedes, juntos —dijo la anciana.

Unas pequeñas arrugas benevolentes frunció las comisuras de sus ojos.

Frank le explicó que en realidad Elisabeth no había querido robarle nada, que se trataba de un malentendido, que todo estaba arreglado con la policía y que era indispensable que la joven pudiera permanecer unos días más en la pensión.

—Señor Matthews, no soy más que una vieja un poco chiflada que alberga en su casa a unas personas que, salvo honrosas excepciones, son también un poco raras. Pero cierta experiencia de la vida me ha enseñado que, en muchas circunstancias, puede resultar provechoso abrir los ojos y cerrar la boca, sin formular preguntas. Hay que confiar en las propias intuiciones, prestar oído a la voz de la simpatía, y conceder un margen de confianza a los que parecen merecerla.

Así habló Penelope McIntosh. Y añadió:

—Señor Matthews, ¿tendría la bondad de alcanzarme la botella de whisky que hay en el armario, arriba, a la derecha? Y usted, Elisabeth, ¿tendría inconveniente en ir a la cocina en busca de una jarra de agua y unos cubitos de hielo de la nevera?

Obedecieron, tras haber intercambiado una breve mirada asombrada y divertida.

—No le hago ascos al whisky cuando puedo saborearlo en buena compañía —declaró Penelope—, sobre todo al estilo irlandés.

Llenó generosamente tres vasos de whisky, y vertió agua y unos cubitos en los otros vasos.

—Entonces, ¿Elisabeth? —inquirió Frank.

—Se quedará aquí todo el tiempo que quiera quedarse. Y no aconsejo a ninguno de mis otros huéspedes que formule el menor reparo a ese respecto.

Se bebió de un trago, sin parpadear, la mitad de su vaso de whisky; luego tomó un pequeño sorbo de agua fresca.

—Gracias —dijo Frank, después de haberla imitado—. En lo que a mí respecta, mi querida señorita Penelope, quisiera conservar mi habitación por algún tiempo, pero sin ocuparla. Para ser más concreto, voy a desaparecer dentro de unos instantes, dejando mi equipaje bajo su custodia. He de terminar un trabajo urgente.

—Como usted quiera.

Terminado el whisky, Penelope ocultó la botella y enjuagó los vasos, mientras Elisabeth subía a acostarse. Al pasar por la habitación de Frank, cogió los papeles que él había decidido entregarle, los mismos que le habían encargado robar. Y, al despedirse de Matthews, la joven depositó un beso muy leve sobre su mejilla, que empezaba a revelar la necesidad de un enérgico afeitado.

Fue lo primero que hizo Frankie después de haberse desvestido. Se afeitó, se peinó, se refrescó. Luego se puso un pantalón de franela gris y su Blazer, sobre una camisa inmaculada. Ocultó en el fondo de su maleta la pequeña granada que había deslizado en su bolsillo unas horas antes, comprobó el buen funcionamiento de su 7,65, deslizó algunos objetos de aseo personal en un vade, contó el dinero que llevaba en la cartera y abandonó la pensión.

CAPÍTULO XI

Mucho antes del mediodía, Frankie Matthews se hallaba instalado en el bar del Yatch Club, de Dun Laoghaire, en compañía de tres desconocidos de tez enrojecida por el consumo concienzudo y perseverante de ginebra, whisky y cerveza, enfrascados en una discusión prodigiosamente técnica acerca de las dificultades de la próxima regata de la semana.

—Cuando la polea está bien engrasada... —empezó uno.

—¡Oh! Lo esencial, amigo mío, entre el punto de amura y el punto de escucha... —dijo otro.

Frankie se preguntaba si debía intervenir para decir lo que sabía sobre la toma de los rizos en caso de viento de fuerza 6 cuando el camarero, cuya tez era aún más roja que la de los miembros del club, le hizo seña de que le llamaban al teléfono.

Era Elisabeth.

Frankie le había dicho que podía llamarle al Yatch Club, en caso necesario, ya que confiaba en que allí le ofrecerían hospitalidad por unos días, con la recomendación de *sir* Patrick. La voz de Elisabeth era tranquila. La joven parecía haberse repuesto de sus recientes emociones.

—He visto a O'Keefe esta mañana. Le he entregado los papeles, y le he dicho que usted no había regresado en toda la noche.

—¿Qué ha dicho él?

—No ha hecho ningún comentario.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. El programa de hoy ha sido ligeramente modificado. Esta noche pasamos una emisión por el Pájaro del Alba.

—¿Sobre qué tema?

—La última jornada de los campeonatos de golf. En diferido. Nath O’Keefe prepara el comentario, y yo haré el montaje, esta tarde.

—¿Le ha entregado algún negativo?

—Todavía no. Pero me ha dicho que me traería uno mientras efectuaba el montaje.

—¿A qué hora es la emisión?

—A las diez de la noche, como de costumbre. Y, por si le interesa, puedo decirle que antes de la emisión por el Pájaro del Alba, Nath O’Keefe entrevistará en directo, en el estudio, a un importante personaje político de paso en Dublín.

Mathews permaneció unos instantes silencioso, reflexionando.

—¿Está usted ahí? —preguntó Elisabeth.

—Sí, estoy aquí, y lo que acaba de decirme me interesa. Deme detalles.

—¿Sobre la emisión en directo? Tendrá lugar a las ocho y media, en el estudio número 18. Durará un cuarto de hora. A continuación se pasará el noticiario, y luego la película sobre los campeonatos de golf. El político en cuestión es un alemán. Herr von Bohlen.

—Gracias, Elisabeth.

Y Frankie colgó.

Cuando se volvió, *sir* Patrick estaba detrás de él. Se comportaron como si se conocieran desde hacía mucho tiempo, y *sir* Patrick empezó por arreglar el problema de la estancia de Frank en el Yatch Club. La cosa no presentó ninguna dificultad.

A *sir* Patrick no le gustaban los discursos.

—Asquerosa mañana. He tenido que ocuparme de la sobrina de Fitz’Gerald después de las formalidades de la identificación del cadáver. En vista de las circunstancias, le he aconsejado que cierre la tienda y vaya a descansar a otra ciudad, por cuenta del gobierno. Le he organizado unas breves vacaciones en Cork.

—¿Qué ha dicho ella?

—Me ha preguntado si había marineros en Cork.

—¿Los hay?

—Muchos. Uno de mis hombres la acompañará esta tarde a Cork y se encargará de vigilarla discretamente. Otra cosa: los periódicos de la tarde

hablarán del descubrimiento del cadáver de usted en la Duke Street; la policía ha pasado un comunicado a las redacciones. Aquí tiene su tarjeta de libre circulación por los estudios de la televisión. En realidad no le hará falta, pues en esos estudios todo el mundo entra y sale como Pedro por su casa. En lo que respecta a Nath O'Keefe, las comprobaciones han sido muy fáciles: en los últimos doce meses, ha efectuado varios desplazamientos por cuenta de la televisión. Dos a Nueva York y Washington, uno a Madrid, dos a la Alemania del Este y uno a Estocolmo. Aparte de eso, no ha salido del país. Sólo viaja cuando la televisión paga los gastos. Cualquiera diría que es escocés.

—Muchas gracias —dijo Frank—. Pienso hacer venir aquí al coronel Carson, esta noche. Me gustaría que pudiera asistir cómodamente a la emisión de las diez de la noche, difundida por el Pájaro del Alba. No me agradaría tener que llevarle a un «pub».

—Puedo hacerles reservar un saloncito en los estudios de la televisión.

—¿Con la posibilidad de entrar en contacto con la dirección de los programas?

Sir Patrick miró a Frankie con aire suspicaz, preguntándose qué estaría tramando. Pero no hizo ninguna pregunta.

—Es factible —dijo—. Daré las órdenes oportunas.

—Muchísimas gracias. ¿Puedo pedirle ahora que me disculpe un momento? Tengo que telefonar al coronel Carson.

Frank se dirigió hacia las cabinas telefónicas mientras *sir* Patrick iba a instalarse en una mesa. Tenía ante sus ojos el magnífico panorama de la bahía de Dun Laoghaire, surcada por docenas de yates.

La comunicación telefónica entre Dublín y Washington quedó establecida rápidamente.

—Aquí, Frank Matthews.

—¡Recórcholis! Matt, me gustaría que perdiera usted la maldita costumbre de llamarme a unas horas imposibles. Nunca se pregunta la hora que es aquí antes de llamarme, ¿verdad?

—Sé perfectamente la hora que es en Washington, mi coronel. Tiene usted el tiempo justo para saltar a un automóvil, hacerse conducir al aeródromo y tomar el avión con destino a Dublín.

—Matt, temo que no se dé cuenta exacta de la situación. Dentro de dos horas he de asistir a la ceremonia religiosa de la boda de mi sobrina Mary-Valerie. Me he puesto ya el pantalón a rayas, y...

—Le quedan cinco minutos para decidirse a tomar el avión —le interrumpió Frank—. Estoy convencido de que Mary-Valerie le perdonará su

ausencia.

—Pero ¿por qué diablos tengo que ir a Dublín con tanta prisa?

—Porque he aclarado el misterio de la fotografía del 17 de mayo, mi coronel. Y quiero que asista usted al final del asunto. Después de todo, usted es el jefe. Y conozco también al hombre que está al frente de toda la organización, aquí en Dublín. El hombre que paga a Meredith, que abastece a los tipos del Este de material fotográfico irlandés, y que es responsable de la muerte de Mike Benson y de Fergus Fitz'Gerald.

—¿Cómo? ¿Fergus Fitz'Gerald está...?

—Muerto, mi coronel. Y en unas circunstancias en las cuales prefiero no pensar.

—Explíqueme eso, Matt.

—No tengo tiempo, mi coronel. Se acerca la hora de salida del avión.

—Voy a telefonar para que retrasen el despegue.

—Me alegro de que se decida a venir. Me interesa que presencie el desenlace.

—¿El desenlace? Explíquese, Matt, por el amor de Dios. ¡Explíquese!

—El desenlace está previsto para esta noche.

—Escuche, Matt, mi esposa ha seguido nuestra conversación a través de un supletorio, a mi lado. Ahora está localizando a las personas que pueden demorar la salida del avión hasta que yo esté a bordo. Disponemos, por tanto, de algunos minutos.

—¿Y la ceremonia de la boda?

—Déjeme en paz con esa boda y ocúpese de sus asuntos. Por otra parte, siempre me opuse a ella.

—¿A qué, mi coronel?

—¡A la boda, recórcholis!

—No sabía eso, mi coronel.

—¿Ha terminado de tomarme el pelo, Matt? ¿Qué va a pasar esta noche en Dublín?

—No lo sé aún con exactitud, ya que hasta la tarde no voy a preparar el dispositivo que conducirá al desenlace.

Se produjo un breve silencio. Luego, bruscamente, el coronel Carson se suavizó. Su voz se hizo amable, casi tierna.

—Escuche, Matt, sólo quiero que me explique el misterio de la fotografía y que me dé el nombre del personaje que dirige la red de Dublín. Creo que no es pedir demasiado... Y no tengo ningún inconveniente en desligarle ahora mismo de su promesa de no ocuparse de ninguna muchacha hasta el final del

asunto. Puede usted obrar como le parezca, Matt. En interés del servicio, naturalmente.

—Su generosidad me conmueve tanto más por cuanto el caso está prácticamente terminado, mi coronel. De todos modos, le doy las gracias. A propósito del interés del servicio: supongo que me concede usted carta blanca para actuar, mi coronel...

—¿Carta blanca? ¿Qué entiende usted por carta blanca? De todos modos, hace usted lo que se le antoja. ¿Cree que las cosas cambiarán, le dé o no carta blanca?

—El hombre que dirige la red es más peligroso que una serpiente de cascabel. Puedo verme obligado, teniendo en cuenta que la vida de algunas personas continúa estando amenazada, a tomar medidas más bien radicales en lo que respecta a ese individuo. Por eso me gustaría que diera usted su previa conformidad. ¿Me concede carta blanca, mi coronel?

—Naturalmente, Matt.

—Estupendo. Iré a recogerle al aeródromo de Dublín esta noche, a las nueve, hora local. Espero que tenga usted una agradable travesía.

Y Frankie colgó el teléfono antes de que el coronel Carson pudiera formularle otras preguntas.

Uniéndose a *sir* Patrick, contempló con él la espléndida bahía de Dun Laoghaire.

Capítulo XII

—Mi querido Matthews —dijo *sir* Patrick, después de haber firmado la cuenta que le presentó discretamente el *maître d'hôtel* del Yatch Club—, ¿puedo preguntarle cuáles son sus proyectos?

—Puede preguntármelo, *sir* Patrick, naturalmente. Por desgracia, no estoy en condiciones de contestarle de un modo completamente satisfactorio. Por otra parte, ya sabe hasta qué punto soy respetuoso en lo que concierne a la jerarquía.

—¡Ah! No, eso lo ignoraba —dijo *sir* Patrick, alzando una ceja asombrada en dirección a Frankie.

—Pues bien, lo soy. Y por ese motivo preferiría que fuera mi jefe, el coronel Carson, quien le explicara personalmente las últimas maniobras de esta operación.

Sir Patrick, que tenía muy desarrollado el sentido del humor, ocultó una leve sonrisa detrás de una nube de humo que expelió de su habano, y no insistió.

—El coronel Carson estará en el saloncito que usted ha tenido a bien reservarle en los estudios de la televisión, esta noche, y estoy absolutamente convencido de que para él será un placer tenerle al corriente —añadió Frank, muy serio.

Sir Patrick asintió con aire digno, echó una última mirada a la bahía inundada de sol y se puso en pie.

—Lamento tener que renunciar a su grata compañía —dijo—. Pero he de hacer acto de presencia en mi despacho. Sin duda, algunas personas tan respetuosas como usted con la jerarquía, me esperan allí para presentarme algunos informes.

Al quedarse solo, Frankie consultó su reloj y calculó que tenía tiempo de encargar otro coñac. Mientras lo saboreaba y reflexionaba, empezó a descalzarse, maquinalmente. Una discreta tosecilla del *maître d'hôtel* le hizo recobrar el sentido de las realidades y de las buenas maneras. Frankie volvió a anudar los cordones de sus zapatos y miró al *maître d'hôtel* sonriendo. Y el *maître d'hôtel*, comprensivo, le devolvió la sonrisa.

A continuación, Frankie se dirigió a la habitación que le habían destinado en el Yatch Club y vació concienzudamente los bolsillos de su pantalón y de su Blazer. Abandonó incluso su encendedor, a pesar de la estima que sentía por él. Cuando salía de expedición, no llevaba nunca ningún objeto que pudiera descubrir su identidad.

Sólo conservó un pañuelo, un paquete de cigarrillos empezado y dos de reserva, dos cajas de fósforos, unos billetes de banco sujetos con un clip, su 7,65 y un cargador de repuesto, y un salvoconducto, al portador, para los estudios de televisión.

Eran las dos de la tarde.

Frank Matthews se sentía en plena forma a pesar de la agitada noche que había pasado.

Alquiló un taxi y se hizo conducir a la ciudad, diciéndole al chófer que le dejara cerca de una tienda de objetos fotográficos que había visto, en el centro, en el curso de sus idas y venidas por Dublín.

Le explicó al dueño de la tienda lo que deseaba. Exactamente.

—No hay problema —dijo el dueño—. Sólo tiene que darme el texto.

—¿Puedo utilizar su máquina de escribir? —preguntó Frank.

—Naturalmente.

Frank insertó una cuartilla en la máquina y tecleó cuidadosamente tres líneas muy separadas una de otra, en mayúsculas.

—Aquí está —dijo, tendiéndole la cuartilla al dueño—. ¿Cuánto tardará?

—Una hora —dijo el hombre.

—De acuerdo.

Y Frankie salió de la tienda.

Al otro lado de la calle, casi enfrente de la tienda de fotografía, había un «pub». Frank entró en él, encargó un «Eileen Aaron» seco, lo saboreó mientras discutía con el barman los méritos comparados del «hurling» y del golf, preguntó dónde estaba la cabina telefónica y se dirigió hacia allí.

Obtuvo sin demasiada dificultad la comunicación con el laboratorio de montaje de la televisión y reconoció la voz de Elisabeth al otro extremo del hilo.

—Aquí, Frankie.

—Buenas tardes. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

—Voy tirando.

—¿Ha recibido la imagen?

—Sí.

—Muy bien. Quiero que la conserve, pero no la incorpore a la película. A última hora de la tarde le llevaré tres imágenes, las cuales incorporará a tres secuencias sucesivas.

—De acuerdo.

—Gracias. Hasta pronto, Elisabeth.

—Hasta pronto.

A continuación, Frankie encargó otro «Eileen Aaron» y le preguntó al barman la dirección de los grandes almacenes más próximos.

—Hay un supermercado muy cerca de aquí —dijo el barman—. Al salir, sube usted la calle, a mano izquierda, hasta el primer cruce. El supermercado está en el mismo cruce. Lo encontrará fácilmente, hay unos grandes carteles en la puerta.

Frank le dio las gracias, apuró el contenido de su vaso, pagó la cuenta y salió del «pub». En efecto, no tuvo ninguna dificultad para encontrar el supermercado. Adquirió en él un mono azul de electricista, y vaciló largo rato delante del mostrador de las herramientas, acariciándolas con la mirada, admirándolas con su vista de ingeniero. Le bastaba ver unas herramientas para recordar que era efectivamente ingeniero, y para lamentar el no haber tenido nunca la ocasión de ejercer su profesión. Finalmente, renunció a procurarse herramientas y salió de la tienda apretando bajo el brazo su mono azul, perfectamente envuelto en papel oscuro. Se entretuvo un poco

contemplando unos escaparates y, a las cuatro en punto, volvió a la tienda del fotógrafo. El trabajo que había encargado estaba listo.

Un taxi le llevó en unos minutos al edificio donde estaban reunidos todos los servicios de la televisión. En el amplio vestíbulo, todo de mármol, personas atareadas, con aire preocupado, el pliegue genial de la concentración cervical en la frente, se cruzaban en todos sentidos, se interpelaban brevemente, tomaban un ascensor o una escalera, demasiado absortos en sus propias preocupaciones, en sus pesadas responsabilidades, para prestar la menor atención a los actos y a los gestos de sus vecinos.

Frank había viajado demasiado para no conocer aquel ambiente especial de los estudios de radio y de televisión, donde el último de los empleados se cree obligado a adoptar la actitud del Pensador de Rodin para sonarse los mocos.

Ni siquiera tuvo necesidad de exhibir el salvoconducto que le había entregado *sir* Patrick. Los seres que pasaban junto a él, hombres, mujeres, o individuos de sexo difícilmente discernible, estaban demasiado absortos en el respeto admirativo de su propia importancia para interesarse por un quídam visiblemente desconocido, que apretaba bajo su brazo un paquete en vez de una abultada cartera de cuero o los folios mecanografiados de un guión.

Si ser molestado, y guiándose únicamente por las indicaciones que figuraban en pasillos y escaleras, Frankie llegó sin tropiezos al laboratorio de montaje.

Un joven que llevaba una bata blanca salía en aquel momento por una puerta encima de la cual había una bombilla roja encendida.

Frankie le cogió por el brazo.

—Vaya a buscar a Elisabeth —le ordenó fríamente, en tono imperativo—. Elisabeth Drake.

El joven dio media vuelta, entró en el laboratorio y volvió a salir casi inmediatamente, seguido de Elisabeth. Y se alejó indiferente.

Elisabeth llevaba una falda gris y una blusa verde que sentaba admirablemente a su cutis de inglesa. Frankie sacó de su bolsillo el pequeño sobre que le había entregado el fotógrafo.

—Aquí están los tres clisés —dijo.

Elisabeth comprobó el tamaño de los negativos.

—Encajarán perfectamente —aseguró.

Y añadió:

—Cuenta usted con ello.

Y regresó a su laboratorio.

Frankie bajó de nuevo al vestíbulo y consultó un gran reloj de pared.

—Es muy temprano —murmuró.

De todos modos, consultó los carteles indicadores y se enteró de que el estudio número 18 en el cual Nath O’Keefe debía entrevistar a un diplomático alemán a las ocho y media, se encontraba en el cuarto piso.

Luego salió del edificio, se dirigió al restaurante más próximo, se instaló ante una mesa, se bebió una *Guinness*, leyó los periódicos que anunciaban su muerte y se comió tranquilamente dos bocadillos.

* * *

Poco antes de las ocho de la noche, un hombre correctamente vestido con un mono azul de electricista salió de uno de los lavabos del cuarto piso de los estudios de la televisión de Dublín, y se dirigió hacia la puerta del estudio número 18. Empujó aquella puerta. El estudio estaba sumido en la penumbra. Sin embargo, Frank vio que se trataba de una estancia de unos diez metros de lado. Contra una pared, unos cortinajes de terciopelo, dos sillas metálicas y una mesita con dos micrófonos. A lo largo de la pared opuesta, tres cámaras. Y, diseminados por doquier, unos trípodes sosteniendo unos potentes reflectores giratorios.

Al pie de uno de aquellos proyectores trabajaba un técnico enfundado en un mono azul muy parecido al de Frank.

Matthews volvió a cerrar silenciosamente la puerta acolchada del estudio y se acercó al hombre que, agachado, le daba la espalda. Sacó su 7,65, lo agarró por el cañón y, con la culata, golpeó violentamente al electricista debajo de la oreja derecha. El hombre exhaló una especie de suspiro y se desplomó.

—Disculpe, amigo —dijo Frank.

En Corea primero, y luego en el servicio del coronel Carson, Frankie había aprendido cierto número de cosas y había tenido numerosas ocasiones de comprobar en la práctica la excelencia de determinadas teorías. Con el golpe que acababa de recibir, el electricista no corría ningún peligro de muerte, pero su estado de inconsciencia duraría una hora, como mínimo.

Frankie arrastró su cuerpo hacia la puerta de entrada del estudio y lo ocultó cuidadosamente detrás de los embalajes amontonados allí.

Luego examinó minuciosamente las instalaciones eléctricas del estudio, encendiendo para hacerlo el proyector al pie del cual trabajaba el electricista cuando él había entrado.

Frankie se felicitó por haber estudiado seriamente, en la época lejana en que se preparaba para recibir su diploma de ingeniero, en la Universidad. Sólo necesitó unos minutos para inventariar las instalaciones eléctricas de la estancia: las tomas de corriente débil; las tomas de corriente fuerte; los proyectores normales y los proyectores de alta tensión; y para familiarizarse con el lío de cables de diversos diámetros que culebreaban sobre la alfombra del estudio.

La caja de herramientas del electricista le proporcionó todo lo que necesitaba.

Empezó por enfocar los proyectores que iluminaban crudamente los cortinajes, la mesa y las sillas; los encendió, los apagó. El conmutador general estaba detrás de la puerta, a un metro escaso del lugar donde yacía el electricista.

Luego escogió un grueso cable cuya clavija se insertaba perfectamente en la toma mural de alta tensión. Un endiablado voltaje. El conmutador de alta tensión, marcado con una flecha roja de peligro, estaba al lado del conmutador de tensión normal. Frankie se aseguró de que la corriente de alta tensión estuviera cortada y retiró la clavija de la toma. Liberó los hilos de la otra punta del cable y fijó a ellos una pinza de gran tamaño que había encontrado entre el material del electricista. Desenrolló completamente el cable, dejando que la pinza reposara entre las dos sillas.

En aquel momento, dos jóvenes vestidos con pantalones claros y camisas floreadas entraron en el estudio. Apenas dirigieron una mirada desdeñosa al electricista, antes de ir a tomar posesión de dos o tres cámaras.

—Luz, muchacho —ordenó uno de ellos.

Frankie encendió los proyectores de corriente normal.

Los dos jóvenes empezaron a maniobrar con sus cámaras.

—Ya está bien. No vamos a rompemos los cuernos por una simple entrevista —dijo el que había hablado antes.

Frankie apagó los proyectores, dejando únicamente encendidas las lámparas del techo.

En aquel momento se abrió la puerta y un nuevo personaje hizo una entrada gesticulante en el estudio.

—¡Hola! —gritó, dirigiéndose hacia las sillas.

—¡Hola, Nath! —dijeron los dos *cameramen*.

Nath O'Keefe acababa de hacer su aparición, en plan de *vedette*.

Frankie le reconoció inmediatamente. Elisabeth se lo había descrito con precisión. Y era efectivamente el presentador que había visto en la pequeña

pantalla, tres días antes, mientras contemplaba un programa de televisión en un «pub». O'Keefe era más bajito y más rechoncho de lo que Frank había imaginado. Pero el pequeño bigote adornaba su labio superior. Traje azul claro, camisa azul gris, corbata azul marino. Frankie había decidido ya poner fin de un modo definitivo a las actividades de Nath O'Keefe. Pero, en su presencia, no experimentaba ningún nerviosismo, ninguna excitación; más bien una especie de indiferencia lúcida, semejante a la que debe presidir los gestos de un verdugo acostumbrado a actuar.

Frankie, mientras fingía ocuparse en sus instalaciones, evitando mostrar su rostro, no perdía de vista al hombre. Pero el hombre sólo se veía a sí mismo.

—¿Qué silla escoge esta noche el gran O'Keefe? —preguntó uno de los *cameramen*, en un tono medio chancero, medio servil.

—Ese alemán es un hombre de izquierda; por lo tanto, me sentaré a la derecha —dijo O'Keefe, riendo ruidosamente su propio chiste.

Se dirigió hacia los *cameramen* para darles sus últimas instrucciones.

Frankie cogió entonces la punta del cable de alta tensión y fijó la pinza al pie metálico de la silla que Nath O'Keefe había escogido. Y fue a hundir la clavija del cable en la toma mural.

Nath O'Keefe consultó su reloj de pulsera, fue a sentarse en su silla.

—Faltan cinco minutos, muchachos. El alemán está preparado. Ya hemos ensayado. Preparad los proyectores y las cámaras.

—Luz —ordenó uno de los *cameramen*.

Frankie bajó el conmutador de los proyectores de corriente normal y O'Keefe quedó preso en los haces luminosos.

—Estupendo —dijo un operador.

En aquel momento se abrió la puerta. Frankie vio aparecer una secretaria, con unos papeles en la mano, seguida de un hombre rubio, bastante corpulento. Los dos personajes avanzaron por el estudio mirando a Nath O'Keefe, que ensayaba posturas sobre su silla.

Frankie Matthews bajó el conmutador de alta tensión.

Varios millares de voltios partieron de la toma, corrieron a lo largo del cable y alcanzaron la armazón metálica de la silla de Nath O'Keefe.

Un inmenso resplandor azulado brotó de la silla y O'Keefe aulló, mientras todas las lámparas se apagaban.

La secretaria profirió un grito.

Frankie había tenido tiempo de estudiar la topografía del lugar y podía desplazarse por el estudio sin vacilación, a pesar de la absoluta oscuridad.

Volvió a levantar el conmutador de alta tensión, dio unos pasos, encontró el cable que buscaba y tiró de él violentamente. La pinza se arrancó de la silla. Volvió hacia la entrada, cogió al electricista por los sobacos y dejó caer su cuerpo debajo mismo de los conmutadores. Sólo tardó unos segundos en efectuar todas aquellas operaciones.

Luego se deslizó tranquilamente fuera del estudio, cerrando silenciosamente la puerta. El cortocircuito había hecho estragos. Los pasillos estaban sumidos en la oscuridad.

«No va a durar mucho», pensó Frank.

En efecto, apenas se había adentrado por el pasillo cuando volvió la luz. Una instalación de emergencia había tomado el relevo. Frankie bajó sin apresurarse al tercer piso. Entró en un lavabo y volvió a salir poco después, con el mono azul enrollado debajo del brazo, sacudiendo con una mano negligente las solapas de su Blazer. Tomó el ascensor.

Cuando llegaba al vestíbulo le pareció oír unos gritos procedentes de los pisos superiores.

Tuvo que andar casi cinco minutos antes de encontrar una parada de taxis. Pero aquel paseo, que le hizo pasar junto a varios jardines bordeados de setos, le permitió desembarazarse de su mono azul. Se hizo conducir al aeródromo. Aquella noche, desgraciadamente, las calles de Dublín estaban particularmente concurridas y la circulación resultaba difícil.

Los pasajeros del avión de Nueva York habían desembarcado ya cuando Frank llegó al amplio vestíbulo del aeródromo. Localizó rápidamente al coronel Carson, el cual paseaba de un Jado para otro, nerviosamente, cerca de una cabina telefónica. No pudo evitar una sonrisa al comprobar que su jefe iba vestido como para asistir a la boda de su sobrina: pantalón a rayas y chaqué negro.

Pero la mirada glacial de su patrón le hizo juzgar como más prudente el no hacer ningún comentario.

—¿Y bien? —preguntó Carson.

—Un taxi nos espera —respondió suavemente Frank.

Y, uno detrás del otro, se dirigieron hacia la salida.

Cuando el taxi empezó a rodar en dirección al edificio de la televisión, Frankie Matthews preguntó con voz suave y cortés:

—¿Y esa boda, mi coronel?

—¡M...! —respondió simplemente Carson.

No volvió a despegar los labios hasta que llegaron a su destino. Ardía en deseos de interrogar a Matthews, pero le conocía demasiado bien para

arriesgarse a hacerlo. En el preciso instante en que llegaban, una ambulancia abandonaba el portal del inmueble.

En el vestíbulo, hombres y mujeres atareados circulaban como en pleno día. Sin embargo, se formaban ya unos grupos susurrantes, y los interlocutores se mostraban muy serios.

El coronel Carson, que había observado todo aquello, se obligó a no formular ninguna pregunta.

Frankie se acercó a una recepcionista y le dijo:

—Tenemos reservado un saloncito de parte de *sir* Patrick. Una joven consultó un fichero.

—¿Los señores Carson y Matthews, de Washington?

Frankie asintió.

La recepcionista les guió hasta el final de un largo pasillo, en el segundo piso. Entraron en un saloncito y la joven les abandonó.

Era una estancia cómoda, tapizada y alfombrada en gris. Un profundo diván de cuero daba frente a una mesita sobre la cual había un pequeño aparato de televisión de los llamados monitores. Una pantalla reducida, pero cuya visibilidad es infinitamente mejor que la de las pantallas normales. A la derecha del diván había un largo brazo metálico móvil sosteniendo un aparato telefónico y una lista de los números interiores.

Carson y Matthews se dejaron caer en el diván con un suspiro de alivio. El coronel sacó de su ceremonioso chaqué una pipa muy democrática y empezó a llenarla de tabaco. Frank abrió su primer paquete de cigarrillos de reserva. Al inclinarse para dejar su fósforo en un cenicero, vio un pequeño bar portátil adosado al diván, debajo del teléfono. Se puso en pie y preparó dos whiskies.

Carson, que conocía a Matt, pensó que sacaría más de él por las buenas que apelando a su autoridad. Se disponía a pronunciar las primeras palabras de un breve discurso contempORIZADOR, cuando se encendió la pantalla y apareció una presentadora, anunciando la difusión de las finales del campeonato mundial de golf, precisando que la emisión era difundida al mundo entero por medio del Pájaro del Alba.

Un reloj de pared que los dos hombres no habían visto hasta entonces, y que estaba al lado del monitor, dio las diez.

Desfilaron por la pantalla, comentadas por Nath O'Keefe, el cual no omitió el presentarse al empezar su reportaje, diversas secuencias ilustrando, en diferido, las fases más apasionantes del campeonato.

El coronel Carson detestaba el golf.

Consiguió conservar su calma durante un par de minutos, aproximadamente.

Y luego, esforzándose en dominar la exasperación que tendía a manifestarse en su voz, dijo:

—El golf es un juego apasionante, Matt, lo admito. Pero, si no he entendido mal, esta emisión se difunde actualmente por el mundo entero gracias al Pájaro del Alba. Por lo tanto, podría estar sentado en un sillón en mi casa, en Washington, y seguir esas imágenes en mi propia pantalla. Ha sido muy amable por su parte el hacerme venir a Dublín, Matt, pero no acabo de comprender el motivo por el cual debo ver esta emisión aquí, y no al otro lado del Atlántico.

Frank Matthews se disponía a contestar, cuando la puerta del saloncito se abrió y entró *sir* Patrick.

El jefe de los servicios de seguridad irlandeses y Carson se estrecharon la mano vigorosamente, saludándose con efusión, mientras las imágenes del campeonato de golf continuaban desfilando sobre la pantalla.

Luego, *sir* Patrick se disculpó.

—Lamento no poder quedarme con ustedes. He venido especialmente para verle, pero apenas había llegado cuando me han llamado desde mi despacho. Un caso urgente y grave que me obliga a marcharme inmediatamente. Pero, al menos, he querido saludarle, mi querido Carson. Mañana podemos encontrarnos en algún sitio, si le parece bien. Créame que lo siento.

—Espero que pueda disponer de unos minutos para brindar en honor de la llegada del coronel Carson —dijo Frankie, que preparaba un whisky para *sir* Patrick.

El irlandés cogió su vaso y dijo, mirando a Matthews:

—Supongo que se ha enterado usted de la noticia.

—¿Qué noticia? —inquirió Frank.

—La horrible muerte de Nath O’Keefe. No se habla de otra cosa en los pasillos de la casa.

—¿Quién es Nath O’Keefe? —preguntó el coronel Carson—. ¿El hombre que se llevaban en una ambulancia cuando nosotros llegábamos?

—Nath O’Keefe es el presentador que comenta el campeonato de golf —dijo Frank.

Y, volviéndose hacia *sir* Patrick:

—No, no estamos al corriente. No han hecho ningún comentario.

—El programa no puede interrumpirse —dijo *sir* Patrick—. Bueno, puesto que no conocen ustedes la noticia, puedo informarles de que Nath O’Keefe, nuestro gran reportero, ha muerto hace menos de dos horas en estos estudios. Preparaba una emisión en directo, para las ocho y media, cuando resultó electrocutado.

—Mala suerte —dijo Frank.

—Desde luego —asintió *sir* Patrick—. De acuerdo con las primeras comprobaciones, ha quedado establecido que un cable de alta tensión, terminado en un objeto metálico, una especie de pinza, se encontraba en el suelo, muy cerca de los pies de Nath O’Keefe. Sin duda, tocó el cable con el pie inadvertidamente.

—Un triste final —comentó el coronel Carson, llenando su pipa con aire pensativo—. Pero ¿cómo es posible que en un estudio pueda cometerse la imprudencia de conectar la corriente de alta tensión habiendo unos cables por el suelo?

—El electricista encargado de la manipulación de los proyectores ha sido encontrado sin conocimiento al pie del tablero de mando de los conmutadores —explicó *sir* Patrick—. Sin duda se sintió indispuerto y, al caer, conectó la corriente de alta tensión. Ahora se ha repuesto de su desvanecimiento, pero no recuerda nada. En todo caso, los investigadores opinan que sólo puede tratarse de un accidente.

—¿Qué otra explicación podría haber? —preguntó tranquilamente Frankie.

Sir Patrick volvió a disculparse e, invocando la necesidad en que se encontraba de dirigirse inmediatamente a su despacho, se despidió de los dos hombres.

—Pero no se olvide de pasar a verme mañana por la mañana —le dijo al coronel Carson, estrechándole calurosamente la mano.

En cuanto *sir* Patrick hubo salido, el coronel Carson encendió ceremoniosamente su pipa y le preguntó a Frankie, en tono indiferente:

—He oído hablar del whisky irlandés. ¿Ha pasado usted aquí el tiempo suficiente para poder explicarme de qué se trata?

Frankie consultó la lista de los números telefónicos interiores y llamó al bar.

Tres minutos más tarde, una camarera se presentó en el saloncito con una bandeja que contenía una botella de «Eileen Aaron», cuatro vasos y una jarra de agua en la cual tintineaban unos trozos de hielo. Y Frankie inició al

coronel Carson en la degustación del whisky irlandés: alcohol puro y ardiente en primer lugar, y agua fresca a continuación, para prolongar el sabor.

—Y ahora, Matt —dijo el coronel Carson, apoyándose pesadamente contra el respaldo del diván—, espero una explicación.

En la pantalla, el reportaje de los campeonatos de golf había terminado. Actuaba ahora una orquesta filarmónica.

—Le di carta blanca —continuó Carson— para poner fin a las actividades de la red de Dublín. Un tal Nath O’Keefe ha muerto en circunstancias puramente accidentales. Me ha hecho usted venir aquí para asistir al desenlace del asunto... Le escucho, Matt.

Frankie se lo explicó todo: el atentado de que había sido víctima; la muerte de Fergus Fitz’Gerald; el interrogatorio de Elisabeth Drake; el descubrimiento del sistema utilizado por los espías; la incorporación de la fotografía a la película difundida por el Pájaro del Alba; la posibilidad, para los individuos del Este, de filmar la emisión y de disponer de la fotografía el mismo día en que había salido de Washington; el chantaje ejercido por Nath O’Keefe sobre Elisabeth; la promesa que había hecho a esta última de liberar a su novio Fred, preso en la Alemania Oriental.

—Y ha liquidado usted a Nath O’Keefe, Matt.

Era una afirmación, más que una pregunta.

—Puro accidente —respondió Frank.

—¿Y Mike Benson?

—Mike descubrió seguramente la banda que filma las emisiones del Pájaro del Alba en Alemania. Como el procedimiento era nuevo, quiso traernos una fotografía en concepto de prueba. Nath O’Keefe efectuó últimamente dos viajes a la Alemania del Este. Lo más probable es que él mismo llevara allí el material fotográfico. Un reportero de la televisión puede viajar con esa clase de material sin despertar sospechas. Eso explica el origen del famoso papel fotográfico «Plexen».

—Eso explica muchas cosas, Matt, menos una.

—¿Cuál?

—Me ha hecho usted venir aquí para asistir al desenlace. Sin embargo, el truco de la imagen vigesimoquinta está aclarado; Nath O’Keefe ha muerto; he tomado ya las medidas necesarias para que Meredith y los mecánicos de los aeródromos sean detenidos discretamente mañana por la mañana; el equipo de Alemania ha quedado fuera de combate con la desaparición de Nath O’Keefe. Por lo tanto, todo está arreglado, y me parece que llego un poco tarde para el desenlace.

—Tenía interés en mostrarle cómo funciona, mejor dicho, cómo funcionaba el truco de la imagen vigesimoquinta.

—Ahora que pienso en ello, Matt: la fotografía-ficticia que Meredith envió ayer, ¿ha pasado con el reportaje de esta noche?

—Algo por el estilo, mi coronel. ¿Quiere usted verlo?

—¡Qué remedio!

Frankie consultó de nuevo la lista de los números de teléfono interiores y llamó a la dirección. Se dio a conocer y se refirió a las directrices que debió de dar *sir* Patrick.

—¿Pueden ustedes volverme a pasar, en circuito cerrado, la película de los campeonatos de golf?

—Desde luego.

—Entonces, adelante —dijo Frank—. Y no cuelgue el teléfono, ¿quiere?

En el monitor, la pantalla se apagó, haciendo desaparecer la imagen de la orquesta filarmónica. Luego volvió a encenderse.

—Tienen ustedes el circuito cerrado —dijo el ingeniero de la dirección por teléfono.

Y entonces comenzó a pasar de nuevo la película de los campeonatos del mundo de golf, transmitida unos momentos antes por el Pájaro del Alba, y comentada por el difunto Nath O'Keefe.

—Más despacio —dijo Frank por el teléfono.

Las imágenes empezaron a pasar a cámara lenta y se hicieron muy borrosas.

—¡Alto! —gritó Frankie por el teléfono.

Perfectamente visible, como una diapositiva, apareció en la pantalla la imagen vigesimoquinta.

El coronel Carson la contempló y volvió la cabeza, con aire asombrado, hacia Frank Matthews.

—En esa película hay tres imágenes vigesimoquintas —dijo Frank.

—Yo envié solamente una.

—Pero yo decidí hacer tres —explicó Frank—. Ése es el desenlace.

Y continuó dando sus órdenes a la dirección.

Cuando el coronel Carson hubo contemplado los tres clisés que formaban la imagen vigesimoquinta de tres secuencias sucesivas, tendió su vaso en dirección a Frank.

—¡Aprobado! —exclamó.

Y estalló en una inmensa carcajada.

* * *

En el mismo instante en que en el reloj de pared situado junto al monitor de televisión que contemplaban el coronel Carson y Frank Matthews, en Dublín, daba las diez, cuatro hombres estaban instalados delante de la pantalla de un aparato de televisión, en Worbis, una pequeña ciudad de la Alemania del Este, situada a unos quince kilómetros, aproximadamente, de Teistungen, la aldea donde Mike Benson, *alias* Andreas Ullrich, había establecido contacto con el relojero Albrecht.

Enfrente del aparato, sobre un robusto trípode, una cámara estaba preparada para filmar la emisión de los campeonatos del mundo de golf, de Dublín, retransmitida por el Pájaro del Alba.

El que parecía ser el jefe del grupo consultó su reloj de pulsera.

Señalaba las once.

Comenzó la emisión y, simultáneamente, la cámara empezó a filmar.

—Pronto nos quedaremos sin material —dijo el jefe—. Espero que Nath O’Keefe no tardará en traernos más película y papel.

Terminada la emisión, el hombre que había estado filmando cogió la cámara y desapareció en una habitación contigua, que era la cámara oscura.

Los tres hombres que habían quedado en la estancia abrieron unas botellas de cerveza.

—Y esta vez —continuó el jefe—, espero que pondréis más atención. No siento el menor deseo de que vuelvan a insultarme y amenazarme como hicieron el pasado 17 de mayo. Si se sacan cinco copias, cinco fotografías, tengo que entregar cinco fotografías. No puede desaparecer ninguna misteriosamente. Si la cosa vuelve a ocurrir, pagaréis vosotros.

El hombre que revelaba la película en el laboratorio gritó a través de la puerta:

—¡Ludwig!

—¿Qué sucede? —inquirió el jefe.

—En la película hay tres imágenes, y no una sola, como de costumbre.

—¿Y bien?

—Y, en las imágenes, no hay ningún dibujo, ningún plano, sino unos textos muy breves.

—¿Y qué es lo que dicen?

—No lo sé. Están en inglés.

Ludwig, el jefe del grupo, se volvió hacia su vecino de la derecha.

—Ve a echar un vistazo, Ernst. Tú sabes el inglés y me lo traducirás.

Ernst entró en el laboratorio.

Volvió a salir poco después, con un papel en la mano.

—Hay tres imágenes, efectivamente —dijo—. Cada una de ellas con un pequeño texto. Al parecer, se trata de un mensaje.

—¿Y qué dice ese mensaje?

—Dice:

CORDIALES — SALUDOS — DE CARSON.

—Bueno —dijo el jefe—. Transmitiremos eso al coronel Doukarine.

* * *

En la página 3 del periódico del ejército norteamericano «Stars and Stripes» figuraba esta citación:

«El sargento Mike Benson ha sido condecorado, a título póstumo, con la medalla “Silver Star”. Su espíritu de iniciativa, que provocó su muerte, ha permitido finalmente a nuestros servicios el poner fin de un modo radical a las actividades de una red de espionaje que causaba grandes perjuicios a nuestra patria».

Karen se enteró de esta citación en el avión que la trasladaba de París a Estocolmo.

Notas

[1] Simpatizante comunista. (N. del A.) <<

[2] Abogados. (N. del A.) <<

[3] Pequeños poemas galantes de origen irlandés. (N. del A.) <<

[4] En inglés, *bony* significa «huesudo». (N. del T.) <<

[5] Alfabeto fonético de las transmisiones: C de Charlie, I de India, A de Alpha: *Central Intelligence Agency*. (N. del A.) <<

[6] Fiera: apodo dado al jefe del servicio de acción de la CIA. (N. del A.) <<

[7] Sección de contraespionaje del I. S. <<

[8] «Tenga razón o no, mi patria es lo primero». <<

[9] Se refiere a un lavado de cerebro. (N. del A.) <<

[10] *Strategic Air Command.* (N. del A.) <<

[11] Durmiente: agente que pertenece a un Servicio de información y situado en una posición de no actividad en un país extranjero, adversario o amigo, para ser utilizado en una misión eventual. (N. del A.) <<

[12] Langley: sede de la CIA, situada en las afueras de Washington. (N. del A.)
<<

[13] Término que designa el conjunto de Servicios Especiales soviéticos. <<

[14] Torpedo: agente encargado de una misión de «acción». (N. del A.) <<

[15] *Direction de la Surveillance du Territoire*, organismo oficial del contraespionaje francés. (N. del A.) <<

[16] Dirección de la Embajada soviética en París. (N. del A.) <<

[17] La definición exacta del luxemburgués es: «dialecto francomoseliano de origen germánico, teñido de influencias del Oeste». En realidad, el país es bilingüe. El francés es el idioma oficial de las autoridades y el vehículo de los textos administrativos y de la cultura. Sin embargo, cuando se quiere llegar a las masas por escrito, hay que utilizar el alemán y, en términos generales, con preferencia el dialecto. (N. del A.) <<